

REVISTA
DE LA
CEPAL



NACIONES UNIDAS

ABRIL DE 1982

Revista de la CEPAL

Director
RAUL PREBISCH

Secretario Técnico
ADOLFO CURRIERI

Secretario Adjunto
GREGORIO WEINBERG



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA

SANTIAGO DE CHILE / ABRIL DE 1982

COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA

Secretario Ejecutivo
Enrique V. Iglesias

*Secretario Ejecutivo Adjunto de
Cooperación y Servicios de Apoyo*
Robert T. Brown

*Secretario Ejecutivo Adjunto de
Desarrollo Económico y Social*
Norberto González

CONSEJO CONSULTIVO DE PUBLICACIONES

Oscar Altimir	Jorge Graciarena
Eligio Alves	Luis López Cordovez
Nessim Arditi	Roberto Matthews
Oscar J. Bardeci	George Mouchabek
Daniel Blanchard	René Ortuño
Alfredo Eric Calcagno	Marco Pollner
Ricardo Cibotti	Alejandro Power
Silbourne St. A. Clarke	Gert Rosenthal
Axel Dourojeanni	Alejandro Vera

COMITE DE PUBLICACIONES

Héctor Assael	Miembros <i>ex officio</i> :
Andrés Bianchi	Francisco Acebes
Robert Brown	Oscar J. Bardeci (CELADE)
Norberto González	Marta Boeninger
Jorge Graciarena	Claudionor Evangelista (CLADES)
Adolfo Gurrieri	Jorge Israel (ILPES)
	George Mouchabek
	Aurelio Ruiz

Secretario del Consejo Consultivo y del Comité de Publicaciones

Renée Chassagne

PUBLICACIONES DE LAS NACIONES UNIDAS

N.º de venta: S.82.II.G.2

Precio: US\$ 3.00

NOTAS

Las **signaturas** de los documentos de las Naciones Unidas se componen de letras mayúsculas y cifras. La simple mención de una de tales **signaturas** indica que se hace referencia a un documento de las Naciones Unidas.

Las **denominaciones** empleadas en esta publicación y la forma en que aparecen presentados los datos que contiene no implican, de parte de la Secretaría de las Naciones Unidas, juicio alguno sobre la condición jurídica de ninguno de los países, territorios, ciudades o zonas, o de sus autoridades, ni respecto de la delimitación de sus fronteras o límites.

Revista de la
C E P A L

Número 16

Santiago de Chile

Abril 1982

S U M A R I O

Agricultura y Alimentación. Evolución y transformaciones más recientes en América Latina. <i>Luis López Cordovez.</i>	7
La agricultura latinoamericana. Perspectivas hasta fines de siglo. <i>Nurul Islam.</i>	43
Capitalismo y población en el agro latinoamericano. Tendencias y problemas recientes. <i>Carmen A. Miró y Daniel Rodríguez.</i>	53
La agricultura campesina en América Latina. Situaciones y tendencias. <i>Emiliano Ortega.</i>	77
Principales enfoques sobre la economía campesina. <i>Klaus Heynig</i>	115
El campesinado en América Latina. Una aproximación teórica. <i>Raúl Brignol y Jaime Crispi.</i>	143
Clase y cultura en la transformación del campesinado. <i>John Durston.</i>	155
Notas y comentarios: Exposición de Kenneth Dadzie en la ceremonia inaugural del decimonoveno período de sesiones de la CEPAL.	179
Algunas publicaciones de la CEPAL.	183
Indice de los primeros quince números de la Revista de la CEPAL	189

La secretaría de la Comisión Económica para América Latina prepara la *Revista de la CEPAL*. Las opiniones expresadas en los artículos firmados, incluidas las colaboraciones de los propios funcionarios de la secretaría, son las de los autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de la organización.

E/CEPAL/G. 1195
Abril de 1982

Notas explicativas

En los cuadros del presente trabajo se han empleado los siguientes signos:

Tres puntos (...) indican que los datos faltan o no constan por separado.

La raya (—) indica que la cantidad es nula o despreciable.

Un espacio en blanco en un cuadro indica que el concepto de que se trata no es aplicable.

Un signo menos (-) indica déficit o disminución, salvo que se especifique otra cosa.

El punto (.) se usa para separar los decimales.

La raya inclinada (/) indica un año agrícola o fiscal (por ejemplo, 1970/1971).

El guión (-) puesto entre cifras que expresen años, por ejemplo, 1971-1973, indica que se trata de todo el período considerado, ambos años inclusive.

La palabra "toneladas" indica toneladas métricas, y la palabra "dólares", dólares de los Estados Unidos, salvo indicación contraria.

Salvo indicación en contrario, las referencias a tasas anuales de crecimiento o variación corresponden a tasas anuales compuestas.

Debido a que a veces se redondean las cifras, los datos parciales y los porcentajes presentados en los cuadros no siempre suman el total correspondiente.

Agricultura y alimentación

Evolución y transformaciones más recientes en América Latina

*Luis López Cordovez**

En este trabajo se examinan los principales aspectos de la evolución y de las transformaciones recientes de la agricultura y alimentación de los países latinoamericanos, y se pretende además ofrecer una apretada visión de conjunto, a pesar de las limitaciones derivadas de información insuficiente y a veces parcial.

Para el análisis efectuado se han tenido en cuenta algunos aspectos relevantes del nuevo marco agrícola mundial que influyeron en grado diverso en el comportamiento de las agriculturas nacionales.

La agricultura regional presenta una combinación de progresos resultantes del aprovechamiento —a veces parcial— de sus potencialidades y de problemas no resueltos, que podrían estarse agravando. De todos modos, el progreso económico es evidente, ya que sus dimensiones aumentaron en 1.4 veces durante la década de los años setenta. Su avance técnico es notorio y al mismo tiempo diferenciado. Ambos se han sustentado tanto en los estímulos derivados de las políticas públicas como de condiciones atractivas —aunque selectivas— de mercados en expansión. La formación acelerada de capital en las unidades productivas empresariales hizo posible gran parte de la expansión productiva lograda. La coexistencia de ese progreso material junto a la persistencia de la pobreza rural constituye el rasgo negativo más notable del agro latinoamericano.

*Director de la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO.

I

La agricultura en el contexto global*

La diversidad de situaciones que presentan actualmente las agriculturas nacionales dificulta una apreciación de alcance regional. Pese a las dificultades derivadas de la creciente heterogeneidad que determina diferencias importantes en el significado de la actividad agrícola dentro de la economía global, en su orientación productiva, en su vinculación con los mercados internos y externos, en las dimensiones, características, dinamismo y conducta económica de los segmentos que la conforman, en las relaciones de esos segmentos entre sí y con el resto del sistema económico, hay suficientes elementos comunes que permiten configurar una visión de conjunto de la región que ilustre sobre el rumbo e intensidad de las transformaciones económicas y sociales que viene experimentando el agro latinoamericano.

Durante los decenios pasados, por sus dimensiones y recursos propios, la agricultura era un sector de relevante importancia en la mayoría de las economías nacionales, mientras que la industria se encontraba en etapas relativamente incipientes de su desarrollo. Por lo tanto, y escasos como eran entonces los recursos de capital —salvo en los países con elevadas exportaciones de minerales o petróleo— y reducida la asistencia financiera externa, el agro debía contribuir al crecimiento de otras actividades económicas. A esta situación se sumaba el generalizado convencimiento de que la expansión de la agricultura podría lograrse haciendo uso más eficaz de los recursos ya aplicados al sector, puesto que sus propias necesidades de capital eran más bien modestas.

La industria ha sido, sin lugar a dudas, el sector de mayor dinamismo en el desarrollo del sistema económico latinoamericano. La agricultura, por su parte, desempeñó una función notable: contribuyó de modo importante a ese dinamismo del sector industrial. Continúa desempeñando el mismo papel, pero a pesar de

*El autor agradece las valiosas observaciones y sugerencias de los señores Emiliano Ortega y Rolando Chateauf.

que sus dimensiones económicas son bastante mayores que las que tuvo en los decenios anteriores, ya no ocupa el lugar destacado de entonces, como sector cuyo excedente económico podría ser transferible al resto del sistema económico.

A comienzos de los años ochenta, en algunos países la agricultura tiene gran relevancia, en cambio en otros ocupa una posición más discreta. Entre 1970 y 1980, a nivel regional y según las cuentas nacionales, el producto interno bruto agrícola creció al 3.5% por año, frente al 5.6% registrado por el producto interno bruto total. La participación de la agricultura en el producto total bajó, en el mismo período, del 14% al 11.4%. Por su parte, la fuerza de trabajo agrícola respecto a la total disminuyó durante el decenio del 42.1 al 36.2%.¹ Desde luego, tanto las tasas de incremento del producto agrícola como su participación en el producto total y las dimensiones de la población agrícola respecto a la población total, varían bastante de un país a otro.

Cuando se transforma y diversifica la economía, la agricultura reduce de manera progresiva su peso relativo respecto al total, lo cual induce por lo general a enjuiciar equivocadamente el comportamiento del sector y calificarlo de modo negativo. Dentro del proceso de desarrollo económico es normal que disminuya la contribución de la agricultura, medida por los indicadores macroeconómicos globales que pueden desagregarse a nivel sectorial. Esa mengua por sí misma no implica una manifestación de dinamismo insuficiente. La naturaleza y magnitud de la evolución agrícola debe ser examinada no sólo a través de indicadores estadísticos sobre producción y productividad, sino también de otros que reflejen transformaciones socioeconómicas derivadas de cambios en la distribución del ingreso, en las dimensiones de la pobreza extrema y en el grado de ocupación de la fuerza de trabajo.

En la década de los años setenta se comprobó que la mayoría de las agriculturas nacionales, desde hace algún tiempo y con intensidad y profundidad distintas, habían venido experimentando transformaciones sustantivas en

sus estructuras socioeconómicas y en las relaciones existentes entre ellas. Se analizó y demostró que la modernización tecnológica de la agricultura no era un hecho aislado, sino que formaba parte de un conjunto de hechos que evidenciaba su carácter integrado e interdependiente respecto al desarrollo de los demás sectores económicos. Dicho conjunto de vinculaciones y repercusiones se extiende y entrelaza con el sistema de relaciones externas de las economías nacionales.²

La integración e interdependencia de la agricultura con el desarrollo global es, por lo tanto, determinante de los cambios que en su seno se vienen observando; para entender acabadamente lo acaecido en el agro tanto en lo productivo como en su estratificación social, se debe prestar particular atención a las relaciones intersectoriales, las que ayudan a explicar lo ocurrido a la luz de situaciones y procesos más amplios y complejos que los ligados sólo a las variables propias del sector agrícola.

Dentro de ese marco de integración e interdependencia se ha tornado cada vez más difícil que los propósitos —generales para toda la agricultura, específicos para cada línea de producción o en beneficio del amplio mundo campesino— perseguidos por el Estado a través de sus programas y acciones prioritarias, sean plenamente compatibles y coherentes entre sí y entre ellos y los objetivos postulados para el sistema económico en su conjunto. Las dificultades, inconsistencias y contradicciones fueron mayores cuando los países tuvieron que encarar opciones, revisar metas y objetivos y aplicar políticas de ajuste interno para hacer frente a la coyuntura externa.

El ingreso medio de la población que depende de la agricultura sigue siendo bastante más bajo que el de la población no agrícola. La evolución de la agricultura, a pesar de los progresos productivos alcanzados —que se describen más adelante—, aún no satisface las exigencias que en lo económico y social tiene sobre esta actividad el desarrollo de la economía y sociedad latinoamericanas.

¹ CEPAL, "Proyecciones del desarrollo latinoamericano en los años ochenta" (E/CEPAL/G.1158), abril de 1981.

² CEPAL y FAO, "Desarrollo social rural en América Latina" (CEPAL/FAO/78/2), Reunión Técnica CEPAL/FAO sobre desarrollo social rural en América Latina, Montevideo, Uruguay, 9-11 de agosto de 1978.

II

La producción agrícola regional en los años setenta

Las acentuadas alteraciones e incertidumbres de alcance mundial ocurridas en los ámbitos económico, social y político durante la década pasada, y de modo más evidente durante su segunda mitad, afectaron intensamente los mercados agrícolas internacionales —de productos, de insumos tecnológicos y financieros—, y a través de ellos repercutieron de modo y profundidad diversos sobre el proceso productivo agrícola de los países desarrollados y en desarrollo.

América Latina no escapó a esas repercusiones. Cuando la fracción exportada de un producto supera un tercio del total regional producido, es notoria la incidencia de las condiciones de los mercados externos sobre el proceso de producción; por ello, antes de entrar en el examen de lo ocurrido con la producción agrícola regional, se presenta un breve esbozo de la agricultura mundial.

1. Algunos aspectos relevantes del nuevo marco agrícola mundial

El período comprendido entre el comienzo de los años cincuenta y setenta fue, en general, de crecimiento definido y estable de la producción agrícola mundial y, en particular, de la de alimentos, acompañada ésta por un crecimiento sin precedentes del consumo alimentario. El principal problema que en 1970/1971 se le planteó a la agricultura mundial fue la forma de conciliar la necesidad de aumentar los ingresos obtenidos de las exportaciones de productos agrícolas, con la de mejorar los ingresos de los productores agrícolas tanto de países desarrollados como en desarrollo y de conservar, al mismo tiempo, una mayor estabilidad y firmeza en los mercados internacionales y con ello un mejor equilibrio entre la oferta y la demanda a nivel mundial.

De acuerdo a cifras de la FAO³ se concluye

que el valor de la producción agrícola mundial creció al 2.9% anual entre 1950 y 1972, en tanto que el valor del comercio internacional de productos agrícolas lo habría hecho al 5.0% por año. El período se caracterizó por aumento de la dependencia alimentaria de las regiones en desarrollo respecto a las importaciones. En 1972, debido a la coincidencia de grandes déficit productivos en varios productos interrelacionados, creció sustancialmente la demanda internacional y por ello se debió recurrir copiosamente a las reservas para subsanar gran parte del desnivel entre la demanda y la oferta. Cuando en 1973 las reservas rayaban en sus niveles más bajos, se produjo un alza pronunciada de los precios. El fuerte aumento de los precios del petróleo y los trastornos financieros y monetarios resultantes, afectaron los balances de pagos, aceleraron la inflación y estimularon la especulación, introduciendo incertidumbres adicionales que generaron situaciones muy tensas entre oferta y demanda en los mercados agrícolas internacionales.

El alza de los precios de los fertilizantes, plaguicidas, combustibles y lubricantes impulsó ajustes en los sistemas de producción, en particular en lo relativo a la localización y composición de los cultivos y selección de procesos técnicos que implicasen ahorro de energía.

En 1975/1976 se inició la recuperación económica de los países industrializados, bajaron los precios agrícolas internacionales y se acumularon existencias en los países importadores.⁴ En 1977 aumentaron la producción y los suministros agrícolas mundiales, lo que coincidió con la recuperación de la demanda al elevarse los ingresos de los consumidores e incluso se registró una cierta recuperación de las existencias. Al recobrase la demanda en 1978 subieron ligeramente los precios, lo que coincidió con un aumento considerable de los precios de las exportaciones de manufacturas, empeo-

³ FAO, *Anuario de producción y comercio*, Roma, varios años.

⁴ FAO, *Situación y perspectivas de los productos básicos, 1975-1976*, Roma, 1976.

rando la relación de los términos del intercambio. Después de dos años de expansión sustancial de la producción —1977 y 1978—, ésta cayó en 1979, llegando a invertirse la tendencia, lo que a su vez generó una nueva alza de los precios.⁵ En 1980, la producción mundial creció ligeramente, pero en términos de producción por habitante disminuyó por segundo año consecutivo. Los precios internacionales de los fertilizantes subieron entre 20 y 30% respecto a sus niveles de 1979, lo que contribuyó a un nuevo incremento de los precios agrícolas a comienzos de 1981.⁶

La FAO seleccionó 21 productos que representaban alrededor del 50% del comercio agrícola mundial para apreciar el grado de inestabilidad, entre 1968 y 1978, de los precios y del volumen en el comercio internacional (véase el cuadro 1); y encontró como particularidad más significativa el importante y generalizado aumento de la inestabilidad de los precios a mediados de los años setenta, en comparación con los últimos años del decenio de los años sesenta y con los primeros de la década siguiente. La variabilidad del volumen de las exportaciones acusó pocos cambios. En el período 1974-1978 hubo una significativa tendencia generalizada hacia una estabilidad ligeramente mayor.⁷

Son numerosas, complejas y variables las causas de la notoria desestabilización de tan amplia gama de precios de productos agrícolas. Parece, sin embargo, que dentro de ellas han desempeñado un papel subordinado las variaciones del volumen de producción o de las exportaciones; tampoco parece haberse producido una mayor inelasticidad de los precios. Entre 1974 y 1978 han adquirido mayor importancia los cambios en las estructuras de comercialización, el empequeñecimiento de los mercados mundiales residuales debido a mayor autosuficiencia de países importadores y la mayor protección ofrecida a los productores nacionales. La aceleración de la inflación mundial y el aumento de la inestabilidad de los mercados

monetarios mundiales son factores que posibilitaron una mayor actividad en los intercambios mundiales de productos agrícolas y contribuyeron a una mayor variabilidad de sus precios.⁸

Entre 1970 y 1978 el valor de las exportaciones agrícolas mundiales habría crecido al 18.3% anual a precios corrientes y al 4.4% anual a precios reales, en tanto que la producción mundial creció al 2.5% anual.⁹ En el período de referencia, *Estados Unidos* mantuvo su condición de primer exportador mundial de granos y semillas oleaginosas. Estas exportaciones junto a las de productos pecuarios y otros no alimenticios, como algodón y tabaco, determinaron que las exportaciones agrícolas norteamericanas crecieran al 9% anual entre 1972 y 1980, frente al 5.5% por año registrado durante el período 1950-1972.¹⁰

La producción norteamericana de cereales y granos oleaginosos pasó de 147 a alrededor de 350 millones de toneladas entre 1950 y 1980. A partir de 1973 entraron en producción los 65 millones de acres de tierras antes no utilizadas. Dentro de los principales países productores y exportadores, *Estados Unidos* mostró poseer mayor capacidad de producción y de ajuste de sus políticas frente a las cambiantes situaciones de los mercados internacionales; elevó su grado de competitividad en dichos mercados al mismo tiempo que aumentó su producción al ritmo de la expansión de la demanda mundial. A comienzos de los años ochenta, *Norteamérica* había puesto en producción para la exportación prácticamente toda su capacidad de tierras habilitadas, incluyendo aquellas que durante más de dos décadas estuvieron fuera de cultivo.¹¹

Además de haberse volcado con mayor intensidad a los mercados internacionales, la agricultura norteamericana logró eliminar la fuerza de trabajo redundante; el desequilibrio crónico entre tierra y fuerza de trabajo, que se extendió hasta comienzo de los años setenta, dejó de ser un problema insoluble.

La lenta migración a las ciudades, la resi-

⁵ *Ibidem*, 1979-1980.

⁶ FAO, *El estado mundial de la agricultura y la alimentación*, 1980, Roma, mayo de 1981.

⁷ FAO, *Situación y perspectivas de los productos básicos*, 1979-1980, Roma, 1980.

⁸ *Ibidem*.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ United States Department of Agriculture, *Agricultural-food Policy Review*, Washington, abril de 1981.

¹¹ United States Department of Agriculture, *op. cit.*

Cuadro 1

 MUNDO: VARIACION EN LOS PRECIOS DE EXPORTACION Y EN LAS CANTIDADES EXPORTADAS DE LOS PRODUCTOS INDICADOS, 1968-1979 Y 1974-1978^a

(En porcentajes)

	1968-1972		1974-1978		Relación 1974-1978, 1968-1979	
	Precio	Cantidad	Precio	Cantidad	Precio	Cantidad
Café	9.16	11.09	34.97	17.18	3.82	1.55
Té	5.56	13.42	24.48	20.47	4.40	1.53
Azúcar	19.19	18.27	44.14	16.89	2.30	0.92
Trigo	8.26	17.28	11.70	10.01	1.42	0.58
Arroz	10.04	13.55	22.89	14.84	2.28	1.10
Maíz	8.22	17.47	12.29	12.93	1.50	0.74
Cebada	6.75	20.94	7.01	11.88	1.04	0.57
Mantequilla	25.81	26.54	5.62	12.31	0.22	0.46
Queso	23.26	8.57	6.15	9.12	0.26	1.06
Soja	5.09	24.93	38.18	22.38	7.50	0.90
Aceite de soja	13.75	21.76	23.19	22.51	1.69	1.03
Aceite de semilla de algodón	14.88	43.34	18.64	26.12	1.25	0.60
Aceite de oliva	9.42	21.59	4.94	29.30	0.52	1.36
Aceite de palma	15.60	15.26	22.25	15.81	1.43	1.04
Caucho	13.07	6.16	16.61	7.00	1.27	1.14
Algodón	5.65	18.73	14.15	12.64	2.50	0.67
Cacao	19.51	8.34	25.43	8.66	1.30	1.04

 Fuente: FAO, *Situación y perspectivas de los productos básicos, 1979-1980*. Roma, 1980.

^aLa FAO calculó los coeficientes de variación partiendo de datos trimestrales sobre precios y cantidades de exportación, que ajustó para tener en cuenta las tendencias.

dencia en el campo no asociada con el empleo en la agricultura, la plena utilización de la tierra disponible, una corriente de innovaciones tecnológicas que además de liberar mano de obra permitió que la producción creciese tan rápido como la demanda interna y en particular la externa, y el logro de una mejor relación entre productividad agrícola y no agrícola—debido a que la tasa de retorno creció apreciablemente en los años setenta— son factores que, en conjunto, condujeron a la desaparición del clásico desequilibrio tierra-hombre.¹²

Los problemas que concentran la atención en la toma de decisiones sobre la política agrícola norteamericana, al contrario de lo que ocurrió en el pasado, no se vinculan con el manejo de una excesiva capacidad de producción, sino con la introducción de ajustes en la

producción para evitar escasez, particularmente en cereales y oleaginosas. Estados Unidos suministra casi la mitad del volumen transado en los mercados internacionales de esos productos, por lo tanto, las fluctuaciones de la demanda y producción mundiales de esos productos repercuten de modo ampliado en las decisiones norteamericanas de producción anual. La expansión de la demanda internacional por productos agrícolas de Estados Unidos se triplicó en los años setenta; y es evidente que continuará creciendo durante esta década.

Desde 1973, la inestabilidad monetaria repercutió seriamente sobre la agricultura de la CEE, lo que condujo a la adopción de medidas complejas y al establecimiento de compensaciones monetarias, para evitar la desintegración del mercado agrícola común, de modo que la tarea de fijar los precios agrícolas anuales—dentro del ámbito económico global—

¹²*Ibidem.*

fue una de las mayores dificultades que enfrentó la Comunidad.

En los años setenta, la agricultura de la CEE soportó ajustes estructurales acompañados por progresos técnicos. Creció rápidamente el tamaño de las unidades agrícolas y se redujo el número de productores; como resultado de ello mejoró la productividad y aumentó en forma sostenida el volumen anual de prácticamente todos los productos. El consumo no siempre creció al mismo ritmo; en algunos productos lo hizo con la misma velocidad que la producción, en otros aumentó basado en una elevada intervención del gasto público agrícola —productos lácteos—, y finalmente en otros donde se constituyeron o mantuvieron excedentes —carne, azúcar y productos lácteos—, se estimularon las exportaciones mediante programas específicos muy activos, junto a costosas medidas para incentivar de diversas formas el consumo interno.

Entre 1978 y 1980, el comercio agrícola intracomunitario mostró tendencia al estancamiento en la mayoría de los productos —cereales y carne en particular—, lo que contrasta con los considerables incrementos registrados en el período 1973-1978 luego de la incorporación de Inglaterra, Dinamarca e Irlanda a la CEE.¹³ Esto indica que la Comunidad depende cada vez más de las exportaciones a terceros países para disponer de algunos de sus excedentes. Las exportaciones de azúcar y productos lácteos se beneficiaron por las caídas de la producción de los principales países productores —por condiciones climáticas adversas o por objetivos de política—, lo que determinó una reducción de los suministros y elevados precios en los mercados mundiales.

El principal problema que enfrenta la CEE a corto y a mediano plazo consiste en determinar cómo podrá disponer de sus crecientes volúmenes de producción, tanto interna como externamente y a precios razonables, que salvaguarden el ingreso de los productores y que al mismo tiempo se mantengan dentro de los límites de intervención estatal defi-

nidos por las magnitudes de los fondos públicos al efecto asignados.

La CEE ocupa el segundo lugar como exportador mundial de productos agrícolas (10% del total mundial) precedida por Estados Unidos (alrededor de 20%) y seguida por Canadá (7%). La participación de la CEE en el total mundial ha permanecido relativamente estable a largo plazo. Cayeron ligeramente sus exportaciones en el período 1973-1976, pero entre 1976 y 1979 se recuperaron. En 1978, el 48% de las exportaciones agrícolas de la CEE fue a países industrializados, un 43% a países en desarrollo y 9% a países de economías centralmente planificada. Y alrededor de dos tercios de sus exportaciones consistieron en productos procesados.¹⁴ Llama la atención el caso de los elaborados de café, té y cacao, que la CEE no cultiva y exporta en elevados volúmenes, basados en importaciones de productos primarios procedentes de países en desarrollo.

Dos años de cosechas mundiales insatisfactorias —1979 y 1980— condujeron al empeoramiento de la situación alimentaria mundial. Puesto que la cosecha de 1981 fue bastante mejor que la esperada, la amenaza de una nueva crisis alimentaria de vastas proporciones parece haberse alejado. Pero a consecuencia de la mengua de la producción cerealera en 1980, aumentaron sensiblemente las necesidades de importación. La FAO¹⁵ estimó que en 1980/1981 los países en desarrollo habrán importado 95 millones de toneladas de cereales, cifra que representa un 7% más que durante el bienio precedente. La demanda aumentó cuando la restricción de las disponibilidades había provocado un alza neta de los precios. Como a su vez los fletes marítimos también se incrementaron, el costo de las importaciones alimentarias aumentó seriamente.

2. El comportamiento productivo regional

Para varios países latinoamericanos, la expansión del mercado interno fue determinando de modo decisivo el comportamiento de su pro-

¹³ Commission of the European Communities, *The agricultural situation in the Community, 1980 Report*, Bruselas, diciembre de 1980.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ FAO, *Sistema mundial de información y alerta sobre la alimentación y la agricultura: perspectivas alimentarias*, Roma, varios números correspondientes a 1981.

ducción agrícola y su composición; para otros su agricultura ha continuado internacionalizándose. En ambos casos, las agriculturas nacionales han sido afectadas no sólo por las repercusiones de requerimientos por mayores volúmenes producidos, sino además por las características y composición de los mercados de los cuales dependen básicamente.

Consideradas las agriculturas nacionales por sus dimensiones —medidas por su producto interno bruto agrícola a precios de 1970¹⁶— se tiene que en el trienio 1970-1972, la agricultura mexicana era la de mayor magnitud, y le seguían la brasileña, argentina, colombiana, peruana y venezolana, para citar en orden decreciente a las más importantes. Al término de la década —trienio 1978/1980— el primer lugar lo ocupa Brasil, seguido por México y Argentina que supera ligeramente a Colombia, a la que sigue Perú, casi alcanzado por Venezuela.

Cuatro países —Paraguay, Brasil, Guatemala y Colombia— alcanzaron en los años setenta aumentos medios de su PIB agrícola superiores al 4% anual. Cinco —Nicaragua, Venezuela, Ecuador, República Dominicana y Argentina— lograron un crecimiento agrícola entre 3 y 4% por año. Cuatro países —Bolivia, El Salvador, Costa Rica y México— tuvieron un incremento anual entre 2 y 3%. En otros seis —Chile, Haití, Panamá, Honduras, Uruguay y Perú— el aumento anual medio fue inferior al 2%.

El análisis de la evolución productiva a través del crecimiento del producto interno bruto sectorial, según cuentas nacionales, adolece de varias limitaciones, entre las cuales se destaca la imposibilidad de explicar lo ocurrido con las diferentes líneas de producción y la dificultad para identificar y ponderar las causas que han determinado su dinamismo o estancamiento. Por ello, se examina a continuación el comportamiento productivo de la agricultura en función del volumen físico por productos. Este ha sido dinámico (3.3% por año en términos del valor bruto de la producción) comparado con el obtenido por el conjunto de las regiones en desarrollo (2.9% anual) y por los países desarro-

llados, 2% por año. Examinado, según el valor bruto de la producción por habitante latinoamericano, cabe calificarlo como relativamente dinámico; alcanzó al 0.8% por año. Sin embargo, es insuficiente respecto a la demanda potencial de alimentos de la sociedad latinoamericana, que incluye alrededor de 45 millones de malnutridos; ha crecido menos que la demanda efectiva, ya que ésta lo habría hecho al 3.6% por año. Es insuficiente, también, respecto al potencial productivo agrícola latinoamericano; pues se utiliza algo más de una cuarta parte de la superficie cultivable. Es insuficiente, además, frente a los requerimientos de exportación agrícola de los países latinoamericanos para sanear sus balances comerciales y de pagos y para reducir su endeudamiento externo. Por último es insuficiente respecto a la intensidad de crecimiento productivo, necesario como base material indispensable para elevar la calidad de vida en el medio rural.

El comportamiento productivo ha sido diferenciado. Los cultivos crecieron más lentamente que los pecuarios; lo hicieron al 3.1 y 3.7% por año, respectivamente. Esa tendencia se insinuó en los años sesenta y en ella influyeron numerosos y complejos factores. Cabe destacar nuevamente aquí la incidencia de condiciones climáticas desfavorables sobre el volumen y composición anual de la producción.

La evolución por líneas de producción muestra marcadas diferencias entre grupos de productos; algunas fueron dinámicas, otras de crecimiento lento y algunas registraron reducciones. Cuatro grupos de productos vegetales crecieron más aceleradamente que la población: oleaginosas, hortalizas, frutas y sacarinos. Dentro de los pecuarios lo hicieron la carne de aves y de cerdo, los huevos y la leche. Los cereales, las bebidas estimulantes, las leguminosas secas y la carne bovina crecieron ligeramente menos que la población. Por último, declinó la producción en las raíces y tubérculos y en las fibras vegetales, excluido el algodón. El cuadro 2 muestra lo ocurrido con cada grupo de productos y con los principales productos por separado.

Entre los cultivos, el grupo más dinámico es el de las oleaginosas y a su vez dentro de éste destaca la soja. El espectacular aumento de las oleaginosas se explica principalmente por la

¹⁶CEPAL, "Proyecciones del desarrollo latinoamericano en los años ochenta" (E/CEPAL/G.1158), abril de 1981.

expansión del área cosechada, la que aportó el 68% del aumento de la producción. De todos modos, no se debe subestimar el aumento de

los rendimientos que crecieron al 2.8% por año, tasa que duplica el crecimiento de los rendimientos medios de los cultivos.

Cuadro 2

AMERICA LATINA: PRODUCCION, AREA COSECHADA Y RENDIMIENTOS
MEDIOS FISICOS, 1969-1971 A 1978-1980

(Tasas anuales de crecimiento, porcentajes)

Cultivos	Volumen producido	Area cosechada	Rendimientos físicos
<i>Cereales</i>	2.4	0.7	1.6
Trigo	2.6	1.5	1.1
Arroz	3.4	2.1	1.2
Maíz	1.3	-0.1	1.4
Sorgo	5.5	2.6	2.8
<i>Raíces y tubérculos</i>	-0.7	0.3	-1.0
Papas	1.4	-0.3	1.7
Mandioca	-1.1	0.7	-1.8
<i>Caña de azúcar</i>	3.5	2.3	1.1
<i>Leguminosas secas</i>	0.7	1.1	-0.5
Frejol	0.5	1.3	-0.7
<i>Oleaginosas</i>	14.2	11.1	2.8
Soja	25.9	23.6	1.9
<i>Hortalizas</i>	3.2	2.1	1.1
<i>Frutas</i>	3.5	0.3	3.2
Banano	1.9	0.3	1.3
Cítricos	7.5
Manzanas	7.1
<i>Bebidas y tabaco</i>	2.5	0.9	1.6
Cacao	4.2	0.5	3.6
Café	1.9	0.8	1.0
Tabaco	4.1	2.3	1.7
<i>Algodón en rama</i>	1.4	0.5	0.9
<i>Fibras vegetales</i>	-1.4	-0.2	-1.2
<i>Otros cultivos</i>	5.0	4.0	1.0
<i>Total cultivos</i>	3.1	1.7	1.4
Pecuarios	Volumen producido		Animales faenados o en producción a/
<i>Carnes</i>	3.3		...
Bovina	2.1		2.0 b
Porcina	3.4		3.3 b
Aves	9.3		9.3 b
<i>Otros pecuarios</i>	3.3		...
Leche ^c	3.2		2.6 c
Huevos ^d	5.1		4.5 d
<i>Total pecuarios</i>	3.6		2.6
<i>Total agropecuarios</i>	3.3		...

Fuente: Elaborado por la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO, a base de cifras de la FAO.

^aIncluidas mejoras en los rendimientos físicos.

^bTotal animales faenados.

^cVacas lechando.

^dTotal gallinas ponedoras.

Tanto la demanda interna como las exportaciones de oleaginosas han crecido sustancialmente; la primera lo hizo casi al 9% por año entre 1968/1971 y 1977/1979 y la segunda al 17.2% anual en el mismo período. El efecto combinado de ambas demandas permitió absorber una producción regional que creció a más del 14% por año.

Dentro de las frutas, la expansión de los cítricos y las manzanas (7.5 y 7.1% por año respectivamente) contrasta con el lento aumento del banano (1.9% anual) inferior al crecimiento de la población.

A comienzos de la década, dentro de la producción avícola, la de huevos era más importante que la carne. En 1970, la relación carne/huevos que era de 0.85, pasó a 1.23 en 1980. La generalizada reducción del precio de la carne de aves respecto a la bovina se ha conseguido por disminución de los costos de producción, derivada principalmente de una mayor eficiencia y productividad. A ello debe sumarse la ingerencia activa de los grandes productores en el proceso de mercadeo, lo que contribuyó a reducir costos y a fomentar la demanda. De otro lado, la evolución del comercio mundial de la carne bovina, junto a la relativa inelasticidad de la oferta, contribuyeron a elevar los precios internos de esa carne. El proceso de urbanización por su parte también contribuyó al mayor consumo de carne de ave; las grandes ciudades están bien abastecidas por empresas avícolas muy dinámicas y eficientes.

El fuerte incremento de la producción avícola no estuvo acompañado por igual ritmo en la producción de cereales secundarios. La producción de maíz creció más lentamente y, al mismo tiempo, la parte producida para consumo humano disminuyó del 38 al 29%, entregando progresivamente mayores volúmenes para la alimentación de aves y cerdos. La relativa estabilidad de los suministros y precios del maíz en los mercados internacionales —particularmente a partir de 1976— han repercutido sobre los niveles de los precios internos; si bien no llegaron a desalentar la producción tampoco la estimularon. A ello se sumó la competencia con el sorgo, cuya producción vióse de este modo alentada y cobró dinamismo. Si bien la producción regional de sorgo es aún reducida respecto a la de maíz, puede tratarse del inicio

de una tendencia que se acentúe en los años ochenta.

La reducción del consumo de leguminosas parece una realidad en muchos países de la región. No está claro si la caída de su consumo ha determinado la reducción del ritmo de crecimiento de la producción o si ha ocurrido lo contrario. En el menor consumo de leguminosas influyen su precio relativamente alto respecto a otros alimentos y el hecho de que exigen mayor gasto en combustible y tiempo de cocción; por su lado, el proceso de urbanización podría estar contribuyendo a la reducción del consumo por habitante. Las raíces y tubérculos son alimentos básicos principalmente en las áreas rurales. El lento crecimiento de la producción de papa (1.7% por año) podría explicarse como consecuencia de una concentración de la demanda, resultante de los cambios ocurridos en el peso relativo de la población urbana y rural. El encarecimiento del transporte y de la conservación de este tipo de productos también puede haber influido en la reducción de su consumo por habitante.

3. Bases de este comportamiento

El crecimiento de la producción continúa sustentándose principalmente en el aumento del área cosechada. Sin embargo, se ha manifestado ya una tendencia ascendente del aporte de la productividad al total producido. En la década de los años sesenta la expansión del área aportó dos tercios al aumento de lo cosechado, correspondiendo el tercio restante a la elevación de los rendimientos. Durante la década siguiente esa relación cambió significativamente. Tres quintas partes provienen ahora del área ampliada y dos quintas de las mejoras en los rendimientos. El área cosechada ha crecido al 1.7% por año, en tanto que los rendimientos lo hicieron al 1.4% anual (véase nuevamente el cuadro 2).

Se estima que se utiliza poco más de una cuarta parte de la superficie agrícola cultivable. La mayor reserva de tierras —72% de un total de alrededor de 600 millones—¹⁷ está localiza-

¹⁷ CEPAL, *25 años en la agricultura de América Latina: Rasgos principales, 1950-1975*, Cuadernos de la CEPAL, N.º 21, trabajo elaborado por la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO, 1978.

da en el trópico húmedo cuyo suelo se caracteriza por su baja fertilidad natural y su fragilidad. En el subtropico se halla ubicado un 24% y el 4% restante en la subregión templada y en los sectores temperados de las cordilleras andinas. Algo más de la mitad —54%— de las reservas de tierras cultivables pertenecen a Brasil, Argentina, México y los países del Grupo Andino concentran gran parte del resto. En la década pasada, Brasil, Colombia, Argentina, Paraguay, Cuba, República Dominicana, Bolivia, Guatemala, Honduras y Costa Rica, aumentaron su área cosechada de modo más acelerado. La superficie cosechada regional ha pasado de 85 a 100 millones de hectáreas. De los 15 millones de aumento, el 62% corresponde a nuevos cultivos oleaginosos —principalmente soja—; 24% a cereales —trigo, arroz y sorgo—; 8% a caña de azúcar; 5% a café y el 1% restante se distribuye entre diversos cultivos, cuya área cosechada apenas aumentó.

La mayoría de las agriculturas nacionales elevaron sus rendimientos unitarios. Y a ello contribuyeron una combinación de factores, tales como la maduración de un trabajo orgánico de investigación y divulgación de resultados de los mismos, especialmente en lo que se refiere al mejoramiento genético de las plantas, a la aplicación de nuevas técnicas de fertilización y de control de plagas y a métodos avanzados de cultivo. En otros casos, influyeron exitosos programas de habilitación de tierras y la maduración de inversiones en regadío.

Tampoco puede dejar de mencionarse los avances derivados de una organización más eficiente —tanto técnica como económica— de las unidades productivas de tipo empresarial. Sin embargo, hay agriculturas que en el transcurso de los diez años examinados no lograron elevar en medida importante sus rendimientos; se advierten sí progresos efectivos en algunos cultivos, que no consiguen, sin embargo, influir sobre el nivel medio de productividad del conjunto de tierras cosechadas.

El acrecentamiento de la capacidad física de producción fue posible gracias al progreso técnico aplicado, diverso según las características de cada línea de producción, de sus exigencias en insumos técnicos y de la importancia de cada paquete tecnológico adoptado, medida por el número de sus componentes y por el gra-

do de interdependencia entre ellos. Fue diferente, además, según los agentes económicos que introdujeron y aplicaron el cambio tecnológico y según las condiciones estimulantes o restrictivas de la producción que han prevalecido en los mercados.

En tres grupos de cultivos: cereales, sacarinicos y oleaginosos se concentra el 77% de los fertilizantes utilizados. Esos cultivos ocupan a su vez el 72% del área cosechada, y representan el 70% de los alimentos consumidos. El empleo de pesticidas está más generalizado que el de fertilizantes; sin embargo, hay gran predominio del algodón, seguido por cereales, frutas, café y papa, los que en conjunto absorben casi el 90% de los pesticidas empleados y ocupan el 63% del área cosechada (véase el cuadro 3).

En orden de importancia —determinada ésta por la magnitud de la aplicación media de fertilizantes por hectárea— se ubican la caña de azúcar, soja, cítricos, bananos, hortalizas, tabaco, algodón, papa, sorgo, arroz, trigo y maíz.

El consumo regional de fertilizantes ha pasado de 3.6 a 6.8 millones de toneladas de NPK, lo que implica un aumento del 8.5% anual (6.6% los nitrogenados, 10.1% los fosfatados y 9.7% los potásicos). En la década pasada se alteró la relación del consumo de fósforo y de potasio respecto al de nitrógeno. De 67% que fue la relación P/N ha subido a 93%, en tanto que el coeficiente K/N subió de 45 a 60%. El promedio regional está fuertemente influido por lo registrado en Brasil, donde el consumo de fertilizantes se cuadruplicó durante los años setenta —16% anual— con crecimiento muy acelerado del consumo de fósforo y potasio debido a los requerimientos de ciertos cultivos y al contenido de nutrientes del suelo. Las producciones de clima cálido-húmedo, en especial de oleaginosos y caña de azúcar, explican el creciente uso de fertilizantes fosfatados y potásicos. Se desconoce en qué grado puedan haber contribuido en este sentido los cambios en las formulaciones y el posible uso más eficaz de fertilizantes en cultivos de clima templado.

Si se relaciona el consumo total de fertilizantes con el área cosechada anual se encuentra que la intensidad de fertilización ha pasado de 35 a 67 hectáreas. De otro lado, ha crecido la producción regional de fertilizantes, disminuyendo por lo tanto el aporte de las importacio-

Cuadro 3

AMERICA LATINA: CAMBIOS EN LA COMPOSICION DE LA PRODUCCION
 Y DE LA TIERRA COSECHADA Y COMPOSICION DEL
 CONSUMO DE FERTILIZANTES Y PESTICIDAS
 (En porcentajes)

Productos	Composición de la producción		Composición del área cosechada		Composición del consumo de insumos técnicos 1974-1976	
	1969-1971	1978-1980	1969-1971	1978-1980	Fertili-zantes	Pesti-cidas
I. CULTIVOS						
<i>Cereales^c</i>	17.8	16.4	55.7	50.0	25.2	18.8
Trigo	3.3	3.1	10.1	9.8	6.7	2.1
Arroz	4.0	4.0	7.6	7.7	6.8	2.5
Maíz	8.6	7.2	30.7	225.6	5.9	9.7
Sorgo	1.4	1.6	4.2	4.5	5.4	4.5
<i>Raíces y tubérculos</i>	5.2	3.9	5.0	4.3	3.6	8.0
Papas	2.1	1.8	1.2	1.1		
Mandioca	2.3	1.6	3.1	2.8		
<i>Sacarinos</i>	7.4	7.4	5.9	6.2	26.7	7.0
Caña de azúcar	7.2	7.3	5.8	6.2	26.7	7.0
<i>Leguminosas secas</i>	3.1	2.4	8.7	8.4	1.1	0.6
Frejol	2.7	2.1	7.6	7.2	1.0	
<i>Oleaginosas</i>	2.9	6.9	7.3	15.8	24.8	1.0
Soja	0.8	4.5	1.9	10.6	21.8	...
<i>Hortalizas</i>	4.3	4.6	1.2	1.2	2.0	0.9
<i>Frutas</i>	9.1	9.3	2.2	1.9	7.9	13.9
Banano	3.5	3.2	1.4	1.2	3.5	3.0
Cítricos	1.7	2.4	3.5	3.1
<i>Bebidas y tabaco</i>	8.3	7.7	8.0	7.3	3.2	10.1
Cacao	0.7	0.8	1.2	1.1	0.2	
Café	6.5	5.7	6.2	5.6	1.4	9.6
Tabaco	0.9	1.1	0.6	0.6
<i>Algodón en rama</i>	4.1	3.5	5.1	4.5	4.9	39.6
<i>Total cultivos</i>	62.7	61.7	100.0	100.0	100.0	100.0
II. PECUARIOS						
<i>Carnes</i>	23.1	23.7				
Bovina	14.7	13.3				
Porcina	3.9	4.0				
Aves	3.5	5.9				
Otros	14.2	14.6				
Leche	9.1	9.0				
Huevos	4.1	4.8				
<i>Total pecuarios</i>	37.3	38.3				
<i>Total producción</i>	100.0	100.0				

Fuente: Elaborado por la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO a base de cifras de la FAO.

nes al consumo regional. La relación importación/consumo bajó de 58 a 51% en nitrógeno y de 56 a 38% en fósforo, en tanto que la de potasio se mantuvo en 99%. Brasil, Colombia, Cuba y Uruguay son los países que más incrementaron su producción de abonos fosfatados.

El consumo de pesticidas pasó de 77 a 136 millones de toneladas de ingrediente activo, lo que implica una tasa del 8.4% de aumento por año. Los insecticidas representan el 49% del consumo de pesticidas, los fungicidas 24% y los herbicidas el 27% restante. Crecieron con ma-

por intensidad los herbicidas —13.9%— y los insecticidas —9.1%— que los fungicidas, ya que éstos lo hicieron al 8% por año. Se aplican por hectárea de algodón —promedio regional— cuatro veces más pesticidas que en frutas, café, papa y caña de azúcar; a éstos siguen en importancia el tabaco, hortalizas, sorgo, maíz, arroz y trigo (véase nuevamente el cuadro 3).

En cuanto a maquinaria agrícola en servicio, el número de tractores ha pasado de 613 a 852 mil; aumento que implica un crecimiento del 4.8% por año. Los países que han elevado el número de tractores en más de un 70% son Brasil, Venezuela, Ecuador, Honduras y Boli-

via; en 60% lo hicieron México y Panamá; y los demás países aumentaron su parque de tractores entre un 20 y 50%. El número de hectáreas cosechadas por tractor —promedio regional— ha bajado de 137 a 113. La mecanización ha sido un componente importante del proceso de expansión del área cultivada.

El número de cosechadoras —trilladoras pasó de 95 a 117 mil, lo que implica un aumento de 3.1% anual. Venezuela, Guatemala, Ecuador y México elevaron el número de este tipo de máquinas en más de un 50%; Argentina y Brasil lo habrían hecho en alrededor del 30%.

III

La agricultura y el sector externo

No han variado sustancialmente las características de concentración, dependencia y vulnerabilidad de las exportaciones latinoamericanas. Se exporta una variedad limitada de productos que van a un número reducido de mercados importadores con definidas necesidades estacionales, particularmente de frutas y hortalizas. La conjunción de estas dos situaciones frena el dinamismo exportador regional y hace difícil reducir riesgos inherentes a las fluctuaciones de los volúmenes y precios de los productos exportados. La demanda externa que enfrenta América Latina no es estable, pues está determinada por los altibajos económicos de los principales países importadores. Esto ocurre particularmente con el café, el banano y el azúcar, productos de los cuales América Latina suministra buena parte de la oferta mundial. La inestabilidad de los ingresos originados por las exportaciones agrícolas continúa perjudicando el desarrollo agrícola y global latinoamericano.

1. Exportaciones

En los años setenta, los volúmenes agrícolas exportados por los países latinoamericanos aumentaron aproximadamente al 2.8% anual —entre 1950 y 1972 lo hicieron el 2.9% por año—

mientras que la tasa mundial fue de casi 5% por año durante la década considerada. La participación de América Latina en las exportaciones agrícolas mundiales, que estuvo descendiendo en los decenios anteriores, se mantuvo relativamente constante —alrededor del 12%— puesto que se redujo el ritmo de aumento de las exportaciones de África y se estancaron las ventas procedentes del Cercano Oriente. Hubo cambios en la composición y diversificación de las exportaciones latinoamericanas y se logró una mayor eficiencia en el proceso productivo que colocaron a la región en mejores condiciones para competir en los mercados internacionales.

El cuadro 4 recoge los cambios ocurridos en la parte exportada respecto al total producido por los países latinoamericanos, la que bajó del 18.4 al 17.1%, entre 1970 y 1980. Crecieron más rápidamente las exportaciones de semillas oleaginosas, trigo, tabaco, té, frutas cítricas y manzanas. Los países latinoamericanos exportaron en el trienio 1978/1980 más del 50% de su producción de té, café y cacao; menos del 50% de la fibra de algodón y soja; proporción que fue inferior al 40% en el caso del sorgo, azúcar, otras semillas oleaginosas, tabaco y manzanas, e inferior al 30% de lo producido el trigo y banano exportado. Ha sido importante el aumento de las exportaciones de leguminosas se-

Cuadro 4

AMERICA LATINA: CAMBIOS EN LA FRACCION EXPORTADA RESPECTO A LA PRODUCCION
 Y EN LA IMPORTADA RESPECTO AL CONSUMO APARENTE^a
 (En porcentajes)

	Fracción exportada		Fracción importada	
	1969- 1971	1978- 1980	1969- 1971	1978- 1980
Trigo	18.1	27.6	39.2	47.6
Arroz	3.7	5.6	3.9	4.7
Maíz	18.1	15.2	3.3	10.7
Sorgo	26.9	37.1	3.9	18.9
Raíces y tubérculos	0.1	0.2	0.4	0.5
Azúcar	40.4	35.9	1.7	3.2
Leguminosas secas	2.4	8.7	4.3	7.0
Semillas oleaginosas y aceites vegetales	23.5	38.8	17.6	22.1
Soja	14.5	45.1	29.9	25.7
Hortalizas	4.1	4.2	0.8	0.7
Frutas	14.6	12.9	4.0	4.2
Banano y plátano	23.5	22.1	1.7	1.4
Cítricos	2.2	2.4	0.1	0.2
Manzanas	28.2	31.6	20.5	18.7
Bebidas y tabaco	70.8	57.0	16.5	9.4
Cacao	73.6	53.0	24.4	4.3
Café	77.1	61.6	8.3	4.9
Té	67.7	79.8	59.3	62.5
Tabaco	27.8	34.5	3.7	3.3
Algodón (fibra)	60.1	45.0	11.0	7.7
Carne vacuna	9.5	6.9	0.9	1.9
Carne ovina y caprina	9.6	8.9	3.4	2.0
Carne porcina	0.2	0.4	0.5	0.6
Carne de aves	0.02	2.3	2.0	3.1
Huevos	0.2	0.1	0.2	0.6
Lácteos	0.4	1.1	8.6	10.7
Total	18.4	17.1	9.7	12.8
Incremento anual	1977-1980/1969-1971 = 2.8		1977-1980/1969-1971 = 8.0	

Fuente: Elaboración de la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO, a base de cifras de la FAO.

^aLas cantidades exportadas se valoraron y agregaron a precios del productor de 1969-1971. Las cantidades importadas se valoraron y agregaron a precios CIF.

cas, en buena parte debido a las ventas intra-regionales.

Los cambios anotados indican, de un lado, que ha disminuido la proporción que se venía exportando de cultivos tradicionales respecto al total producido, como en el caso del café, cacao, algodón, azúcar, maíz y carne vacuna, productos para los cuales el mercado doméstico viene tornándose cada vez más importante. Por otra parte, ha aumentado la fracción exportada de otros cultivos —trigo, oleaginosas, sorgo,

manzanas, té, tabaco y carne de ave— lo que estaría indicando una mayor diversificación de las exportaciones, y, por lo tanto, una mayor articulación de las agriculturas nacionales con los mercados externos agrícolas. Esa mayor articulación forma parte importante de la creciente interdependencia entre naciones.

Nueve productos —café, azúcar, soja, harinas y tortas oleaginosas, algodón, cacao, banano, carne vacuna y ganado en pie, maíz y trigo en orden de importancia— contribuyeron con

el 80% de las exportaciones agrícolas a comienzos de los años ochenta. A pesar de la lograda diversificación de las exportaciones, el 58% de los ingresos de los países por exportaciones agrícolas provinieron de tres productos: café, azúcar y oleaginosas, incluyendo los subproductos de estas últimas.

Las exportaciones siguen destinándose fundamentalmente a países desarrollados; alrededor del 75% va a Estados Unidos, la CEE y otros países industrializados, 15% a los países en desarrollo y a los de economía centralmente planificada y el 10% restante constituye el comercio intrarregional.

2. Importaciones

Los volúmenes agrícolas importados por los países latinoamericanos aumentaron al 8% anual en los años setenta —lo hicieron al 5.3% anual entre 1965 y 1976— y al 10% por año entre 1975 y 1980. La aceleración del ritmo de aumento se debió a las mayores compras de trigo, maíz, sorgo, aceites vegetales, productos lácteos, frejol y azúcar.

El cuadro 4 muestra los cambios registrados en la década pasada con la fracción importada respecto al consumo aparente. El trigo es con mucho el producto importado más significativo, le siguen las semillas oleaginosas, los cereales para alimentación animal —maíz y sorgo—, los productos lácteos, las carnes, café, azúcar, leguminosas, frutas y cacao.

Las importaciones agrícolas alcanzan al 12% del abastecimiento regional. Una tercera parte de los productos agrícolas que importan los países latinoamericanos proviene de la misma región y algo más del 60% procede de países desarrollados, dependencia que se agrava por el hecho de que esos suministros son manejados por un reducido número de grandes empresas exportadoras que concentran la oferta, en particular, la de cereales.

El grado en que los distintos países dependen de las importaciones para completar su abastecimiento interno presenta notoria varie-

dad. Argentina, Brasil, Colombia, Guatemala, Nicaragua, Paraguay y Uruguay importan menos del 5% de su oferta interna; Ecuador, El Salvador, Haití, Bolivia, Costa Rica, Honduras, México y Panamá se aproximan al promedio regional de 10%; para Cuba, Chile y Jamaica la cifra oscila entre 20 y 30%, se eleva a casi el 50% para Trinidad y Tabago y Barbados y trepa a casi el 75% para Granada.

3. Balance del comercio agrícola

El valor en dólares corrientes de las exportaciones agrícolas de los países latinoamericanos habría pasado de 6.8 a 23.1 miles de millones entre 1969/1971 y 1977/1979. Durante el mismo período el valor de las importaciones habría aumentado desde 1.7 a 6.7 miles de millones de dólares. El saldo en favor de la región habría pasado de 5.1 a 16.4 miles de millones de dólares corrientes.

A los países de ALADI corresponden dos tercios del saldo favorable; para los países andinos su saldo comercial agrícola continúa siendo positivo, aun cuando en magnitudes decrecientes. Los países del MCCA tienen un balance positivo y creciente, en cambio los países del CARICOM enfrentan déficit sucesivos en su balance comercial agrícola externo.

El cuadro 4 es ilustrativo respecto a la evolución y la magnitud de los principales productos excedentes exportables y de los productos deficitarios que originan las importaciones más cuantiosas. Permite apreciar, además, corrientes paralelas en varios de ellos que salen y llegan a la región en virtud de las exportaciones e importaciones de los países y que constituyen un punto de convergencia importante para un mayor comercio intrarregional.

Vale la pena insistir en el aumento paulatino de la tendencia deficitaria observable en los productos calificados como 'críticos' —trigo, oleaginosas, cereales secundarios, lácteos y carnes— en los que la región puede aumentar su autoabastecimiento mediante un drástico reordenamiento de su producción y comercio.

IV

El desarrollo de las fuerzas productivas

Han ocurrido cambios importantes respecto a las fuerzas productivas agrícolas en el transcurso de los años setenta. Algunos fueron más evidentes, otros quedaron oscurecidos por las características propias del sector agrícola y, finalmente otros han pasado inadvertidos, confundidos dentro del comportamiento productivo sectorial. La percepción —a veces incompleta— de esos cambios permite, de un lado, apreciar cómo se fue acentuando la diferenciación productiva y social entre los agentes económicos comprometidos directamente en el proceso productivo.

Como es sabido, las fuerzas productivas agrícolas —en otras palabras, la estructura agraria— latinoamericanas son heterogéneas, lo que constituye una característica fundamental y decisiva en el funcionamiento de la agricultura regional. Las variadas y profundas diferenciaciones dentro del sector condicionan su marcha y confieren pluralidad a los procesos económicos, sociales y políticos que ocurren en la agricultura.

Para simplificar el análisis se concentra la atención en los dos segmentos más importantes: empresariado y campesinado. Los procesos de reforma agraria y otras acciones redistributivas de tierras y aguas han influido en el evidente proceso de desconcentración de la propiedad de la tierra y la consecuente ampliación del segmento intermedio, lo que se refleja en el acrecentado número de unidades económicas de tamaño pequeño a mediano. Este grupo intermedio está acrecentando su importancia y funcionalidad dentro de los agricultores.

El segmento empresarial agrupa a aquellas formas de hacer agricultura que comúnmente se identifican como agricultura comercial moderna, plantaciones, haciendas; en otras palabras, a aquellas formas capitalistas que tienen distintos grados de avance en materia de organización y tecnificación de sus instrumentos operativos.

El segmento campesinado agrupa también realidades productivas muy diversas, tales como agricultores pequeños acomodados, pe-

queño productor de naturaleza familiar, agricultores campesinos pobres de áreas agrícolas seculares, colonos en áreas de expansión de la frontera agrícola, medieros y otros. Tienen todos ellos como rasgos comunes el trabajo familiar y el tamaño limitado de sus unidades económicas.

1. *El segmento empresarial*

El empresario agrícola latinoamericano es una realidad marcada por claras diferenciaciones a lo largo de la historia de cada país. Sin constituir un fenómeno nuevo es distinto al de lustros atrás. A los cambios propios del paso del tiempo se agregan nuevas características —especialmente en el caso de los más avanzados— que tienen que ver con su mayor homogeneidad como segmento productor; el tamaño económico de mediano a grande de sus empresas y el grado de control de los recursos productivos; las magnitudes de su capital y la composición de sus inversiones; la complejidad y aún la 'sofisticación' de los sistemas tecnológicos que adopta; el grado de especialización respecto a las líneas de producción a que se dedica; el perfeccionamiento introducido en materia de organización técnica y administrativa de su actividad productiva; las modalidades laborales a que se acogen para evitar conflictos sociales; la profusión de interrelaciones con sectores no agrícolas, en particular financieros, industriales, comerciales y con medios de comunicación; y, finalmente, el fortalecimiento de los vínculos que los une a grupos próximos a los centros de poder y decisión, con miras a mantener presencia vigilante en las esferas oficiales responsables del desarrollo agrícola y rural.

Son selectivos en materia de localización de sus tierras, tanto respecto a fertilidad natural y topografía favorable, como a cercanía a los mercados. Los patrones tecnológicos adoptados los han conducido a una reestructuración social interna de sus unidades productivas; requieren cuadros restringidos de trabajadores especializados, que se complementen con ma-

no de obra no calificada, preferentemente temporal.

Han logrado que el Estado contraiga con ellos compromisos cuando adopta diversas medidas de política, entre otras, cambiarias, de comercio exterior, de crédito, de regulación de mercados, de costo del dinero, de salarios y normas de contratación de mano de obra, las que han favorecido su fortalecimiento.

Una forma indirecta de apreciar el desarrollo del segmento empresarial moderno consiste en examinar la intensidad de la formación de capital en la agricultura y el grado de acentuación —o cambio si hubiera tenido lugar— del patrón de mecanización que antes habían adoptado.

Como un intento de aproximación al análisis de las dimensiones y composición de las

inversiones que viene realizando el sector empresarial, se ha configurado —según los censos agrícolas nacionales e información adicional disponible para algunos países— una situación ilustrativa, promedio regional, del gasto de las fincas medianas y grandes con producción mixta (cultivos y ganadería).

El cuadro 5 muestra las modificaciones en la composición del gasto total que se habrían registrado durante las dos últimas décadas e ilustra sobre las tendencias resultantes de dichos cambios. En primer lugar, la parte del gasto destinada a inversiones habría crecido más rápidamente que la dedicada a gastos de operación; habrían pasado de una quinta a una cuarta parte del gasto total. El aumento resultante es coincidente con los indicadores cualitativos que apuntan hacia una acelerada formación

Cuadro 5

AMERICA LATINA: CAMBIOS EN LA COMPOSICION DEL GASTO EN FINCAS MEDIANAS Y GRANDES CON PRODUCCION DE CULTIVOS Y GANADERIA, 1960-1980
(En porcentajes)

	Composición del gasto			Tasas de incremento del gasto	
	1960	1970	1980	1960-1970	1970-1980
I. Gastos de capital					
Edificaciones, regadío, habilitación de suelos	5.4	6.3	6.7	4.6	5.0
Plantaciones, huertas y viñedos	2.6	2.9	3.0	4.2	5.2
Maquinaria, equipos, herramientas					
medios de transporte	6.2	8.2	11.4	6.5	7.9
Ganado de cría y animales de tiro	6.8	5.6	4.9	2.3	2.9
<i>Subtotal</i>	<i>21.0</i>	<i>23.0</i>	<i>26.0</i>	<i>4.5</i>	<i>5.7</i>
II. Gastos de operación					
Remuneración de la mano de obra	31.6	24.6	18.1	1.0	1.2
Semillas, fertilizantes, pesticidas	19.4	21.6	23.0	4.7	5.1
Combustibles, lubricantes y arriendo de maquinaria	5.1	7.1	9.5	7.0	7.5
Arriendo de tierras, agua y animales de trabajo	3.3	3.9	3.8	5.3	4.2
Alimento del ganado, vacunas y medicamentos	12.8	13.1	13.0	3.8	4.4
Intereses y otros gastos financieros	3.8	3.8	3.5	3.6	3.8
Otros gastos	3.0	3.2	3.1	3.2	4.2
<i>Subtotal</i>	<i>79.0</i>	<i>77.0</i>	<i>74.0</i>	<i>3.2</i>	<i>4.0</i>
<i>Total</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>3.5</i>	<i>4.4</i>

Fuente: Elaborado a base de censos agrícolas nacionales e información adicional para algunos países.

de capital en fincas medianas y grandes. A su vez dentro de los gastos de operación, los correspondientes a semillas, fertilizantes, pesticidas y combustibles habrían crecido más rápidamente que el resto, lo que a su vez es coherente con la mayor adquisición y uso de maquinaria, equipos, herramientas y medios de transporte. En otras palabras, el gasto en formación de capital y en operación ha estado fuertemente influido por y asociado a la adopción de innovaciones mecánicas, químicas y biológicas.

En los años sesenta la compra de maquinaria y equipos, la construcción de edificios y la habilitación de tierras habrían representado un 55% de la formación de capital, porcentaje que habría subido al 63% a comienzos de los años setenta y al 70% a principios de los años ochenta. Por lo tanto, el cambio más notorio y evidente ha consistido en el aumento de la maquinización, entendiéndose por tal la incorporación de maquinaria, equipos e instalaciones y medios de transporte, crecimiento que ha exigido la construcción de edificios apropiados y ha facilitado la realización de nuevas y más complejas mejoras territoriales y obras de riego. En la década de los años sesenta se percibe un renovado énfasis en las inversiones para tecnificar el proceso productivo agrícola, como reacción ante tres grupos de medidas de política: i) de abaratamiento del capital a través de créditos con interés muchas veces subsidiado, rebajas preferenciales de aranceles aplicables a las importaciones de maquinaria e insumos agroquímicos, o su venta por parte del Estado a precios subsidiados; ii) la construcción, ampliación y diversificación de la infraestructura extrapredial; y iii) los programas de asistencia técnica para la producción, la comercialización interna, la exportación, el fomento de determinados cultivos considerados prioritarios para la expansión de la agroindustria y la ampliación de la frontera agrícola.

Bajo estas circunstancias, el proceso de formación de capital en la agricultura ha sido impulsado por la ampliación de los mercados y las facilidades de acceso a ellos; por los niveles de los precios de los productos y factores de producción; por la infraestructura física disponible o la certeza de su ampliación en plazos determinados; por la disponibilidad de innovaciones técnicas y el grado de difusión de sus resul-

tados en lo agronómico y económico; por la disponibilidad de créditos en condiciones favorables; por precios abaratados de bienes de capital e insumos para el proceso de producción agrícola; por los progresos en la articulación de la agricultura con la industria y con el comercio de productos agrícolas; y por la disponibilidad de ideas y estudios sobre proyectos agrícolas y su posterior adecuación a los criterios gubernamentales para el fomento selectivo de líneas de producción. Y por el contrario, situaciones poco claras o desfavorables en torno a estos elementos impulsores han acentuado las restricciones en que la agricultura desenvuelve sus actividades productivas.

Los empresarios agrícolas que forman este segmento productor invierten en función de la rentabilidad que esperan obtener. Muestran, por lo tanto, una conducta económica sensible y selectiva ante medidas e instrumentos de políticas adoptados precisamente para evitar el deterioro de la rentabilidad agrícola. El dinamismo de estos empresarios —reflejado en lo productivo y técnico— es evidente, sobre todo en las áreas agrícolas más desarrolladas y en los rubros de producción más rentables. Poseen conocimientos y recursos propios que les permiten aprovechar el ambiente propicio para realizar inversiones en la agricultura generadas por el Estado, y hacer uso racional y rápido de tecnologías bioquímicas y mecánicas probadas y listas para ser utilizadas.

Al comienzo de los años sesenta, los gastos de operación asociados al proceso de tecnificación, tales como semillas mejoradas, fertilizantes, pesticidas, alimentos concentrados para el ganado, vacunas y medicamentos, combustibles, lubricantes y arriendo de maquinaria, habrían representado el 31% del total, porcentaje que habría subido a 37 en 1970 y a 44 en 1980. Al pronunciarse el patrón de tecnificación del proceso productivo éste se vio acompañado por una reducción del gasto destinado a remunerar la mano de obra, el que habría bajado del 32 al 18%, a lo largo de los veinte años considerados. Cabe destacar que en la década de los años setenta la remuneración a la mano de obra creció más rápidamente que durante la década anterior, pero dada la notoria diferencia con la velocidad de crecimiento alcanzada por

los demás tipos de gasto de operación, su participación disminuyó acentuadamente.

Las inversiones en agricultura realizadas por el Estado tuvieron el propósito de inducir, orientar y facilitar la inversión privada, y han influido, decidida y activamente, en el comportamiento y composición de la producción, pero no han generado por sí mismas aumentos de las cosechas. Estimaciones del Instituto Internacional de Investigación de Políticas Alimentarias IFPRI¹⁸ indican que aproximadamente un 10% del crecimiento de la producción agrícola latinoamericana registrado entre 1950 y 1978, se debe al efecto de los estímulos de diversa índole generados por la inversión pública agrícola. La inversión pública se ha concentrado, coincidente y sostenidamente, en obras de riego, habilitación de suelos, mejoramiento de las instalaciones de almacenamiento y de mercadeo agrícola, y en la adquisición de máquinas y equipos requeridos por los servicios de investigación y asistencia técnica. Estuvo incorporada a los programas estatales de fomento de la producción, así como a los de reforma agraria y colonización,¹⁹ capacitación, investigación, extensión y formación de cooperativas.

El nivel y composición de las inversiones, y en general del gasto privado en la agricultura estuvo influido por la intensidad de la inflación que soportaron las economías nacionales. Cuando las tasas de interés son negativas o sensiblemente inferiores a las vigentes en el mercado, la inflación suele estimular compras abultadas de maquinaria y equipos y la construcción de edificios que en otras circunstancias no se habrían apresurado. Se ha sostenido que los costos actuales de la inversión deben ser ventajosos frente a los futuros, seguramente más elevados, lo que ha originado inversiones especulativas. Aumentó así la demanda por tractores y equipos agrícolas, y, en consecuencia, se acrecentó la capacidad de la fuerza de trabajo mecánica, lo que a su vez ha conducido tanto a la expansión de la tierra culti-

vada dentro del total de tierras de la empresa agrícola, como a la adquisición, por diversos medios, de más tierras que absorban esa capacidad mecánica sobredimensionada, a costa, unas veces, de la disponibilidad de tierras de la agricultura campesina, y en otras, de la incorporación de nuevas tierras al proceso productivo.

El mayor uso de encarecidos insumos técnicos y equipos agrícolas ha conducido a su vez a mayores necesidades de crédito. Se ha comprobado que el monto absoluto del crédito agrícola se ha incrementado sustancialmente.²⁰ En algunos países ha llegado a ser cinco veces mayor de lo que fue a comienzos de los años sesenta; en otros, aunque el crecimiento no ha sido tan espectacular, por lo menos se ha duplicado. Si se examina el coeficiente que indica la relación entre el monto del crédito agrícola y el producto regional generado por el sector agrícola se encuentra que aquél estuvo elevándose sostenidamente; así, pasó de alrededor del 35% en 1965 al 40% en 1970, y sobrepasa el 60% a comienzos de los años ochenta.

De otra parte, la información disponible indica que en ciertos países ha crecido la relación entre el crédito agrícola y el crédito total; en otros esa relación se habría mantenido estable y en otros habría disminuido. Como promedio regional, se estima que dicha relación fue del orden del 13% en 1965, la que habría subido al 16% en 1970 y en años recientes se aproxima al 20%. Esto significa que a través del crédito institucional ha venido concretándose una moderada mayor asignación de recursos para la agricultura.

La acentuación del encarecido patrón de tecnificación y las mayores necesidades de crédito han determinado un incremento de la relación deuda/ingresos de las empresas agrícolas medianas y en particular de las grandes. El servicio de esa deuda está incidiendo sobre la situación financiera de las empresas y puede haber llevado al deterioro de la relación costo/beneficio de modo que podría haberse reducido el ingreso neto de los agricultores en tér-

¹⁸ IFPRI, "Government Expenditures in Agriculture in Latin America", *Research Report N.º 23*, Víctor Elias, mayo de 1981.

¹⁹ La inversión pública en la agricultura ha sido de alrededor del 5% de las inversiones públicas totales; este porcentaje es coincidente con los análisis realizados por la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO y por el IFPRI.

²⁰ J. C. Abbot, "Agricultural Credit Institutions in Asia and Latin America", en *Boletín mensual de economía y estadística agrícolas*, FAO, Roma, Vol. 22, N.º 12, 1974.

minos reales y en nominales en ciertos casos. Forzados por esas circunstancias buscaron afanosamente el refinanciamiento de su deuda y aumentaron sus necesidades de efectivo para cubrir movimientos de caja, lo que podría deprimir las inversiones futuras. Todo ello ha generado acentuadas presiones por aumentos sustantivos del volumen del crédito agrícola, lo que ha ocurrido, junto a una mayor demanda por préstamos financiados por recursos de muy variado origen, en particular no agrícola y procedentes del exterior, ampliándose y ramificándose así los mercados financieros agrícolas.

Esto último viene repercutiendo, de un lado, en el inicio de una tendencia a la formación creciente de sociedades anónimas propietarias de las empresas agrícolas, lo que como contrapartida implica una disminución progresiva de la propiedad agrícola individual. Por otra parte en la agricultura se ha expandido y diversificado el mosaico de intereses de grupos no agrícolas; intereses urbanos, industriales, comerciales y financieros se pronuncian, reclaman y presionan por cambios en determinadas medidas e instrumentos de política, confrontando y/o tamizando la influencia de los grupos netamente agrícolas en las decisiones más importantes de la política agrícola nacional.

2. *El campesinado*

La agricultura campesina, como fuerza productiva agrícola, tiene una significación e importancia indiscutidas. Diversas investigaciones, algunas completadas sobre casos específicos y otras aún en marcha, explican la dinámica de su funcionamiento y demuestran su articulación dentro del modelo de acumulación del sistema económico global.²¹

La agricultura campesina se caracteriza porque la motivación fundamental de su actividad económica consiste en asegurar un nivel de ingreso familiar que permita reproducir su fuerza de trabajo y reponer sus herramientas y aperos de labranza. El trabajo familiar constituye la base sobre la que se asienta la organiza-

ción de las labores productivas, con las que se busca la reproducción, simple o ampliada, de la unidad familiar.²²

La trayectoria del campesinado a lo largo de la década pasada ha puesto en evidencia su capacidad de cambio ante la repercusión, aislada o combinada, de fenómenos y procesos de diversa naturaleza e intensidad. Entre éstos cabe destacar la dinámica poblacional y los movimientos migratorios; la mayor interacción de lo urbano con lo rural cuya trascendencia ha modificado las aspiraciones y la actividad económica del campesinado como así sus relaciones sociales; los progresos logrados en torno a la integración física y el desarrollo de la infraestructura correspondiente que facilitaron el intercambio, los desplazamientos y permitieron que la agricultura campesina se abra a espacios más amplios y tenga una nueva perspectiva respecto a sus propias posibilidades y dificultades; la ampliación y organización de los mercados, lo que afectó líneas tradicionales de producción, estimuló otras nuevas y alteró, a veces drásticamente, las vinculaciones productivas-comerciales del campesino; y por último, las intervenciones gubernamentales orientadas a modificar las estructuras agrarias mediante procesos de reforma agraria, así como el accionar de los servicios estatales de apoyo a la agricultura, que de uno u otro modo generaron cambios en la agricultura campesina.

Mención aparte merece lo relativo al cambio tecnológico. No obstante las dificultades derivadas de las características de los paquetes tecnológicos que los mercados ofrecen o fueron impulsados por las políticas oficiales, y que no son los más apropiados a las condiciones y necesidades de la agricultura campesina, algunos de los componentes de esos paquetes fueron utilizados en forma selectiva por el campesinado. Emplea uno o varios insumos tecnológicos, estableciendo a base de su propia experiencia, paquetes tecnológicos simples y adaptados a sus condiciones económicas y ecológicas. Hay demasiadas evidencias de que ello es así, lo que desmiente la supuesta indife-

²¹FAO, "La agricultura hacia el año 2000: Problemas y opciones de América Latina", Roma, febrero de 1981.

²²Véanse los trabajos sobre el campesinado presentados en este mismo número de la Revista de la CEPAL, en especial los de E. Ortega, R. Brignol y J. Crispi, y K. Heynig.

rencia del campesinado a la adopción de nuevas tecnologías; lo que ocurre es que éstas se han desarrollado en forma limitada en comparación con la oferta disponible para el sector empresarial.

Con el propósito de aproximarse al conocimiento de las dimensiones de la agricultura campesina, se ha elaborado el cuadro 6. Más allá de las debilidades estadísticas que contengan las cifras básicas que fundamentan dicho cuadro, los resultados obtenidos son coincidentes con apreciaciones cualitativas contenidas en numerosos estudios e informaciones nacionales.

A base de los censos agropecuarios nacionales se ha estimado que en Latinoamérica, y a comienzos de los años ochenta, a los pequeños agricultores correspondería casi cuatro quintas partes de las unidades económicas agrícolas y dispondrían aproximadamente de un quinto de la tierra comprendida en todas esas uni-

dades económicas; relación que en términos de tierra bajo cultivo sería algo más de un tercio y representaría más de dos quintos del área total cosechada. Su contribución productiva al consumo interno es significativa; alcanzaría a dos quintos del total producido con ese destino y a un tercio de la producción para exportación. Su producción es fundamental para el abastecimiento de productos de consumo popular como sucede con el frejol, papa y maíz. No deja de ser importante su aporte a la producción del café y arroz y contribuiría con más de dos tercios de la producción de carne porcina.

La pequeña producción familiar, proveniente de unidades de dimensiones económicas reducidas, con frecuencia permanece opacada por el evidente progreso productivo de la agricultura empresarial, llegando inclusive a desconocerse, muchas veces, su participación en el funcionamiento y dinámica del sector como tal. Sin embargo, lo relativo a la creciente

Cuadro 6

AMERICA LATINA: ESTIMACION PROVISIONAL SOBRE DIMENSIONES DE LA AGRICULTURA EMPRESARIAL Y LA DEL PEQUEÑO PRODUCTOR A COMIENZOS DE LOS AÑOS SETENTA

(En porcentajes)

Indicadores	Agricultura empresarial	Pequeño productor ^a
Número de unidades económicas	22	78
Area total comprendida en las unidades	82	18
Area arable comprendida en las unidades	63	37
Area utilizada en las unidades ^b	56	44
Producción para consumo interno	59	41
Producción para exportación	68	32
Producción de cultivos permanentes	59	41
Producción de cultivos de ciclo corto	47	53
Producción de maíz	49	51
Producción de frejol	23	77
Producción de papa	39	61
Producción de arroz	68	32
Producción de café	59	41
Producción de caña de azúcar	79	21
Existencias de ganado bovino	76	24
Existencias de ganado porcino	22	78

Fuente: Elaborado a base de los censos agropecuarios nacionales.

^aLa columna 'pequeño productor' comprende unidades de tipo familiar. Para la diferenciación de las unidades empresariales se introdujeron criterios de tamaño. Los porcentajes reflejan, en alguna medida, lo que ocurre con la agricultura campesina, pero no muestran las dimensiones y contribuciones de lo que se entiende estrictamente por tal.

^bComprende área utilizada con cultivos; no incluye pastos.

monetarización del pequeño productor está suficientemente documentada en casi todos los países de la región, así como sus vinculaciones ramificadas con los mercados agrícolas. De otro lado, también hay evidencias de que la diferenciación productiva entre los sectores empresarial y campesinado, está contribuyendo a que en el seno mismo de la agricultura se acentúe la desigualdad en la distribución del ingreso. Esto último, a su vez, guarda relación con lo que está ocurriendo en el sistema económico global.

Según la CEPAL, cálculos recientes sobre siete países —Argentina, Brasil, Colombia, Chile, México, Perú y Venezuela— que abarcan en conjunto casi 80% de la población y poco más del 90% del producto de América Latina, indican que en 1975 el 10% más rico de los hogares recibía algo más del 47% del ingreso total, mientras que, en el otro extremo, el 40% más pobre ni siquiera alcanzaba a captar el 8% de éste. El fuerte grado de desigualdad resulta más evidente si se contrastan los ingresos medios de ambos grupos; durante ese mismo año el del tramo rico equivalía a más de 24 veces el del tramo pobre.²³

Dichos cálculos indican que la desigualdad entre 1960 y 1975, lejos de atenuarse se agravó, al caer levemente el ingreso percibido por el 40% más pobre, y aumentar, también levemente, la participación en el mismo del 10% más rico y la del 20% de los hogares situado inmediatamente por debajo de éste.

Según la FAO, en 1973 unos 85 millones de personas —70% de la población agrícola latinoamericana— vivían en condiciones de subsistencia. De ese total, unos 45 millones eran asalariados agrícolas y unos 40 millones pequeños propietarios. Percibieron alrededor del 35% del ingreso agrícola total, con un ingreso *per cápita* estimado de 115 dólares de 1970. Los agricultores medianos representaban el 28% de la población agrícola y obtuvieron el 43% de los ingresos agrícolas. Los grandes propietarios —2% de la población agrícola— captaron el 22% del ingreso, con una cifra media *per cápita* de 2 560 dólares de 1970; en sus

manos estaba el 47% de las tierras bajo cultivo, mientras que los campesinos sólo poseían el 2.5% de ellas.²⁴

El Comité Especial sobre Reforma Agraria de la FAO, en su informe de 1971 —diez años después de la Reunión de Punta del Este— llegó a la conclusión de que en América Latina la expropiación de tierras había alcanzado apenas al 15% de las potencialmente expropiables, y que sólo se había incorporado a los programas y acciones de reforma agraria un 22% de los posibles beneficiarios. Esta situación parecería haberse prolongado hacia fines de los años setenta. Algunos países impulsaron acciones de reforma agraria que modificaron, y en algunos casos sustancialmente —como en Perú— el régimen anterior de tenencia de la tierra. No se ha efectuado una posterior evaluación de los resultados de los programas y acciones de reforma agraria emprendidos en América Latina; los contradictorios argumentos y juicios de valor emitidos y contenidos en distintas publicaciones reavivan las viejas interrogantes sobre el particular.

El crecimiento de la producción agrícola no logró aliviar la pobreza. Muy poco se ha avanzado en la solución del problema de cientos de miles de campesinos minifundarios y de asalariados sin tierras. Hay indicios de que el número absoluto de personas que subsiste en el campo en condiciones de vida precarias y hasta miserables siguió aumentando a medida que creció la población agrícola, pese a la intensa migración a las ciudades y a las mayores dimensiones de la economía agrícola regional. La división espontánea de la tierra, debida a muchas causas, ha aumentado notablemente el número de explotaciones agrícolas de tamaño reducido y a veces inusualmente pequeño, por lo que cabe prever un agravamiento de la situación en el futuro.

El estilo de desarrollo general y el agrícola en particular, no han permitido una más adecuada distribución de las oportunidades de empleo y de ingresos. Los viejos problemas de

²³CEPAL, "El desarrollo de América Latina en los años ochenta" (E/CEPAL/G.1150), febrero de 1981.

²⁴FAO, "Examen y análisis de la reforma agraria y el desarrollo rural en los países en desarrollo, desde mediados de los años sesenta", Conferencia Mundial sobre Reforma Agraria y Desarrollo Rural (CMRADR/INF.3), Roma, julio de 1979.

tenencia de la tierra y los nuevos resultados de la concentración no sólo de tierras sino fundamentalmente de capitales, producción e ingresos que caracterizan el proceso de modernización agrícola, podrían estar agravando las condiciones de la población rural en materia de ocupación e ingreso, o por lo menos, no se advierten cambios positivos.

Existen dudas acerca de los efectos de la expansión empresarial agrícola sobre el empleo y la naturaleza del mismo. Se ha discutido por mucho tiempo si el número total de jornadas aumenta o disminuye con la adopción de patrones tecnológicos modernos. Aunque no se cuenta con una evaluación adecuada al respecto, lo que sí parece claro es que la naturaleza del empleo ha tendido a cambiar con la adopción de tecnologías que hacen uso intensivo de capital; cambio que se tradujo en una disminución del número de trabajadores contratados en forma permanente e incremento de la contratación temporal de mano de obra, la que viene desde los minifundios o desde los pueblos vecinos, e incluso migrante desde las ciudades, para ciertas labores no fácilmente mecanizables.

Según PREALC,²⁵ en 1980 alrededor del 35% de la fuerza de trabajo agrícola regional estaría ocupada por la agricultura empresarial —que comprende tanto a los empresarios modernos como a los apegados a formas tradicionales de hacer agricultura— y el 65% restante refugiada en la agricultura campesina. En Bolivia, la agricultura empresarial emplearía menos del 10% de la fuerza de trabajo, porcentaje que oscilaría entre 20 y 30% en Brasil, Ecuador, Panamá, Perú y Venezuela; superaría el 40% en Guatemala, se ubicaría entre 40 y 50% en Colombia, El Salvador y México, para exceder el 50% en Argentina, Costa Rica, Chile y Uruguay. De acuerdo a esa misma fuente, la fuerza de trabajo agrícola estaría reduciéndose en términos absolutos en Argentina y Uruguay, prácticamente no crecería en Chile y Venezuela, aumentaría menos que el promedio regional

—0.9% por año— en Bolivia, México y Perú, y continuaría aumentando sustancialmente en Guatemala y El Salvador.

La mengua de la participación de la fuerza de trabajo agrícola regional respecto a la total —bajó del 42.1 al 35.6% entre 1970 y 1980— está indicando un desplazamiento continuo de una parte de los problemas sociales inherentes a la pobreza rural hacia las grandes ciudades. Según la CEPAL,²⁶ en 1950 el sector industrial —incluyendo en él a la manufactura, construcción, electricidad y transporte— ocupaba un 22% de la población económicamente activa y un 27% del mismo en 1980. La fuerza de trabajo en la industria creció al 2.7% entre 1950 y 1970 y al 3.8% entre 1970 y 1980. Si se adicionan sus importantes efectos indirectos sobre las restantes actividades económicas, la industrialización que en 1950 influía sobre más del 35% de la fuerza de trabajo, en 1980 aumentó su participación al 47%. En otras palabras, cerca de la mitad de la ocupación regional está vinculada al proceso de industrialización de las economías nacionales.

3. La labor del Estado

El desarrollo de las fuerzas productivas agrícolas estuvo influido por la ampliación de los mercados —de productos, factores y tecnológicos— a los que ellas se vinculan, por el grado de apertura al exterior de las economías nacionales —en lo económico, técnico y financiero—, por el sentido e intensidad de los flujos de recursos transferidos intersectorialmente y por la acción del Estado. Si se concentra la atención en esta última, y sin participar en la discusión relacionada con el grado de eficiencia del Estado como ordenador del desarrollo agrícola, puede afirmarse que éste tuvo una participación relevante en la expansión de la productividad agrícola. En los últimos decenios, su responsabilidad y participación en los ámbitos económico y social de la agricultura fue creciente, en la generalidad de los países de la región.

En algunos países se ha cuestionado la efi-

²⁵Programa Regional del Empleo para América Latina y el Caribe, PREALC, "El subempleo en América Latina: Evolución histórica y requerimientos futuros", Santiago, abril de 1981.

²⁶CEPAL, "El desarrollo de América Latina en los años ochenta" (E/CEPAL/G.1150) febrero de 1981.

cacia de las prestaciones asistenciales directas realizadas por el Estado, y como alternativa se ha transferido dichas tareas al sector privado, el cual ha recibido los estímulos financieros requeridos para el cumplimiento de tales actividades. De otra parte, se ha criticado enérgicamente la intervención estatal en los mercados agrícolas. Entre otras consideraciones, se ha puesto de relieve la arbitrariedad de tales intervenciones, sus altos costos y las distorsiones resultantes. Se propicia, por el contrario, la casi total prescindencia del Estado, dejando a las fuerzas del mercado el ajuste y superación de los desequilibrios entre oferta y demanda y la atenuación de las fluctuaciones de los precios. Se espera que tales ajustes conduzcan a una mayor eficiencia productiva y eleven el grado de competitividad entre productores.

Las esferas en que el Estado ha venido participando y que han repercutido sobre el desarrollo de las fuerzas productivas tienen que ver con la tendencia a concebir el desarrollo de la agricultura dentro de un marco más orgánico, acudiendo para ello a la formulación de estrategias y planes de desarrollo agrícolas, y son escasos los países que no los hayan formulado. A pesar de las limitaciones que puedan haber tenido dichos planes y lo limitado de los logros conseguidos en la práctica, su formulación ha posibilitado, por lo menos un mayor conocimiento de los recursos y de sus potencialidades, la identificación de las posibilidades y restricciones de las tecnologías disponibles, el estudio del comportamiento de los mercados domésticos y externos, análisis éstos que han aportado elementos de juicio y facilitado la percepción de los conflictos y dificultades como así de las perspectivas de la agricultura.

Los países latinoamericanos, en general, han fortalecido su capacidad de formulación y de ejecución de proyectos agrícolas, como consecuencia tanto de la puesta en marcha de procesos de planificación agrícola como por reacción ante las exigencias y normas establecidas por los organismos internacionales de financiamiento. Las agencias estatales han progresado en lo relativo a preparación de proyectos, tanto para el desarrollo de la infraestructura básica que sustenta e impulsa la producción sectorial, como de desarrollo de líneas específicas de producción.

Los gobiernos han realizado esfuerzos más o menos exitosos en el plano institucional, acudiendo para ello a distintas formas jurídicas que les han permitido establecer organismos, cuyos propósitos básicos han sido dar agilidad y mejorar la eficiencia de la acción estatal en el ámbito rural. Infortunadamente tales propósitos se han visto, con frecuencia, obstaculizados por hipertrofia burocrática y excesiva concentración operativa; por eso y para escapar a tales restricciones, numerosos países han creado instituciones autónomas o corporaciones regionales de desarrollo, con funciones y resultados diversos.

Los organismos responsables de la investigación agrícola y del financiamiento del desarrollo sectorial, parecen ser los que más progresos han logrado en lo que se vincula tanto con la calidad de sus cuadros técnicos, como con la simplificación de procedimientos operativos. No obstante, siguen cuestionados por el alcance de sus funciones y resultados, los que suelen estar sesgados en beneficio del segmento empresarial. Hay carencia notable de tecnologías apropiadas a las necesidades y posibilidades de la agricultura campesina, que incorporen los conocimientos y experiencias que el campesino tiene de sus sistemas de cultivo y que a su vez incluyan las relaciones con los ecosistemas que integran.

Una cuarta esfera donde la acción estatal ha alcanzado mayor significación que antes es la del financiamiento de la actividad agrícola. Las formulaciones presupuestarias han conducido a un cierto ordenamiento del gasto público, en función de los objetivos sectoriales, aun cuando se mantienen rigideces entre gasto corriente y de capital. Los requerimientos para sostener al aparato público en expansión entran en conflicto con las necesidades de financiamiento de las inversiones, previstas en las acciones de apoyo efectivo a los productores.

Múltiples circunstancias han propiciado y obligado al Estado a participar de modo cada vez más complejo en beneficio de la actividad agrícola nacional. Han tenido que ver tanto con reacciones frente a situaciones económicas internacionales específicas, como con la búsqueda de medios de influencia acelerada y múltiple sobre el desarrollo económico y social de este sector vital, aunque atrasado. El aumento y

la diversificación de la actividad estatal en torno a la agricultura —excepto en los países que aplican políticas deliberadas para reducirlas— ha correspondido más bien más a una actitud pragmática encaminada a resolver a través del tiempo problemas específicos, antes que a una orientación concreta derivada de la planificación agrícola. Bajo esas condiciones no ha sido fácil anticipar y dar continuidad a la política agrícola, ni insertarla apropiadamente en las estrategias nacionales de desarrollo.

Las medidas e instrumentos de política y las acciones gubernamentales en la agricultura estuvieron orientadas —con orden de prioridad y énfasis diverso— según el estilo de desarrollo de cada país a: i) influir en el volumen producido, atendiendo situaciones cambiantes de los mercados internos y externos y las variaciones de los precios de los productos agrícolas y de los insumos requeridos para producirlos; ii) mejorar el abastecimiento de alimentos, los sistemas de mercadeo y la distribución de alimentos entre los grupos más pobres y vulnerables; iii) modificar las funciones de producción y estimular el cambio tecnológico; iv) fomentar o restringir selectivamente las exportaciones e importaciones agrícolas; v) intentar una más rápida incorporación de la agricultura campesina a la vida nacional, tanto en lo social como en lo económico y político; vi) facilitar la integración física de los espacios geográficos menos articulados a la economía nacional; vii) conservar los recursos naturales y preservar el medio ambiente; y viii) producir

combustibles líquidos que sustituyan parcialmente el consumo de los derivados del petróleo.

Esas decisiones de política se han traducido en los recursos asignados: el volumen del gasto público efectivo y las dimensiones del crédito institucional. Distinta ha sido la prioridad que a través del tiempo se concedió a cada una de estas áreas de intervención y/o participación gubernamental. Sin embargo, cuando han aparecido indicios de que la producción agrícola nacional podría ser insuficiente para contribuir al abastecimiento de alimentos en el grado en que tradicionalmente lo estuvieron haciendo, se han volcado recursos y se han intensificado los esfuerzos del aparato público para que se acrecienten las cosechas a expensas, por lo general, no de asignaciones a otros sectores económicos sino de las destinadas a acciones de contenido social en el ámbito agrícola. Difícil es aislar y apreciar cuantitativamente la repercusión que en lo productivo y en lo social tuvo cada decisión de política o cada acción gubernamental de apoyo y prestación de servicios a la agricultura. De todos modos es evidente que en alguna medida contribuyeron a los aumentos del volumen producido; los cambios de prioridades y énfasis influyeron decididamente en las modificaciones observadas en la formación de capital a nivel de finca, en la adopción de cambios tecnológicos y en el uso acrecentado de insumos agroquímicos y en la acelerada adquisición de maquinarias y equipos.

V

El estado nutricional y la producción de alimentos

Las producciones nacionales de alimentos continúan siendo, en general, el componente principal del abastecimiento de alimentos. Las agriculturas nacionales se han articulado e integrado progresivamente a los mercados domésticos y, por lo tanto, en ellas han repercutido las características de estos últimos. Una consiste en que la expansión de la demanda es relativamente regular —al contrario de lo que puede

ocurrir en los mercados internacionales— y, por lo tanto, las fluctuaciones de los precios son menos intensas, y cuando se presentan tienden a ser suavizadas como resultado de intervenciones gubernamentales, lo que influye sobre la producción y contribuye a que ésta se organice y ordene. Por ello, la evolución de las líneas de producción cuyo destino principal es el mercado doméstico, se ha ajustado al comporta-

miento de la demanda interna, influida, a su vez, por el aumento de los ingresos medios y por los avances del proceso de urbanización.

Entre 1970 y 1980, la producción regional de alimentos por habitante creció al 0.9% por año, en tanto que la agrícola total por habitante lo hizo al 0.8% anual. El consumo aparente de alimentos por habitante, valorado en términos monetarios, ha crecido al 1.1% por año, ritmo superior al de la producción y que fue posible debido a la contribución que al abastecimiento hicieron las importaciones.

El consumo aparente total de alimentos de la región, valorado en términos monetarios, habría crecido al 3.6% anual en el mismo periodo. El consumo de cultivos habría aumentado al 3.5% por año, en tanto que el de pecuarios a casi el 4.0% anual. Si se considera al consumo aparente en términos de energía alimentaria, habría aumentado sólo al 3.2% por año. El distinto ritmo de aumento del consumo aparente, medido por su valor monetario y calórico, se debe al diferente aporte que en uno y otro caso hacen los productos pecuarios, que son de alto valor monetario y reducido contenido calórico, pero de todos modos aportantes de proteínas de alto valor nutritivo.

1. Estado nutritivo, adecuación calórica y régimen alimenticio

Dentro del problema nutritivo de Latinoamérica cabe diferenciar las enfermedades por déficit y las por excesos de alimentos. Entre las por déficit a su vez se distinguen las derivadas de carencias específicas —anemias nutricionales, bocio endémico e hipovitaminosis A— y la desnutrición calórico-proteica, resultante de la subalimentación y mal aprovechamiento de los alimentos.

La desnutrición calórico-proteica afecta principalmente a menores de cinco años; se estima que alrededor del 15% de los niños de la región sufren de desnutrición media a alta. La situación por países y subregiones es diferente; los problemas más graves se presentan en los países de América Central y el Caribe, seguidos por los países andinos. De todas maneras en los años sesenta se ha percibido un leve mejoramiento general del estado de nutrición de la niñez latinoamericana.

El mejoramiento de los ingresos medios y las crecientes disponibilidades medias de alimentos no fueron suficientes para neutralizar otros factores condicionantes de la desnutrición, tales como hábitos alimentarios defectuosos, deficientes condiciones de salud y sanidad, además de ausencia de educación alimentaria-nutricional. La pobreza rural y urbana está acompañada por la desnutrición más acentuada; para superarla es necesario actuar sobre las causas y raíces mismas de la pobreza.

La relación entre la disponibilidad de energía alimentaria y las recomendaciones de consumo calórico y que se conoce como el grado de adecuación, permite apreciar las variaciones que a través del tiempo han ocurrido, respecto al estado alimentario de la población.²⁷ La adecuación calórica promedio regional reciente es de 107%.

Como es lógico, los niveles de adecuación son bastante diferentes entre países. Es bien conocido que en el interior mismo de cada país se pueden diferenciar varios tramos de población con distinta adecuación calórica. Siete países conforman un primer estrato con adecuación superior a 110% —Argentina, Costa Rica, Cuba, Jamaica, México, Paraguay y Uruguay— y entre los cuales destacan Argentina y Paraguay con los niveles más altos: 127 y 120 respectivamente. El segundo tramo, entre 100 y 110%, está formado por seis países —Brasil, Chile, Guyana, Nicaragua, Panamá, Venezuela— y aquí resaltan Chile, Nicaragua y Brasil por sus niveles más elevados. El tercer estrato, menos de 100%, comprende al resto de países: presentan los niveles más bajos Bolivia y Haití, con 89 y 90%, respectivamente. En general, casi todos los países han elevado su adecuación calórica durante los años setenta, y lo hicieron con mayor intensidad aquellos que se encontraban en una situación inicial más desfavorable.

El cuadro 7 muestra el aumento en la disponibilidad de energía alimentaria por habitante latinoamericano, por grupos de productos

²⁷El promedio recomendado para América Latina es de 2 400 calorías diarias por habitante; las recomendaciones de consumo para Argentina y Uruguay se aproximan a las 2 660 calorías; para algunos países de América Central y del Caribe baja a 2 250.

y algunos productos en particular. Llama la atención el elevado incremento de la disponibilidad de carne de ave, seguida a distancia por la de aceites, azúcar, huevos, leche, hortalizas y frutas. Ha crecido ligeramente la disponibilidad de arroz y carne vacuna. De otra parte, el consumo de trigo no aumentó y ha disminuido el de maíz, papa, mandioca leguminosas, carne ovina y caprina.

Los diversos ritmos de aumento en la disponibilidad de energía alimentaria han generado cambios en el régimen alimentario medio regional. El incremento del aporte calórico proveniente del azúcar está ligado al creciente consumo de bebidas y alimentos elaborados y de alto costo por unidad de energía alimentaria.

Cuadro 7

AMERICA LATINA: CRECIMIENTO DE LA
DISPONIBILIDAD DE ENERGIA
ALIMENTARIA, POR PRODUCTOS
1970-1974 A 1978-1980

(En porcentajes)

	Tasa de crecimiento anual total	Tasa de crecimiento anual por habitante
1. Trigo	2.5	0.0
2. Arroz	3.4	0.8
3. Maíz	-1.3	-3.6
4. Raíces y tubérculos	-0.2	-2.7
5. Azúcar centrifugada en bruto	5.5	2.9
6. Leguminosas	0.6	-1.9
7. Aceites	7.1	4.4
8. Hortalizas y frutas	3.7	1.2
9. Carne vacuna	3.2	0.7
10. Carne porcina ovina y caprina	3.5 2.7	1.0 -5.1
11. Carne de aves	12.2	9.5
12. Huevos	5.0	2.4
13. Leche	4.0	1.4
Otros ^a	2.9	0.4
<i>Total calórico</i>	<i>3.1</i>	<i>0.6</i>

Fuente: Elaboración de la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO a partir de información de FAO y CELADE (población).

^aNo incluye pescado.

El crecimiento del consumo de aceites, carne de aves, huevos y leche implica, en términos generales, un mejoramiento del régimen alimenticio medio regional. Ahora bien, la distinta caída de la contribución calórica de cereales y leguminosas puede ser preocupante en la medida en que esto afecte a los sectores de menores ingresos. La combinación adecuada de cereales y leguminosas —dos tercios los primeros y un tercio los segundos— aporta una ingesta equilibrada de aminoácidos esenciales de valor nutritivo similar al de las proteínas de origen animal que son de mayor costo.

El cuadro 8 permite apreciar las modificaciones acaecidas en el régimen alimenticio medio. Aumentaron las calorías vacías o pobres en proteínas, disminuyeron las provenientes de vegetales equilibrados, se mantiene el aporte de sales, minerales y vitaminas y también aumentaron ligeramente las calorías de origen pecuario. Esos cambios ocultan situaciones nutricionales más graves en los grupos pobres, quienes seguramente incrementaron el consumo de calorías vacías y redujeron más acentuadamente el de leguminosas.

2. La inflación y los precios de los alimentos

Uno de los más graves problemas de alcance internacional en los últimos años es la inflación; y en América Latina ha sido mayor la intensidad del fenómeno inflacionario que en los países industrializados. Mientras en los países miembros de la OCDE los precios al consumidor subieron en promedio al 8.2% anual entre 1969 y 1979, el incremento promedio en América Latina fue de 37.5%. Esos ritmos inflacionarios presentan diferencias por quinquenios. Durante el primero, los países de la OCDE tuvieron una inflación media anual de un 7.4% y América Latina en su conjunto del 24.3%; en el período 1975-1979, los países de la OCDE, en cambio, incrementaron ligeramente su inflación, la que alcanzó al 9% anual, en tanto que América Latina soportó un aumento considerable, ya que llegó al 51.9% por año. Durante el último decenio, ni un solo país latinoamericano tuvo una tasa promedio anual inferior al 5%, mientras que entre 1965 y 1970, fueron 15 países los que presentaron ese menor ritmo inflacionario.

Cuadro 8

 VARIACIONES EN LA COMPOSICION DEL
 APORTE CALORICO DEL CONSUMO
 APARENTE DE LA REGION, POR HABITANTE

	1971- 1974	1978- 1980
I. De origen vegetal		
1. <i>Calorías vacías o pobres en proteínas</i>	33	37
Azúcar	17	20
Aceites	8	11
Raíces y tubérculos	8	6
2. <i>Vegetales equilibrados</i>	43	38
Trigo	14	13
Arroz	10	10
Maíz	14	11
Leguminosas	5	4
3. <i>Aportadores de sales minerales y vitaminas</i>		
Frutas y hortalizas	6	6
<i>Total de origen vegetal</i>	82	81
II. De origen animal		
1. Carne de vacuno	4	4
2. Carne ovina	4	3
3. Carne porcina	1	1
4. Carne de aves	1	2
5. Huevos	1	1
6. Leche	6	6
<i>Total de origen animal</i>	16	17
Otros ^a	2	2
<i>Total</i>	100	100

Fuente: Elaborado por la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO a base de datos de FAO para producción y consumo y CELADE para población.

^aNo incluye pescado.

Interesa examinar, en especial, la relación entre inflación y niveles de precios de los alimentos, tanto por la influencia que estos últimos pueden haber tenido en la generación, intensificación o moderación de las presiones inflacionarias, como por los efectos del proceso inflacionario sobre la alimentación de la población y, en particular, de los sectores de menores ingresos. Es bien sabido que éstos gastan precisamente una mayor proporción de su ingreso en alimentos.

El cuadro 9 muestra la relación entre el índice de aumento del precio nominal de los alimentos, respecto al incremento del costo de vida. Entre 1970 y 1975 el precio de los alimentos creció más rápidamente que el costo de vida en 15 de los 16 países examinados y con inflación más intensa; entre 1975 y 1979 en más de la mitad de dichos países el precio de los alimentos creció más velozmente y, en los otros, el alza en el costo de vida apenas superó el alza de los precios de los alimentos. De otro lado, el alza de los precios reales de los alimentos —respecto a su nivel en 1970— fue más intensa en el primer quinquenio, con excepción de Argentina. Entre 1975 y 1979, los precios reales de los alimentos bajaron en ocho países; en los demás países, los precios fueron ligeramente más elevados que en 1975. En 1979, en 18 a 21 países analizados, los precios reales de los alimentos tenían niveles superiores a los registrados en 1970.

Puede decirse que, en general, los precios de los alimentos aumentan más rápidamente que la inflación cuando el proceso inflacionario se intensifica y que, por el contrario, cuando dicho proceso se atenúa los precios de los alimentos crecen con ritmos menos acelerados que la inflación. En cuanto a los precios reales de los alimentos, puede afirmarse que se elevan en períodos de mayor inflación. Los precios reales de los alimentos de prácticamente todos los países son superiores en 1980 respecto a sus niveles de 1970.

Cuadro 9

AMERICA LATINA: INFLACION Y PRECIOS DE LOS ALIMENTOS, 1970 - 1979

Países	Indice del precio de los alimentos respecto al índice del costo de vida		Indice de precios reales de los alimentos 1970 = 100	
	1970-1975	1975-1979	1975	1979
Argentina	1.00	1.01	99.7	103.1
Barbados	1.15	0.93	111.9	97.8
Bolivia	1.14	0.92	112.2	97.1
Brasil	1.11	1.01	109.8	101.1
Chile	1.07	0.95	126.8	91.9
Colombia	1.20	1.00	117.5	100.3
Costa Rica	1.02	1.19	101.3	104.2
Ecuador	1.29	0.99	118.4	99.6
Haití	1.10	0.95	106.3	98.9
Jamaica	1.13	1.03	108.6	102.3
México	1.13	0.95	107.4	96.4
Paraguay	1.20	1.10	110.7	104.7
Perú	1.17	1.04	110.2	105.8
República Dominicana	1.21	0.53	110.3	86.4
Trinidad y Tabago	1.23	0.79	114.0	70.7
Uruguay	1.02	1.02	104.2	103.1

Fuente: CEPAL, *Anuario Estadístico 1979*, elaborado por la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO.

VI

Agricultura y energía

I. La agricultura como usuaria de energía

El empleo de energía por parte de la agricultura puede examinarse a través del aporte que hacen el esfuerzo humano, la energía desplegada por los animales de tiro, la motriz generada por la maquinaria agrícola, la energía incorporada a los insumos modernos (en particular fertilizantes y pesticidas) y la utilizada en el proceso de transporte, transformación y distribución de alimentos. Si el análisis se concentra únicamente en la energía comercial utilizada en el proceso productivo agrícola, se llega al resultado provisional de que la agricultura latinoamericana consume casi el 2% del consumo total de energía comercial de la región y alre-

dedor de un 3% del consumo regional de combustibles fósiles líquidos.²⁸

Los fertilizantes, a lo largo de su proceso de fabricación, envasado, transporte y distribución, absorben alrededor del 49% de la energía comercial aplicada a la agricultura latinoamericana, los pesticidas un 3% y la maquinaria agrícola explica el 48% restante. Se ha estimado que en los países desarrollados el sistema alimentario absorbe alrededor de un quinto de la energía comercial total, siendo gran parte de la misma consumida en el proceso de transforma-

²⁸CEPAL, "El desarrollo agrícola en los años ochenta", E/CEPAL/G.1159, febrero de 1981.

ción y distribución de los alimentos elaborados. Dentro de esas actividades destacan el enlatado, la deshidratación artificial, el enfriado, congelado y reconstitución de concentrados altamente procesados.²⁹

La energía incorporada al consumo regional de fertilizantes ha crecido al 12% anual entre 1969/1970 y 1979/1980, de manera que ha pasado de 2.4 a 7.4 millones de toneladas equivalentes en petróleo. Si el análisis se centra únicamente en los fertilizantes producidos en América Latina, esa participación es bastante inferior ya que la producción regional —que tiende a crecer— representa actualmente el 42% del empleo regional de fertilizantes. Dentro del total de fertilizantes, los nitrogenados, debido tanto a los requerimientos de su proceso de fabricación y distribución cuanto a la magnitud de su empleo como abono, son con mucho los que mayor energía absorben: 82%; le siguen los fosfatados con 13% y los potásicos con el 5% restante.

En los años setenta, el parque de maquinaria y equipo agrícola regional hizo un consumo creciente de combustibles fósiles líquidos. Entre 1971 y 1976 dicho consumo creció al 5.2% anual, ritmo que se habría elevado al 6.7% anual entre 1976-1980 —6% por año promedio para la década— tasa similar a la de aumento del consumo total regional de petróleo y sus derivados. El consumo habría subido de 2.1 a 3.5 millones de toneladas equivalentes en petróleo.

La información disponible indica que no más del 10% de las unidades económicas agrícolas de la región —que comprenden alrededor del 28% del área bajo cultivo— hacen uso exclusivo de fuerza motriz mecánica, que un 34% —que representa aproximadamente el 52% del área bajo cultivo— emplea en forma combinada fuerza motriz mecánica y tracción animal, y que el 56% restante —alrededor del 20% de la superficie bajo cultivo— utiliza exclusivamente fuerza de trabajo humana y tracción animal. Se explica así que la agricultura regional participe,

²⁹ Banco Mundial, *Energy and agriculture: An overview*, Alfredo Sefir-Younis, agosto de 1981. Documento preparado para el Seminario "Cambio técnico en el agro latinoamericano: Situación y perspectivas en la década de 1980", Organizado por IICA/PNUD, 1.º al 3 de septiembre de 1981, San José, Costa Rica.

como ya se indicó, con sólo alrededor del 3% en el consumo regional total de combustibles fósiles líquidos. Los indicadores sobre tipos de maquinaria empleada en las labores de cultivos y sobre las características del proceso de expansión del área bajo cultivo, dan sustento a la aseveración de que en el proceso productivo agrícola regional todavía predominan la tracción animal y el esfuerzo humano.

Los cultivos realizados en forma mecanizada y con aplicación plena de los progresos bioquímicos —en varios países y casos— más que han duplicado los rendimientos físicos por hectárea, pero esa elevación de la productividad ha exigido que se multiplique varias veces el consumo de energía comercial: combustibles, fertilizantes y pesticidas.

En 1980, el precio internacional del petróleo era 12 veces mayor que en 1970. Con escasas excepciones la trayectoria de los precios internos en los países latinoamericanos guardó estrecha relación con lo ocurrido en el ámbito mundial. Los precios internacionales de los fertilizantes aumentaron bastante menos que los del petróleo, pero aun así los de los nitrogenados se han triplicado y los de los fosfatados duplicado. Políticas nacionales encaminadas a abaratar los insumos tecnológicos para la agricultura han permitido que los agricultores paguen por los fertilizantes precios menores que los internacionales.

El alza de los precios del petróleo y sus derivados constituye el componente principal de la elevación de los costos de producción del sector empresarial y, por lo tanto, influyó en el alza consiguiente de los precios de los alimentos.

Hasta fines de 1973 la tendencia de la relación precios agrícolas/precios de los combustibles fósiles líquidos, era favorable a los primeros. De ahí en adelante, en los países latinoamericanos —con pocas excepciones y distinta intensidad— se deterioró la capacidad de compra de los agricultores, expresada en términos de petróleo. En efecto, entre 1970 y mediados de 1973, el poder adquisitivo agrícola, medido por la relación precios agrícolas/precios del petróleo subió de 1.11 a 1.37; luego, entre fines de 1973 y 1977, esa misma relación bajó de 1.02 a 0.68. Y lo ocurrido con los precios del petróleo entre 1977 y 1980 acentuó dicha pérdida.

2. La agricultura como fuente de energía

El aumento sostenido de los precios de los combustibles fósiles líquidos y sus repercusiones sobre el balance de pagos permitió considerar a la agricultura como fuente alternativa de combustibles líquidos. Está avanzada la investigación orientada a identificar materias primas que puedan generarlos y están definidos los procesos de conversión correspondientes. La caña de azúcar, la yuca o mandioca y el sorgo sacarífero —calificados como cultivos energéticos— concitan la mayor atención. Para varios países, y a corto plazo, el etanol —alcohol etílico— procedente de la destilación del mosto de la caña de azúcar y del almidón de la yuca, aparecen como fuente suplementaria de combustibles líquidos. Los aceites vegetales son combustibles aptos para los motores diesel, pero por razones técnicas y económicas se piensa en ellos como opciones a mediano plazo; el metanol —alcohol metílico— proveniente de la celulosa también aparece como una solución a mediano plazo y en función de la evolución de los precios del petróleo.

La caña de azúcar es, por ahora, el cultivo energético más importante. La mandioca o yuca ha concitado la atención dadas las considerables ventajas que podría tener por tratarse de un cultivo poco exigente en materia de suelos y clima, lo que no sucede con la caña de azúcar. Por su parte el cultivo de la mandioca genera más empleo que la caña, lo que contribuye a una mayor distribución de ingresos. Ahora bien, si la caña de azúcar se cultiva en pequeñas explotaciones vinculadas a mini-destilerías —20 mil litros de alcohol— en vez de hacerlo en grandes plantaciones ligadas a grandes destilerías, indudablemente sus desventajas se reducen con relación a la mandioca.

En varios países se llevan a cabo investigaciones y se experimenta con almidón de mandioca. Los problemas encontrados —y prácticamente solucionados— se vinculan al empleo de semillas apropiadas para el cultivo destinado a la producción de alcohol, con los pasos que deben darse para convertir un cultivo tradicionalmente familiar en otro tipo comercial, con lotes sembrados de 100 y más hectáreas. Al respecto, han surgido interrogantes referidas a la preparación del suelo, distancia entre las

plantas, control fitosanitario, prácticas adecuadas de cosecha y mecanización de la misma. A más de estos problemas, solucionables con el tiempo, se añaden los relativos a las destilerías, dado que la destilación del alcohol del almidón de mandioca constituye un proceso más lento y complicado que el de la caña de azúcar. El almidón debe transformarse primero en azúcar, para luego ser fermentado y destilado.

El Problema Nacional del Alcohol (PRO-ALCOOL) de Brasil, iniciado a fines de 1975, constituye el mayor esfuerzo latinoamericano —y seguramente mundial— de cultivos energéticos. La producción brasileña de alcohol ha registrado un gran crecimiento durante los últimos años, pasando de 664 millones a 3 400 millones de litros entre 1976/1977 y 1979/1980, y podría llegar a 4 200 millones de litros en 1981. En total por ahora suman 384 los proyectos aprobados para la instalación de destilerías, los que representan una capacidad de destilación equivalente a 8 000 millones de litros por año, a la que debe añadirse la previa al programa —900 millones de litros— y que en su conjunto alcanza al 84% de la meta de 10 700 millones de litros/año, postulada para 1985.

La mezcla de alcohol anhidro y bencina implantada en todo el país, posibilitó en 1980 la sustitución de un 17% del consumo de gasolina. En 1980 PROALCOOL introdujo la distribución de alcohol hidratado a escala comercial, como combustible exclusivo de unos 350 mil vehículos producidos al efecto o con motores modificados.

Otros países de la región también han iniciado esfuerzos para producir combustibles líquidos a partir de cultivos energéticos. El aprovechamiento de desechos vegetales como biogás —gas metano— también está adquiriendo interés; se realizan investigaciones sobre distintos tipos de digestores para ampliar la producción de dicho gas. A su vez la leña y el carbón vegetal han cobrado renovada importancia en la búsqueda de energía comercial basada en la biomasa.

Utilizar la agricultura para producir cultivos alimentarios y energéticos plantea interrogantes respecto a la futura composición de la producción agrícola, a variaciones de los precios relativos y al grado de modificación técnica

a que pueden ser sometidas las agriculturas nacionales. De otro lado, la expansión productiva agrícola está fuertemente condicionada por la disponibilidad y precios de los combustibles

fósiles líquidos. Se trata, pues, de opciones complejas y difíciles cuyos méritos relativos pueden ser muy distintos en los diversos países de la región.

VII

La industrialización de la agricultura

En la mayoría de los países latinoamericanos se está registrando un acentuado proceso de industrialización de la agricultura. En la medida en que se han establecido y/o consolidado los eslabones³⁰ de la cadena agroindustrial, se fueron comprometiendo —y a veces transformando— las bases productivas del sector agrícola. La agroindustria ha sido considerada y estimulada como una forma de solucionar algunos de los problemas económicos y sociales del agro, ya que conlleva innovaciones técnicas y modernización del proceso productivo, estandarización de los productos agrícolas, fomenta la producción de cultivos no tradicionales, introduce mejoras en la comercialización y distribución de alimentos en estado primario y procesados, asegura mercados y estabiliza precios e ingresos a los agricultores.

La amplitud de las ramas que componen la agroindustria latinoamericana, el dinamismo y diversificación de la producción, los distintos tamaños de las agroindustrias, las diferencias de tecnología y la variedad de su procedencia, la falta de información estadística actualizada, son causas que dificultan un análisis detallado de la evolución regional de esta heterogénea y compleja actividad productiva. De todos modos, el estudio de casos supera los límites de este trabajo.

El sector alimentario es el más importante de la agroindustria regional. Las ramas alimentarias vinculadas con la refinación de azúcar y con los productos de molinería son, por lo general, de lento crecimiento puesto que tanto el

azúcar como el trigo son productos cuya demanda se expande lentamente y, por lo general, fueron sometidos a algún tipo de medidas de fijación de precios al consumidor. La industria alimentaria secundaria —pastas, fideos y otros alimentos preparados derivados del trigo— crece con mayor dinamismo debido a la continua expansión de su demanda urbana y rural. La elaboración de aceites y grasas vegetales, los preparados de cacao y café, como así los productos de confitería muestran tasas elevadas; se orientan a mercados internos y externos en expansión. Crecen moderadamente —en algunos países lo hacen con rapidez— las ramas vinculadas a la matanza de ganado, preparación y conservación de carnes, elaboración de productos lácteos, envasado y conservación de frutas y legumbres dadas las condiciones de competencia con productos importados que enfrentan habitualmente. En general, las ramas que producen bienes de consumo popular tienden a crecer más lentamente que las que producen alimentos elaborados destinados a estratos de ingresos medios a altos.

En su expansión, la agroindustria se apoya en el sector empresarial agrícola, cuyas características organizativas y productivas facilitan la articulación de sus producciones con las actividades del agronegocio. Este, de otro lado, orienta su producción hacia los consumidores urbanos de ingresos medios y altos y hacia los consumidores rurales con ingreso suficiente como para que puedan adquirir sus productos. Por lo tanto, la agroindustria deja de lado la agricultura campesina —con pocas excepciones, resultantes éstas de su agrupación en cooperativas— y a los consumidores urbanos y rurales muy pobres y que por lo tanto no están en condiciones de comprar productos alimenticios con alto valor agregado.

³⁰ Eslabones hacia atrás, vinculados con la producción de insumos para la agricultura; y eslabones hacia adelante, relacionados con el procesamiento de insumos provenientes de la agricultura en sus distintas fases de transformación.

Los diagnósticos nacionales coinciden respecto al evidente crecimiento de sus agroindustrias; y también registran incrementos en el número de empresas transnacionales dentro de la agroindustria local. Muchas de esas corporaciones tienen importancia mundial por el volumen de sus ventas anuales y por sus ramificaciones. En general, están verticalmente integradas y diversificadas, características tanto más evidentes cuanto mayor es su importancia.

Las empresas transnacionales se implantan en las ramas más importantes del sistema agroindustrial nacional y constituyen núcleos dominantes y de concentración de capital, que orientan la mayor parte de su producción al mercado interno; es reducida su participación en el comercio exterior de productos procesados y generan una cierta especialización productiva por razones de clima, suelos, tenencia de la tierra, infraestructura y facilidades de acceso a los grandes mercados urbanos nacionales.³¹

La inversión privada extranjera financia, con preferencia, la producción de alimentos elaborados y de insumos tecnológicos básicos para el proceso productivo, como así para su mercadeo. Sustituye el capital nacional en la instalación de unidades productivas que se articulan, en las condiciones más favorables, a procesos de sustitución de importaciones o de fomento de las exportaciones, basados principalmente en la explotación de los recursos naturales.

Las unidades productivas agroindustriales transnacionales instaladas en América Latina, crecieron de modo distinto. Una proporción muy importante de sus ampliaciones y diversificaciones fue consecuencia de la compra y absorción de empresas nacionales en funcionamiento y de su fusión con otras nuevas, ahorrando así parte de los gastos de instalación y

acentuando la concentración. Esto les ha permitido adquirir mayores tamaños y redes adicionales de filiales, adoptar y seleccionar una gran diversidad de tecnologías, utilizar personal calificado y robustecer su capacidad operativa y su presencia en los mercados.

De antiguo es la vinculación de las empresas transnacionales y de otros inversionistas privados extranjeros con la agricultura latinoamericana. Han incursionado en la explotación del suelo, han aprovechado la mano de obra barata y controlado la elaboración y comercialización de muchos productos: frutas y vegetales, azúcar, algodón, cacao, carne, lácteos, pesca, aceites comestibles, trigo, tabaco, madera, cuero, bebidas no alcohólicas y confitería, bebidas alcohólicas y bebidas tropicales. Progresivamente fueron interviniendo en nuevas ramas: a la producción de alimentos elaborados básicos añadieron la de alimentos orientados a mercados urbanos de altos ingresos y vendidos en cadenas de supermercados o restaurantes (alimentos 'sofisticados' a base de carnes y leche, platos preparados, confitería fina, etc.). Además sustentan la producción a contrata de frutas frescas, legumbres, hortalizas y flores destinadas a mercados de países desarrollados.

La inversión extranjera en la agroindustria latinoamericana —entendida en su acepción más amplia— es de larga data. Sin embargo, en la década de los años setenta fue quizás más intensa que en el pasado, en particular en las ramas de maquinaria agrícola, productos agroquímicos —fertilizantes, insecticidas, fungicidas, herbicidas— y productos veterinarios. Prácticamente todas las empresas transnacionales que operan en estos renglones se han establecido en los países latinoamericanos, bien sea como fabricantes o como representaciones comerciales, de modo que penetran y, por lo general, dominan los mercados nacionales e influyen decididamente en su evolución y características.

³¹ CEPAL, "Las empresas transnacionales en la agroindustria mexicana" (CEPAL/MEX/1049), mayo de 1981.

Conclusiones

Cada uno de los tópicos analizados posibilitaría conclusiones específicas. Sin embargo, nos parece que las más relevantes surgen al contrastar la expansión productiva y las transformaciones registradas durante la década pasada, con el logro de los objetivos básicos perseguidos por la sociedad y economía latinoamericanas: la eliminación del hambre y de las carencias nutricionales, y la erradicación de la pobreza y situaciones de indigencia. Cabe contrastarlos, además, con la consecución de dos propósitos complementarios: la expansión de las exportaciones agrícolas y evitar que la búsqueda de la eficiencia económica a corto plazo, altere los ecosistemas y deteriore amplias extensiones de tierras.

La expansión productiva destinada al mercado interno ha respondido simplemente a los estímulos y movimientos de la demanda resultantes, ambos, del aumento de la población urbana y de los cambios producidos en los regímenes alimentarios de los distintos estratos de ingreso. Por ello, el incremento de la producción tuvo efectos ambivalentes en lo nutritivo. De un lado, ha contribuido a una mayor disponibilidad media de alimentos de alto valor nutritivo, los que fueron adquiridos por consumidores de ingresos medios y altos; y, por otra parte, para el consumo popular ha suministrado de modo creciente alimentos que aportan calorías vacías —azúcar, aceites, tubérculos— y, en forma decreciente, aquellos otros que contienen nutrientes equilibrados —cereales y leguminosas—, esto debe haber conducido al agravamiento de las carencias nutricionales de los grupos más pobres. En consecuencia, los resultados del proceso productivo no estuvieron orientados a la eliminación del hambre y la malnutrición, en su sentido estricto.

El alza de los precios reales de los alimentos respecto a sus niveles de comienzo de los años setenta, influyó en la acentuación de los problemas alimentarios. La intensidad de los procesos inflacionarios, entre otras secuelas, empeoró el estado nutricional de los desprotegidos, forzados a modificar su régimen alimentario e ingerir alimentos baratos, de escaso va-

lor nutritivo, pero que dan la sensación de plenitud gástrica.

En lo que respecta a la erradicación de la pobreza rural, la expansión productiva lograda, si bien importante, está todavía lejos de la requerida para contar con la base material necesaria para que el ingreso medio agrícola acorte distancias y se aproxime al ingreso medio de toda la economía. Una más acelerada expansión productiva agrícola, que llegue a mediano plazo a duplicar o triplicar las dimensiones actuales de la agricultura, es condición necesaria, pero no suficiente, para erradicar la pobreza rural. Se necesita la aplicación complementaria de medidas de carácter distributivo o redistributivo —según sean las peculiaridades de cada país— para que los resultados del proceso productivo alcancen en forma más equitativa a los diferentes estratos de la población.

El desarrollo de las fuerzas productivas agrícolas no ha contribuido a diluir la contradicción más notoria de la agricultura latinoamericana: la existencia simultánea de tierras abundantes, no aprovechadas plenamente, y un número creciente de familias campesinas subocupadas. Por el contrario, y debido a las transformaciones ocurridas en el interior de sus dos componentes principales, los empresarios y el campesinado, ese desequilibrio secular estaría acentuándose. En esa polarización han influido, desde luego, las estrategias seguidas por ambos sectores: los empresarios, para sacar mayores beneficios en su favor y los campesinos para enfrentar y adaptarse a situaciones cambiantes y defender o elevar su nivel de vida. Las migraciones permanentes o temporales hacia el medio urbano-industrial y hacia áreas de colonización donde pueden constituir nuevas unidades familiares, forman parte del modo en que el campesinado enfrenta el subempleo y asegura un nivel mínimo de ingresos.

Si bien la situación agraria de muchos países de la región difiere de la predominante dos décadas atrás —hubo progresos de distinto grado—, la necesidad de continuar modificando las condiciones de acceso a la tierra sigue conservando importancia estratégica, a efectos de

ampliar resultados exitosos de acciones de reforma agraria antes emprendidas y también como un medio importante para alcanzar los propósitos que persiguen las estrategias de superación de desequilibrios estructurales y el logro del desarrollo armónico de la sociedad.

La progresiva concentración tanto de la producción y del ingreso agrícolas como de las oportunidades derivadas de los mercados —de productos, de factores y financieros— resultantes tanto de las características del sector empresarial como de las políticas públicas que más los benefician junto a las implicaciones de su creciente articulación con el agronegocio, son realidades distintas de las que presentó en el pasado el agro latinoamericano y que tuvieron como base de sustentación al complejo latifundio-minifundio. La pujanza del empresariado, articulado funcionalmente a la continua descomposición-recomposición del campesinado es una realidad aún no entendida satisfactoriamente ni valorada en sus verdaderos alcances y repercusiones.

La capacidad de los grupos pobres de mejorar sus ingresos está estrechamente ligada a la calidad y cantidad del trabajo y a la percepción de una remuneración justa por su esfuerzo productivo. El trabajo, a su vez, depende de las condiciones de acceso a los recursos productivos, en particular a la tierra. La búsqueda más intensa de amplias y renovadas oportunidades de empleo para la población rural fue y será elemento importante en la lucha para vencer la pobreza rural. Los más variados caminos, según las realidades nacionales y locales, podrían utilizarse para facilitar un mayor acceso a la tierra.

Parte importante de las medidas de acceso a la tierra ha sido la ocupación del territorio nacional, vinculada a la ampliación de la frontera agrícola. Formas más o menos exitosas de colonización y de apertura de tierras al riego aliviaron la presión demográfica típica de determinadas zonas de pobreza rural, al mismo tiempo que contribuyeron a la expansión productiva y a la generación de nuevos empleos.

Las políticas orientadas a abaratar el capital e incentivar el uso de insumos técnicos en el proceso productivo agrícola han incidido negativamente sobre el empleo agrícola. Tuvieron como propósito la formación de capital en las fincas y la tecnificación de las labores de culti-

vo, pero han llevado a reducir el papel que desempeña la fuerza de trabajo, recurso abundante en la función agregada de producción. De otro lado, y en ciertos casos, regulaciones introducidas en los mercados de trabajo han encarecido el costo de la mano de obra y estimulado que se tienda a prescindir de la fuerza de trabajo permanente y a utilizar mano de obra temporal en escala creciente.

Los programas de desarrollo rural integrado o integral han aparecido como formas de concentrar recursos en favor del campesinado, de favorecer su incorporación a los mercados, hacerlos permeables al progreso técnico y dotarlos de servicios gubernamentales de apoyo y asistencia que contribuyan a mejorar sus condiciones de vida y trabajo. Sin embargo, puesto que la naturaleza de esos programas no se compadece con las raíces de la pobreza rural, sus resultados no llegaron más allá de los límites restringidos de sus propias acciones que no pretendían facilitar el acceso a los recursos productivos.

Por falta o escasez de innovaciones tecnológicas concebidas como respuesta a las condiciones económicas y sociales de la gran masa de productores de cada país, la disponibilidad de tecnología predominante es la que ofrecen los mercados internacionales, lo que muchas veces ha contribuido a la adopción de patrones tecnológicos sesgados respecto a las exigencias nacionales de un desarrollo agrícola equilibrado. A pesar del avance logrado en América Latina en la organización de la investigación y en la formación de investigaciones persiste, en general, un desconocimiento de las necesidades del campesinado y de experimentos que presen debida atención a la forma particular en que éste organiza su actividad económica y utiliza el suelo. Faltan investigaciones sobre cultivos importantes para la agricultura campesina y sobre sistemas productivos basados en cultivos asociados o múltiples.

La modalidad dominante de desarrollo tiende a incrementar el grado de apertura de las economías y al acrecentamiento de la interdependencia entre naciones. El intercambio agrícola de los países latinoamericanos con el resto del mundo refleja esas tendencias. Tuvo lugar una diversificación de las exportaciones y por lo tanto una mayor articulación de las agricultu-

ras nacionales con la demanda externa. Del lado de las importaciones, si bien éstas no se han diversificado mucho, ha aumentado la dependencia y con ello la vulnerabilidad del abastecimiento de alimentos frente a cambios inesperados en las condiciones de los mercados mundiales, tanto en materia de seguridad en los suministros, como en variaciones en los precios. Adquirió mayor trascendencia lo relativo a capacidad efectiva de almacenamiento en puertos, disponibilidad y eficiencia de los medios de transporte y grado de la fluctuación en los fletes.

El ambiente de inestabilidad e inseguridad característicos de los mercados agrícolas internacionales, ha influido fuertemente sobre la evolución de las agriculturas nacionales que dependen de las exportaciones y por extensión, ha provocado perturbaciones de diverso grado en el desenvolvimiento de las economías nacionales. De otro lado, los altos niveles del proteccionismo han menoscabado las oportunidades de los países de la región que producen en condiciones favorables y pueden, por lo tanto, ser muy competitivos en algunos de los mercados mundiales agrícolas.

Para la región en su conjunto —lo que no se aplica a países en particular— entre 1969-1971 y 1977-1979 el valor en dólares corrientes de las importaciones creció más rápidamente que el de las exportaciones; lo hicieron al 18.7 y 16.5% por año, respectivamente. Estos ritmos son menos distantes entre sí de los que corresponden a los de los volúmenes, los que —como ya se indicó— fueron del 8.0 y 2.8% anual, respectivamente. El alza agregada de los precios de los productos agrícolas exportados explica que las exportaciones hayan tenido un mejor comportamiento del previsto y que hayan contribuido de mejor modo al saneamiento o a la atenuación de los déficit de los balances comerciales.

Las políticas tecnológicas adoptadas estuvieron en mayor o menor medida influidas por el modelo tecnológico creado por la llamada 'revolución verde'. Sin desconocer los notables avances científicos logrados desde entonces y traducidos en complejos paquetes tecnológicos, que han facilitado la expansión de la frontera agrícola y una todavía modesta elevación de los rendimientos unitarios medios, se percibe la ausencia de iniciativas tecnológicas que

no tiendan a la homogeneización de los ecosistemas y, por ende, a la alteración y/o pérdida de sus atributos. La búsqueda de la eficiencia económica a corto plazo ha provocado en América Latina la inutilización de amplias extensiones de tierras, particularmente en áreas tropicales. Tampoco hay progresos notorios en materia de recuperación de zonas ecológicamente degradadas, ni en lo relativo a la implantación de agrosistemas menos dependientes del consumo de energía fósil.

Un abigarrado conjunto de causas y factores ha interactuado y determinado de modo combinado las transformaciones ocurridas en la sociedad rural latinoamericana y ha estimulado la mayor diferenciación económica y social que hoy se advierte en la agricultura regional. Dentro de ese complejo conjunto, resaltan las nuevas estructuras urbanas e industriales y las consiguientes modificaciones, en sentido y profundidad, de las relaciones urbano-rurales; la penetración diferenciada del progreso técnico y el apego a la eficiencia y rentabilidad que le acompaña; las decisiones de política de abaratar el capital y los medios técnicos requeridos por el proceso productivo y la consecuente formación acelerada de capital en las unidades empresariales y el patrón de maquinización y acrecentado uso de insumos tecnológicos que lo acompaña; la influencia selectiva y a veces distorsionante del sector externo; el dinamismo del agro-negocio asociado a las corporaciones transnacionales, la realización de importantes obras de infraestructura física y de comunicaciones; la revisión y puesta al día en cuanto a propósitos, medios de acción y clientela de diversos programas y acciones gubernamentales en favor de la agricultura; los resultados —todavía no conocidos ni valorados acabadamente— de los procesos y acciones de reforma agraria y los cambios en los sistemas de tenencia de la tierra; las modificaciones introducidas en las relaciones laborales y las transferencias intersectoriales —temporales o a más largo plazo— favorables a la agricultura. A esta larga mención se añaden otros factores de menor importancia aparente.

Numerosas y complejas son pues las causas y factores que deben ser considerados individual y simultáneamente, para lograr que se den las condiciones para que la agricultura pueda

desempeñar plenamente sus funciones esenciales y manifieste con pujanza su verdadero potencial. De igual modo, numerosas deben ser las medidas y acciones que es preciso tomar y emprender, para que la agricultura pueda contribuir apropiadamente al desarrollo global y simultáneamente supere sus propios problemas. Causas complejas y difíciles, por el número

de sus componentes y por las relaciones entre componentes, no pueden ser enfrentadas y superadas con soluciones sencillas. El gran desafío para la agricultura latinoamericana consiste en conciliar la eficiencia técnica y económica con el apremiante mejoramiento social, y, al mismo tiempo, constituir un sector dinámico y estable para la economía global.

La agricultura latinoamericana Perspectivas hasta fines de siglo

*Nurul Islam**

Sólo un aumento sostenido y prolongado de la producción de alimentos y productos agrícolas puede conducir a la solución del problema de la seguridad alimentaria, que destaca cada vez más como uno de los principales desafíos económicos a escala mundial. Desde este punto de vista, la evolución reciente del conjunto de América Latina no ha sido satisfactoria, pues en muchos países el aumento de la oferta no equiparó al de la demanda, impulsada por el crecimiento de la población y del ingreso. Por esta razón, y en términos generales, se redujo la autosuficiencia de la región en materia de productos agrícolas a la par que subsisten los pertinaces problemas del desempleo y subempleo agrícolas y de la subnutrición.

La perduración de las tendencias pasadas significaría el agravamiento de estos problemas, por lo que el autor sostiene que es necesario modificarlas ampliando de manera significativa el área cultivable, mejorando los rendimientos, reduciendo relativamente las importaciones agrícolas —para lo cual se debe sustituir importaciones y producir excedentes exportables— y realizando ciertos cambios en las políticas y en las instituciones. Estos últimos los divide en dos ámbitos. Por un lado, los orientados a aumentar la producción, entre los que destaca el uso adecuado de las políticas macroeconómicas, de impuestos, precios, cambiaria y de crédito, y el fomento de la educación, la extensión y la capacitación; todo ello dentro de una estrategia de desarrollo agrícola y rural. Por otro, los que procuran que los beneficios del desarrollo lleguen de manera equitativa a todos los grupos sociales y a todas las regiones; en este sentido, subraya la necesidad de prestar una atención especial a los pequeños agricultores para aumentar su productividad, su producción y su nivel de vida, lo que en algunas situaciones puede requerir cambios en el régimen de tenencia de la tierra. Sin embargo, esta distribución equitativa de los beneficios del desarrollo requiere a su vez que la población rural se organice y exprese sus demandas, participando de manera plena en el proceso decisorio; sólo una mayor participación popular en las decisiones fundamentales podrá garantizar la realización de los necesarios cambios de estructura y el acceso equitativo al bienestar.

*Subdirector General de la FAO, Departamento de Política Económica y Social.

La FAO, en un estudio titulado *La agricultura hacia el año 2000*, elaboró un análisis de las perspectivas futuras de la agricultura mundial hasta fines del siglo, y asimismo, en cooperación con la CEPAL, examinó esas perspectivas para la región latinoamericana a fines de 1980. Se trata de un análisis, y no de un pronóstico, de las posibilidades del sector agropecuario de la región.*

Los estudios de la FAO presentan escenarios alternativos, con supuestos diferentes acerca del crecimiento del ingreso global, el aumento de la población y el grado de autosuficiencia que deba lograrse, así como de las limitaciones en materia de tierra, agua y escasez de recursos en el sector de agricultura y alimentación. Esta labor ha sido un proceso largo, realizado en consulta con otras organizaciones de las Naciones Unidas, y también en la Conferencia Regional de la FAO para América Latina. Nos han sido de gran utilidad los estudios realizados por la CEPAL en torno a la Estrategia Internacional del Desarrollo para el Tercer Decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo, así como el Programa de Acción Regional destinado a llevarla a la práctica.

Antes de hacer referencia a los análisis y conclusiones de estos estudios, cabe hacer un examen de las actuales tendencias y problemas agropecuarios, tanto en el plano mundial como en América Latina, a fin de disponer del marco apropiado para analizar las perspectivas futuras de la región.

1. *Los alimentos en el mundo: situación actual y perspectivas*

La producción mundial de alimentos durante los últimos dos años sólo ha aumentado en forma marginal; dicho aumento ha sido inferior al del consumo, de manera que las existencias de cereales llegaron en 1981 a niveles muy bajos, es decir, a un 14% del consumo mundial, cifra inferior al nivel mínimo considerado necesario para la seguridad alimentaria mundial. En los últimos años hubo muchos países en desarrollo de otras regiones que no sólo registraron descensos en su producción por

*Este artículo está basado en la exposición hecha por el señor Nurul Islam en representación de la FAO en el 19º período de sesiones de la CEPAL, realizado en Montevideo, del 4 al 16 de mayo de 1981.

habitante, sino también disminución absoluta de su producción. Subieron los precios de los alimentos, los del transporte, al mismo tiempo que aumentaron considerablemente los gastos de importación de alimentos de muchos países en desarrollo de escasos ingresos. Esta situación es también motivo de inquietud para algunos países de la región, que realizan grandes importaciones de alimentos.

En la medida en que amplias zonas del agro latinoamericano sigan dependiendo de los cultivos de secano, las variaciones climáticas continuarán significando una importante fuente de inestabilidad. Además, numerosos factores han contribuido a acentuar la inestabilidad de la oferta y de los precios mundiales de los alimentos. Algunos países han mostrado cada vez mayor tendencia a aislar el mercado interno para sustraerlo a las fluctuaciones de la oferta mundial; procuran estabilizar el abastecimiento interno reduciendo las exportaciones o aumentando las importaciones en caso de escasez interna, y tomando el camino opuesto en caso de excedente. De esta forma, la estabilidad nacional suele lograrse a costa de acentuar la inestabilidad mundial. Si ante las variaciones de la producción nacional los países modificaran las existencias nacionales o el consumo, como hicieron muchos de los grandes importadores (la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y China, por ejemplo), en vez de recurrir a las importaciones, sería posible paliar la inestabilidad del mercado mundial. La proliferación de acuerdos comerciales bilaterales, que tienden a estabilizar las corrientes comerciales entre los principales importadores y exportadores, hace que los costos del ajuste recaigan sobre el resto del mercado, que no participa de dichos acuerdos. Además, las existencias mundiales de cereales probablemente serán inferiores a las de antes. Por otra parte, no se vislumbra todavía ningún nuevo acuerdo internacional acerca de las reservas mundiales de trigo.

Este es el marco mundial en el cual los países latinoamericanos importadores habrán de enfrentar los efectos de las variaciones en el abastecimiento nacional o en la oferta y los precios mundiales.

La FAO, con miras a abordar los problemas de seguridad alimentaria mundial, aprobó en

1979 su Plan de Acción para la Seguridad Alimentaria Mundial (Plan de Acción en cinco puntos), que más tarde hizo suyo la Asamblea General de las Naciones Unidas. De conformidad con dicho plan, se instó a los países a determinar las políticas y metas nacionales en materia de existencias de alimentos y a formular criterios para el manejo y liberación de las reservas alimentarias. Una Reserva Alimentaria Internacional de Emergencia reforzada, así como una corriente garantizada de ayuda alimentaria, incluso en tiempos de escasez y de elevados precios, constituyen componentes esenciales e interrelacionados de dicho plan de acción. Y según señaló el plan de acción, se hace cada vez más importante prestar mayor apoyo al balance de pagos para hacer frente a las alzas excepcionales en los costos de importación de alimentos; es preciso crear a niveles nacionales y regionales existencias alimentarias de seguridad y la infraestructura pertinente, incluso instalaciones de almacenamiento, mediante la cooperación recíproca, tanto financiera como técnica, entre los países en desarrollo.

2. Tendencias anteriores de la agricultura latinoamericana

Sin embargo, los problemas de seguridad alimentaria sólo pueden resolverse mediante un incremento sostenido y a largo plazo en la producción interna de alimentos y productos agrícolas. La producción agrícola de esta región aumentó a una tasa anual de 3.0% entre 1963 y 1980; la tasa de crecimiento fue menor en los años setenta: alrededor de 2.9%. Y esta cifra es muy inferior a la meta de 4% fijada en la Segunda Estrategia Internacional para el Desarrollo. En muchos países de la región, el aumento de la producción apenas si se mantuvo a la par con el de la población. En consecuencia, el incremento por habitante en la producción agrícola apenas alcanzó a un 0.3% anual en los últimos veinte años; en cambio, en los años setenta, se aceleró a 1.2%, contra un 1.0% para el mundo en el desarrollo en general.

Hubo grandes diferencias entre las tasas de crecimiento agrícola de los diversos países de la región latinoamericana: 11 países, con un 27% de la población de la región, tuvieron una tasa de crecimiento inferior al 3% entre 1963 y

1980; otros, cuya población constituye un 12% de la población regional, tuvieron una tasa inferior al 2%; sólo para un 73% de la población regional la tasa sobrepasó el 3%. Esto indica una amplia variación a este respecto entre dichos países.

En la región, la tasa de crecimiento de la producción de alimentos y de productos agrícolas durante los años setenta fue superada por una tasa aún mayor de crecimiento de la demanda. Esto se debió al rápido incremento de la población, y a la alta tasa de crecimiento del ingreso global, que alcanzó a alrededor de un 6% anual. De este modo se produjo un rápido aumento en la importación de cereales y un deterioro en el balance comercial neto de cereales de la región. Las importaciones de cereales aumentaron alrededor de un 60% (de 14 millones a 22 millones de toneladas) entre 1975 y 1980; las exportaciones de cereales (por parte de los países latinoamericanos exportadores) sólo pasaron de 12 a 13 millones de toneladas. El déficit en el comercio de cereales subió cuatro y media veces (de 2 a 9 millones de toneladas); el crecimiento de la producción y exportaciones agrícolas, aparte de los cereales, contrarrestó la baja en el balance comercial de los cereales, de modo que el balance comercial agrícola global mejoró en alrededor de un 20% (pasó de 9 mil millones a 11 mil millones de dólares).

Disminuyó el grado de autosuficiencia de la región en lo que se refiere a los productos agrícolas. El coeficiente de autosuficiencia global (porcentaje del consumo total cubierto por la producción interna) fue de 95% en 1978-1979. El coeficiente más bajo de autosuficiencia fue el del trigo (67%) y el más alto correspondió a los cereales secundarios (107%). A pesar de un crecimiento del 3% anual en el producto interno bruto agregado por habitante, el consumo diario de alimentos aumentó sólo en un 0.3% en términos de calorías.

La extensión de la modernización y el aumento de la producción agrícola se han dado en forma desigual entre los países de la región, como también dentro de cada uno de los países. Tampoco fue uniforme entre los diversos productos, grupos socioeconómicos o regiones geográficas en cada país. El crecimiento global no se tradujo en un desarrollo comparable de las

pequeñas explotaciones agrícolas o de la agricultura campesina. Estas últimas, aun cuando generalmente contaron con terrenos de baja calidad, produjeron una parte importante de los alimentos destinados a la población urbana y rural. La agricultura en gran escala, que hace uso intensivo del capital y está vinculada al sector industrial moderno y a los mercados de exportación, contó con una enorme proporción de los recursos de capital, de los insumos y los servicios, y obtuvo una parte desproporcionada de los beneficios del crecimiento.

A pesar de una baja en la magnitud relativa de la fuerza de trabajo agrícola, que disminuyó de un 46% (1961-1965) a un 34% (1980), el desempleo y subempleo se mantuvieron muy altos en el sector agrícola. El ingreso por habitante en el sector agrícola siguió siendo muy bajo: alrededor de un 24% del mismo ingreso en el resto de la economía. Según un conocido estudio de la CEPAL, casi dos tercios de los hogares rurales se encontraban por debajo del umbral de pobreza a comienzos del último decenio; la miseria absoluta afectaba a casi una tercera parte de los mismos.

Durante el período 1974-1976, más de 40 millones de personas, que constituyen el 13% de la población de la región, sufrían de subnutrición, según la definición estricta de subnutrición aplicada por la FAO, es decir, falta de las calorías mínimas. Pero también aquí existen considerables diferencias entre los diversos países de la región. Entre 1974 y 1976, por ejemplo, nueve países, que reúnen un 47% de la población de la región, tenían un 15% o más de su población en estado de subnutrición. Ocho países, cuya población constituye un 41% de la región, tenían entre un 10 y un 15% de su población en las mismas condiciones. El grado de subnutrición no baja necesariamente con el aumento del ingreso por habitante o con la aceleración de la tasa de crecimiento.

3. *Perspectivas para el futuro*

En cuanto a las perspectivas para el futuro de la región, no es ni conveniente ni necesario que se perpetúen las tendencias pasadas en materia de producción. Si esto ocurriera, habría en primer lugar un aumento acelerado de las importaciones; al superar éste el de las expor-

taciones, se produciría un deterioro en el balance comercial agropecuario.

Más específicamente, las importaciones de cereales aumentarían en un 30% en 1990, y se duplicarían con creces en el año 2000, mientras las exportaciones de cereales sólo aumentarían un 15% en 1990 y un 70% en el año 2000. El déficit en el comercio de cereales alcanzaría a los 13 millones de toneladas en 1990 y a los 24 millones de toneladas en el año 2000, comparado con la cifra de 9 millones de toneladas registrada en el año 1980.

Así, la perduración de las tendencias pasadas significaría que la subnutrición será mucho más grave si no logra financiarse el aumento de la importación de cereales; e incluso en caso de financiarse, tendrá que aumentar la subnutrición pues habrá un incremento absoluto en el número de personas de grupos de bajos ingresos y baja demanda efectiva.

América Latina tiene potencialidades suficientes como para movilizar recursos de capital, capacidad tecnológica e instituciones pertinentes para acelerar considerablemente la tasa de producción agrícola durante el próximo decenio. La región posee, comparativamente, una buena dotación de recursos naturales; de hecho, las estimaciones recientes de la FAO indican que los terrenos potencialmente cultivables alcanzan a casi 700 millones de hectáreas, es decir, 1.91 hectárea por habitante, lo que duplica las 0.82 hectáreas con que cuenta el resto del mundo en desarrollo. En la actualidad, sólo un 25% del terreno potencialmente cultivable se utiliza efectivamente. Es preciso reconocer que en gran medida los terrenos ya cultivados son los de mejor calidad y mejor dotados, y que la expansión futura de la tierra cultivable será más onerosa y de menor rendimiento. De todos modos, existe una gran potencialidad para la expansión y la intensificación. Sin duda, existen grandes diferencias entre los países en lo que se refiere a las posibilidades de crecimiento; sin embargo, la región en su conjunto debería mejorar considerablemente su autosuficiencia en materia de agricultura y alimentación.

El ya citado estudio de la FAO, *La agricultura hacia el año 2000*, ha explorado las consecuencias de dos escenarios alternativos destinados a modificar las tendencias ya regis-

tradas. Estos escenarios se conciben dentro del amplio marco de las metas y objetivos de la estrategia aprobada por la CEPAL, y también de la estrategia internacional del desarrollo, tales como un 7% de aumento en el ingreso global y las correspondientes proyecciones en materia de crecimiento de la población y de la fuerza laboral total.

4. La hipótesis optimista

De acuerdo con la hipótesis más optimista, la producción agrícola, y en particular la de cereales, aumentaría alrededor de un 3.9% anual en los próximos dos decenios; la producción pecuaria tendría un incremento aún mayor, de alrededor de un 5.3% anual.

El producto interno bruto agrícola total, que incluye los productos agrícolas y el ganado, aumentaría a un 3.2% anual, lo que significaría un incremento de alrededor del 30% en el producto interno bruto agrícola promedio por habitante en los próximos 20 años. Y puesto que el crecimiento económico global es mucho más rápido, debido a la mayor tasa de crecimiento en los sectores no agrícolas, en los años 1990 y 2000, respectivamente, alrededor de un 8 y un 5% del producto interno bruto correspondería a la agricultura, la cual daría empleo a un 19 ó 20% de la población.

Habría, sin embargo, amplias diferencias entre los países de la región: de acuerdo con la hipótesis optimista, nueve países, que cuentan con un 37% de la población de la región, superarían el 4% de crecimiento en el próximo decenio; 10 países, con un 47% de la población, alcanzarían una tasa superior al 4% durante el decenio de 1990. Por otra parte, habrá 4 países, con alrededor de un 10% de la población, cuyas tasas de crecimiento serán inferiores al 3%.

El coeficiente de autosuficiencia para los cereales mejoraría de un 0.95 a un 0.98% en 1990 y llegaría a 1.02% en el año 2000; en el caso del trigo, dicho coeficiente mejoraría sólo de un 0.67% a un 0.72% en 1990, y a un 0.74% en el año 2000.

A pesar de semejante tasa de crecimiento y de una mayor autosuficiencia, América Latina no lograría erradicar completamente la malnutrición para el año 1990, ni tampoco para fines de siglo, aun cuando en 1980 su tasa de malnu-

trición era la más baja del mundo en desarrollo. Así sucederá incluso si se supone que todas las necesidades de cereales serán cubiertas por las importaciones, ya sea mediante adquisiciones comerciales o ayuda alimentaria. Sin embargo, el estado de subnutrición de la población total bajaría desde un 13% a fines de los años 70 a un 6% en 1990 y a un 3% en el año 2000, siempre que se cumplieran estrictamente las siguientes condiciones: a) que los efectos del crecimiento del ingreso se distribuyan en forma proporcional entre toda la población, es decir, que todos los grupos de ingreso tengan la misma tasa de crecimiento por habitante en cuanto a ingreso y demanda efectiva; y b) que se satisfaga plenamente la demanda efectiva de todos los grupos de ingresos.

Esta visión global, sin embargo, oculta una gran diferencia entre los países de la región. Siete países, con un 38% de la población, tendrán todavía una población subnutrida superior al 10% en 1990; incluso en el año 2000, 5 países, con un 32% de la población de la región, tendrán una proporción de subnutridos superior al 10%. Esto no sólo pone de relieve la necesidad de una mayor producción, sino también la de medidas complementarias, entre las que se cuentan políticas de distribución del ingreso, cambios institucionales y programas destinados a combatir la pobreza, para llevar a cabo una ofensiva directa contra los peores aspectos de la subnutrición y la pobreza.

El crecimiento de la producción agrícola exigirá cambios de políticas, prioridades e inversiones por parte de los gobiernos de los países de la región. Las principales fuentes de crecimiento serían: a) expansión del área cultivable; y b) aumento en el rendimiento. De acuerdo con la hipótesis optimista de la FAO, en el año 1990 un 70% de la producción adicional se debería a un aumento en el área cultivada, y un 30% a un mayor rendimiento; durante el decenio de 1990, los porcentajes respectivos serían de 62% y 38%, todo lo cual indica que con el tiempo se hará cada vez más importante obtener incrementos en el rendimiento por hectárea. En cambio, en el conjunto del mundo en desarrollo, la mayor producción deberá provenir en mucho mayor proporción del aumento de los rendimientos hacia el año 2000, es decir, un 80% de la mayor producción tendrá que

deberse al aumento del rendimiento, y sólo un 18% a la expansión del área cultivada.

Los terrenos de riego aumentarían en América Latina de 13 millones de hectáreas en 1980 a 16 y 20 millones de hectáreas, respectivamente, en los años 1990 y 2000; esto significa una tasa de 2.2% en el período comprendido entre 1980 y 2000. El uso de fertilizantes prácticamente se duplicaría en 1990, y aumentaría 3.5 veces en el año 2000; es decir, su tasa de incremento sería del 6.6% anual en el período 1980-2000.

El actual coeficiente de insumos corrientes (semillas, fertilizantes y plaguicidas, etc.) en relación con la producción agrícola, es ya muy alto en 1980: alcanza un 25%, en comparación con un promedio de 20% para todo el mundo en desarrollo. Dicho coeficiente aumentaría, según la hipótesis optimista, a un 28% en 1990 y a un 34% en el año 2000. El notable aumento en la utilización de insumos físicos demuestra el grado de modernización actual y futura del sector agrícola en América Latina.

La inversión bruta anual (que incluye almacenamiento, comercialización, elaboración primaria y transporte) debería aumentar en un 50% en el año 1990, y 2.5 veces en el año 2000, para llegar a la tasa de crecimiento fijada en la hipótesis optimista. En términos absolutos, tendría que alcanzar alrededor de 30 000 millones de dólares en 1990 y aproximadamente 49 000 millones de dólares en el año 2000. La inversión bruta anual en productos agrícolas y ganado (sin contar almacenamiento, comercialización, etc.) aumentará de un 20% del producto interno bruto agrícola en 1980 a un 23% en 1990 y a un 28% en el año 2000. Esta tasa es superior a la del promedio del mundo en desarrollo.

En cuanto a los componentes de la inversión, el número de tractores se duplicaría con creces en 1990 y llegaría a ser unas 5 veces superior en el año 2000, es decir, constituiría alrededor de un 35% de la inversión total; por su parte, la inversión en riego aumentaría en alrededor de un 20% en 1990 y en más de un 33% en el año 2000.

5. Comercio

Las conclusiones de nuestros estudios acerca del comercio son de interés para la política

comercial de la región. Si se mantuviesen las actuales tendencias, en el año 2000 habría un aumento en el saldo positivo del balance comercial de las materias primas agrícolas (las exportaciones superarían las importaciones) y una baja en el saldo positivo de los alimentos. La región en su conjunto tendría grandes déficit de trigo y cereales secundarios, y se convertiría en importadora neta de carne y productos lácteos; al mismo tiempo, aumentaría considerablemente sus excedentes de otros rubros alimenticios, sobre todo aceites vegetales y plátanos.

Sin embargo, de acuerdo con los supuestos de la hipótesis optimista, las importaciones agrícolas aumentarían a una tasa inferior a la de las exportaciones. Las importaciones sólo alcanzarían los 2 000 millones de dólares en 1990 y los 3 000 millones en el año 2000. La tasa de aumento de las importaciones sería inferior a la de las exportaciones: un 30 y un 50%, respectivamente, en 1990 y en el año 2000, contra un 35 y un 90%, respectivamente, para las exportaciones en esos mismos años. Todo ello daría como resultado un incremento en el saldo positivo del balance comercial del sector agrícola, que subiría de 11 000 millones de dólares en 1980 a 15 000 millones de dólares en 1990 y a 23 000 millones de dólares para el año 2000, lo que significa en dicho año duplicar con creces la cifra actual.

Un aumento tan considerable en el saldo positivo del balance comercial sólo puede conseguirse mediante la aplicación de políticas que no sólo tiendan a sustituir eficientemente las importaciones, en especial las de cereales, sino también a producir excedentes exportables adecuados a precios competitivos. Dada la concentración de las exportaciones en escasos mercados y en pocos productos, es preciso poner de relieve nuevamente la necesidad de diversificar la composición y el destino del comercio latinoamericano. Igualmente importantes son las medidas necesarias para estabilizar los ingresos provenientes de las exportaciones agrícolas mediante medidas convenidas en el plano nacional e internacional. Los precios reales de las principales exportaciones de la región han registrado considerables fluctuaciones desde comienzos de los años cincuenta. Puede apreciarse una clara tendencia descen-

dente en el caso del plátano; los precios reales del café y del cacao han disminuido a partir de 1978.

Existe una necesidad cada vez mayor de intensificar los esfuerzos de investigación y desarrollo para mejorar tanto la productividad, la comercialización y la distribución como la elaboración, para que las exportaciones agrícolas no sólo sean más competitivas en los mercados mundiales, sino para que también alcancen mayor 'valor agregado' y generen más ingresos en favor de los países productores. Los países de menor desarrollo en la región deberán contar para ello con las necesarias inversiones y asistencia técnica externas.

Las políticas comerciales de los países importadores desarrollados no son menos importantes, por cuanto pueden otorgar a las exportaciones latinoamericanas mayor acceso a sus mercados. Se espera que la aplicación de las disposiciones de las negociaciones comerciales multilaterales favorezca el crecimiento futuro del comercio agrícola en su conjunto. Las negociaciones comerciales multilaterales, cuyos efectos sobre la liberalización del comercio agrícola han sido hasta ahora muy limitados, han de considerarse como un comienzo en la vía hacia un mayor progreso y liberalización del comercio agrícola. La resolución de la conferencia de la FAO celebrada en 1979 destacó la necesidad de avanzar hacia una reducción progresiva y una eliminación de las barreras arancelarias y no arancelarias que afectan al comercio de productos agrícolas, tanto en bruto como elaborados, y especialmente a las importaciones procedentes de los países en desarrollo.

El Comité de Problemas de Productos Básicos de la FAO, así como sus diversos grupos especializados en determinados productos, tiene como función vigilar el proteccionismo en lo que se refiere a los productos agrícolas. En el caso de las semillas y productos oleaginosos, los trabajos recientes de la FAO han demostrado que las barreras más importantes que afectan al comercio de los aceites vegetales son, en primer lugar, el aumento de los aranceles que afectan a los productos elaborados, lo que significa un alto nivel de protección efectiva contra las importaciones de aceite vegetal, y en segundo lugar los diversos planes destinados a

proteger y apoyar el consumo de mantequilla, lo que limita la demanda de aceite vegetal.

Los estudios de la FAO en relación con la carne (que es en su mayor parte de vacuno) muestran que, si se cumplen determinados supuestos, una reducción del 50% en las barreras comerciales implícitas aumentaría el volumen comercial en un 70% y los precios en un 15%; esto último a su vez causaría una cierta baja en los niveles de consumo de los países exportadores. Sobre la base de un supuesto más modesto, de una reducción del 25% de dichas barreras, la exportación latinoamericana de carne vacuna aumentaría su volumen alrededor de un 40%, y un incremento más lento del precio causaría una reducción marginal en el consumo de los países exportadores. En forma semejante, un estudio reciente sugiere que una reducción del 50% en los niveles de proteccionismo en los países de la OCDE aumentaría en 1 800 millones de dólares los ingresos latinoamericanos por concepto de exportaciones. Los principales productos cuya liberalización comercial favorecería a América Latina son, en el caso de los países de la OCDE, la carne vacuna, el azúcar, las frutas de zona templada y el café.

Cabe destacar que existe amplio campo para expandir la cooperación económica regional, e incluso para la expansión comercial mediante acuerdos preferenciales. El alcance de dicha cooperación va desde las medidas de adquisición conjunta de insumos decisivos, tales como los fertilizantes y los equipos, a acuerdos de producción conjunta dentro de la región, aprovechando las ventajas derivadas de un mercado regional ampliado. También podría llegar a abarcar reservas regionales de seguridad alimentaria, lo que incluiría cooperación en materia de construcción de infraestructura física, como también sistemas de alarma para los planes de seguridad alimentaria. Una comparación de los aumentos brutos de importaciones y exportaciones de la región, estimados en el mencionado estudio de la FAO, demuestra la potencialidad de expansión del comercio regional. Parte del incremento en las exportaciones e importaciones se produciría dentro de la misma región.

Por ejemplo, en materia de cereales, la región latinoamericana en su conjunto debería tener un excedente neto hacia fines de siglo.

De acuerdo con la hipótesis optimista acerca de la tasa de crecimiento de la producción y la demanda de cereales, los países latinoamericanos exportadores de estos últimos podrían aumentar sus exportaciones de las 13 millones de toneladas registradas en 1980 a 20 millones de toneladas en 1990 y a 35 millones de toneladas en el año 2000. Las importaciones de los países deficitarios en cereales aumentarían de 14 millones de toneladas en 1980 a 23 millones de toneladas en 1990 y a 31 millones de toneladas en el año 2000. En consecuencia, los países con excedente de cereales podrían cubrir las necesidades de los países deficitarios, y lograrían además un excedente neto. Asimismo, habría campo para expandir el comercio agrícola con el resto del mundo en desarrollo. En cuanto al arroz, los cereales secundarios y los productos pecuarios, especialmente la carne, América Latina contaría con un excedente neto, mientras que otros países en desarrollo tendrían un déficit neto. En cuanto a todas las regiones en desarrollo en el año 2000, Latinoamérica tendría un considerable saldo positivo en su balance comercial agrícola (alrededor de 22 000 millones de dólares); el Cercano Oriente y Africa en conjunto arrojarían un déficit de alrededor de 9 000 millones de dólares.

6. Políticas e instituciones de desarrollo agrícola y rural

A fin de alcanzar las metas y objetivos analizados en nuestro estudio, sería preciso realizar ciertos cambios en las políticas y en las instituciones. Entre los países de la región existe ya una creciente conciencia de la necesidad de otorgar mayor prioridad a la agricultura; sin embargo, es preciso reforzar aún más los cambios que se están produciendo. Deben aumentarse en gran proporción los recursos de inversión en la agricultura, e introducir tecnología en una escala más amplia. Las políticas macroeconómicas, de impuestos, de créditos, de tipo de cambio y de precios han de formularse para eliminar los obstáculos que se oponen a la mayor inversión y producción en la agricultura. En casos específicos, puede ser necesario dar nuevos incentivos para estimular la innovación tecnológica y contrarrestar los efectos negativos de los riesgos y las incertidumbres.

La formulación en el marco de una estrategia de desarrollo global, de una de desarrollo agrícola y rural, que procure integrar los aspectos de producción, consumo, distribución y nutrición, constituye un primer paso indispensable. A partir de ella debe hacerse una especificación detallada de las políticas y formularse los programas y proyectos para la movilización y utilización efectiva de los recursos de inversión, tanto externos como internos.

Debe otorgarse gran importancia al fomento de la educación, la extensión y la capacitación, así como a la investigación agrícola más apropiada para la región y su amplia diversidad de circunstancias ecológicas. Es especialmente necesario intensificar la investigación acerca de la agricultura de secano, así como la referente a cultivos sobre los cuales no hubo hasta ahora mucha investigación, especialmente los cultivos menores y los de alimentos. No menos importante es la necesidad de integrar las actividades de investigación con la educación y capacitación de los agricultores, de modo que exista una interacción adecuada entre ambas actividades. El papel relativo de la empresa pública y la empresa privada en el fomento de la extensión, la educación y la capacitación de los agricultores debe definirse claramente en conformidad con las circunstancias, necesidades y capacidades de cada país, especialmente cuando se trata de un gran número de agricultores pequeños. En el proceso de desarrollo agrícola y rural, tiene un papel fundamental un mecanismo eficaz mediante el cual los servicios y los insumos puedan llegar a los agricultores y ser utilizados por ellos en la mejor forma posible.

7. Crecimiento y equidad

Como lo indica la experiencia de esta región, y la del resto del mundo en desarrollo, los efectos del crecimiento no necesariamente se filtran de los niveles más altos a los más bajos, y la pobreza no se reduce ni se elimina simplemente gracias a la aceleración del crecimiento. Sin políticas específicas y cambios institucionales, los beneficios del crecimiento no llegan por igual a todos los grupos socioeconómicos y a todas las regiones. El Programa de Acción de la Conferencia Mundial sobre Reforma Agraria y Des-

arrollo Rural, celebrada con el auspicio de la FAO en 1979, dio amplias recomendaciones al respecto, y puso de relieve la necesidad de mitigar la pobreza mediante programas y políticas destinados a ese efecto, así como mediante la participación popular en el diseño, formulación, ejecución y evaluación de los proyectos y programas de desarrollo.

En muchos casos puede ser necesario realizar cambios en la estructura agraria, e incluso tomar medidas de redistribución de la tierra, no sólo con el fin de mitigar la pobreza, sino también de acelerar el crecimiento. La experiencia demuestra que los pequeños agricultores o los campesinos, cuando cuentan con insumos, servicios y créditos, suelen producir más por hectárea que las grandes explotaciones, y que en ningún caso producen menos que dichas explotaciones. En zonas donde una gran desigualdad de tenencia lleva al uso ineficiente o inadecuado de la tierra, sin medidas redistributivas sería imposible alcanzar las metas postuladas en la hipótesis optimista de la FAO. En todo caso, las políticas agrícolas deben evitar un excesivo asentamiento de campesinos en terrenos marginales y frágiles por una parte, y la subutilización del terreno en explotaciones de mediano y gran tamaño, por otra. Las presiones generadas por el incremento de una población de pequeños propietarios en terrenos marginales lleva a la erosión del suelo, a la degradación del medio ambiente y a una menor producción por hectárea.

En muchos casos, todo ello podría realizarse sin una redistribución radical de la tierra, si se cumple con los siguientes requisitos: a) mejoramiento de las condiciones y en la seguridad de la tenencia; b) consolidación de las tenencias; y c) acción cooperativa destinada a reorientar los servicios e insumos hacia los pequeños agricultores, a organizarlos en unidades más viables y a capacitarlos para aumentar su producción y productividad. Sin embargo, en algunos otros casos puede ser necesario ir más allá y procurar una redistribución de la tierra. Cada país deberá estimar y evaluar en qué medida y en qué forma la estructura existente de propiedad de la tierra y de acceso a la tierra y a las aguas constituye un obstáculo para mitigar la pobreza y alcanzar el crecimiento. La formulación de políticas adecuadas depende

en cada caso de un examen de las circunstancias objetivas, las metas y las finalidades.

Si se mantuviesen las políticas anteriores, y el acceso a los insumos y recursos sigue teniendo un sesgo principalmente favorable para los grandes agricultores que hacen uso intensivo del capital y para las empresas modernas de gran escala, una aceleración del crecimiento en el ingreso y la inversión puede de hecho tener como resultado un aumento de la desigualdad, y en ciertos casos un aumento de la pobreza absoluta. Por ello, y si hemos de aprovechar la experiencia pretérita, la política destinada a estimular el crecimiento en la región latinoamericana debe necesariamente ir acompañada por medidas adecuadas para distribuir los beneficios del crecimiento.

A modo de remate, pueden recapitularse algunas conclusiones evidentes de este análisis. Esta región es capaz de lograr un considerable incremento en el grado de autosuficiencia nacional, así como en la expansión de las exportaciones de alimentos y productos agrícolas, siempre que se cuente con movilización de

recursos y con políticas e instituciones adecuadas. Además, la cooperación regional en el desarrollo social y económico, así como una mayor vinculación recíproca con el resto del mundo en desarrollo, podría mejorar considerablemente las perspectivas de crecimiento, y también la eficiencia en la utilización de los recursos regionales. Finalmente, en el ámbito de cada país, una distribución equitativa de los beneficios del crecimiento se vería facilitada por una mayor participación popular destinada a realizar cambios estructurales en el marco económico, que incluye las políticas y las prioridades. Es preciso asistir a la población rural para que se organice y exprese sus necesidades, y para que participe plenamente en el proceso decisorio mediante sus propias organizaciones de ayuda mutua. Así podrían movilizar sus propios recursos desde dentro, y asimismo utilizar otros recursos y servicios, tanto propios como externos, de manera que les permitan distribuir ampliamente sus beneficios. Para ello es preciso descentralizar y delegar responsabilidades dentro del proceso decisorio.

Capitalismo y población en el agro latinoamericano

Tendencias y problemas recientes

*Carmen A. Miró
y Daniel Rodríguez**

Sobre la base de un conjunto de investigaciones empíricas los autores exploran la relación entre estructura agraria y población. Después de una introducción en la que presentan su orientación teórica y metodológica, caracterizan las tendencias actuales de los cambios en la estructura agraria, entre los que destaca la 'intensificación' del proceso de penetración de las formas capitalistas en el agro.

Después de subrayar y demostrar que este proceso adopta una variedad de formas en distintos países y regiones —y, por lo tanto, son peligrosas las generalizaciones apresuradas— describen las relaciones entre el mismo y algunas variables demográficas, en especial la fecundidad y las migraciones.

En la parte final sintetizan sus ideas y esbozan los lineamientos que deberían servir a los futuros estudios sobre el tema. En este sentido insisten en que entre estructura agraria y población existe una interrelación dinámica de mutua influencia, y que los cambios demográficos no deben ser vistos como una consecuencia directa de los económicos. De todos modos, al estudiar los comportamientos demográficos debe recordarse que ellos cobran sentido, en parte, porque se llevan a cabo en el contexto que brindan estilos de desarrollo que generan excedentes de fuerza de trabajo ante los cuales los sectores excluidos responden con 'estrategias de supervivencia' en las que aquellos comportamientos juegan un papel principal.

*Ex Secretaria Ejecutiva del Programa de Investigaciones Sociales sobre Población en América Latina (PISPAL) e Investigador de la Secretaría Ejecutiva de PISPAL, respectivamente.

I

Introducción

Este artículo constituye una versión revisada de un trabajo de evaluación realizado en el seno de la Secretaría Ejecutiva del Programa de Investigaciones Sociales sobre Población (PISPAL), cuyo objetivo central fue evaluar el aporte de un conjunto de investigaciones financiadas por el Programa, dentro del campo delimitable como estructura agraria y población.¹

Dicho trabajo de evaluación se elaboró considerando las contribuciones de catorce investigaciones realizadas en diferentes países de la región—Argentina, Brasil, Chile, México, Perú, Uruguay, y otra que abarcó los cinco países de Centroamérica—, desde perspectivas teóricas diferentes, pero centradas todas en el campo de estudios señalado; se limitó fundamentalmente a los aportes hechos por las investigaciones al conocimiento del tema de estudio y no a la contribución en términos de elaboraciones teóricas.

Aquí se presenta una síntesis de esos aportes, enriquecida, además, por los de otras investigaciones realizadas en la región. Sin embargo, dicha síntesis—como lo hicieron notar algunos comentarios hechos al documento original— se transformó en un producto distinto a la suma de los resultados de las diversas investigaciones evaluadas.

Esto se debe, por un lado, al hecho de que el elemento interpretativo pasó a constituir lo central en esta elaboración. Es decir, se ha intentado trazar un perfil de la evolución y la situación actual del agro latinoamericano como un todo, cuestión que ninguno de los proyectos individuales se propuso. Por otra parte, el esfuerzo de síntesis fue sugiriendo la necesidad

¹El informe general de esa evaluación se recogió en el documento "Capitalismo, relaciones sociales de producción y población en el agro latinoamericano", PISPAL, mayo de 1980. Los autores agradecen a PISPAL el haber hecho posible el trabajo general; los numerosos y valiosos comentarios de los científicos sociales de diferentes países de la región al mismo, en especial los hechos en el Seminario sobre Estructura Agraria y Población llevado a cabo en CEBRAP (San Pablo, Brasil). Particularmente útiles resultaron las críticas y sugerencias de Omar Argüello, Vinicius Caldeira Brant, Fernando Cortés, Eugenio Maffei y Arturo Warman. Del contenido de este artículo, de todos modos, son sus autores los exclusivos responsables.

de elaborar una cierta perspectiva de análisis, que intentase vincular de manera más estrecha, a nivel estructural, el tema del agro con el de población. Es esta 'perspectiva de análisis' la que constituye, a nuestro juicio, la principal contribución del presente trabajo y la que lo convierte en un producto autónomo con respecto a los materiales utilizados y a los propósitos del documento original.

Al comienzo nos preocupó el hecho de que el perfil que se trazaba para toda América Latina se apoyase en resultados de investigaciones de sólo un grupo de países del continente, y en éstos en un número limitado de investigaciones allí realizadas. Ahora bien, dos hechos nos animaron a proseguir con la tarea emprendida. Por un lado, el haber recibido un conjunto de comentarios, críticas y sugerencias de conocedores de estos problemas, y donde no se discrepaba fundamentalmente de las conclusiones a que habíamos llegado al preparar el documento original para PISPAL. Por otra parte, la revisión de algunas investigaciones y publicaciones sobre temas agrarios nos llevaron al convencimiento de que tampoco los hechos indicaban que debíamos alterar en forma significativa los resultados obtenidos.² Más aún, la intensa discusión entre diversas corrientes interpretativas de la realidad agraria latinoameri-

²Por ejemplo, véase CEPAL, *Las transformaciones rurales en América Latina: ¿Desarrollo social o marginación?* Serie Cuadernos de la CEPAL, N.º 26, Santiago de Chile, 1979, donde se llega a conclusiones muy similares a las aquí expuestas en la primera parte. Cabría mencionar que esta similitud es relevante, pues el universo de investigaciones consideradas no se superpone; concretamente, para el trabajo de CEPAL no se consultó ninguno de los resultados de investigaciones de PISPAL. Esto es relativamente lógico si se piensa que la mayor parte de las investigaciones concluyeron y se publicaron muy recientemente. A título de ejemplo pueden citarse, entre otras: M. Margulis, *Contradicciones en la estructura agraria y transferencias de valor*, El Colegio de México, México, 1979; Andrés Opazo y otros, *Estructura demográfica y migraciones internas en Centroamérica*, San José, EDUCA, 1978; Gerardo Muller, *Estado, estructura agraria y población*, San Pablo, Vozes, 1980; Ximena Aranda, *Empleo, migración rural y estructura productiva agrícola*, Informe final, Santiago, Chile, 1980 (en prensa); Lucio Geller, *Fecundidad en zonas rurales*, México, 1979 (inédito); José Matos Mar y José Manuel Mejía, *Los eventuales del Valle del Chancay*, I.E.P., diciembre de 1979, Lima, Perú. De otras investigaciones terminadas con anterioridad, sólo en muy pocos casos se difundieron sus resultados a través de publicaciones.

cana no se plantea tanto en torno a lo que efectivamente está ocurriendo sino con referencia a lo que se supone ocurrirá. Muy ilustrativo de lo afirmado es la disputa teórica entre 'campesinistas' y 'descampesinistas' o entre 'leninistas' y 'chayanovistas'.

Deliberadamente se ha intentado eludir dichas polémicas. El objetivo aquí propuesto es más modesto: intentar describir las tendencias generales de cambio registrado en el agro latinoamericano durante las últimas décadas. De todas maneras, al hacerlo es inevitable referirse a ciertos esquemas teóricos que pretendían predecir la evolución que seguiría el agro o sociedad rural (la teoría de la 'modernización' es un ejemplo, aunque no el único por cierto). Al adoptar este criterio no se intentó formular prognosis alguna respecto al futuro de las clases agrarias como así tampoco tomar partido respecto a cual es la 'mejor' opción para el desarrollo agrícola del futuro. Sin desconocer que ambas discusiones se estiman de gran utilidad, se considera que los elementos objetivos disponibles —en particular para hacer pronósticos— son sumamente limitados. Por otro lado, no se comparte el optimismo de quienes creen que a partir de las leyes generales del desarrollo (capitalista o no) puede deducirse el curso concreto que tomarán nuestras sociedades en las décadas por venir. Se juzga éste un ejercicio irrelevante desde el punto de vista intelectual y también práctico; por lo demás, el reduccionismo economicista que supone tal ejercicio ha dado amplias muestras de insuficiencia para prever el movimiento concreto de realidades específicas.

Se presupone aquí que en América Latina el planteamiento coherente de alternativas de cambio de nuestras realidades todavía requiere un esfuerzo de conocimiento e interpretación de los fenómenos concretos que no lo hacen asimilable a ninguno de los 'modelos clásicos'. La caracterización, inevitablemente adjetivada, de nuestras sociedades (por ejemplo, 'capitalismo periférico', 'capitalismo dependiente', 'lumpen desarrollo', entre tantas otras) es una muestra elocuente de lo expresado.

En este contexto caben, pues, algunas breves referencias a ciertas características de las investigaciones examinadas, todas ellas recientes.

Las investigaciones realizadas en la región durante los últimos años parecen haber dado un significativo paso adelante con relación al conocimiento que se tenía de la realidad agraria, y sus vínculos con la población.

Si se hace una somera comparación con los esquemas interpretativos antes disponibles, que las investigaciones en una u otra forma intentaron superar, parece evidente que hubo un avance y que éste fue sustancial. En particular, porque las investigaciones tendieron a captar fenómenos relativamente recientes, pero reconociendo la matriz histórica que tuvieron dichos fenómenos. Básicamente aquel avance se ha dado en relación con la visión 'dualista' con que se tendió a interpretar nuestra realidad, y en particular la del agro.

También puede decirse que la investigación se ha orientado a enfatizar la captación del movimiento efectivo de la realidad, antes que a sobreimponer esquemas generales que, en cierto sentido, buscaban su ilustración en ella. Este énfasis, sin dejar de lado criterios teóricos que orientan la investigación, se ha puesto en el proceso de investigación propiamente tal; y parece haber sido un elemento de importancia en el avance del conocimiento de la realidad del agro en la región. Este cambio, en cierto modo de índole metodológica, parece haber llevado a la necesidad de profundizar cada vez más en el conocimiento, en la medida en que los análisis globales, o a nivel agregado, se mostraron insuficientes para dar cuenta del 'movimiento' concreto dentro de la 'tendencia'. Por otra parte, el dato agregado, como es sabido, puede ocultar fenómenos diferenciales muy significativos. Toda esta mecánica condujo a una mayor modestia en la generalización de interpretaciones y esquemas, y a la necesidad creciente de "hacer estudios concretos sobre situaciones concretas". Esta tendencia hacia la recuperación de la especificidad parece haber sido dictada por la comprobación de que esos fenómenos concretos y específicos no pueden ser comprendidos a través de los grandes esquemas existentes. Sin embargo, esta vez no se ha tratado de estudiar el dato que se agota en sí mismo (tendencia antes perceptible en ciertas corrientes de pensamiento), sino que partiendo del mismo se ha buscado darle mayor significación, situándolo en contextos más amplios

que favorecen su comprensión; esta ubicación ha sido una tarea teórica.

A mediados de la década pasada diversos autores³ intentaron sistematizar lo que entonces se sabía acerca de las relaciones entre estructura agraria y población. Si se compara lo resumido en dichos trabajos con lo hoy conocido, parece difícil decir que se hayan logrado avances significativos en ciertos aspectos del conocimiento. Baste recordar que es muy poco lo que se conoce acerca de la mortalidad y la fecundidad en relación con los fenómenos del agro. Distinto es, en cambio, el caso de las migraciones; aquí hubo, sin duda, avances de importancia. Se profundizó mejor en los factores determinantes o condicionantes de los movimientos migratorios; se puso en evidencia que esos movimientos no pueden ser explicados sólo por factores económicos; se ha tendido hacia una jerarquización de los factores causales de los movimientos migratorios. En este sentido es innegable que hubo una apreciación más refinada de cuáles pueden ser los factores económicos, o de la dinámica económica, que afectan los movimientos de población. No hay patrón de acumulación ni diferenciales de salarios o ingresos que automáticamente produzcan movimientos de población; hay, sí, elementos tales como la demanda de fuerza de trabajo, el nivel de salarios y el nivel de vida, entre varios otros, que están condicionados por la forma como se concreta en lugares específicos el denominado proceso de desarrollo.

Dentro de estas nuevas formas de pensar los fenómenos de población, además de reconocer la importancia de los condicionantes económicos, se mencionó que hay factores de atracción y de expulsión que operan conjuntamente en circuitos regionales, dándose una suerte de interacción entre factores económicos que operan en direcciones distintas. En ciertas ocasiones se da una acción directa y casi mecánica de aspectos económicos que deter-

³Vinicius Caldeira Brant, "Dinámica poblacional, estructura agraria y desarrollo agrícola en Brasil", en *Demografía y Economía*, Vol. X, N.º 2 (29), México, El Colegio de México, 1976; Luis F. Lira, "Estructura agraria y población: análisis del caso chileno", PISPAL, Documento de Trabajo N.º 4, Santiago de Chile, abril 1975; Raúl Urzúa, "Estructura agraria y dinámica poblacional", PISPAL, Documento de Trabajo N.º 7, Santiago de Chile, abril 1975.

mina un flujo migratorio; sin embargo, la mayor parte de las veces parece necesario integrar otro orden de factores causales. Tres factores han aparecido con mayor frecuencia en las investigaciones revisadas; los inherentes a la 'modernización' sico-social, que permiten entender por qué migran determinados individuos o familias en una misma zona, con los mismos condicionantes estructurales, o por qué de una zona migran más personas que de otra cuando existe relativa similitud en los restantes aspectos.

Un segundo orden de factores es de carácter 'cultural' (en el sentido antropológico del término).⁴ Este elemento se reveló de importancia en aquellas zonas con predominio de población indígena, la que por lo tanto tenía pautas de comportamiento y estructuras de valores propios y, en gran medida, independientes de los que existían en la sociedad global; y dichas pautas culturales determinan modos de vida que les son propios. En estos sectores se observó una tendencia a la migración intrarrural y una relativamente menor a la migración con destino urbano. Este elemento cultural actúa como un freno a la emigración definitiva, toda vez que ella signifique mucho más que cambiar una relación de trabajo o dejar un lugar de residencia. Son sectores que además poseen su propia visión del mundo, cuya racionalidad poco tiene que ver con la de tipo 'occidental'.⁵

Por último, se destacó el papel de la política, que a través de su intervención para modificar la estructura agraria puede alterar, más o

menos radicalmente, las tendencias 'propias' de la economía, y con ello las variables de población; esto fue bastante evidente al examinar las reformas agrarias de Chile y Perú. También el Estado puede actuar directamente sobre variables de población, las que al modificarse pueden alterar lo que constituiría la tendencia 'natural' de los procesos económicos.

Desde un punto de vista metodológico, lo anterior significa que la explicación social de los cambios ocurridos en la dinámica poblacional, debe buscarse en el plano de la constelación o conjunto de factores, que derivan del movimiento global del estilo de desarrollo, y no en efectos aditivos, aislados y lineales.⁶

La práctica de la investigación parece haber demostrado que no todos estos factores poseen siempre la misma importancia. En determinadas situaciones históricas unos pesan más que otros, y en ocasiones ciertos factores están completamente ausentes. Sin embargo, como tendencia puede afirmarse que el factor económico es el que parece tener mayor capacidad explicativa, confirmando y refinando el conocimiento ya existente a este respecto. Una vez más se hace pertinente llamar la atención acerca del hecho de que la división entre 'factores' tiene más bien un sentido instrumental; pues lo que normalmente tenemos son fenómenos sociales, cuya distinción en dimensiones políticas, económicas, culturales, etc., es sólo analítica.

Por otro lado, una de las conclusiones significativas que pueden obtenerse al examinar las formas como habitualmente se relacionan los fenómenos de cambio agrario con los de población, es la de que resulta siempre insuficiente el intento de explicar el comportamiento recurriendo a una sola variable demográfica (en este caso la migración, que es la que más preocupa a los científicos sociales), sin considerar las demás que están estrechamente relacionadas con aquélla.

En definitiva, parece pertinente afirmar que las relaciones entre estructura agraria y población no pueden entenderse cabalmente

⁴Los antropólogos han distinguido diferentes dimensiones en el concepto de cultura: cultura como oposición a naturaleza; cultura como forma de vida de una sociedad; cultura como civilización. Aquí específicamente, se utiliza el término en su dimensión 'forma de vida' como obra y práctica total del hombre que tiene una concreción social y espacio-histórica particular. Los portadores de esta dimensión de la cultura no son clases o segmentos sociales, sino 'sociedades enteras' tales como pueblos, naciones, tribus. Una sugerente discusión sobre el tema se encuentra en José Luis Najenson, *Cultura nacional y cultura subalterna*, Toluca, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 1979.

⁵Entre otros trabajos pueden consultarse: CEPAL, *op. cit.*; Andrés Opazo y otros, *op. cit.*; José Matos Mar, *op. cit.*; y Teófilo Altamirano, "Estructuras regionales, migración y asociaciones regionales en Lima", Perú, 1977 (mimeografiado), Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Católica.

⁶Al respecto consúltese Claudio Stern y Fernando Cortés, *Hacia un modelo explicativo de las diferencias interregionales en los volúmenes de migración a la Ciudad de México, 1960-1970*, Cuadernos del CES N.º 24, México, El Colegio de México, 1979.

en tanto, por definición, no se integren los elementos constitutivos básicos de la dinámica demográfica. Imposible es entender la dinámica de población como tal si sólo se estudia uno de sus componentes, que es lo que frecuentemente se ha hecho en la región. No se requiere ser muy perspicaz para concluir que los fenó-

menos migratorios pueden variar de manera significativa entre diferentes zonas si las tasas de crecimiento natural de la población en sus áreas de origen alcanzan valores muy diferentes entre sí. Para entender dichas tasas es imprescindible conocer el nivel de la mortalidad y la natalidad.

II

Tendencias actuales del capitalismo agrario

Basándose sobre el conjunto de investigaciones examinadas podría afirmarse que la tendencia más general en el agro latinoamericano, desde la década de los años cincuenta en adelante, se caracteriza en todos los países, y en forma creciente, por la penetración del capitalismo. Aclaremos en seguida que esta penetración no ha significado necesariamente aumento del proletariado rural (ni absoluto ni relativo), como así tampoco reducción de la economía campesina. En algunos casos esta penetración implicó dichos procesos; sin embargo, la tendencia parecería indicar que en la mayor parte de los casos el capitalismo produjo, en un comienzo, aumento de trabajadores asalariados (permanentes y/o temporales), ya sea por disolución de relaciones sociales de producción tipo 'colonato' o similares, o por procesos —aunque siempre limitados— de descomposición de la economía campesina relativamente autónoma. Sin embargo, en un segundo momento —variable para cada país— dicha penetración, que tal vez pudiera llamarse de intensificación del capitalismo, más bien tendió a desencadenar procesos poco definidos cuyas características oscilan desde la desproletarización a la sub y/o semiproletarización, pasando por fenómenos inéditos de rearticulación con la economía campesina.⁷

⁷Con todo cabe recordar que la imbricación de distintas formas productivas ha sido destacada por diversos autores como un rasgo característico del agro latinoamericano desde el comienzo de su integración a la economía capitalista. Así, A. García, *Reforma agraria y economía empresarial en América Latina*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1967.

Dentro de esta tendencia se destaca otra con perfiles muy nítidos: la del reemplazo creciente y acelerado de trabajadores permanentes por temporales. Adviértase que ello no significa necesariamente que estos últimos estén aumentando en términos absolutos, pero sí su peso relativo dentro del conjunto de la categoría asalariados. Estos trabajadores temporales adquieren características muy distintas en diferentes países. Así, por ejemplo, en Brasil, la transformación de los trabajadores residentes y permanentes, en 'volantes' o 'boias-frias'⁸ (despojados de sus medios de subsistencia), se hace posible en regiones donde no hay acceso a la propiedad de la tierra, lo que los obliga a buscar residencia urbana, pero sin posibilidades de empleo estable en las ciudades. En otros lugares como Perú, algunas zonas de Argentina y ciertas de Centroamérica, el trabajo temporal lo cubren migrantes interrurales que venden ocasionalmente su fuerza de trabajo para luego retornar a sus zonas de origen. En este caso, el proceso supone una forma particular de articulación entre capitalismo y economía campesina que dista mucho de sujetarse a los patrones clásicos de la proletarización. Esto lleva a la cristalización de una fórmula 'intermedia' donde se conjugan dos tendencias contradictorias: "una de la destrucción total de las relaciones tradicionales conduciendo a la fuerza de trabajo a la dependencia total del salario y, otra, al mantenimiento de la economía campesina a

⁸Dícese del trabajador rural temporal que viaja diariamente desde un área urbana llevando sus alimentos, los que consume sin calentar (*boias-frias*).

través de la inyección monetaria que permite el salario. Fenómeno que en términos sociales, se traduce en el establecimiento de la semiproletarización campesina como la modalidad específica que adopta la explotación de fuerza de trabajo para este estudio del desarrollo agrario capitalista".⁹

A su vez, en Guatemala la migración temporal tendió a originarse en zonas de usufructo asfixiado,¹⁰ y a dirigirse hacia zonas de capitalismo cuya organización productiva se basa en los cultivos destinados al comercio exterior; este movimiento fue "ampliamente detectado". Ahora bien, este tipo de migración (al igual que en Perú) predomina en zonas indígenas que por sus condiciones estructurales debieran ser fuertemente expulsoras.¹¹

Por último, se observó que en algunas zonas y en relación a ciertos cultivos (por ejemplo café) la demanda de trabajo temporal la seguía cubriendo, como antaño, la fuerza de trabajo familiar del colono o pequeño productor ubicado dentro o en la periferia de la hacienda.

No deja de ser sorprendente que este tipo de relación se dé, entre otras, en una de las agriculturas cafetaleras que en general presentaba altos índices de tecnificación y de 'modernización'. Es el caso de El Salvador, donde se comprobó que, entre 1950 y 1961, hubo una expansión del colonato, y precisamente en zonas predominantemente cafetaleras. Se interpreta este tipo de relación de trabajo como "el resultado de condiciones extremadamente desfavorables para la venta de la fuerza de trabajo, a la vez que de la necesidad que tiene la gran burguesía agraria para conservar una mano de obra dócil y barata en el momento de la cosecha".¹² Como se sabe en El Salvador la productividad por hectárea está entre las más altas del mundo; sin embargo, "el mayor rendimiento en las explotaciones cafetaleras se explica fun-

damentalmente por la intensidad de mano de obra utilizada".¹³ ¿Tendrá esta situación algo que ver con el tipo de relaciones 'precapitalistas' que se recrean?

En otros países (México y Perú, por ejemplo) el trabajo temporal lo cubren simultáneamente migrantes de diverso origen: desempleados urbanos de zonas próximas a las de los cultivos; campesinos empobrecidos que luego retornan a sus regiones de origen para reiniciar el ciclo al año siguiente; migrantes itinerantes que van siguiendo distintas cosechas a través del país, etc.

En relación al trabajo temporal, el problema no consiste en repetir que es ésta una ley del capitalismo agrario que se extiende por todos lados, sino en entender sus características que lo transforman en un fenómeno hasta ahora desconocido, tanto por las proporciones como por sus rasgos específicos, sea que éstas unifiquen los mercados de trabajo, reproduzcan las economías campesinas 'autónomas' o recreen fenómenos como el denominado colonato, o formen combinaciones de todo ello. Son éstas, entre otras, las características que lo transforman en un hecho social relevante que debe ser explicado, no sólo para entender por qué se produce y qué nuevo tipo de categorías sociales están surgiendo, sino para comprender fenómenos de población a él vinculados, o para saber cuáles son sus efectos sobre variables demográficas que tanto han preocupado a gobiernos y científicos sociales de dentro y fuera de la región, como también a organismos internacionales.

Al comienzo de este capítulo se dijo que intensificación del capitalismo no significa proletarización creciente ni descomposición campesina. ¿Qué significa entonces? Esta intensificación¹⁴ se entiende por lo menos en dos sentidos.

Por una parte, lo que se podría enunciar como creciente sometimiento de las activida-

⁹José Matos Mar y José M. Mejía, *Los eventuales del Valle del Chancay. Migración estacional, proletarización rural y reforma agraria en un circuito regional*, Lima, Perú, I.E.P., 1979.

¹⁰Definidas como aquellas donde predomina el pequeño campesino y los minifundistas, y todas las tierras están ocupadas.

¹¹Andrés Opazo y otros, *Estructura agraria. Dinámica de población y desarrollo capitalista en Centroamérica*, San José, Costa Rica, EDUCA, 1978, p. 111 y ss.

¹²*Ibidem*, p. 154.

¹³*Ibidem*, p. 151.

¹⁴Optamos por el vocablo 'intensificación', desechando los de 'desarrollo' o 'penetración', y esto porque los dos últimos vocablos parecen estar demasiado 'connotados'. Con el término 'intensificación' tratamos de evitar la idea de un avance progresivo del capitalismo que en forma creciente va penetrando en las áreas rurales y homogeneizando las mismas en cuanto a relaciones de producción.

des agrícolas a la lógica del capitalismo. Expresado más sencillamente significa que cada vez más la agricultura es un sector donde se invierte para obtener beneficios. Así entra a competir con la industria, la construcción o con otras actividades económicas, como foco que atrae inversiones. Para entender este fenómeno, debe prestarse atención a la creciente integración de las actividades industriales y financieras con las agropecuarias. Para el sector financiero, la agricultura es un campo más al cual se dirige el capital dinero, en tanto allí se asegure su rentabilidad. Por su parte, la industria requiere en forma creciente alimentos y materias primas a bajos precios. Lo que lleva a esta creciente integración parecen ser las necesidades del proceso de acumulación de capital; por un lado, presionada por la competencia interna o externa, la industria necesita abaratar costos, lo que a su vez la lleva a imponer su racionalidad también a la agricultura; por el otro, imponer esta racionalidad requiere elevadas inversiones iniciales (por ejemplo, compra de grandes extensiones de tierra, adquisición de maquinaria y equipo, de productos químicos, semillas certificadas, abonos, etc.), y es en este momento cuando el sector financiero se hace indispensable. Por último, la lógica básica de funcionamiento del sistema indica que se invierte para obtener rentabilidad. La penetración de algunos grandes conglomerados transnacionales (con actividades industriales, financieras y agrícolas) en el campo latinoamericano lo confirma. Por ejemplo, en la Amazonía brasileña grandes empresas transnacionales, típicamente 'industriales', han realizado inversiones en la compra de importantes haciendas en el nordeste de Matto Grosso, norte de Goiás y sur de Pará. Entre las más notables se distinguen algunas como Volkswagen, Georgia Pacific, Anderson Clayton, Good Year, Nestlé, Mitsubishi, entre varias otras.¹⁵

Crear las condiciones para posibilitar el proceso antes descrito es una cuestión que se resuelve políticamente. El proceso de acumulación no existe en abstracto, sino que encarna en determinadas clases y grupos sociales con-

cretos y reales, quienes para imponer sus intereses, deben sobreponerse a los intereses de otras clases y grupos. El caso típico de cómo se ha dado este proceso parece haber sido Brasil, donde a partir de la resolución de la crisis política de 1964 comenzaron a crearse las condiciones para que fuera posible la integración sometida de la agricultura al nuevo 'estilo de desarrollo'. En su excelente estudio Cardoso y Muller han puesto de relieve cómo ocurrió este fenómeno en aquel país. Chile casi diez años después, parece haber intentado seguir igual camino. Aquí, en modo alguno se postula que la intensificación capitalista en el agro implique modelos políticos como el brasileño o el chileno. Numerosos son los factores que influyen en la solución política que se alcanza en cada país; y éstos sólo pueden ser percibidos empíricamente en cada caso particular. México parece constituir un buen ejemplo de cómo la intensificación capitalista en el agro se ha dado por vías completamente distintas, y es muy difícil sostener que ellas se repitan en otras latitudes.

Una segunda forma de elaborar conceptualmente lo que se ha llamado intensificación capitalista de la actividad agropecuaria, es aquella en la que los distintos sectores que componen el agro no capitalista (entiéndase latifundio tradicional, minifundio, campesinos autónomos, etc.)¹⁶ pasan a depender cada vez más del sector capitalista en general. Esta dependencia puede pasar, en el caso del minifundio, por la venta ocasional de fuerza de trabajo; en el caso del campesino autónomo, por la venta de excedentes de producción en el mercado; y en el del latifundio, por la necesidad de reestructurar sus relaciones internas de producción para seguir participando en el mercado con cierto éxito o una combinación de vínculos como los descritos. De cualquier modo, cada vez más las relaciones entre estos sectores y el capitalismo (y no sólo el capitalismo agrícola), se hacen más estrechas y a menudo necesarias.

Sumamente ilustrativo de estos procesos

¹⁵F.H. Cardoso y G. Muller, *Amazonia: Expansão do Capitalismo*, San Pablo, 1977, Ed. Brasiliense, p. 161. Por supuesto que este proceso en modo alguno es exclusivo de Brasil.

¹⁶Se los define como no capitalistas de acuerdo a las relaciones sociales internas de producción o trabajo que tipifican a estas unidades; por ejemplo, trabajo familiar no remunerado, relación de 'inquilinate', 'colono', 'huasipungo', etc.

es lo comprobado en la Baixada do Ribeira en el Estado de São Paulo, Brasil; dicha región es la mayor productora de té del país y la mayor productora de banano del Estado. Allí las empresas producen completamente orientadas hacia el mercado interno y externo. La dependencia casi absoluta de las pequeñas y medianas propiedades con relación a la gran empresa capitalista la ilustra el caso del té, donde las agroindustrias poseen sus propias haciendas y la organización del trabajo es completamente de tipo salarial. Sin embargo, estas agroindustrias también tratan con las unidades de producción familiares e independientes, a las que entregan abonos y otros insumos para la producción. Son esas mismas empresas las que durante las épocas de cosecha envían sus camiones para el transporte de la mercancía; la clasificación de la calidad de las hojas de té también la hace la empresa, sin participación del pequeño productor. Y de acuerdo a esta clasificación se les paga. Estos pequeños productores pueden ser arrendatarios, aparceros y 'sitiantes'. "A propósito de los pequeños productores, cuya función transforma a sus organizaciones productivas en 'house industries', se puede afirmar que la subsunción del trabajo familiar de ellas se basa en el control de las condiciones de producción por parte de las agroindustrias. Un aspecto importante de esa forma de organización del trabajo agrícola es que no implica la venta de fuerza de trabajo, pero sí la del producto del trabajo." Cuando se reduce la demanda en el mercado, las haciendas de las empresas mantienen sus niveles de producción, en cambio disminuye la demanda a los productores independientes.¹⁷

En todo caso, esta nueva tendencia general requiere dos aclaraciones muy importantes. Primero, ella no significa que haya un proceso de homogeneización progresiva en el agro de la región; por el contrario, esta tendencia general tiende a manifestarse en ciertas zonas y espacios geográficos limitados. En el caso chileno se da con preferencia en la zona central; en Brasil, se advierte con claridad que, entre otras, las zonas nordestinas quedan excluidas del

nuevo estilo de desarrollo agrícola. En Centroamérica, el proceso también es limitado, en particular en aquellas economías basadas principalmente en enclaves bananeros. En las demás zonas de los países siguen existiendo latifundios tradicionales, campesinos autónomos, pequeños y medianos productores familiares capitalizados, etc. Nada, por el momento, permite prever que estas áreas serán 'inevitablemente' integradas al esquema anterior. A dichos sectores, si bien el capitalismo los hace más dependientes, no los transforma necesariamente, como en seguida se verá.

Para ilustrar esta tendencia a la 'no-homogeneización' del agro latinoamericano es pertinente referirse a los casos de Perú y Brasil. En el primero de estos países la modernización capitalista del agro asumió el carácter de una drástica reforma agraria: expropiación de 10 millones de hectáreas, que beneficiaron a 375 000 familias campesinas y creación de casi 2 000 empresas asociativas. En cambio, en el segundo la modernización se llevó a cabo a través de la creación de incentivos que estimulen a la 'iniciativa privada' (interna y externa) para que invierta en el campo: rebajas impositivas, préstamos con tasas negativas de interés, construcción de infraestructura por parte del Estado (por ejemplo, la carretera transamazónica). En uno y otro caso el Estado ha sido un actor protagónico; en el primero, para promover la reforma agraria, en el segundo, para crear los 'incentivos'.

Con relación a los resultados de la modernización por la 'vía peruana', podría decirse que a pesar de la redistribución de la tierra, sin precedentes en el país, que ha afectado al sector de mayor importancia económica de la agricultura peruana, después de diez años "no ha cumplido con las metas propuestas en cuanto a superación del subdesarrollo agrícola y *desarrollo regional desigual*".

Por su parte la redistribución del ingreso ha beneficiado a sectores muy minoritarios, y la mayoría aún no ha logrado "superar el nivel que los expertos económicos califican como de *extrema pobreza*".

Y acerca del empleo, "aunque hasta la fecha no se dispone de información precisa, es posible afirmar que no sólo no se ha cerrado la

¹⁷G. Muller, *Estado, estructura agraria y población*, 1978, p. 140 y ss.

brecha existente... sino que incluso se ha incrementado".¹⁸

De la 'vía brasileña' tampoco puede decirse que significa un proceso de homogeneización del campo, a pesar de la penetración creciente de grandes conglomerados transnacionales y nacionales y de la muy significativa acción del Estado para crear las condiciones para la modernización agrícola. Al respecto Juárez R.B. Lopes sostiene que "el sistema latifundista, el control por parte de una minoría al acceso a la propiedad del suelo, y por consiguiente, mano de obra barata, *agricultura primitiva itinerante, con niveles muy bajos de capitalización*, son las características principales de un cuadro en términos generales todavía válido".¹⁹

Por su parte F.H. Cardoso y G. Muller sostienen que "el tipo de crecimiento adoptado —explotador del trabajo, concentrador de rentas y de riquezas— mostró que por sí solo no trae mejoría para las poblaciones ni corrige distorsiones".²⁰

Como se advierte, la intensificación capitalista en las actividades agropecuarias sea por una u otra vía, ni tiende a homogeneizar las áreas rurales ni resuelve los 'desequilibrios' y 'distorsiones', como tampoco ha beneficiado a la población. Por el contrario, agudiza los contrastes, como en la Amazonía, donde "explotación y progreso, semiservidumbre y gran capital, violencia y crecimiento económico no se separan como agua y aceite, sino que se funden para permitir el '*desvassamento*' de la frontera".²¹ Y nada hay que haga pensar que el capitalismo agrario, en términos de distribución de la riqueza, ingreso y empleo, mejore las condiciones de la población rural.

La segunda aclaración: la intensificación capitalista en el agro no implica necesariamente extensión de relaciones salariales, pues esto dependerá de múltiples factores, entre los cuales los poblacionales son particularmente importantes. Se ha comprobado que en condiciones de amplia sobreoferta de trabajo, las ha-

ciendas de Brasil, las cooperativas de Perú y las empresas agrocomerciales de Centroamérica, tienden a reemplazar trabajadores permanentes por temporales, lo que, en muchos casos, significó terminar con antiguas relaciones semiserviles, para proletarizar al trabajador, despojándolo de todos los instrumentos de producción, principalmente la tierra. Un fenómeno similar parece haberse producido, en forma natural o inducida, en zonas que podrían contar con amplia mano de obra inmigrante en las épocas de cosecha (en las cooperativas peruanas se dan conjuntamente ambos fenómenos). Lo que importa es que, de una u otra forma, al contar con mano de obra suficiente para la cosecha y las labores de producción en general, la proletarianización se dio como fenómeno dominante.

Cuando, por el contrario, no existe esta oferta de trabajo, o la población tiene alternativas tales como huir a la selva o emigrar a zonas de frontera, se observó una tendencia a recrear relaciones de producción tipo colono, o directamente semiserviles. Claros ejemplos de esta situación son los estudiados en la Baixada (São Paulo), en la Amazonía y en ciertas zonas de Centroamérica. Naturalmente aquí debe tomarse en cuenta otro tipo de factores, como el grado de mecanización existente, el carácter del cultivo considerado, etc. Sin embargo, la recreación de formas semiserviles de trabajo, en varios casos fue iniciativa propia de las empresas agroindustriales, donde la escasez relativa de mano de obra fue un importante factor condicionante. No parece constituir una hipótesis descabellada pensar que el trabajo asalariado, por lo menos en algunos casos, no es la mejor alternativa para la rentabilidad de la empresa capitalista; es probable que las condiciones de trabajo semiserviles tampoco se deban sólo a condiciones de falta de oferta de trabajo.

Al respecto han sostenido Cardoso y Muller que con la penetración de la gran empresa capitalista "en ciertas áreas se rompen las bases de anteriores formas de economías de subsistencia así como se desarticula la economía que vende excedentes de la producción familiar en el mercado, mas el pionerismo y la avidez de la explotación llevan a integrar en la gran empresa agrocapitalista formas de vida y de trabajo que pueden continuar siendo calificadas, de

¹⁸J. Matos Mar y J.M. Mejía, 1979, *op. cit.*, pp. 126 y 127.

¹⁹Juárez R.B. Lopes, "El desarrollo capitalista y la estructura agraria en Brasil", en *Estudios sociales centroamericanos*, CSUCA, Costa Rica (17): pp. 175-186, mayo-agosto 1977.

²⁰F.H. Cardoso y G. Muller, *op. cit.*, p. 16.

²¹*Ibidem*, p. 9.

manera imprecisa pero sugestiva, como *semi*: semi-serviles, semi-humanos, semi-proletarios”.

Sin embargo, en los casos en que la proletarización pasó a ser el signo dominante en las relaciones de producción, una parte considerable de la misma —muchas veces mayoritaria— pasó a ser asalariada ‘temporal’, lo que ha significado una proletarización ‘atípica’ en la medida en que buena parte de estos trabajadores pasan, por lo menos, el mismo tiempo como asalariados que como productores campesinos. Así pues son asalariados entre tres y seis meses al año y durante el resto son campesinos y laboran como tales, en tierras de su propiedad o arrendadas. Esta redefinición de la relación empresa-minifundio parece ser la que más se ha generalizado en toda la región. Se observó su existencia en el norte argentino, en el Chile central, en Perú, en diferentes zonas de Brasil, en Centroamérica; en México también se da aunque a veces el campesino sea jurídicamente un ‘ejidatario’. El punto central de esta redefinición es que el trabajo asalariado pasa a constituir un elemento *sustancial* para la recreación de la economía campesina. Ya deja de ser un recurso del campesino para épocas de crisis por malas cosechas, o para solventar gastos extras (por ejemplo ceremoniales), o, como en el caso del campesino joven, para acumular cierta cantidad de dinero para casarse o para aportar a la economía familiar, cuando no en forma más bien marginal, como se observó en Santiago del Estero, Argentina.²² Los ingresos son ahora un elemento *básico* para la subsistencia familiar y para la *subsistencia de la economía campesina*.

También este fenómeno es distinto al que se caracterizó como sistema latifundio-minifundio mediante el cual la unidad agrícola latifundiaria, entre otras cosas, se aseguraba una reserva de fuerza de trabajo, para las épocas de mayor demanda. La actual situación con una abundante sobreoferta de trabajo, haría superfluos e innecesarios los antiguos mecanismos de retención de fuerza de trabajo. Refuerza esta hipótesis la realidad de ciertas áreas donde, como no existe la mencionada sobreoferta, se mantienen, y aún se intensifican mecanismos

de retención que a veces alcanzan distintos grados semicompulsivos.

Como se ha sugerido, la combinación entre actividades de subsistencia, que tuvo un significativo crecimiento en la región, y la venta temporal de fuerza de trabajo se ha tornado una estrategia de supervivencia de la población trabajadora y ya no una estrategia de reproducción de las haciendas o plantaciones.²³

Esta situación no parece ser transitoria, sino ha venido a formar parte de la definición estructural del agro, en la medida en que la empresa no ofrece alternativas a dicha situación, y por tanto no está en condiciones de financiar la subsistencia del trabajador temporal a través de todo el año, ya que las posibilidades mismas de su rentabilidad pasan por este tipo de asalariado y por las condiciones de explotación a la que lo somete. Por su parte, el campesino, no puede subsistir sólo con su pedazo de tierra; ésta le ofrece apenas un complemento para que sobreviva y le significa al mismo tiempo un lugar de residencia estable y una protección durante las épocas de crisis. La economía campesina parece ser refugio sólo en la medida en que ella mantiene y crea lazos de cooperación entre las unidades que constituyen una comunidad. Y en el caso del campesinado de origen indígena, estos lazos de cooperación parecen ser independientes de la actual situación que caracteriza al agro, y están dados por tradiciones culturales de tiempo inmemorial, que ahora resurgen como elemento vital para asegurar la supervivencia de los distintos miembros que constituyen la comunidad.

Sobre este punto particular es interesante volver la mirada a lo que le ha ocurrido al campesinado chileno a partir de la denominada ‘contrarreforma agraria’. El modelo económico que privilegia las ‘ventajas comparativas’ ha implicado para el campesinado en general, y también para el que en particular ha surgido del proceso de parcelación individual impulsado por el régimen militar, condiciones de vida severamente restrictivas. Para hacer frente a esta situación los campesinos se han organi-

²²Lucio Geller, *Fecundidad en zonas rurales: el caso de Santiago del Estero*, México, CIDE, 1979.

²³Vinicius Caldeira Brant, *População e força de trabalho no desenvolvimento da agricultura brasileira*, San Pablo, CEBRAP (mimeografiado), 1979.

zado en lo que se denomina sistema de minifundio informal, donde cada parcela de tierra está constituida por un grupo de minifundios donde trabajan el parcelero, sus hijos, ex-parceleros y trabajadores sin tierra. Por la escasez de dinero, en estas unidades prácticamente no hay demanda de fuerza de trabajo asalariada. En cambio, se dan sistemas de subdivisión y explotación de la tierra, donde se distribuyen fracciones de las parcelas que son entregadas en mediería, arriendos o incluso subarriendos. Aparece aquí el intercambio de fuerza de trabajo por fuerza de trabajo, y también el intercambio de tierra por fuerza de trabajo. Tales sistemas de intercambio denominados 'mingas' o 'mingacos', habían desaparecido desde hace muchas décadas en la zona central de Chile. Ante esta evidencia se ha concluido que "el campesinado chileno, tanto en el subsector reformado como en el resto del agro, estaría en un ciclo donde la sub-proletarización o camino a la mera subsistencia es un proceso más dominante que la proletarización".²⁴

El caso chileno parece mostrar que la cooperación entre unidades campesinas tiene un sentido inequívoco de recurso para hacer frente a condiciones prolongadas de crisis económica para dicho sector. En esta situación, la

economía campesina, si bien es redefinida, no parece transitar hacia ninguna otra forma sino que más bien se constituye en un nuevo elemento componente de la estructura agraria actual. Si la economía campesina evolucionara hacia su descomposición total, como suponen ciertos esquemas; o si por el contrario evolucionara hacia un tipo de campesino que se capitaliza y se transforma en un elemento importante de la estructura agraria, como en Francia; o con sus peculiaridades, el argentino de la zona pampeana; o como parece perfilarse en ciertas zonas del norte mexicano,²⁵ no dependerá tanto de las necesidades inherentes a los modelos de acumulación existentes o predominantes, como de la capacidad política de distintos grupos sociales y alianzas de clases, que puedan imponer sus soluciones al conjunto de la sociedad, y a su vez tengan capacidad de sobreponerse a condiciones externas que, de manera genérica, podemos llamar situación de dependencia.

En este sentido las claves para percibir las posibles alternativas futuras del agro de la región, sólo pueden encontrarse en un conocimiento profundo de los fenómenos que parecen emerger, buscando rearticular la teoría a la luz de los nuevos hallazgos y no a la inversa.

III

LOS EFECTOS SOBRE LA POBLACION

Con respecto a la relación que en América Latina tuvo la estructura agraria con variables de

²⁴Eugenio Maffei, "Cambios estructurales en el sector reformado de la agricultura en Chile, su efecto en la demanda de fuerza de trabajo campesina y las migraciones rurales: 1964-1978", Santiago de Chile, C.E.A., agosto de 1980.

²⁵Hay otras alternativas, recuérdese por ejemplo que autores como E. Feder, quien ubicándose como descampesinista, no cree en la futura proletarización de dichos sectores. Al respecto consúltese su artículo "Campesinistas y descampesinistas" en *Revista del México Agrario*, año XI, N.º 1, enero-febrero-marzo 1978, México, D.F. Allí Feder enfáticamente sostiene que "la expansión capitalista hasta el último rincón del sector rural de los países subdesarrollados, bajo la iniciativa y el dominio extranjero debe concluir inevitablemente en el desplazamiento de los campesinos y los asalariados" (p. 65).

población, es menos fácil diseñar una tendencia. De hecho, en las formulaciones teóricas no se ha especificado *cómo* un proceso productivo condiciona un mayor o menor crecimiento de población; "las pocas explicaciones al respecto no llegan *más allá* de simples postulaciones".²⁶ Infortunadamente, por ejemplo, luego de revisar con cierto detenimiento los avances logrados en el estudio de la relación entre los cambios en el agro y la fecundidad, no es posible ir mucho *más allá* de reconocer que hay cierta

²⁶C. Ruiz Chapetto, "Caracterización de zonas para el estudio de la dinámica demográfica del sector agrícola de México, 1970", Centro de Estudios Económicos y Demográficos, México, El Colegio de México, sin fecha.

base empírica que posibilita plantear hipótesis sugerentes.

En este sentido pueden citarse los ejemplos de investigaciones que hicieron un serio intento de vincular fenómenos de la estructura agraria como las relaciones sociales de producción con los niveles de fecundidad. En el primer caso, un estudio a nivel agregado en Argentina concluyó que “aquellas provincias con menor fecundidad rural serían aquéllas donde hay un predominio notorio de los campesinos ricos o de la producción capitalista. Diferentemente, los campesinos pobres predominan, única o conjuntamente, en todas aquellas provincias ubicadas en los más altos rangos de fecundidad rural”.²⁷

Por su lado en Uruguay también se intentó relacionar la variable fecundidad con la existencia de economías predominantemente campesinas o de tipo salarial; y al igual que en el caso anterior se trabajó con datos a nivel de provincias (departamentos). Y aquí los resultados fueron exactamente opuestos a los obtenidos en Argentina.

En efecto, en Uruguay se encontró que “cuanto más netamente capitalista sea la forma productiva y a mayor proletarización rural... encontramos mayores niveles de fecundidad”; agregando que “tanto en el contexto del complejo latifundio-minifundio como en el sistema minifundiarío autónomo, donde se podría esperar mayor fecundidad y natalidad... los niveles registrados son claramente decrecientes”. De donde se concluyó que “el proceso de proletarización rural incide positivamente en los niveles de fecundidad y natalidad”.²⁸

A su vez en México, en una investigación en curso, llamó la atención encontrar que la tasa de fecundidad en el Estado de Sonora es sumamente alta (46.7 por mil), superior a la media

²⁷Lucio Geller, “Informe de avance de la investigación”, Buenos Aires, I.T.D.T., 1975, p. 38 (mimeografiado). En un primer momento este autor realizó un análisis de correlación sólo para el año 1960; luego puso a prueba la misma hipótesis con datos de dos censos. Los resultados de ambos análisis tendieron a confirmar la hipótesis de que es la permanencia de formas de producción campesina la responsable de la elevada fecundidad en las zonas rurales argentinas.

²⁸S. Prattes y N. Niedworok, “Estructura organizativa de la producción y dinámica poblacional del sector rural”, Montevideo, CIESU, 1977, p. vi-23.

nacional —que ya es alta para América Latina— a pesar de ser un Estado con un alto grado de desarrollo de relaciones salariales y con una agricultura muy tecnificada.²⁹

En los casos de las investigaciones realizadas en Argentina y Uruguay el tipo de análisis no asegura que en el ejercicio no esté envuelto un problema de ‘falacia ecológica’, ya que se sacan conclusiones relativas al comportamiento de las familias a base de datos agregados a nivel provincial.

De cualquier modo, se observa que los planteamientos teóricos son sumamente globales y con ellos se pueden hacer varias ‘lecturas’, según sean las preferencias de cada cual. Así, siempre que se plantean hipótesis sobre fecundidad, éstas tienen un nivel muy general; como es por ejemplo intentar establecer un vínculo entre la fecundidad y el modo de producción, procedimiento que si bien puede ser un punto de partida, es completamente insuficiente para avanzar en la investigación concreta. De hecho, los resultados obtenidos en Argentina pueden ser interpretados como si corroborasen la hipótesis básica del estudio; pero también pueden ser ‘leídos’ como si corroborasen otras hipótesis tales como la de que la fecundidad disminuye a medida que hay un ascenso en la estratificación social, y también desde el punto de vista de la teoría de la modernización. Así, por ejemplo, podría sostenerse que los asalariados tienen menor fecundidad que los campesinos pobres, porque la relación salarial está inserta en pautas modernas de comportamiento mientras el campesino en cambio lo está en pautas tradicionales. No se trata de adherir a este tipo de teorías, sino sólo mostrar con este ejemplo la debilidad y generalidad de los planteamientos teóricos existentes. Con todo, habría que reconocer que tales planteos significan un avance por cuanto abren un camino hacia una nueva forma de aprehender e interpretar los fenómenos relativos al crecimiento de la población.

Quizá lo más significativo de los estudios realizados haya sido, por una parte, el esfuerzo

²⁹Mario Margulis y Martine Gibert, “Aproximación socioeconómica y demográfica del valle del Yaqui, México”, CEED, El Colegio de México, 1978, p. 125 (mimeografiado).

por teorizar respecto a las vinculaciones mencionadas, intentando de este modo poner a prueba algunas de las hipótesis y supuestos. Es un esfuerzo en busca de la 'explicación' que antes, en general, no se había ofrecido. Los resultados han llevado a los autores a hacer más complejos los esquemas anteriores, ya que se acepta que las relaciones no son directas ni lineales; todo esto permite ahora, mejor que antes, plantear hipótesis menos mecánicas y más desarrolladas, en la medida en que se cuenta con material empírico y no sólo con la capacidad especulativa de buenos investigadores.

Distinta es la situación con respecto a la variable migración tal como se menciona en la primera parte de este artículo. Es probable que el avance logrado por las investigaciones revisadas se vincule con el hecho de que sobre este tema hay en la región una mayor cantidad de conocimiento acumulado,³⁰ por lo cual el punto de partida de estas investigaciones es mucho más amplio. Todo esto contribuyó indudablemente para que esta variable, por una parte, se haya manejado con mayor rigor, y por la otra, se hayan obtenido algunos resultados significativos.

Ante todo cabe mencionar al respecto que el proceso de intensificación capitalista afecta de manera significativa los movimientos migratorios, pero no los afecta de manera uniforme, lo que sin duda es el resultado del desarrollo desigual del capital, tanto en el espacio como en el tiempo. Su consecuencia más generalizada en América Latina es que dicho proceso de intensificación ha significado la expulsión de amplios contingentes poblacionales desde áreas rurales hacia otras áreas rurales y hacia contextos urbanos. Estos últimos movimientos (rural-urbanos) son relativamente los más estudiados dentro del tema de migraciones y reconocen o confirman las principales causas ya conocidas de dicho proceso de expulsión. Por una parte, la tecnificación creciente que ha

acompañado a la actividad agropecuaria (tanto la capitalista como la no capitalista), la expansión de la economía capitalista sobre áreas campesinas o de subsistencia muy retenedoras de mano de obra, pautas de uso del suelo que significan menor utilización de fuerza de trabajo. El caso más extremo, muy generalizado en diversos países de la región durante las últimas dos décadas, ha sido el reemplazo de diferentes actividades agrícolas por otras vinculadas a la obtención de ganado para carne. También influyó en esta migración de tipo definitivo, el creciente desequilibrio perceptible en la economía campesina entre recursos productivos (principalmente tierra) y crecimiento demográfico; de todos modos, cabe destacar que no siempre esta migración definitiva se dirigió a las ciudades. En muchos casos adquirió importancia la migración hacia zonas de frontera o hacia otras que permitían al campesino recuperar su condición de productor independiente.³¹ Este tipo de movimientos migratorios ha sido claramente observado en Colombia, Costa Rica, Nicaragua, Guatemala, Honduras, Brasil y en ciertas zonas de Argentina como también en Paraguay.

Estos hallazgos vienen a matizar ciertas interpretaciones relativamente generalizadas en orden a una supuesta 'modernización' creciente de la sociedad, entendiéndose por ello no sólo los conocidos factores psicosociales sino también una redefinición de relaciones laborales. Pareciera que el campesinado, o al menos buena parte de él, se esfuerza por mantener sus antiguas formas de vida antes que someterse a patrones de vida urbanos o rural-industriales, a pesar de que muchas veces la conservación de esos modos de vida campesinos significan condiciones miserables para todo el grupo familiar. Por supuesto que esta 'preferencia' puede, en ciertos casos, estar condicionada por la inexistencia de otras alternativas, o porque cuando

³⁰A su vez esto parecería deberse a que esa variable demográfica es, a corto plazo, la más sensible a los cambios operados en la estructura económica. Para observar impactos de transformaciones económicas sobre la mortalidad y la fecundidad, parecería necesario tiempos relativamente más prolongados que aquellos durante los cuales se producen impactos en los flujos migratorios.

³¹Cabe destacar la relativa importancia que tuvo la apertura de zonas de frontera para atraer población en varios países de América Latina. Estos hallazgos vienen a contradecir algunos planteamientos que suponían lo contrario (por ejemplo, Marshall Wolfe 1970). *Acta Conferencia Regional Latinoamericana de Población*, México, 1970, pp. 149 y 159. M. Wolfe, "Rural Settlement Patterns and Social Change in Latin America: Notes for a Strategy of Rural Development", en CEPAL, *Economic Bulletin for Latin America*, Vol. X, N.º 1, marzo 1965, pp. 1 a 21.

éstas existen, no son, en términos materiales, mucho mejores que las asociadas a las del mantenimiento de los patrones de vida 'tradicionales'.

Debe recordarse que en varios casos (Brasil, Argentina, Costa Rica, Guatemala), la emigración hacia zonas de frontera fue directamente o indirectamente inducida por los gobiernos o por las agencias estatales. En algunos casos, se tomó la iniciativa para aliviar problemas socioeconómicos de contingentes campesinos sin tierra, como aparentemente ocurrió en países de Centroamérica o en Colombia. En otros, se intentó resolver una 'cuestión poblacional', que se manifiesta en Brasil por presiones demográficas en las zonas más atrasadas del país; o simplemente se originó en criterios geopolíticos que estimaban se debían 'proteger' las fronteras políticas mediante su poblamiento, como en el caso argentino; o llenar 'vacíos demográficos' para integrar el país, como ocurrió en la Amazonía.

Esto llama la atención respecto de dos cuestiones relevantes sobre las que se intentó insistir en páginas anteriores. En primer lugar, la importancia que tienen las actividades estatales para entender determinados aspectos de la dinámica demográfica; en segundo lugar, que las migraciones no siempre pueden ser interpretadas como 'funcionales' al modelo de acumulación, aunque es probable que esto haya sido así durante cierta etapa del crecimiento industrial urbano. Sin embargo, hoy los esfuerzos de los gobiernos por reorientar los flujos migratorios hacia otras zonas rurales, parecerían indicar que la migración masiva, continua y creciente hacia las ciudades ha dejado de ser necesaria para el proceso de acumulación capitalista industrial. Debe recordarse que también en la industria se dan fenómenos de incremento creciente de la tecnificación, la especialización de los obreros y, en fin, la pérdida de peso relativo de los sectores asalariados dentro del conjunto de categorías ocupacionales. Simultáneamente se da un incremento de los trabajadores por cuenta propia, y acerca de éstos es difícil sostener la hipótesis de la funcionalidad. Hay que tener presente, quizás, que dicho 'ejército de reserva' se ve continuamente aumentado debido a las —por lo general— altas tasas de crecimen-

to natural en el medio urbano. En apariencia el ejército de reserva del que dispone la industria es lo suficientemente amplio como para que ya no sea preciso seguir aumentándolo.³²

Por otra parte, y como se ha visto en diferentes situaciones históricas concretas, superpoblación relativa y mejoras salariales están profundamente influidas por factores tales como el poder sindical y las situaciones políticas propias de cada país. El caso de México puede ser particularmente revelador en este sentido.

La migración estacional ha surgido como uno de los fenómenos más estrechamente vinculados al nuevo tipo de desarrollo agrícola en la región; así, por ejemplo, se ha estimado que en Centroamérica los migrantes estacionales constituyen cerca del 70% de la mano de obra ocupada en la agricultura. Por su parte en El Salvador, de las 670 000 personas que constituyen la población activa agropecuaria, se ha estimado que más del 50% se emplea por menos de 6 meses.³³

Esta migración puede asumir un carácter rural-rural u otro urbano-rural. La migración temporal urbano-rural se da en zonas de Brasil muy dinámicas y también en zonas de plantación en Nicaragua, Costa Rica o El Salvador.

³²Debe recordarse que esta hipótesis, desde diferentes puntos de vista y empleando lenguajes diversos, fue sugerida antes por varios autores; entre ellos pueden mencionarse, José Nun, *Revista Latinoamericana de Sociología*, Buenos Aires, 1969, N.º 2, pp. 138-236; el propio Marshall Wolfe (1965); o Aníbal Quijano, *Dependencia, cambio social y urbanización en Latinoamérica*, CEPAL, Santiago, noviembre de 1967; también M. Margulis, *Contradicciones en la estructura agraria y transferencias de valor*, Ed. El Colegio de México, Jornadas 90, México, D.F., 1979, entre otros. No es nuestro propósito discutir aquí la posición que defiende la hipótesis de la 'funcionalidad' para entender el proceso de acumulación del crecimiento del sector terciario, de los llamados trabajadores de baja productividad, sector 'informal', etc. Para una sugestiva exposición de esta perspectiva véase: Francisco de Oliveira "A economia brasileira: crítica à razão dualista", *Seleções*, CEBRAP 1, 2.ª edición, San Pablo, 1976, especialmente pp. 24 y 55. Tampoco se trata de intentar 'revivir' ideas ya superadas como la teoría de la marginalidad, sino de adoptar una hipótesis específica que plantearon algunos autores que estudiaron el tema marginalidad, y que no es exclusiva de dicha corriente de pensamiento, para intentar salir del callejón sin salida que nos plantean en la actualidad los autores que todo lo explican por la lógica del capital.

³³Cifras de diverso origen en CEPAL, *op. cit.*, pp. 76-77.

El fenómeno más significativo de este tipo de migración es que tiende a una suerte de unificación de los mercados de trabajo urbano-rurales. La combinación de trabajos en ambas áreas durante diferentes épocas del año, o la división intrafamiliar de trabajo, emergen como situaciones que tienden a romper antiguas formas de división del trabajo, tanto a nivel global de las regiones, como a nivel interno de las familias. Estos fenómenos parecen estar estrechamente ligados a los procesos de acumulación de capital, tanto en el medio urbano como en el rural. La contratación temporaria del asalariado rural, por parte de la empresa, le significa a ésta asumir los costos de reproducción del trabajador por el tiempo estrictamente en que lo necesita. Por otro lado, esta forma de contratación libera a la empresa de contraer gastos por beneficios sociales y otras obligaciones legales que existen para los trabajadores permanentes. Además, la inestabilidad laboral del trabajador dificulta grandemente la constitución de organizaciones sindicales que permitan negociar mejores condiciones de trabajo. Aparentemente son situaciones de este tipo las que permitieron transformar a la agricultura en una actividad tan rentable como otras y lo que indujo a grandes conglomerados nacionales y transnacionales a comprometer enormes inversiones en el sector, no sólo para obtener alimentos y materias primas a bajo precio para abaratar costos de las actividades industriales, sino porque la actividad agrícola se ha transformado en un 'negocio' en sí mismo, el que pasa a ser importante en el proceso de acumulación general.

Con todo, en términos cuantitativos, la emigración estacional más significativa parece ser la que se origina en economías de subsistencias. Este tipo de migración se observó en todos los países estudiados (Argentina, Brasil, Chile, los de Centroamérica, México, Perú y Uruguay). En Perú, con relación a las grandes empresas azucareras, de algodón o arroz; en Brasil, principalmente en los frentes pioneros; en países de Centroamérica, en las plantaciones de diferentes productos de exportación; en México, en las épocas de zafra, en la zona de Morelos y en el norte, para la 'pizca' de algodón y el levantamiento de cosechas como las del tomate y la fresa. Probablemente sea Chile

el país donde el fenómeno comienza a perfilarse en forma más tardía.³⁴

Cabe destacar que en la literatura sobre migraciones se advierte que este fenómeno de la migración intra-rural es el menos estudiado. En varios de los trabajos consultados, se observó la dificultad que significaba captar este fenómeno a través de fuentes censales, más aún cuando se intentaba comparar dos o más censos. Por ejemplo, en Argentina sólo hubo acuerdo entre los investigadores en que el fenómeno existía tanto en el norte (cultivos industriales: azúcar, tung y otros), como en el sur (actividades frutícolas), pero no lo hubo acerca de la significación de este tipo de trabajador en el conjunto de la categoría asalariados, o si la tendencia indicaba un aumento o disminución del mismo; y esto, entre otras razones, por cambios en las definiciones censales y por realizarse los censos en distintos períodos del año. En el caso uruguayo, se comprobó que era relevante en función de la actividad ganadera de lana, pero la carencia de datos impidió sacar conclusiones más rigurosas sobre su significado.

En todos los casos señalados se destacó el origen rural de esta migración, y específicamente, su ubicación en zonas de economías campesinas.³⁵ En los pocos casos para los cuales se dispone de información los datos son concluyentes; así para Guatemala, de la región de occidente (Quetzaltenango), donde reside el grueso de los calificados como pequeños productores y familiares no remunerados, se ha estimado que bajan más de 300 000 trabajadores a las plantaciones de café y algodón de Guatemala y el sur de México. Debe tomarse en cuenta que la población agrícola total de Guatemala se estima en 700 000 trabajadores.³⁶ Desde el punto de vista de la empresa agrícola,

³⁴Con todo, se ha observado que entre 1955 y 1976 el personal permanente (incluye productores) ha aumentado en 79%, en tanto que el sector no permanente ha aumentado 176%. Silvia Hernández, *El desarrollo capitalista del campo chileno*, Buenos Aires, Ed. Periferia, 1973.

³⁵El término economías campesinas se utiliza aquí en su sentido lato. En ningún caso se pretende terciar en la discusión que, en torno al concepto de economía campesina de Chayanov, se estuvo desarrollando en la región. Su uso tampoco implica adherirse a las elaboraciones conceptuales que al respecto hicieron 'campesinistas' y 'descampesinistas'.

³⁶Cuadernos de la CEPAL, *op. cit.*

el significado de contratar a este tipo de trabajador probablemente sea similar al del trabajador de origen urbano; se establece el mismo tipo de relación salarial, con similares grados de explotación de la fuerza de trabajo, etc. En cambio, desde el punto de vista de la economía campesina, su significado, como ya se adelantó, ha cambiado y en la mayor parte de los casos parece haber representado una drástica ruptura de antiguas formas de articulación entre la empresa agrícola y los pequeños productores. Interesa ahora profundizar el sentido de estos cambios en lo que al tema población se refiere.

La rearticulación entre empresa agrícola y economía de subsistencia, en condiciones de un alto crecimiento demográfico que implica cada vez mayor escasez de tierras, significa un freno relativo a la migración con destino urbano. Y este freno parece explicarse principalmente por la tenacidad de la economía campesina en recrearse y subsistir. Desde el punto de vista del pequeño productor, éste 'utiliza' el trabajo temporal para mantenerse como campesino y su explicación parece encontrarse en dos niveles. Por una parte, en razones de tipo económico (la seguridad que representa el pedazo de tierra), y otras de tipo cultural: el mantenimiento de la unidad campesina significa conservar un 'modo de vida', que en el caso del campesino indígena, está ligado a la 'comunidad'. Sin embargo, la conservación de este 'modo de vida' significa para el campesino crecientes niveles de privación absoluta, según la evidencia disponible; y no es para nada claro cuál es la repercusión de esta realidad sobre las pautas reproductivas de dicho sector. Además, hay que tomar en cuenta que ellas están asociadas al creciente deterioro de la relación hombre/tierra, tan fundamental para el modo de vida campesino, lo que una vez más vendría a reforzar las pautas migratorias antes descritas. En uno de los estudios examinados,³⁷ se intentó demostrar que a más altos niveles de carencia relativa había mayores niveles de fecundidad, lo cual, si fuese cierto, conduciría inevitablemente, en algún momento, a la descomposición total de la economía campesina. Sin embargo,

esta tendencia no parece haberse cumplido hasta ahora.³⁸

La economía campesina, con mayores o menores dificultades, ha tendido a mantenerse, y en varios países a aumentar. ¿Cuáles son los factores que llevaron a esta situación, tan alejada de los esquemas de interpretación que enfatizaban la 'modernización' creciente como de la inevitable descomposición campesina? Hasta ahora los conocimientos obtenidos son sumamente insuficientes e incompletos como para intentar responder dicha cuestión, y menos aún, para arriesgar pronósticos.

En algunas de las investigaciones se ha sugerido que el minifundio, la economía de subsistencia y la unidad campesina en general, más que expulsores de población, constituyen un factor de retención de la misma. Es el tipo de unidad agrícola que retiene más población si se la compara con las otras formas de organización de la producción en el agro.³⁹ Se ha sugerido también que el mantenimiento y recreación de este tipo de organización productiva, que cumple una función económica, satisfaría también una de tipo político-social. Es decir, la economía urbano-industrial no está en condiciones de absorber la población excedente del campo, producto de la intensificación capitalista. Esto se torna más evidente con la implantación de estilos de desarrollo caracterizados como 'concentradores y excluyentes'; frente a esta realidad, la única posibilidad de retener la población en el campo sería el mantenimiento de la economía campesina. Históricamente la capacidad organizativa y de presión política del campesinado, fue inferior a la que mostraron los sectores populares urbanos (asalariados o no).

Desde el punto de vista económico, se ha

³⁸Shanin sostuvo que "por los patrones de cálculos aceptados, muchos establecimientos rurales campesinos que trabajan a pérdida y deberían ir a la bancarrota, continúan operando e inclusive invirtiendo". T. Shanin, "A definição de camponês: conceituações e desconceituações - o velho e o novo em uma discussão marxista", en *Estudos*, CEBRAP 26, San Pablo, 1980.

³⁹Es decir, retiene más población por unidad de superficie aun cuando su productividad tenga muy bajos niveles si se la compara con la de las unidades capitalistas. Deben tenerse presente estas diferencias de productividad para no confundir los términos 'retención' con 'demanda' de fuerza de trabajo.

³⁷S. Prattes y N. Niedworok, *op. cit.*

sostenido que la economía campesina permite la utilización productiva de tierras y fuerza de trabajo, que de otro modo estarían excluidas de la producción. En el caso de la tierra, por su baja calidad; en el caso de la fuerza de trabajo, por los excedentes que hay en la misma. La separación analítica entre 'funciones económicas' y 'funciones políticas' sólo tiene sentido a

efectos expositivos. En los hechos se sugiere que está en proceso de redefinición el lugar que le corresponde a este tipo de organización productiva en el orden social global. Será tarea de futuras investigaciones esclarecer lo que hoy sólo parecen sombras que se mueven, como en el mito platónico de la caverna, sin poder captar la esencia del fenómeno.

IV

Hacia nuevos esquemas de interpretación

Desde hace varias décadas se sabe que las transformaciones de orientación capitalista preferentemente urbanas que ocurrieron en forma más o menos generalizada en la región, se dieron en forma relativamente simultánea con la introducción de campañas sanitarias que contribuyeron a inducir bajas significativas en las tasas de mortalidad preexistentes. La economía urbana en expansión requería fuerza de trabajo, las áreas rurales estancadas y/o caracterizadas por el sistema latifundio-minifundio, la brindaban a través de procesos migratorios, y las zonas rurales penetradas por el capitalismo ayudaban progresivamente a dicho flujo al reemplazar hombres por máquinas. Era la etapa de la industrialización fácil, que intentaba sustituir importaciones; allí las elevadas tasas de crecimiento poblacional tanto urbanas como rurales, así como los flujos migratorios campo-ciudad tenían una relativa 'funcionalidad' para el esquema que se imponía.⁴⁰

A partir de la década de los años sesenta (téngase presente que los cortes siempre son artificiales y arbitrarios), la situación relativamente 'funcional' de la etapa anterior, parece haber comenzado a tornarse más compleja. Por una parte, el incremento de la actividad capitalista en el agro, no ya el estancamiento, parece haber acelerado el proceso expulsivo, mientras la economía urbana muestra crecientes dificultades para incorporar, de manera productiva, los nuevos contingentes migrantes. Aparece entonces el tema de la 'marginalidad'.

⁴⁰Sobre este punto la exposición de F. de Oliveira, *op. cit.*, es particularmente esclarecedora.

Comienzan progresivamente a imponerse en distintos países de la región —aunque no en todos— estilos de desarrollo con características 'excluyentes',⁴¹ que en términos de población implican una intensificación capitalista en las áreas urbanas que significa menor capacidad de absorción de empleos y la nula capacidad de ofrecer alternativas al migrante rural.⁴² El fenómeno de 'extrema pobreza' parece generalizarse; ya no se trata sólo de 'marginalidad'.⁴³

⁴¹Acerca del nuevo estilo de desarrollo que aquí se comenta, se pueden consultar, entre los estudios y críticas más sugestivas: F. H. Cardoso y E. Faletto, "Estado y proceso político en América Latina", en *Revista Mexicana de Sociología*, abril-junio 1977, N.º 2, UNAM, México. (También aparece como *post-criptum* al libro *Dependencia y desarrollo en América Latina*, a partir de la 14.ª edición de Siglo XXI, 1978.) Guillermo O'Donnell, "Reflexiones sobre las tendencias generales de cambio en el Estado burocrático-autoritario", Documento de Trabajo, CEDES, N.º 1; también en *Revista Mexicana de Sociología*, enero-marzo 1977, N.º 1. Raúl Prebisch, "Capitalismo periférico, crisis y transformación", Fondo de Cultura Económica, México, 1981. Estos trabajos han sido elaborados desde diferentes perspectivas, pero tienen como común denominador situar la nueva realidad de América Latina en el contexto de la economía capitalista mundial, enfatizando la importancia del aspecto político en la comprensión de las nuevas configuraciones.

⁴²Al respecto Solon Barraclough sostuvo que "ya no existe lugar adonde los campesinos puedan dirigirse. No existen nuevas fuentes de empleo urbano en gran escala". "Perspectivas de la crisis agrícola en América Latina", en *Revista de economía campesina*, N.º 1, México, marzo de 1977, p. 24.

⁴³Al respecto es interesante recordar que, en la temática y conceptualización de la 'marginalidad', la 'pobreza' era una de sus dimensiones entre varias otras. Con posterioridad el fenómeno 'pobreza' con el adjetivo de 'extrema' se constituirá en tema de discusión y estudio en sí mismo. Una buena sistematización sobre las formas como fue entendida la marginalidad en la región, así como una crítica aguda a las mismas, puede encontrarse en Gino Germani, *El con-*

El cambio fundamental entre el período anterior y el iniciado hace aproximadamente dos décadas parece haber consistido en lo siguiente. En el primero, tanto el latifundio en el agro como la economía industrial en el medio urbano, requerían determinadas cantidades de mano de obra. En el agro se la retenía mediante sistemas tales como el colonato, inquilinaje, etc., para las épocas de cosecha, y las requería la empresa y la actividad urbana para su expansión y también para mantener salarios relativamente bajos. En este sentido las altas tasas de fecundidad y el proceso de expulsión de población rural parecen haber sido efectivamente 'funcionales' para la expansión de la economía urbano-industrial. En uno y otro caso la población era requerida; el latifundio para recrearse como tal y la industria para expandirse.

Hoy el fenómeno generalizado de la existencia de una sobrepoblación relativa tanto en el agro como en el medio urbano (se habla aquí en términos de tendencia general) llevan a pensar que la empresa capitalista industrial urbana ya no requiere 'más' población excedentaria.⁴⁴ Su expansión se basa fundamentalmente en la inversión en maquinarias y tecnologías de alto nivel. Los excedentes de población existentes, acrecentados por el alto crecimiento natural del medio urbano, y aquellos que la nueva dinámica capitalista genera, parecen ser suficientes para mantener los salarios deprimidos. Por otra parte, en el medio rural, los cambios de patrones de uso del suelo, la incorporación de maquinaria y equipo y la introducción masiva de productos químicos redujeron drásticamente las necesidades de trabajadores permanentes. A su vez, la superpoblación existente hace innecesario retener en su interior o en sus alrededores, la fuerza de trabajo requerida para las épocas de mayor demanda. Lo que se está sugiriendo es que a la pregunta fundamental de

cómo el desarrollo capitalista determina o condiciona la dinámica de población cabe agregar ahora cómo hacen los sectores 'excluidos'⁴⁵ para sobrevivir. Precisemos esta cuestión.

No se trata de creer que el sistema dejó de preocuparse por el 'problema población'. Las políticas de control de la natalidad parecen en este sentido bastante elocuentes; y los intentos de reorientar los flujos migratorios hacia zonas de frontera también lo son. Sin embargo, las evidencias disponibles parecen indicar que estas medidas no sólo no resuelven el problema de la supervivencia de estas masas excluidas, sino que sigue creciendo el problema de la 'pobreza extrema'. Parecería entonces que los nuevos estilos de desarrollo que se imponen tienen una incapacidad estructural para ofrecer alternativas de ocupación y para generar ingresos que permitan superar los niveles de 'pobreza extrema'. Es en este sentido que el problema pasa a ser asumido —porque no les queda otra alternativa— por los excluidos. Se trata de una fuerza de trabajo que ya no es 'requerida' (o requerida sólo parcialmente). Así pues, el criterio de la "reproducción de fuerza de trabajo para el capital" parece ser insuficiente por sí solo para explicar los nuevos fenómenos ligados a la dinámica de población.

En este contexto adquiere sentido por tanto el problema de las 'estrategias de supervivencia'; estrategias cuya meta fundamental es asegurar la supervivencia material inmediata, sea del grupo familiar, sea del 'barrio' (Cerrada del Cóndor, como el clásico estudio de L. Lomnitz),⁴⁶ sea de la comunidad campesina, indígena o no. Las posibilidades de implementar dichas estrategias están fuertemente condicionadas por el estilo de desarrollo vigente (y por lo tanto por el proceso de acumulación), pero éste no determina las estrategias concretas adoptadas.

En esta situación debemos preguntarnos

cepto de marginalidad, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1973. Un repaso del surgimiento histórico del concepto puede encontrarse en Jorge Giusti, *Organización y participación popular en Chile*, Buenos Aires, Ed. FLACSO, 1973, cap. I.

⁴⁴Para América Latina en su conjunto se estimó en 1975 que desempleo y subempleo alcanzaban el 34%, proporción que en las áreas urbanas de la región era del 29.3%. Véase OIT, *Empleo, crecimiento y necesidades esenciales*, Ginebra, 1976.

⁴⁵Los conceptos precisos de la sociología no parecen adecuados para su aplicación a los nuevos fenómenos mencionados. Por ello es preferible el empleo de términos deliberadamente vagos pero que intentan reflejar fenómenos reales, al uso de conceptos precisos cuya relación con fenómenos concretos es poco clara.

⁴⁶Larissa Lomnitz, "Supervivencia en una barriada de la Ciudad de México", en *Economía y Demografía*, vol. VII, N.º 1, México, El Colegio de México, 1973.

qué papel juegan y cómo lo juegan, los componentes demográficos. Caldeira Brant nos señalaba que la familia del *'boia-fria'* se organizaba dividiéndose los trabajos a través del año entre el medio rural y el urbano, entre los trabajos domésticos y aquellos otros que les permiten obtener ingresos. Esta distribución de los miembros de la familia entre ocupaciones diversas es lo "que garante um fluxo continuado, embora ínfimo, de dinheiro". Y a su vez es esta situación la "que garante o funcionamento do mercado de trabalho em suas oscilações". Por su parte, la combinación entre actividades domésticas y la venta de fuerza de trabajo se torna una "estrategia de subsistencia da população trabalhadora".⁴⁷

Para Chile, Maffei hace notar la rearticulación que se produce entre las unidades campesinas y minifundistas, cuyo objetivo principal era organizar la retención productiva —aunque a niveles muy bajos— de la población excedentaria. Como en el caso anterior, se vende fuerza de trabajo ocasionalmente, cuando las condiciones lo permiten. La relación dialéctica que vincula empresa capitalizada y empresa de subsistencia "no desaparece con la modernización en el campo ni con la reforma agraria ni con la contra-reforma"; los hechos demuestran que sólo se redefinen.⁴⁸

A su vez Matos Mar y Mejía subrayan los esfuerzos desesperados del campesino indígena peruano para no desprenderse de su parcela de tierra, como medio de subsistencia de la comunidad. Aquí se observó, ya que los protagonistas más frecuentes de los flujos migratorios son los miembros de unidades domésticas de constitución más reciente o los hijos jóvenes de familias de pequeños propietarios. Cabe recordar que el trabajo temporal en las haciendas puede ser sumamente inestable, sea por malas cosechas o porque el trabajador temporal —casi sin protección legal— puede ser despedido en cualquier momento; es decir, su situación como asalariado es estructuralmente inestable. Por último, si por enfermedad no puede trabajar, lo único que le queda es su parcela de tierra. Desde el punto de vista de este campesino esta

rearticulación entre la empresa capitalista y él con su parcela de tierra propia, de la comunidad o arrendada, se explica por la lógica de maximizar 'seguridad' y no beneficios, lógica esta última que predomina desde la perspectiva de la empresa.

En Argentina, Geller destacó como parte de las estrategias de supervivencia del campesino de Santiago del Estero, el papel de las hijas como aportadoras de ingreso monetario en la familia y el de los varones en las tareas productivas. Concretamente este autor sostiene: "los hijos varones son preferidos en la zona por su capacidad de contribuir a las tareas agrícolas de la unidad productiva familiar y por sus mayores probabilidades de vender su fuerza de trabajo en una zona eminentemente rural... las hijas mujeres, a su turno, cuyo trabajo está menos apreciado en la zona, son las que hacen los mayores aportes monetarios cuando migran, especialmente en las edades jóvenes. Se deduce entonces que la funcionalidad de las hijas mujeres en las estrategias familiares de la zona resultan simétricas a la de los varones en el espacio y en el tiempo".⁴⁹

En el agro la empresa agrícola ya no se preocupa por entregar una parcela de tierra para que el trabajador rural obtenga sus medios de subsistencia durante la época del año en que no la ocupa. En el medio urbano, el Estado desatiende cada vez más al trabajador asalariado; no se preocupa por hacer respetar las leyes que lo favorecen, o simplemente disminuye o elimina beneficios tales como los de salud, vivienda, seguros de desempleo, etc.⁵⁰

La 'mano invisible' del mercado debe regular los problemas de oferta y demanda en todos los campos; es ella la encargada de 'eliminar' a los ineficientes, sean actividades económicas o simples trabajadores.

Hasta aquí se han enfatizado deliberadamente los aspectos que marcan la 'tendencia', y dentro de ésta subrayado las características que más la distinguen de la etapa de desarrollo anterior, precisamente para llamar la atención

⁴⁹L. Geller, 1979, *op. cit.*, p. 76.

⁵⁰Esta desprotección del trabajador por parte del Estado es particularmente aguda en países como Argentina, Brasil, Bolivia, Chile y Uruguay.

⁴⁷V. Caldeira Brant (1979), *op. cit.*, p. 81.

⁴⁸E. Maffei, *op. cit.*, p. 160.

sobre lo que parece constituir un fenómeno emergente. En el campo de las relaciones entre estructura agraria y población, pareciera que es fundamental estudiar el tema de 'estrategias de supervivencia'. Como es natural, su estudio debe necesariamente estar enmarcado dentro de las características que adquiere el nuevo estilo de desarrollo y, dentro de éste, las que asume en las actividades agropecuarias.

La influencia de los factores culturales y sicosociales debe verse desde esa perspectiva. La pregunta adecuada no es hasta qué punto una pauta cultural es 'funcional' a la adopción de una determinada estrategia, sino qué papel juega dicha pauta para la adopción de la estrategia; este papel puede ser o no fundamental. También la influencia o articulación de las políticas de población (preferentemente de control de la natalidad) con las estrategias de supervivencia, no debe buscarse desde posiciones apriorísticas suponiendo que entre ellas debe haber adecuación o determinación; es tarea del proceso de investigación aclarar estas cuestiones. Por tanto no habrá que sorprenderse si se encuentran 'contradicciones'.

Desde el punto de vista de la estructura agraria, aparecen tres grandes temas como prioritarios para entender la dinámica de población. El primero: la creciente agroindustrialización del campo, que se perfila como una tendencia que abarca un número cada vez mayor de productos, sometiendo a su dinámica amplias áreas donde coexisten diversas formas productivas. En segundo lugar, una cierta generalización de la empresa capitalista en actividades agropecuarias. Esta generalización parece darse principalmente por la cantidad cada vez mayor que éstas cubren de los volúmenes de producción de ciertos productos, sin que esto implique, como ya se indicó, proletarianización creciente en términos relativos ni absolutos. Por último, vinculado al anterior, surge el tema de la rearticulación de las relaciones entre empresa agrícola y unidad campesina. Esta rearticulación pasa por algunas formas identificables como 'típicas', entre las que cabe señalar la 'semiproletarianización' del trabajador agrícola; el 'sometimiento' de la unidad campesina a la empresa capitalista a través del circuito comercializador y financiero, y, finalmente, la 'función' que parece habersele asignado a la pe-

queña o mediana unidad agrícola familiar en el nuevo 'estilo de desarrollo' imperante.

Es indudable que una perspectiva fundamental para hacer comprensibles todos estos 'movimientos' en la estructura agraria, es el proceso de acumulación que subyace al estilo de desarrollo 'concentrador y excluyente' que tiende a imponerse. El abandono de los compartimientos estancos en que antes se dividía el capital (minero, industrial, agrícola, etc.) parece ser una de sus notas más significativas. También constituye una característica relevante de este nuevo estilo de desarrollo la redefinición del papel del Estado en el seno de la sociedad. Esta redefinición de tipo político parece tan importante como la mencionada con relación a la antigua división del capital por tipo de actividades.

Desde el punto de vista de la población, la 'problemática' global que surge como más significativa en los estudios examinados, y además la que más preocupa a los científicos de la región es la 'sobrepoblación relativa' que aparece como progresivamente creciente. Al respecto, Urzúa señala que cuando se estudian los factores determinantes de los excedentes de trabajo agrícola, "la atención deja de centrarse en la mortalidad, la fecundidad o las migraciones, tomadas aisladamente, obligándose al contrario a un tratamiento conjunto de ellas".⁵¹

El tema de la 'sobrepoblación' es de la máxima importancia. Parece existir cierto consenso entre los investigadores de la región en que tiende a agudizarse el problema de los excedentes de fuerza de trabajo. En este artículo se ha enfatizado en que los sectores excluidos en el agro deben buscar fórmulas que les permitan y aseguren la supervivencia; además, se ha señalado que los excedentes de fuerza de trabajo y las estrategias de supervivencia son comprensibles en el marco de los estilos de desarrollo y que las características específicas que éste adquiere en diferentes países y regiones no son independientes de factores demográficos (el capitalismo no puede implantar relaciones de trabajo tipo 'boia-fria' donde hay aguda escasez de brazos).

Lo anterior lleva a concluir que entre el

⁵¹R. Urzúa, 1975, *op. cit.*, p. 58.

movimiento de la estructura agraria y la 'población' se produce una interrelación dinámica (no pueden establecerse relaciones simples tipo causa-efecto) que sólo puede ser cabalmente aprehendida si —y sólo si— se estudia el comportamiento de las tres variables básicas que constituyen la dinámica demográfica, y esto con el mismo rigor con que hasta ahora se ha estudiado la dinámica de la estructura agraria.

En términos más concretos, debe señalarse que para entender los flujos migratorios (tema favorito en la sociodemografía latinoamericana) hay que considerar que éstos no sólo están condicionados o determinados por los cambios estructurales tales como el reemplazo de hombres por máquinas, sino también porque hay determinadas tasas de crecimiento natural y cierta estructura de edad, productos de algunos niveles de fecundidad y mortalidad, recientes y pasados, y que hacen que estos flujos aumenten o disminuyan. Del mismo modo esos niveles afectan las posibilidades de reproducción de unidades campesinas encerradas en sí mismas, en tanto, por ejemplo, que bajas en la mortalidad pueden contribuir a desequilibrar la relación hombre/tierra. Y aquí se llega a un punto sugestivo.

Es posible que el reemplazo del trabajador permanente por el temporal estuviera fuertemente condicionado por la dinámica demográfica más que por los cambios tecnológicos. La sobreoferta creada por aumentos registrados en el pasado reciente en la tasa de crecimiento natural hace materialmente posible reemplazar al trabajador permanente por el 'boia-fría', aun cuando el producto explotado sea el mismo y éste se siga trabajando con idénticas técnicas.

El énfasis puesto en la necesidad de estudiar la fecundidad y la mortalidad no se origina en apreciaciones tales como la de que 'debe' haber un equilibrio de investigaciones realizadas en el campo de la población entre los distintos componentes de la dinámica demográfica, sino porque su estudio parece necesario para comprender los cambios ocurridos en la estructura agraria. Su estudio también es indispensable para comprender lo que se identifica (aunque a veces sin nombrarlos) como 'problemas' de población, como pueden ser los movimientos migratorios o la llamada sobrepoblación relativa.

Ahora bien, metodológicamente lo más acertado parece comenzar a preguntarse cómo la estructura agraria condiciona la población. Este condicionamiento puede darse de manera directa a través de la demanda de fuerza de trabajo; así, por ejemplo, como respuesta a una mayor demanda puede aumentar el flujo migratorio, y/o, a la vez, inducir mayores niveles de fecundidad. Pero este condicionamiento también puede ser indirecto, a través de políticas o acciones estatales; por ejemplo, intensificar políticas de control de la natalidad para evitar que a mediano plazo la fuerza de trabajo excedente sobrepase ciertos límites que pueden considerarse 'conflictivos' en la medida que ellos no tienen posibilidades de ser absorbidos por la estructura productiva.

Luego hay que preguntarse cómo se inserta en el proceso anterior la dinámica demográfica concreta. Para esto debe aceptarse que la dinámica demográfica tiene ciertos grados de 'autonomía relativa' respecto a los condicionantes sociales. Dado el momento que atraviesa la región, con el particular estilo de desarrollo que, con ciertas diferencias, se ha impuesto en muchos de nuestros países, las ya mencionadas estrategias de supervivencia parecen constituir una expresión de esa 'autonomía relativa'.

Para aclarar este razonamiento, hagamos una comparación con el comportamiento económico que la unidad familiar mostró frente a situaciones de crisis económicas. En su estudio de la economía campesina en la Rusia presoviética, Chayanov encontró que frente a una baja aguda de los precios de mercado, la unidad económica campesina aumentaba sus niveles de producción, en vez de disminuirlos como era esperable a partir de la racionalidad capitalista de producción. Como es sabido, este autor explicó esta situación atribuyendo a la economía campesina una racionalidad que nada tenía que ver con la "burguesa". Lo que aquí interesa retener son los resultados empíricos de sus investigaciones, para sostener que es posible que la racionalidad de las unidades campesinas (y la del sub o semiproletariado) en cuanto al comportamiento demográfico (fecundidad y migración), no esté presidida por la racionalidad de maximización de ingresos o bienestar como así tampoco sea un simple reflejo de las necesida-

des del 'modelo de acumulación vigente'; en efecto, puede existir una racionalidad distinta. A lo largo del artículo se ha mostrado cierta simpatía por los análisis que tienden a adjudicar una racionalidad de maximización de seguridad a los comportamientos de ciertos sectores sociales. Y aquí debe tenerse presente que esta racionalidad incluso puede oponerse a la del modelo de acumulación. Por ejemplo, se puede suponer que, desde el punto de vista del capital, sea necesario bajar las tasas de fecundidad (las políticas de control de la natalidad y la desprotección en salud de amplios sectores sociales en algunos países pueden ser interpretadas en este sentido);⁵² pero desde el punto de vista de la unidad familiar la racionalidad que sostiene que "a más brazos más ingresos"—particularmente si se vive situación de crisis económica como la considerada en el estudio de Chayanov— puede ser completamente opuesta a las necesidades del patrón de acumulación. En fin, sólo se trata de un ejemplo.

Tampoco debe perderse de vista que ciertas pautas culturales pueden venir a reforzar

⁵²¿Cómo interpretar la evolución de los datos referentes a la mortalidad infantil en el Gran San Pablo, centro del Brasil industrial y moderno? Entre 1940 y 1950 la mortalidad infantil disminuyó un 32%, en cambio, entre 1960 y 1973 aumentó 45%. Cândido Procópio Ferreira de Camargo, y otros, *Crescimento e Pobreza*, 5.ª edición, San Pablo, Edições Loyola.

esta 'autonomía relativa' en el comportamiento demográfico.

Los 'problemas de población' deben ser analizados a partir de la interrelación dialéctica entre las necesidades de fuerza de trabajo del capital, por una parte, y la racionalidad reproductiva de la familia, por la otra.

Por ahora parece aventurado suponer en qué dirección concreta determinadas estrategias de supervivencia afectan las variables de población. Hay cierta evidencia empírica que quizá permitiría arriesgar algunas hipótesis; sin embargo—por ahora—sobre lo que se quiere llamar la atención es precisamente sobre la *existencia* de esta dinámica que, por un lado, reconoce la lógica del proceso de acumulación, y por tanto la lógica de las clases hegemónicas en esta situación concreta; y por el otro, la lógica de los sectores subordinados. Para los primeros la lógica se puede expresar concretamente a través de políticas de población (por ejemplo, 'planificación familiar') de políticas sociales que afectan a la población (por ejemplo, política de salud), de políticas económicas (por ejemplo, reducciones de salario real), y también a través de 'la política' simplemente (por ejemplo, desarticulación de sindicatos y partidos para evitar luchas en favor de los intereses de ciertos grupos sociales). Para los subordinados la lógica en términos de población parecería concentrarse específicamente a nivel de las familias que componen dichos sectores sociales.

Nota de la dirección

Bien conocida es la heterogeneidad de las estructuras agrarias de América Latina. En el pasado la hacienda, la estancia y la plantación dominaron la actividad agraria y, en gran medida, la historia social y económica de la región. Desde fines del siglo XIX en ciertos países, y desde hace sólo algunos decenios en otros, los procesos generales de desarrollo económico y social como así los cambios en los patrones tecnológicos permitieron la formación de un sólido estrato empresarial en buena parte asentado sobre las viejas formas hacendales.

La *Revista de la CEPAL* ha expresado su interés por este estrato empresarial moderno en varios artículos, en especial el de Gerson Gomes y Antonio Pérez “El proceso de modernización de la agricultura latinoamericana” (N.º 8, agosto de 1979).

Sin embargo, con toda la significación que las unidades de grandes dimensiones económicas puedan haber tenido en el pasado y tengan en el presente, coexisten, hoy como ayer, con formas campesinas de organización de la producción en el amplio espacio agrario de América Latina. Por esta razón ellas merecen una consideración especial y constituyen el objeto central de los artículos que a continuación se presentan en este número.

La agricultura campesina en América Latina

Situaciones y tendencias

*Emiliano Ortega**

Durante los últimos años se ha prestado creciente atención a las transformaciones ocurridas en el medio rural y en particular a las relativas al campesinado latinoamericano.

El fenómeno campesino continúa estando presente en la mayor parte de los países de la región. Las familias campesinas que trabajan unidades agrícolas de dimensiones reducidas representan una porción significativa de la población latinoamericana. Su papel en el funcionamiento de la agricultura y de la economía es importante. Su contribución a la producción y a los mercados de alimentos también es significativa, al igual que su participación en los mercados de mano de obra.

El campesino no está desligado o aislado del conjunto social. Los procesos de integración no sólo en el orden físico, sino en el económico y en el cultural hacen que la exclusión u omisión de la realidad campesina distorsione la comprensión de fenómenos sociales de orden general.

Este trabajo tiene el propósito de entregar algunos antecedentes tomados de la experiencia campesina latinoamericana que ilustran las situaciones y tendencias antes indicadas.

*Funcionario de la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO.

Introducción

Este artículo se propone conocer las dimensiones sociales y económicas de la agricultura campesina en América Latina; recoger algunas experiencias; analizar sus características y tendencias y, por último, interpretar su funcionamiento e inserción en el conjunto social.

Es este un análisis en proceso de elaboración. Más que una presentación acabada constituye un anticipo que ilustra situaciones, conductas o tendencias del campesinado latinoamericano. Estamos convencidos que para llegar a cumplir con el cuarto de los propósitos antes indicados, es decir, para lograr interpretar la realidad campesina regional, se necesitará un esfuerzo sistemático de más envergadura.

La mayor dificultad que este trabajo ofrece es la debilidad de las agregaciones de carácter regional o subregional. Muchas veces se carece de la información homogénea indispensable para efectuar tales agregaciones y se debe recurrir frecuentemente a la presentación de variados estudios de casos, y que por ello adolecen de 'localismos' que expresan situaciones parciales que bien podrían ser confrontados con otros casos de signo contrario. Sin embargo, esta forma de ilustrar o de fundamentar el análisis no lo invalida del todo, ya que no se podría pretender construir una visión lineal de una realidad tan compleja y diferenciada como es la del campesinado en América Latina. Las diferenciaciones de orden geográfico, o agroecológico, de orden cultural o histórico, son profundas y posiblemente lo sean aún más las de orden estructural en el ámbito socioeconómico con la variada red de relaciones en que se desenvuelve la vida campesina. De donde la prudencia con que es preciso admitir al 'campesinado' como una generalización.

Se adopta aquí un punto de vista crítico con respecto a aproximaciones dicotómicas que segmentan la realidad agrícola regional entre dos polos, al primero de los cuales se le asignan comportamientos positivos, dinámicos, o modernos; en tanto al otro se le atribuyen características opuestas. Con este último signo se caracterizó al minifundio en el pasado y en la actualidad a la llamada agricultura campesina. Para reinterpretar el comportamiento de la agricultura regional se ha creído

conveniente preguntarse sobre el significado de ciertos calificativos, atributos o características tales como tradicional, inmóvil, marginal, en descomposición,¹ deteriorante del medio ambiente, que se le atribuyen a las poblacio-

nes de agricultores o pastores campesinos. De todos modos, admitimos que esta posición quizás pudo habernos conducido en algunos pasajes de este trabajo a un cierto 'campesinismo'.

I

Interpretación sobre la experiencia agrícola regional y tratamiento de la agricultura campesina

1. *Las interpretaciones y sus desequilibrios*

Juzgamos que ciertos desequilibrios en la interpretación de los procesos agrarios latinoamericanos se originan en la simplificación excesiva de la realidad agrícola; las categorías latifundio-minifundio son elocuentes en este sentido. Es posible que algo similar esté ocurriendo con la dicotomía moderno-tradicional, aunque en algunas ocasiones se identifique lo moderno con el capitalismo agrario, y en otras, con la penetración tecnológica. Quizá lo más discutible de esta formulación sea el vacío en que se deja al resto de los sistemas agrarios cuando son tratados en conjunto como el 'área tradicional', la que se presenta en proceso de descomposición.

Wolf² sostiene que es inadecuado describir las sociedades campesinas como agregados amorfos, carentes de estructuras propias, o aludir a ellas como 'tradicionales', etiquetando a esas poblaciones con el calificativo de 'ligadas a la tradición', y juzgándolas como lo opuesto a lo 'moderno'.

La asimilación de lo moderno a la penetración tecnológica es poco precisa, ya que las nuevas tecnologías genéticas, químicas o mecánicas, han penetrado en los diversos sistemas agrarios bajo formas y con intensidad variables, aunque efectivamente en América Latina es el sistema agrario capitalista el que ha incorporado de modo más integral la tecnología disponible en los países industrializados. Calificar de tradicional al resto de los sistemas agrarios su-

giere una cierta incapacidad de cambio, lo cual en rigor no se ajusta a la realidad.

2. *Modernización agrícola y declinación campesina*

Algunos autores proponen la existencia de una fase de declinación de la economía campesina debido a la industrialización de la economía, lo que implicaría la transformación de las estructuras fundiarias y tecnológicas en el campo.

Gomes y Pérez,³ analizando la agricultura regional en los últimos decenios, anotan que "la característica principal del período analizado no es el estancamiento agrícola, sino la considerable expansión económica experimentada por una parte del sector..." De este modo se estaría consolidando un sector moderno en la actividad agrícola, con concentración de la producción y del capital en un número relativamente reducido de explotaciones, de tamaño medio o grande, localizadas en las mejores tierras. Dichas explotaciones serían en buena parte beneficiarias directas de las inversiones públicas en infraestructura, así como de los incentivos económicos y servicios de apoyo oficiales.

Los rendimientos económicos y físicos del sector moderno son, por lo general, más elevados que los de la agricultura tradicional; en consecuencia, la expansión del primero se traduce en un aumento considerable de su participación en el ingreso y en la producción totales.

También suele afirmarse que en varios países los aumentos de producción registrados du-

¹La noción de 'descomposición' se refiere a algunos procesos de cambio que estarían conduciendo a la desaparición del campesinado.

²Eric Wolf, *Los campesinos*, trad. de Juan Eduardo Cirlot L., Barcelona, Ed. Labor, 1971.

³Gerson Gomes y Antonio Pérez, "El proceso de modernización de la agricultura latinoamericana", en *Revista de la CEPAL*, N.º 8, agosto de 1979, Santiago de Chile, pp. 57-77.

rante los últimos años se deben fundamentalmente al aporte de las explotaciones modernas. De esta forma, el crecimiento del componente monetizado de la demanda favorecería fundamentalmente a la agricultura moderna que sería la mejor estructurada para abastecerla. El proceso de expansión de la agricultura moderna provocaría por tanto la descomposición simultánea de la agricultura tradicional.

Esta presentación sugiere una suerte de dicotomía entre un estrato de explotaciones que al modernizarse se expande, en tanto que la gran mayoría de las unidades productivas, entre otras las que conforman la agricultura campesina, quedarían rezagadas en su atmósfera tradicional.

Del tradicionalismo característico de las agriculturas campesinas se infiere una suerte de inmovilismo donde por ningún lado aparece capacidad de adaptación o cambio, como así tampoco motivaciones distintas a las que se expresan en el mercado, ni aporte alguno al crecimiento o al funcionamiento del sistema económico, salvo la fuerza de trabajo que emigra para realizar labores temporales o situarse permanentemente fuera de la agricultura.

3. *Acentos y omisiones en los análisis de la modernización agrícola*

Hay ciertos aspectos que se vienen reiterando en los análisis del desarrollo agrícola en la experiencia latinoamericana de postguerra, olvidando otros, tanto o más vigentes que aquéllos. El ejemplo de la motorización o mecanización de las faenas agrícolas podrá ayudarnos a fundamentar esta afirmación.

El parque de tractores agrícolas, que en 1950 estaba integrado por unas 146 000 unidades, en 1979 según la FAO⁴ se elevó a 890 000. Ello permite afirmar que se ha sextuplicado el número de tractores a lo largo de dicho período y que la mecanización constituyó sin duda un hecho destacado; nadie podría negarlo. Pero dicha realidad expuesta en tales términos es apenas una presentación parcial, que termina por olvidar el empleo aún predominante en América Latina de la fuerza biológica, sea hu-

mana o animal, en el trabajo de la tierra. Ello es evidente, en primer lugar, si se considera que posiblemente la mecanización no alcanza a más de un tercio del área cultivada, pues no sólo es la dotación de tractores y equipos la que ha aumentado sino que también se ha registrado una expansión notable en la extensión cultivada, desde 53.1 millones de hectáreas en 1950 a alrededor de 105 millones en 1979. A su vez se ha expandido el cultivo artificial de praderas, las que habrían llegado a 45 millones de hectáreas en 1979 y se mantiene anualmente una superficie nada despreciable bajo berbecho. Por muy eficiente que sea la utilización de la capacidad instalada del parque de maquinarias y equipos en la agricultura latinoamericana, resulta que sólo la menor parte de los trabajos agrícolas se han mecanizado dada la dotación de maquinaria disponible.

En América Latina, en 1979, existía un tractor por cada 170 hectáreas de tierra trabajada. Para formarse una idea relativa de magnitud, esa cifra puede compararse, con los antecedentes que ofrece la FAO⁵ para Europa en general, los que indican la existencia, en 1979, de un tractor por cada 21 hectáreas de tierras de cultivo y para Europa occidental de sólo 15 hectáreas por tractor.

En la actualidad Brasil dispone de alrededor de 320 000 tractores.⁶ Suponiendo, en forma optimista, que el trabajo de un tractor permita realizar labores correspondientes a 50 hectáreas anuales, resultaría que la capacidad instalada con este tipo de fuerza de trabajo no permitiría laborar y cultivar más de 16 000 000 de hectáreas, superficie que representa una proporción bastante baja de los 50 millones de hectáreas cosechadas anualmente. Si a ello se agregasen las tierras que se barbechan, más las labores de siembra y manejo de pastos cultivados, resultaría una proporción aún menor.⁷

La comprobación del fenómeno de mecanización creciente de las labores agrícolas y la omisión reiterada del predominio de la fuerza biológica puede conducir a distorsiones, como

⁵*Ibidem.*

⁶*Ibidem.*

⁷Las áreas dedicadas a 'pastógenos plantados' (praderas cultivadas) alcanzaba según el Censo Agropecuario de 1970, a 29 732 296 hectáreas.

⁴FAO, *Anuario de producción*, Roma, Vol. XXXIV, 1981.

ocurre cuando se olvida, por ejemplo, que ciertos patrones de mecanización no corresponden a la inmensa mayoría de unidades productivas de la agricultura latinoamericana, o se olvida la necesidad de buscar tecnologías apropiadas según sea la disponibilidad de los diversos factores productivos, en particular de fuerza de trabajo.

4. *El predominio hacendal y empresarial*

El predominio de estancias, haciendas y plantaciones, como así también las nuevas formas de concentración empresarial de tipo capitalista, han sido realidades que atrajeron la atención en forma preferente entre los analistas agrarios; y esto ha permitido un mayor y más profundo conocimiento de esas modalidades de explotación agraria.

Mal podría negarse que la acumulación de tierras es un hecho relevante en la historia agraria de América Latina. Las derivaciones de esa situación no sólo inciden en la historia agraria y económica de la región sino que además han comprometido la vida social y política de las sociedades nacionales, lo que explica la atracción que el tema de la hacienda, de la estancia, de la plantación, o de la empresa agrícola ha provocado o sigue ejerciendo. Estudiarlos parecería implicar la premisa de que abarcándolos tanto en lo referente a su organización y actividad económica, como a su proyección sociopolítica, se estaría precisando en gran medida la evolución y comportamiento del sector. Quizá esto explique el menor énfasis puesto en la agricultura realizada, en los reducidos espacios restantes, por numerosos campesinos o por las nuevas formas asociativas que reemplaza-

ron la hacienda y la llamada agricultura comercial que no es otra cosa que una suerte de clase media agrícola. El tratamiento de estos agricultores o pastores campesinos, por lo general se aborda desde dos perspectivas:

i) La del problema social de amplios grupos rurales que disponen de limitados recursos, que los condena a arrastrar una vida miserable, y los impulsa a migrar. La noción de minifundio, o parvifundio que se asocia con la existencia de tal situación socioeconómica en que sobrevive un número considerable de campesinos.

ii) Una segunda perspectiva dentro de la cual se sitúan los minifundistas, aparte de la escasez de tierras (origen de muchos de sus males), es la de la abundancia de mano de obra que carece de oportunidades de empleo temporal en los períodos de labranza o cosecha, o que se traslada a regiones o ciudades vecinas por idénticos motivos.

Sin embargo, suele no dárseles mayor importancia por su papel económico y social como productores, y en general no reciben la denominación de agricultores, no obstante que ellos adoptan diversas decisiones relativas a su actividad económica y, por añadidura, realizan el trabajo directo de la tierra. Se les atribuye sobre todo una actividad económica que no trasciende mucho más allá de la satisfacción de sus necesidades elementales de subsistencia, ligándola de esta manera más al autoconsumo que al incremento de la producción o al abastecimiento de los mercados. Los ganaderos y agricultores, de acuerdo a la nomenclatura social, son en cambio personas que frecuentemente viven en ciudades o pueblos.

II

Alcances y dimensiones de la agricultura campesina

1. *Diferenciación y límites de la agricultura campesina*

Desde el punto de vista conceptual, la agricultura campesina comprende el segmento de la agricultura fundada en el trabajo familiar, donde el régimen salarial sólo se practica en forma

ocasional; la familia es el núcleo esencial tanto en el ámbito de la producción como del consumo. La estrategia familiar procura mantener o reproducir dicha unidad de trabajo y consumo, es decir, satisfacer las necesidades familiares y los requerimientos de la unidad de explotación, como también procura obtener los medios

para responder a las exigencias derivadas de las relaciones sociales o institucionales donde está inserta. Desde el punto de vista de las formas de tenencia de la tierra, en América Latina la agricultura campesina reúne a propietarios de pequeñas extensiones, arrendatarios, aparceros o medieros, colonos poseedores de tierras de frontera, ocupantes precarios sin títulos de dominio, y asignatarios de unidades de carácter familiar en proceso de reforma agraria.

Nada fácil es determinar los límites que permitan establecer el alcance de la llamada agricultura campesina. Los contornos entre una y otra forma de realizar agricultura no son nítidos; tampoco son claros los límites entre los campesinos con escasez extrema de tierra y las familias rurales sin tierra. Por otra parte, el análisis se torna más complejo si se tienen en cuenta las diferencias existentes dentro de la propia agricultura de base familiar. En este sentido los procesos de diferenciación pueden estar referidos a algunos de los siguientes planos:

a) *Al tamaño de las unidades agrícolas.* La enorme diversidad en la fertilidad y productividad de las tierras hace de la diferenciación según el tamaño físico de las explotaciones agrícolas un tema de permanente controversia. No obstante, y dada la carencia de otros antecedentes, a menudo se debe recurrir a este tipo de criterio en los análisis de la situación campesina.

b) *A la capacidad de la unidad agrícola para ocupar la fuerza de trabajo familiar.* Al intentar recoger este tipo de diferenciación, los estudios del Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (CIDA),⁸ distinguieron entre unidades de tamaño 'familiar' que disponen de tierra suficiente para mantener una familia mediante el trabajo de sus miembros, y la unidad 'subfamiliar' cuyas tierras son insuficientes para satisfacer las necesidades mínimas de una familia y para permitir el empleo productivo de su trabajo durante el año.

c) *A la reproducción de las unidades campesi-*

nas. Existe un estrato que dispone de mejores recursos, que está en condiciones de recibir apoyo de instituciones oficiales y que por lo mismo puede experimentar procesos de acumulación y de ampliación de la capacidad económica de sus unidades productivas. Sin embargo, también existen grupos que difícilmente encuentran oportunidades de mejorar las condiciones en que se desenvuelve su existencia, y que por su misma debilidad pueden fácilmente experimentar procesos de empobrecimiento que comprometen su propia reproducción.

d) *A los patrones tecnológicos en los que se funda la actividad productiva.* En la agricultura de condición familiar pueden encontrarse estratos que han adoptado patrones tecnológicos basados en la motorización de las faenas junto a formas primitivas de cultivar la tierra y criar el ganado.

e) *A la forma y al grado de integración a los mercados.* Existen áreas de agricultura campesina donde los procesos de monetarización y de vinculación a los mercados, particularmente debido al desarrollo urbano o a la instalación de agroindustrias y, en general al crecimiento económico, provocan cambios en las estrategias más características de la vida campesina como es el cultivo misceláneo de productos alimenticios junto a la crianza de ganado. Se generan así procesos de especialización y tecnificación de la producción e incluso de una completa monetarización de las economías campesinas.

f) *A las diferenciaciones agroecológicas.* En un análisis preliminar sobre el potencial agrícola de América Latina⁹ se identificaron 67 subregiones fisiográficas consideradas como áreas agroecológicas relativamente homogéneas. El emplazamiento geográfico constituye por ello un factor de diferenciación de las agriculturas campesinas, el que se expresa a través de la más variada combinación de cultivos y ganaderías y condiciona la organización y estacionalidad en el empleo de la fuerza de trabajo. Tiene además importantes efectos sobre la monetarización de la economía campesina y la naturaleza de su inserción en los mercados según

⁸Solon Barraclough y Juan C. Collarte, *El hombre y la tierra en América Latina*. (Resumen de los informes del CIDA sobre tenencia de la tierra en Argentina, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, Guatemala, Perú), Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1971.

⁹Informe del consultor Klaas J. Beek a la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO, "Algunas notas sobre el potencial agrícola de América Latina", diciembre de 1978 (trabajo inédito).

sean los productos que allí se ofrecen. Algunos estudios recientes¹⁰ están avanzando en la elaboración de tipologías que recojan la diferenciación campesina de origen agroecológico.

g) *A la condición de la familia campesina.* Nada nueva es la distinción entre campesinos acomodados o pequeña burguesía rural y campesinos pobres con recursos muy limitados, y quienes para Lenin¹¹ formaban parte o estaban en proceso de integrarse al contingente en aumento de proletarios rurales que surgen con el capitalismo. La noción de minifundio, de uso corriente en América Latina, abarca en buena medida la situación de los denominados campesinos pobres. Durante los últimos años se ha acuñado la noción 'campesinos semiproletarios'¹² para referirse al estrato más pobre de entre los campesinos, con el propósito de sugerir que dada la experiencia latinoamericana la tensión entre aburguesamiento y proletarización en que se movería el campesinado, se comprueba con frecuencia la existencia de familias que luchan por retener una fracción de tierra donde vivir y realizar algunas cosechas simultáneamente con venta de fuerza de traba-

jo en otras actividades. Durston¹³ se refiere a las familias campesinas semi-proletarias como aquellas que incorporan a su estrategia económica ingresos originados en el trabajo asalariado como una forma de complementar la insuficiente producción predial.

h) *Al potencial de desarrollo de la economía agrícola familiar.* Esta aproximación a la diferenciación campesina tiene un carácter más bien operativo y responde a requerimientos de planes, programas o proyectos de desarrollo. Las categorías con más frecuencia utilizadas se refieren a la viabilidad o inviabilidad agrícola de las unidades campesinas.

La Oficina de la CEPAL en México¹⁴ propone definir como unidades inviables desde el punto de vista alimentario aquellas cuyo avanzado grado de fragmentación ha determinado que los recursos que controlan (en particular la tierra de labor), estén sensiblemente por debajo de los mínimos requeridos para alcanzar, por lo menos, una producción equivalente a las necesidades alimentarias básicas de la familia, incluso si se les incorporase la mejor de las opciones técnicas disponibles o posibles. Se trataría de aquellas unidades que no podrían alcanzar la seguridad alimentaria a base de medidas agrícolas ni siquiera a un largo plazo razonable.

Siguiendo criterios de viabilidad agrícola en Chile se ha distinguido entre agricultores y "habitantes del sector rural —pobres— que por el hecho de vivir en dicho sector han sido confundidos con aquéllos que disponen de un recurso mínimo capaz de generar agricultura productiva. Dos tercios de los hombres enrolados como 'agricultores' no tienen dicha calidad. Pertenecen al mundo rural, pero no al sector agrícola. Su problema necesita de una solución social a la cual todo el país debe contribuir".¹⁵ Parece innecesario decir que esta diferenciación, fundada en la supuesta viabilidad o invia-

¹⁰Véase Neftalí Téllez y José I. Uribe, "Hacia una tipología regional de economías campesinas con referencia a Colombia", en *Estudios rurales latinoamericanos*, Bogotá, Volumen 13, N.º 3, septiembre-diciembre 1980. Téllez y Uribe distinguen sistemas de producción identificando el cultivo o ganadería predominante, la región sociogeográfica donde se ubica y las implicaciones sociales de la organización del trabajo alrededor de cada sistema particular de producción. Entre otras distinguen zonas de clima frío con cultivos temporales; zonas con clima templado y cultivos temporales y permanentes; zonas de banano y palma africana; zonas de plátano y yuca; zonas fruteras; lecheras; tabacaleras; zonas cafeteras; zonas de café, plátano, yuca y piñales; zonas cebolleras, etc. Véase también, José Franco Mesa, "El campesino, las estructuras socioeconómicas y la economía campesina", en *La economía campesina chilena*, Santiago de Chile, Ed. Aconcagua, 1980.

¹¹V.I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Moscú, Ed. en Lenguas Extranjeras, 1950.

¹²Véase Luisa Paré, *El proletariado agrícola en México. ¿Campesinos sin tierra o proletarios agrícolas?* México, Siglo Veintiuno Editores, 1977. La autora define a los semi-proletarios en los siguientes términos: "Trabajadores agrícolas que tienen tierras, pero dependen cada vez más del trabajo asalariado que representa una parte mayoritaria de sus ingresos. Este momento de transición puede llegar a ser prácticamente permanente debido a la relación simbiótica entre trabajo asalariado y unidad de producción familiar, lo que por un lado permite subsidiar y mantener a flote una empresa familiar agonizante y, por el otro, impide la proletarización y descampesinación total y definitiva", pp. 56 y 57.

¹³John Durston, "La inserción social del campesinado latinoamericano en el crecimiento económico", CEPAL/R. 232, 1.º de julio de 1980 (mimeografiado).

¹⁴CEPAL, "Economía campesina y agricultura empresarial: tipología de productores del agro mexicano", CEPAL/MEX/1037, 28 de enero de 1981.

¹⁵Confederación de Cooperativas del Agro, COPAGRO, "El rostro poco conocido de la agricultura", Santiago de Chile, *Boletín*, N.º 21, 1980.

bilidad, conduce a sustentar opciones de desarrollo agrícola donde los agentes productivos estimulados o apoyados por las políticas públicas resultan ser muy distintos. La denominada inviabilidad de una parte importante del campesinado puede buscar, en algunos casos, excluirlo del ámbito de responsabilidad de las políticas agrarias, y en otros puede alentar la adopción de políticas tendientes a lograr transformaciones estructurales en la agricultura.

¿Cómo establecer entonces los límites de una realidad tan compleja y diferenciada como es la del campesinado latinoamericano? ¿Cómo proceder a agregaciones que permitan dar por lo menos una aproximación grosera de sus dimensiones y de los procesos que la afectan? En la preparación de este trabajo, desde el punto de vista metodológico, se procedió a considerar como parte integrante de la agricultura campesina a aquellas unidades donde el trabajo de la tierra lo realiza la familia. Se ha debido prescindir de consideraciones en torno a la diferenciación del campesinado ya que se trata de agregar una realidad socioeconómica para disponer de una cierta aproximación empírica que permita, en una primera instancia, que es el plano en que se sitúa este artículo, establecer algunos parámetros que por lo menos muestren las dimensiones de este segmento de la agricultura, las situaciones específicas en que se desenvuelve y las tendencias que la caracterizan.

Cuando se careció de información relativa al trabajo familiar se adoptaron, en forma arbitraria aunque con algún grado de información, algunos supuestos con relación al tamaño físico de las unidades productivas.

2. Algunas dimensiones de la agricultura campesina

Para apreciar la magnitud del campesinado latinoamericano se estimaron algunas dimensiones que ilustran acerca del tamaño de la agricultura campesina.

Con respecto a la dimensión demográfica, la población directamente ligada a la agricultura campesina y que está integrada por los campesinos y sus familias, era del orden de 60 a 65 millones de personas a mediados de los años setenta, es decir algo más de la mitad de la población rural y aproximadamente un quinto

de la población total de América Latina. En algunas subregiones, como los países del Area Andina,¹⁶ es aún mayor la importancia relativa de las poblaciones vinculadas a la agricultura campesina. Así, sobre una población total a mediados de los años setenta de 63.7 millones de habitantes, cerca de 27 millones eran habitantes rurales, dos terceras partes de los cuales eran agricultores campesinos y sus familias.

En cuanto al número de unidades que componen este sistema de economía agraria, para los propósitos perseguidos por este artículo, se ha estimado en 13.5 millones de unidades productivas, empleando para su cálculo un criterio relativo al tamaño total de la explotación,¹⁷ cruzado con la información sobre origen de la mano de obra cuando ésta existía.

En relación con la superficie total del conjunto de unidades productivas pertenecientes a la agricultura campesina, es decir, las tierras cultivables, las tierras con cultivos permanentes, las praderas y pastos, los bosques y los terrenos inadecuados para el aprovechamiento agrícola, alcanzaría a 145 millones de hectáreas; cifra ésta que representa algo menos de la quinta parte del total de las tierras incorporadas a la agricultura regional.

En América Central esta proporción es algo mayor; allí la agricultura campesina dispone según los censos de los años setenta, del 25% de la superficie total incorporada a las unidades productivas.

De una superficie cultivable¹⁸ de 160.2 millones de hectáreas, ya incorporadas en América Latina a la agricultura, el campesinado controlaría 57.6 millones de hectáreas, es decir, el 36% del total. Y con respecto al área cosechada de los 105 millones de hectáreas de 1979, aproximadamente 45 millones (44%) corresponden a la agricultura de base familiar. Según puede inferirse de los antecedentes expuestos, la unidad campesina promedio de América Latina tendría una superficie total de 11.0 hectáreas; dispondría de 4.2 hectáreas arables o aptas para

¹⁶Excluido Chile.

¹⁷Se tomó como base para la estimación los antecedentes entregados por los censos y catastros agrícolas nacionales realizados en el curso de los años setenta con la excepción del de Argentina que fue realizado en 1969.

¹⁸Incluye las tierras arables más las áreas dedicadas a cultivos permanentes.

cultivos permanentes; y cosecharía anualmente unas 3.3 hectáreas. Parece casi innecesario señalar que este promedio es sólo ilustrativo de una agregación de carácter regional.

Con referencia al tamaño de las unidades, es esencial retener que cerca del 39%, es decir, *alrededor de 4.9 millones de unidades tienen menos de 2 hectáreas*; estas cifras reflejan el fenómeno de semiproletarización que caracteriza la vida campesina. En algunos países como Jamaica y El Salvador, este tipo de unidades representa más del 75% del número total de

unidades campesinas y las posibilidades de venta de su fuerza de trabajo son limitadas, de modo que más que semiproletarios podrían ser considerados simplemente como campesinos pobres.

De estos antecedentes se deduce el importante significado social del campesinado tanto con relación a la población rural como con el total de la población latinoamericana, lo que hace que adquiera una alta prioridad cualquier intento de profundizar su conocimiento y buscar respuestas a sus problemas.

III

Significación económica de la agricultura campesina

1. Contribución a la producción y abastecimiento de alimentos

La agricultura campesina que tiene a la familia como centro de gravedad produce con preferencia alimentos.

Es bien sabido que los agricultores campesinos destinan parte de su producción a su propio consumo, sin embargo no se aprecia también su contribución al abastecimiento alimentario general de la población. Los antecedentes estadísticos disponibles demuestran la elevada participación que estuvo teniendo la agricultura campesina en el abastecimiento alimentario de América Latina.

En *Brasil*, un estudio muy documentado recientemente publicado,¹⁹ muestra que las pequeñas explotaciones, que representaban más del 80% de las explotaciones totales según las estadísticas catastrales de 1976, y que disponían de menos de un quinto de la superficie censada (17.5%), dan cuenta de más de la mitad del área cosechada de los productos básicos de alimentación, de los productos de transformación industrial y de los hortofrutales.

El mismo documento, cuando estudia el origen de la producción, al adoptar como criterio el tipo de mano de obra utilizada en las

unidades productivas, elemento de enorme valor para distinguir lo que es la agricultura campesina con respecto a otros sistemas, concluye que "la mayor parte del área cosechada de productos básicos para la alimentación, de productos para transformar industrialmente y de hortalizas y frutas, provienen de las unidades sin asalariados permanentes". Más aún, afirma textualmente, "se destaca la producción de alimentos básicos: cerca del 80% del área cosechada pertenece a unidades de producción sin asalariados permanentes".

A su vez, al estratificar las unidades de producción sin considerar la superficie de las explotaciones ni el origen de la mano de obra, sino el valor total de la producción, se establece que los predios con una renta bruta anual inferior a 12 000 cruzeiros (500 dólares) producen más del 60% de la superficie dedicada a alimentos básicos de los hortofrutales y más del 40% del área cosechada con productos destinados a la transformación industrial.

Los mismos autores escriben: "en resumen, se puede concluir que en Brasil, la mayor parte de la producción agrícola se origina en pequeñas unidades, sea en términos de área, sea en términos de la magnitud del valor de la producción (entrada bruta)".²⁰

En *México* también la contribución de la

¹⁹J.F. Graciano da Silva y otros, *Estructura agraria e produção de subsistência na agricultura brasileira*, San Pablo, Ed. Hucitec, 1978, pp. 160-167.

²⁰*Ibidem*, p. 165.

agricultura campesina es bien significativa en cuanto a la producción de alimentos básicos. En 1970 aportaba el 69.6% de la producción de maíz; el 66.7% de frijol; el 32.7% de trigo; y el 48.9% de la producción de frutas.²¹

En Colombia la agricultura campesina tiene un papel preponderante en el abastecimiento alimentario del país. Según el Departamento Nacional de Planeación²² en 1973 el valor agregado por el subsector de pequeña producción alcanzaba el 63.2% con respecto al total agrícola nacional. Entre los productos agrícolas que "ocupan lugar de primer orden en el consumo de alimentos de una alta proporción de población" tales como maíz, arroz y trigo; frejol común, ñame, papa y yuca; plátano, panela; hortalizas y frutales (excluido el banano), corresponde, en 1973, a la agricultura de 'pequeña producción', el 67% del conjunto de estos productos alimenticios. Las proporciones más elevadas correspondían, en 1976, al ñame con el 100%, a la yuca con el 90%; al frejol común con el 89%; a la panela con el 85%; a las hortalizas con el 82%; al plátano con el 80%; al ajonjolí con el 75%; al trigo con el 70%; al maíz con el 68%; a los frutales con el 56% y a la papa con el 46%.²³

Pero la contribución de los pequeños productores no se limita a la elevada proporción de alimentos por ellos producidos, sino que también cultivan una parte importante de algunos productos de exportación. El mismo Departamento Nacional de Planeación estimó que en 1976 este sector había generado el 72% del valor de producción del grupo integrado por el café, la caña de azúcar y el cacao.²⁴

El caso del Perú también ilustra fehacientemente la significativa participación de la agricultura campesina en la oferta de productos alimentarios básicos para la población. Según los antecedentes brindados por el Censo Nacional Agropecuario de 1972,²⁵ el 15% de la

superficie total de las pequeñas unidades de producción²⁶ abarcaba el 71% de los cultivos transitorios, el 60% de los permanentes y el 48% de los pastos cultivados. Los productores campesinos generaban:

Cereales para alimentación humana	55.1%
Cereales para alimentación sin incluir arroz	66.0%
Hortalizas	78.6%
Legumbres frescas	79.6%
Menestras	73.3%
Tubérculos y raíces	73.2%
Frutas de cultivo transitorio	71.9%
Frutas de cultivo permanente	29.8%

Según una estimación preliminar de la Junta del Acuerdo de Cartagena,²⁷ la agricultura campesina del Area Andina "generaría entre el 50 y 60% de los bienes agrícolas de consumo final".

Para Centroamérica según los valores atribuidos a la producción en los censos agrícolas de los años setenta, se pudo estimar que en Costa Rica el 35.6% de la producción destinada al consumo interno tenía su origen en las unidades campesinas; en El Salvador dicha proporción alcanzaba a 62.1% y en Honduras al 63.9%.²⁸ En Guatemala, las unidades menores de 7 hectáreas generan aproximadamente el 53.2% de los productos orientados a los mercados internos.

En forma similar a la experiencia que presentan Brasil, México, Colombia, Perú y Centroamérica, podría agregarse la casi totalidad de los países de la región. En las unidades de dimensiones reducidas, trabajadas con mano de obra familiar se genera gran parte de la producción que se destina a alimentar la población latinoamericana.

2. Contribución a la producción de cultivos de exportación

Aunque los agricultores campesinos orientan

²¹R. Zapata, "Situación de la agricultura campesina en México" (borrador interno para discusión), División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO, noviembre de 1979, p. 54.

²²Departamento Nacional de Planeación, Programa de Desarrollo Rural Integrado, *El subsector de pequeña producción y el programa DRI* (documento de trabajo mimeografiado), Bogotá, julio de 1979, pp. 15 y ss.

²³*Ibidem*, p. 86.

²⁴*Ibidem*, p. 19.

²⁵Oficina Nacional de Estadísticas y Censos (del Perú),

Segundo Censo Nacional, 4 al 24 de septiembre de 1972, Resultados definitivos, Nivel nacional, Lima, abril de 1975.

²⁶Se consideraron las unidades agropecuarias de una extensión total inferior a 20 hectáreas.

²⁷JUNAC, *Programa Andino de Desarrollo Tecnológico para el Medio Rural*, Lima, J/GT/70/Revisión3, 11 de junio de 1980, p. 1.

²⁸Se consideraron como unidades campesinas aquellas con menos de 20 hectáreas de extensión.

su actividad preferentemente hacia la producción de víveres que constituyen no sólo la base de su alimentación sino la del abastecimiento de la demanda interna, también hacen significativos aportes en el ámbito de los cultivos de exportación.

En Costa Rica, el 29.7% de la producción ligada a la exportación corresponde a las unidades campesinas y en Honduras dicha proporción se ha estimado en un 25.5%.

En el caso del café, por ejemplo, en Brasil y Colombia, que son los mayores exportadores, los campesinos generan alrededor del 40 y 30%, respectivamente, de la producción total. Y en aquellos otros países que exportan un valor más reducido, esa participación sube significativamente hasta alcanzar, por ejemplo, en México al 53.8%, en Venezuela a poco más del 63% y en Bolivia al 75%. (Véase el cuadro 1.)

Algo similar ocurre con el cacao. En Brasil, que ocupa el primer lugar tanto por el volumen

producido como por el valor exportado, los campesinos aportan el 30% de la producción total. En Ecuador, que sigue en importancia al Brasil, la participación de los campesinos en dicha producción se eleva al 65%. A su vez, en los países que exportan menos, como Venezuela y Perú, el aporte de los campesinos es aún más elevado, y llega en los países nombrados a algo menos del 70%. (Véase el cuadro 2.)

En México, se debe a la agricultura campesina el 47.6% de la producción de algodón, cultivo que se orienta en una elevada proporción hacia los mercados externos.

Desde luego que la proporción en que los productores campesinos contribuyen a la producción total de cada uno de estos cultivos no es igual a su participación en el volumen exportado. En algunos casos, como los del café, ocurre que en condiciones difíciles en los mercados internacionales, cuando decae la demanda, lo primero que hacen los beneficiadores o ex-

Cuadro 1

AMERICA LATINA: PROPORCION DE LA PRODUCCION DE CAFE DE ORIGEN CAMPESINO

	Exportaciones totales (miles de dólares)	Producción total (miles de toneladas)	Producción campesina (porcentajes)
Brasil	2 298 942	950	39.1 ^a
Colombia	1 512 603	558	29.5 ^b
El Salvador	605 776	180	19.4 ^c
México	455 060	246	53.8 ^d
Perú	174 354	60	54.8 ^e
Ecuador	160 140	77	70.0 ^f
Venezuela	44 000	40	63.2 ^g
Bolivia	24 000	17	75.0 ^f

Fuente: Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y Alimentación (FAO), *Anuario de comercio exterior 1977 y Anuario de producción 1977* e información censal de los países.

^aProducción de las unidades agropecuarias con menos de 50 hectáreas de terreno. Censo Agropecuario 1970.

^bProducción de las 'fincas campesinas' (productores de menos de 120 arrobas). Marco Palacios, *El café en Colombia (1850-1970). Una historia económica, social y política*, Bogotá, Ed. Presencia Ltda., 1979, basado en el Censo cafetero, 1970.

^cProducción de las unidades agropecuarias con menos de 20 hectáreas de terreno. Tercer Censo Nacional Agropecuario 1971.

^dProducción de las unidades agropecuarias con menos de 5.1 hectáreas de terreno y de los ejidos y comunidades. V Censo Agrícola-Ganadero y Ejidal, 1970.

^eProducción de las unidades agropecuarias con menos de 20 hectáreas. Segundo Censo Nacional Agropecuario, 1972.

^fEstimaciones de la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO.

^gProducción de las unidades agropecuarias con menos de 20 hectáreas de terreno. Ministerio de Agricultura y Cría, *Anuario Estadístico*, 1976.

Cuadro 2

AMERICA LATINA: PROPORCION DE LA PRODUCCION DE CACAO DE ORIGEN CAMPESINO

	Exportaciones totales (miles de dólares)	Producción total (miles de toneladas)	Producción campesina (porcentajes)
Brasil	475 454	228	30.2 ^a
Ecuador	213 667	72	65.0 ^b
República Dominicana	93 844	37	n.d.
Venezuela	27 300	17	69.1 ^c
México	17 440	33	45.9 ^d
Perú	1 185	5	67.5 ^e

Fuente: Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), *Anuario de comercio exterior 1977 y Anuario de producción 1977* e información censal de los países.

^aProducción de las unidades agropecuarias con menos de 50 hectáreas de terreno. Censo Agropecuario 1970.

^bEstimaciones de la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO.

^cProducción de las unidades agropecuarias con menos de 20 hectáreas de terreno. Ministerio de Agricultura y Cría, *Anuario Estadístico, 1976*.

^dProducción de las unidades agropecuarias con menos de 5.1 hectáreas de terreno y de los ejidos y comunidades. V Censo Agrícola-Ganadero y Ejidal, 1970.

^eProducción de las unidades agropecuarias con menos de 20 hectáreas. Segundo Censo Nacional Agropecuario, 1972.

portadores, es reducir sus compras a los pequeños productores. En condiciones favorables amplían sus adquisiciones a ese estrato, de modo que éste se convierte en una especie de amortiguador que permite a los productores medianos y grandes, regular a su favor, los volúmenes comercializados.

3. La agricultura campesina y la producción ganadera

La participación de la agricultura en la actividad ganadera considerada en su conjunto es bastante menos importante que en relación con los cultivos. Sin embargo, si bien es cierto que con respecto a la ganadería bovina la agricultura campesina se siente limitada por la falta de espacio, en otro tipo de ganadería su contribución es significativa.

Si se toma como indicador la relación entre ganado existente en las unidades campesinas y las existencias ganaderas totales, se observa que no es ésta una actividad principal en las unidades de menor tamaño, aunque entre ellas se adviertan notables diferencias. La ganadería ovina, caprina, porcina y las aves de corral representan porcentajes importantes en las uni-

dades campesinas, en tanto que la bovina se desarrolla de preferencia en unidades de mayor tamaño. Datos censales del Brasil, para 1970, indican que las cabezas bovinas en unidades menores de 50 hectáreas llegan a alrededor del 20% del total. Para otros países como México relaciones similares se aproximan al 35%; en Chile es de alrededor del 17.6% y en Venezuela apenas el 11%. Una excepción—donde influye de modo significativo la distribución de la tierra— es el Perú donde la ganadería bovina en las unidades más pequeñas de tipo campesino alcanza a más del 70% del total de las existencias. Por otra parte, en dichas unidades la ganadería caprina alcanza a más del 60% en Brasil y más del 50% en Venezuela. Otro dato indica que en Perú las existencias porcinas en unidades campesinas se aproximan al 80% del total.

El valor de los distintos productos pecuarios originados en la agricultura campesina, en el caso de México, permitió establecer que su participación en el conjunto de la producción ganadera alcanzaba al 37.4% en 1970.²⁹

²⁹R. Zapata, *op. cit.*, p. 47.

Además de estos antecedentes estadísticos, estudios de casos, diagnósticos hechos con fines de planificación y otros antecedentes, señalan asimismo el papel que el ganado cumple como fuerza de tracción en las explotaciones pequeñas y como alimento para el consumo familiar. Se reconoce, por otro lado, la importancia que los campesinos atribuyen a la tenencia de animales como forma de ahorro y prevención de contingencias futuras en lugar del ahorro financiero convencional.

4. *El crecimiento de la producción en la agricultura campesina*

Pero el análisis no puede detenerse en la sola consideración de la importancia que la agricultura campesina tiene en la producción agrícola total. Es necesario mostrar su evolución en el tiempo para apreciar su propia capacidad de crecimiento según la experiencia regional. La respuesta a esta interrogante puede ayudar a calificar o descalificar la hipótesis de estancamiento e inmovilismo que pesa sobre ella. Desde luego, sólo se dispone de algunos elementos que pueden servir de estímulo para una recopilación posterior y más amplia de antecedentes.

En el análisis de la experiencia ecuatoriana se siguieron dos caminos para formarse una idea de la evolución seguida por la producción campesina. En primer término, se eligieron aquellos cultivos o ganaderías a cargo preferentemente y, en algunos casos, exclusivamente de campesinos. Los 28 productos seleccionados valorados a precios constantes habrían crecido entre el trienio 1965-1967 y 1975-1977 en un 3.4% en promedio anual, en tanto que el conjunto de la producción del sector justipreciada de igual forma habría registrado un incremento de 3.3%. Esto permitiría pensar que la producción típicamente campesina creció por lo menos a un ritmo similar al del conjunto del sector.

Un procedimiento complementario se basó en los censos agropecuarios ecuatorianos de 1954 y 1974 e intentó aislar la producción atribuida a los agricultores campesinos, ya no considerada por cultivo o ganadería, sino con relación a las unidades más representativas de

ese subsector en ambos momentos.³⁰ La producción de las unidades de menor tamaño habría crecido en un 2.7% como promedio anual durante el período, en tanto que en las unidades mayores el crecimiento entre ambas fechas habría sido de 1.2% por año. Las diferencias de crecimiento habrían conducido a elevar la participación de las unidades productivas del área campesina en la producción del sector, de 56.4% en 1954 a 63.3% en 1974.³¹

La evolución reciente de la producción agrícola en el caso chileno es una experiencia ilustrativa de la dinámica propia de la agricultura campesina. La fragmentación de las cooperativas y 'asentamientos' organizados durante el proceso de reforma agraria en forma asociativa (conservadas indivisas sobre las extensas unidades expropiadas), está conduciendo a los campesinos que recibieron parcelas individuales a intensificar el cultivo que tradicionalmente realizaban como inquilinos. Así, por ejemplo, se están observando en los últimos cinco años, aumentos en cultivos tales como papas y maíz, no obstante los bajos niveles de precios registrados en ciertos años. En el caso de las leguminosas (frejoles, lentejas y garbanzos) los incrementos fueron considerables dado el mejor nivel de precios que tuvieron. La producción de leguminosas casi se ha duplicado en un período de cinco años (1975-1979) y su cultivo lo realizan preferentemente los campesinos.

En la experiencia boliviana la región andina es de interés por el predominio de la agricultura campesina dedicada a cultivos de clima frío templado. Entre 1950 y 1974-1976, su producción se expandió considerablemente, a una tasa promedio anual de 4.4%. En los años cincuenta, después de la reforma agraria incluso habría sido más alta, alcanzando un incremento promedio anual de 6.3% entre 1950 y 1961.³² Para cualquier agricultura esas tasas serían con-

³⁰Se consideraron como representativas de la agricultura campesina, las unidades de menos de 10 hectáreas en la Sierra y de menos de 50 hectáreas en la Costa.

³¹Estos antecedentes deben ser considerados con reserva, puesto que es posible que el Censo de 1954 haya incurrido en un mayor margen de omisión que el de 1974, precisamente entre las unidades más pequeñas.

³²División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO, *La agricultura y las relaciones intersectoriales: El caso de Bolivia*, E/CEPAL/R. 205, Santiago de Chile, setiembre de 1979.

sideradas elevadas, y en las condiciones en que se realiza la agricultura andina en Bolivia pueden reputarse aún mejores.

Un antecedente de interés merecedor de considerarse con mayor detenimiento es el relacionado con la expansión del cultivo de soja en Brasil, quizá el caso de desarrollo más espectacular de un cultivo, y posiblemente comparable con el ciclo de expansión cerealera registrado en la Argentina a fines del siglo pasado. La superficie cultivada con esa oleaginosa se ha extendido en forma acelerada.

Según el Censo Agropecuario del Brasil de 1970, el 63.7% de la superficie y el 60.8% de la producción estaba localizada en las unidades productivas inferiores a 50 hectáreas de superficie total. Respecto a este nivel de unidades, el estudio del CIDA sobre la tenencia de la tierra en Brasil revela que las unidades llamadas familiares y subfamiliares tienen incluso una superficie media superior a las 50 hectáreas. Algunos antecedentes recientes³³ indican que el 93.3% de los minifundios en Brasil, poseen un área total inferior a 50 hectáreas totales. En algunas ocasiones el desarrollo de cultivos destinados a la agroindustria, y por la naturaleza de las relaciones que se establecen con ésta, provoca cambios radicales en el funcionamiento de las unidades campesinas, acentuando las diferenciaciones entre ellas, conduciendo a veces a una mayor concentración de la tierra y a la proletarianización del segmento más pobre del campesinado.

A nivel regional, un grupo de cultivos muy representativo de la producción campesina es el de las hortalizas. Su crecimiento,³⁴ ha sido del orden del 5.6% como promedio anual, en el período comprendido entre el trienio 1949-1951 y el trienio 1973-1975, sólo superado por los cultivos de oleaginosas (6.4% en igual período). Para apreciar mejor esa tasa de crecimiento cabe señalar que el conjunto de las cosechas ha crecido al 3.5% en promedio anual.

Siempre a nivel regional, el aumento de otros dos grupos de cultivos también puede

servir de indicador sobre las tendencias registradas en la producción vinculada a la agricultura campesina; es el caso de los tubérculos y raíces que, según la misma fuente, han crecido en un 2.7% en promedio anual durante el período 1949-1951 y 1973-1975, y el de las leguminosas (frejoles y otras) que se han expandido a razón de 2.7% en promedio anual durante igual período.

Un análisis más detenido permitiría conocer mejor el desenvolvimiento de la producción a cargo de los productores campesinos. Los antecedentes aquí reunidos sólo pretenden insinuar la existencia de una efectiva capacidad de expansión productiva ligada a la economía campesina, lo cual sugiere diversas interrogantes sobre los análisis que bajo las categorías de minifundio, o de agricultura de subsistencia, se limitan a observar algunos aspectos negativos y deficiencias, o a atribuir mérito casi exclusivo al sector moderno de tipo empresarial en el desarrollo productivo de la agricultura.

5. La agricultura campesina y el empleo

Según el estudio del CIDA sobre tenencia de la tierra en América Latina³⁵ elaborado con antecedentes de los años cincuenta y sesenta, en la región —vista en su conjunto³⁶— aproximadamente el 52.1% de la población agrícola activa se hallaba concentrada en los estratos de tenencia subfamiliar y familiar que pueden asimilarse al sector campesino de la agricultura, mientras que el 47.9% restante se encontraba situada en los estratos multifamiliar mediano y multifamiliar grande que puede asociarse al sector moderno, comercial o empresarial de la agricultura.

La información censal más reciente evidencia la concentración mayoritaria de la población agrícola activa en el sector campesino como un fenómeno general, es decir, común a la mayoría de los países de la región. En Brasil, por ejemplo, el Censo de 1970 mostró que la

³³J.F. Graciano da Silva y otros, *op. cit.*, p. 160.

³⁴División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO, *25 años en la agricultura de América Latina: Rasgos principales, 1950-1975*, Cuadernos de la CEPAL N.º 21, Santiago de Chile, 1978, pp. 21 a 23 y cuadro 4.

³⁵S. Barraclough y J.C. Collarte, *El hombre y la tierra en América Latina*, *op. cit.*

³⁶Se refiere al conjunto de países seleccionados para dicho estudio: Argentina, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, Guatemala y Perú.

agricultura campesina reúne al 75% aproximadamente del total de la fuerza de trabajo agrícola. A su vez, en Ecuador y Panamá, de acuerdo al último censo a principios de la década pasada, el 72 y el 60%, respectivamente, del personal ocupado en la agricultura, se hallaba concentrado en el estrato campesino. Por su parte, en México, el Censo de 1970 reveló que en las unidades de menos de 5.1 hectáreas, los ejidos y las comunidades, se encuentra el 80.4% del total de personas ocupadas en la agricultura.

En todo caso es indudable la significación económica de la agricultura campesina desde el punto de vista del empleo, por el elevado porcentaje de la población agrícola activa ocupada en este sector de la agricultura.

Si se considera el carácter de la población ocupada en los distintos estratos de tamaño de las explotaciones agropecuarias, en el sentido de si es familiar o contratada, se observa el escaso significado de la mano de obra contratada en las unidades menores, contrariamente a la significativa participación de la mano de obra familiar en esas mismas unidades.

Según el mismo estudio del CIDA,³⁷ para el conjunto de los países considerados, en los dos estratos inferiores, el 78.8% del total de mano de obra era familiar y sólo el 21.2% contratada; en cambio, en los estratos superiores, la mano de obra contratada representaba el 69.8% y la familiar sólo el 30.2%.

La información censal más reciente, correspondiente a los años setenta, pone de relieve la situación de Brasil, donde en la agricultura campesina el 92.6% del personal ocupado correspondía a la familia del productor y los aparceros, mientras que sólo el 7.4% restante a personal asalariado contratado. En Ecuador, México y Panamá, por su parte, la mano de obra familiar representaba en el sector campesino más del 70% del personal ocupado. (Véase el cuadro 3.)

La misma información censal también permite observar el porcentaje de las explota-

ciones agropecuarias que realizan sus labores con trabajo exclusivamente familiar y qué porcentaje, con trabajo familiar y asalariado, ya sea predominantemente familiar o predominantemente asalariado. (Véase el cuadro 4.)

Como puede verse en Ecuador y Perú, al nivel de la agricultura campesina, representada por las unidades de producción con menos de 20 hectáreas de terreno, más del 60% de las explotaciones realizan sus labores exclusivamente con trabajo familiar, y en otro 30% predomina el trabajo familiar. En Panamá es aún mayor la importancia del trabajo familiar; en el sector campesino casi el 90% de las unidades de producción utilizan exclusivamente trabajo familiar y sólo en un 4% domina el trabajo asalariado.

En general la fuerza de trabajo permanentemente ligada a la explotación (excluyendo los trabajadores temporales u ocasionales) representa más del 70% del total. (Véase el cuadro 5.) De los países considerados la única excepción la constituye Costa Rica, donde la mano de obra contratada por períodos breves representa un porcentaje elevado (45%).

La importancia de la mano de obra permanentemente ligada a la explotación es mayor en el caso de la agricultura campesina que en el resto de la agricultura. Esto significa, en otras palabras, que es mayor la importancia de la mano de obra contratada temporalmente a medida que aumenta el tamaño de las explotaciones.

Cabe advertir que la información censal sobre personal ocupado, por lo general se refiere a la situación existente en el momento de realizarse la encuesta o en un período inmediatamente anterior (una semana o quincena), esta circunstancia puede no corresponder exactamente a la ocupación temporal o permanente a lo largo de un año agrícola, dados los cambios estacionales, a veces muy marcados en las distintas épocas y regiones de un país y que un censo no siempre alcanza a registrar. Por lo tanto, la información ofrecida debe ser interpretada con cautela, aunque en ningún caso podría llegar a cuestionarse el papel empleador que juega la agricultura campesina.

³⁷S. Barraclough y J.C. Collarte, *op. cit.*, cuadro N.º 4 y cuadro A6 del Anexo Estadístico.

Cuadro 3

AMERICA LATINA: PERSONAL OCUPADO, FAMILIAR Y CONTRATADO,
EN LA AGRICULTURA CAMPESINA Y EL RESTO DE LA
AGRICULTURA DE UN CONJUNTO DE PAISES

(En porcentajes)

		Agricultura campesina ^a	Resto de la agricultura	Total
Brasil (1970)	Total	100.0	100.0	100.0
	Familiar	92.6	62.9	85.0
	Contratado	7.4	37.1	15.0
Ecuador (1974)	Total	100.0	100.0	100.0
	Familiar	76.2	39.0	66.1
	Contratado	23.8	61.0	33.9
México (1970)	Total	100.0	100.0	100.0
	Familiar	72.7	47.1	67.7
	Contratado	27.3	52.9	32.3
Panamá (1970)	Total	100.0	100.0	100.0
	Familiar	79.8	41.5	65.1
	Contratado	20.2	58.5	34.9

Fuente: Elaborado por la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO, a base de información censal de los países.

^aRepresentada en Brasil por las unidades menores de 50 hectáreas, en Ecuador y Panamá por las menores de 20 hectáreas y en México por las unidades de menos de 5.1 hectáreas, además de los ejidos y las comunidades.

Cuadro 4

EXPLOTACIONES AGROPECUARIAS SEGUN EL GRADO EN QUE SE REALIZAN LOS
TRABAJOS AGRICOLAS DE LA EXPLOTACION CON TRABAJO FAMILIAR O
ASALARIADO, POR ESTRATOS DE TAMAÑO DE LAS EXPLOTACIONES

(En porcentajes)

	Ecuador (1974)			Panamá (1970)			Perú (1972)		
	Menos de 20 hás	20 hás o más	Total	Menos de 20 hás	20 hás o más	Total	Menos de 20 hás	20 hás o más	Total
Total explotaciones	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Con trabajo exclusivamente familiar	61.4	—	52.4	89.0	69.2	84.8	61.3	49.5	60.5
Con trabajo familiar y asalariado (predominantemente familiar)	38.6	100.0	47.6	11.0	30.8	15.2	38.7	50.5	39.5
(predominantemente asalariado)	(29.2)	(22.7)	(28.3)	(7.1)	(16.3)	(9.0)	(n.d.)	(n.d.)	(n.d.)
	(9.4)	(77.3)	(19.3)	(3.9)	(14.5)	(6.2)	(n.d.)	(n.d.)	(n.d.)

Fuente: Elaborado por la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO, a base de información censal de los países.

Cuadro 5

AMERICA LATINA: PERSONAL OCUPADO, PERMANENTE Y TEMPORAL, EN
LA AGRICULTURA CAMPESINA Y EN EL RESTO DE LA AGRICULTURA
DE UN CONJUNTO DE PAISES

(En porcentajes)

		Agri- cultura campesina	Resto de la agri- cultura	Total
Brasil (1970)	Familiar	92.6	62.9	85.0
	Contratado/permanente	2.1	19.5	6.6
	<i>Subtotal permanente</i>	<i>94.7</i>	<i>82.4</i>	<i>91.5</i>
	Contratado/temporal	5.3	17.6	8.5
	<i>Total</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>
Costa Rica (1960)	Familiar	n.d.	n.d.	n.d.
	Contratado/permanente	n.d.	n.d.	n.d.
	<i>Subtotal permanente</i>	<i>58.0</i>	<i>52.6</i>	<i>55.0</i>
	Contratado/temporal	42.0	47.4	45.0
	<i>Total</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>
Ecuador (1974)	Familiar	76.2	39.0	66.1
	Contratado/permanente	1.4	16.5	5.5
	<i>Subtotal permanente</i>	<i>77.6</i>	<i>55.5</i>	<i>71.6</i>
	Contratado/temporal	22.4	44.5	28.4
	<i>Total</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>
El Salvador (1970)	Familiar	90.1	30.4	82.4
	Contratado/permanente	9.9	69.6	17.6
	<i>Subtotal permanente</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>
	Contratado/temporal	n.d.	n.d.	n.d.
	<i>Total</i>	<i>n.d.</i>	<i>n.d.</i>	<i>n.d.</i>
México (1970)	Familiar	72.7	47.1	67.7
	Contratado/permanente	3.9	12.0	5.5
	<i>Subtotal permanente</i>	<i>76.6</i>	<i>59.1</i>	<i>73.2</i>
	Contratado/temporal	23.4	40.9	26.8
	<i>Total</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>

Fuente: Elaborado por la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO, a base de información censal de los países. Para Argentina tomado del informe del CIDA.

IV

La agricultura campesina y los mercados

1. Cambios en las dimensiones
de los mercados

Profundas modificaciones ha experimentado la agricultura en las relaciones de intercambio que ella realiza en el ámbito de los mercados.

En lo referente a la demanda monetaria interna, que se expresa en los mercados de productos agrícolas, ella se ha ampliado considerablemente tanto por el crecimiento de la población y del ingreso y, sobre todo, por los cam-

bios habidos en las proporciones entre población agrícola y no agrícola.

Los 65 millones de latinoamericanos de 1900 ya suman 360 millones en la actualidad. La población de las ciudades, que en 1920 alcanzaba aproximadamente a 12.7 millones, es ahora de 215 millones de habitantes; es decir, 17 veces mayor. En tanto la población rural, que ha pasado de 76 millones en 1920 a 128 millones en 1978, no ha alcanzado a duplicarse. De estas cifras puede deducirse que un cambio

radical estuvo ocurriendo en los niveles de integración de la agricultura a los mercados internos. Si en 1920 en América Latina había 6 habitantes rurales por cada poblador urbano, eran evidentemente muy limitadas las posibilidades que tenían los primeros de vender alimentos u otros productos agrícolas en los mercados internos. En la actualidad la situación es diferente, puesto que hay un habitante rural por cada dos urbanos que necesitan de los productos del campo.³⁸

Esta rápida inversión en la distribución relativa de la población está en el origen de la incorporación creciente de la población agrícola a los mercados. Hace algo más de medio siglo seguramente un porcentaje importante de la población rural vivía de la agricultura y con dificultad encontraba clientes urbanos para el consumo de sus productos; hoy tal situación es distinta aunque debe tenerse presente que no siempre hubo igualdad de oportunidades para una participación homogénea en los mercados por parte de los distintos estratos de productores.

El ingreso latinoamericano total (medido en dólares de 1970) subió, entre los años 1950 y 1977, en más del 320%, al pasar de 54 291 a 230 207 millones de dólares, lo que significó una duplicación del ingreso por habitante entre los mismos años (358.6 dólares a 718 dólares).

Además de su efecto sobre el volumen de la demanda interna de productos agrícolas, el incremento de los ingresos repercute fundamentalmente sobre la composición de la demanda, estimulando a su vez producciones como las hortalizas, frutas y otras, cuyos coeficientes de elasticidad de la demanda ingreso son elevados. Los procesos de urbanización ocasionan también cambios en los hábitos alimentarios.³⁹

Aunque la importancia de los mercados exteriores para los productos agrícolas regionales pudiera ser menor que en el pasado, el 17% de

la producción agrícola sigue destinándose a la exportación, y los volúmenes exportados de granos y de productos tropicales o semitropicales continúan aumentando. Así, por ejemplo, la exportación media anual de cereales, que en el quinquenio 1920-1924 era de 7.6 millones de toneladas, en el trienio 1975-1977 fue de 13.5 millones anuales. El azúcar crudo, cuya exportación anual era de 3.8 millones de toneladas en el quinquenio 1930-1934, alcanzó a 11.6 millones en el trienio 1975-1977.

La expansión constante de la demanda de productos agrícolas fue creando lazos más estrechos y extensos de la agricultura con los mercados, proceso que al mismo tiempo que ha transformado y dinamizado al sector fue articulándolo en forma progresiva a la economía nacional e internacional.

Por su parte las actuales dimensiones de la economía agrícola latinoamericana están bastante lejos de las que tuvieron en las primeras décadas del siglo. Los volúmenes producidos se han multiplicado en forma evidente. La producción de granos que, según las cifras disponibles, era de aproximadamente 24 millones de toneladas anuales en 1920-1924, en el trienio 1975-1977 fue del orden de 77.1 millones. La caña de azúcar en el mismo período se habría elevado de 75 millones de toneladas a 303 millones anuales.

Aunque se carece de antecedentes sobre la producción ganadera que muestren su evolución a largo plazo, es de todos modos posible formarse una idea sobre la tendencia seguida a través de los cambios registrados en la población o existencias ganaderas. Así, por ejemplo, el número de cabezas de ganado bovino que en 1920 habría sido de alrededor de 99.3 millones, habría alcanzado en 1978 a 275.3 millones.

Con respecto a la silvicultura, en 25 años (entre 1950 y 1974), se duplicó la producción de madera aserrada, la materia prima para elaboración de papel se multiplicó por seis o siete y por diez para la celulosa.

2. *La agricultura campesina y el mercado*

La idea de una desarticulación de los productores campesinos con respecto a los mercados que se fundamenta en la noción de autoconsumo omite su verdadera contribución a la oferta

³⁸Aunque no puede confundirse la población rural con la ligada a la agricultura, se estima que la relación entre población rural y urbana representa la tendencia de lo ocurrido con la población agrícola y la no agrícola.

³⁹A veces por razones de prestigio social ciertos alimentos de consumo habitual en las áreas rurales, no son consumidos en las ciudades y constituyen, a la larga, 'bienes inferiores' desde el punto de vista de la demanda.

de productos agrícolas. Que exista el autoconsumo y que la actividad de la agricultura campesina produce por lo menos para subsistir no excluye una importante contribución al mercado. Veamos algunos antecedentes.

Informaciones catastrales para el año 1972 en el Brasil,⁴⁰ muestran una participación nada despreciable de la producción de unidades de tipo campesino en la producción vendida total; aproximadamente el 30% de la producción agrícola que concurrió a los mercados la aportaron dichas unidades.

Si se toma en cuenta que los niveles de autoconsumo están en torno al 60% de la producción, aun cuando existe un considerable margen de variación regional según las características de la infraestructura básica y proximidad a los principales centros urbanos, la interrelación de los productores campesinos que aportan a los mercados o se abastecen en ellos, resulta en todo caso confirmada a pesar de la escasa magnitud de sus operaciones individualmente consideradas.

Otro estudio de caso ilustra una realidad bien disímil a la anterior como es la boliviana.⁴¹ En el Altiplano y Valles, regiones que experimentaron un proceso acentuado de reforma agraria y de desarrollo de una economía campesina a partir de 1952, las tendencias tanto de la producción como de las ventas, e incluso del propio autoconsumo, fueron crecientes en estas regiones preponderantemente campesinas. En el caso del maíz, por ejemplo, se vende cerca del 75% de la cosecha cuando antes de la reforma agraria este porcentaje no superaba el 10%. En otros casos como la papa, esta comparación indica que se evolucionó desde una situación en que casi no había ventas al mercado a otra en que las ventas alcanzan a cerca del 62% de la cosecha. El trigo constituye también un ejemplo elocuente: del 20% se ha llegado casi al 68% comercializado. Estos incrementos fueron estimulados por las facilidades progresivas en materia de transporte, extensión de los

mercados, ampliación y formación de nuevos poblados rurales.

Un estudio preparado a base de una muestra y mediante encuestas a varios miles de familias campesinas en el Ecuador,⁴² indica que tanto en la Sierra como en la Costa la proporción vendida de la producción es, en la primera, de un 62% en las unidades de menor tamaño y en la segunda 85.7%. (Véase el cuadro 6.) En el caso de la Sierra la proporción vendida va en aumento de acuerdo al tamaño, en tanto que en la Costa por la naturaleza de los productos, la proporción vendida es similar en todos los estratos de tamaño.

Estimamos que sería necesario someter a una profunda revisión algunas afirmaciones como aquellas que sostienen que en la agricultura "se han mantenido grandes sectores marginados de los mecanismos de mercado".⁴³

3. La oferta campesina y los precios de sus productos

Como se indicó antes, la oferta de los campesinos está constituida sobre todo por alimentos de consumo popular, y ello restringe sus posibilidades de lograr altos niveles de precios para sus productos. En algunos casos las políticas estatales se orientan deliberadamente a deprimir los precios de los alimentos para evitar presiones salariales o sociales, o para favorecer los procesos de acumulación en el ámbito urbano. Sin embargo, la debilidad de los campesinos frente a los mercados de productos agrícolas se origina en la propia naturaleza fraccionada y dispersa de su oferta y en la composición de la misma. Sin organizaciones socioeconómicas o de poderes compradores destinados a defender sus ingresos, la oferta multitudinaria de pequeñas partidas a veces de productos perecederos es aprovechada por los intermediarios o compradores para adquirirlos a precios extremadamente bajos. La necesidad de vender apresuradamente, e incluso antes de las cose-

⁴⁰J.F. Graciano Silva y otros, *op. cit.*, pp. 161, 168, 235 y 236.

⁴¹División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO, *La agricultura y las relaciones intersectoriales...*, *op. cit.*, Capítulo VIII.

⁴²Ministerio de Agricultura y Ganadería, Programa Nacional de Regionalización, O.R.S.T.O.M. "Diagnóstico socio-económico del medio rural ecuatoriano: Ingresos", Documento N.º 7, Quito, noviembre de 1978.

⁴³División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO, *25 años en la agricultura de América Latina...*, *op. cit.*, p. 4.

Cuadro 6
 ECUADOR: DESTINO DE LA PRODUCCION AGRICOLA SEGUN
 EL TAMAÑO DE LAS UNIDADES PRODUCTIVAS

(Distribución porcentual)

	Tamaño de las unidades agrícolas (en hectáreas)					
	Hasta 1	1 a 2	2 a 5	5 a 10	10 a 20	20 a 50
I. Sierra						
Producción agrícola						
<i>Total</i>	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Vendida	62.0	60.0	70.5	76.1	83.1	85.9
No vendida	38.0	40.0	29.5	23.9	16.9	14.1
Autoconsumida	30.4	23.8	19.3	15.0	11.4	8.8
Otros destinos ^a	7.6	16.2	10.2	8.9	5.5	5.3
II. Costa						
Producción agrícola						
<i>Total</i>	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Vendida	85.7	86.4	85.8	86.5	83.9	90.4
No vendida	14.3	13.6	14.2	13.5	16.1	9.6
Autoconsumida	12.4	10.9	11.4	10.6	13.1	7.8
Otros destinos ^a	1.9	2.7	2.8	2.9	3.0	1.8

Fuente: Ministerio de Agricultura y Ganadería, Programa Nacional de Regionalización (O.R.S.T.O.M.), "Diagnóstico socio-económico del medio rural ecuatoriano: Ingresos", Documento N.º 7, Quito, noviembre de 1978. Cuadro elaborado por la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO.

^aOtros destinos: semillas, alimento para el ganado, pago de factores de producción (mano de obra y otros).

chas, la falta de condiciones para almacenar sus productos, obliga a los agricultores campesinos a adoptar un comportamiento que por sí mismo tiende a deteriorar los precios. Por consiguiente no son sólo las políticas deliberadas destinadas a controlar los precios las que perjudican sus ingresos, sino que es la propia naturaleza y las condiciones en que se realiza la participación de los campesinos en los mercados la que los torna especialmente vulnerables e indefensos. Cuando los mercados están organizados en forma de ferias periódicas a las que acude un número relativamente alto de compradores e incluso consumidores, los campesinos conservan cierta capacidad de regateo. En la medida en que los mercados se van dando otra organización y predomina la presencia de mayoristas o la inversión en agroindustrias genera condiciones monopsonicas u oligopsonicas, las condiciones para los campesinos pueden llegar a

ser aun más duras si no disponen de alguna capacidad de negociación.

Debe ponerse especial atención en la forma como reacciona la producción y la oferta de la agricultura campesina frente a los bajos precios, ya que con frecuencia se espera que ocurra una contracción de la oferta a corto plazo o, si el nivel de los precios permanece sistemáticamente deprimido, se sugiere como respuesta el estancamiento productivo. Desde luego que si los agricultores campesinos tienen posibilidades de modificar y elegir un uso del suelo alternativo al habitual, cabe esperar algún cambio en la estructura productiva incluso a corto plazo. Pero por lo general sus alternativas están limitadas a lo que constituyen los componentes habituales de su propio autoconsumo y algunos productos como las hortalizas o frutas o cultivos de exportación (cacao, café, algodón) que cultivan regularmente en algunas áreas. En esas

circunstancias continúa operando lo que es la esencia de la racionalidad del campesino, esto es, garantizarse un cierto nivel de vida, para lo cual si la satisfacción de sus necesidades le demanda incluso trabajo adicional posiblemente esté dispuesto a realizarlo o si es necesario asegurarse un cierto nivel de ingresos en dinero para adquirir en el mercado productos que considera indispensables, también estará dispuesto a aumentar su producción o vender más cantidad de productos para asegurar dicho propósito. Por ello, frente a bajos precios los campesinos, en ciertas circunstancias, se ven obligados a incrementar la oferta en los mercados. Ahora bien, esto no significa que a mediano plazo no tiendan a modificar su estructura de uso del suelo y a buscar alternativas más interesantes, pero tales adaptaciones suelen ser lentas por dos razones: a) porque es en ese campo donde la competencia con la agricultura comercial o empresarial es más fuerte, ya que estas últimas están en mejores condiciones de controlar los mercados que más importan; b) porque los conocimientos y las tecnologías no son canalizadas hasta el medio campesino en la oportunidad ni en las condiciones más adecuadas.

4. *La agricultura campesina y el origen de sus ingresos*

a) *Fuentes del ingreso campesino*

Son abundantes los antecedentes entregados por investigaciones realizadas entre agricultores campesinos; sin embargo, su sistematización es difícil. El único estudio disponible representativo de la situación general de un país, fue uno realizado en Ecuador, a través del cual se comprueban varias situaciones de interés.

i) En las unidades de la Sierra menores de una hectárea, sólo el 19% del ingreso familiar obtenido en el predio se genera en la producción agrícola. En cambio en la Costa dicho ingreso en unidades similares representa una proporción mayor, 31.9%. (Véase el cuadro 7.)

ii) Tanto en la Sierra como en la Costa, más de la mitad del ingreso familiar se origina en la venta de fuerza de trabajo ya sea en la agricultura o en otras actividades no agrícolas.

iii) Sólo en las unidades correspondientes al estrato de 2 a 5 hectáreas el ingreso originado en la producción agrícola del predio resulta superior al originado en otras fuentes.

En el caso de Paraguay "más del 38% del ingreso neto familiar en las unidades con menos de 5 hectáreas proviene del empleo extrapredial".⁴⁴

Estos antecedentes, más algunos relativos a otros países, sugieren que para tener un mejor conocimiento del campesinado se debería prestar mayor atención a los campesinos pobres en tierra, es decir aquellos que sólo poseen 1 ó 2 hectáreas, pues esto ayudaría a entender mejor la situación de 'semiproletarización' en la cual estarían viviendo y además se obtendrían buenos elementos para comprender el proceso de descampesinización. Así, por ejemplo, de los antecedentes que ofrece la encuesta realizada en Ecuador se puede intuir que existen distintas estrategias de supervivencia entre los campesinos de la Sierra con menos de una hectárea y los de la Costa. Los primeros obtienen un 33.6% de sus ingresos por salarios recibidos fuera de la agricultura, en tanto que en la Costa sólo el 17.4% del ingreso proviene de salarios conseguidos fuera del sector. En la Sierra la fuerza de trabajo se integra más a los mercados urbanos en tanto que en la Costa por el elevado desempleo urbano, los campesinos parecen acudir menos a la ciudad.

En casos similares en otros países, en áreas de unidades extremadamente pequeñas, se observa cómo una elevada presión demográfica puede provocar cambios radicales en el uso del suelo y en las técnicas productivas.

Por otra parte se observa una proliferación de los servicios ('minicomercio', transporte, etc.) y de otras actividades como forma complementaria a la agricultura o a veces con predominio sobre ésta. Pareciera entonces conveniente en el futuro adentrarse más en el análisis de los estratos de menores dimensiones para conocer los procesos que afectan al campesinado.

⁴⁴Santos Pérez, "Información acerca de los beneficiarios y sistema rural de extensión en Paraguay", Santiago de Chile, FAO, RLA/70/037, mayo-junio de 1980, p. 4.

Cuadro 7

ECUADOR: COMPOSICION DEL INGRESO NETO SEGUN EL TAMAÑO DE LAS UNIDADES AGRICOLAS

(En porcentajes)

	Tamaño de las unidades agrícolas (en hectáreas)					
	Hasta 1	1 a 2	2 a 5	5 a 10	10 a 20	20 a 50
I. Sierra						
Ingreso neto agropecuario ^a	19.0	43.7	62.5	70.5	71.1	74.9
Venta de artesanías	3.5	2.0	0.6	1.1	0.1	1.2
Productos recibidos en pago	0.5	1.1	0.6	0.4	1.7	1.0
Actividades comerciales	5.9	4.1	4.0	5.0	5.9	3.9
Transferencias y créditos	17.2	3.9	5.9	10.4	11.9	14.1
Salarios:						
Agrícolas	20.2	22.9	14.3	6.1	3.3	2.0
No agrícolas	33.6	22.2	12.0	6.4	6.0	2.9
<i>Total ingresos</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>
II. Costa						
Ingreso neto agropecuario ^a	31.9	54.8	66.9	75.5	80.5	79.7
Venta de artesanías	4.4	0.5	0.5	0.2	0.1	0.5
Productos recibidos en pago	0.8	0.4	0.7	0.2	0.2	0.7
Actividades comerciales	8.4	3.2	3.8	4.1	3.0	1.4
Transferencias y créditos	1.9	4.8	3.3	4.5	7.3	11.7
Salarios:						
Agrícolas	35.2	27.3	17.8	8.4	5.2	1.5
No agrícolas	17.4	9.0	6.9	7.0	3.6	4.5
<i>Total ingresos</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>	<i>100.0</i>

Fuente: Ministerio de Agricultura y Ganadería, Programa Nacional de Regionalización (O.R.S.T.O.M.), "Diagnóstico socioeconómico del medio rural ecuatoriano: Ingresos", Documento N.º 7, Quito, noviembre de 1978. Cuadro elaborado por la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO.

^aValor de producción menos gastos en dinero o en especies sin considerar el costo de la mano de obra familiar.

V

Tendencias estructurales de la agricultura campesina

Esta es un área de análisis que presenta serias dificultades por las siguientes razones:

a) La imprecisión de los límites de la agricultura campesina, debido a las complicaciones para establecer las relaciones sociales internas o externas que separan la racionalidad campesina de otro tipo de comportamiento económico.

b) Por la diversidad de situaciones existentes en América Latina, las que desaparecen

cuando se procede a realizar cualquier agregación o análisis de orden regional.

No obstante, y teniendo presente tales limitaciones, se incluyen algunos antecedentes que invitan a plantear hipótesis y a continuar el análisis en torno al tema.

I. La evolución de la población campesina

La población rural estuvo creciendo en América Latina en términos absolutos, y según las

proyecciones del CELADE,⁴⁵ el proceso proseguirá durante los próximos decenios. Así, de 122 millones de habitantes rurales en 1975 se llegaría a 141 millones en el año 2000. ¿Cuál ha sido o cuál será la actividad de esta población y la naturaleza de las relaciones de producción a la que se ha vinculado o se vinculará en el futuro? No es fácil responder. La información censal en el caso del Brasil puede ilustrar lo que parecería constituir la tendencia seguida por la población ligada a las actividades agrícolas, según los antecedentes sobre personal ocupado en las unidades de producción. Si se comparan los censos agropecuarios de 1960 y 1970 se desprende:⁴⁶

- a) Un incremento del 12.5% de la población ocupada en los establecimientos agrícolas;
- b) un aumento mayor, 27.6% en los establecimientos de menos de 50 hectáreas de superficie total; y
- c) una disminución de 16.2% en las unidades mayores de 50 hectáreas de extensión.

A fin de eliminar los efectos que sobre el empleo total tiene la contratación de fuerza de trabajo temporal se procedió a comparar por separado los antecedentes sobre el personal permanentemente ligado a la explotación, es decir a los responsables y miembros activos de la familia no remunerados y a los trabajadores permanentes. Esa comparación revela que: a) en las unidades más representativas de la agricultura campesina, es decir las inferiores a 50 hectáreas, aumentó el personal ocupado en forma permanente en un 40.4% entre 1960 y 1970; y b) en las unidades de mayor extensión, éste disminuyó en 2.8%.

Estos antecedentes sugieren: i) que la población agrícola y la fuerza de trabajo se fueron ligando progresivamente a las unidades agrícolas de menores dimensiones y ii) que se estaría ejerciendo una creciente presión sobre los recursos agrícolas de que disponen dichas unidades. Estos fenómenos no sólo fueron observados en el Brasil, sino también en otras agriculturas como la mexicana y las del área andina.

⁴⁵CELADE, *Boletín Demográfico*, N.º 23, Santiago de Chile, enero de 1979.

⁴⁶Instituto Brasileiro de Geografía y Estadística, *Censo Agrícola de 1960 y Censo Agropecuario de 1970*, publicados en 1967 y 1975, respectivamente.

En México según los antecedentes proporcionados por los censos agrícolas de 1960 y 1970, alrededor del 70% de la población activa agrícola, está constituida por 'productores agrícolas y sus familias', categoría que está muy estrechamente ligada a la existencia de una extensa agricultura campesina. Los antecedentes censales muestran además un acelerado crecimiento de población activa en la agricultura, de 4.3 millones en 1960 a 7.8 millones en 1970; de dicho aumento de aproximadamente 3.5 millones de personas, 2.2 millones corresponden a 'productores agrícolas y sus familias', y también en este caso es posible deducir que la agricultura campesina está cobijando una parte importante y creciente de la población activa ligada al sector.

Sin embargo este fenómeno, que merece un estudio más profundo, se estima que debe presentarse acompañado por lo menos de dos hipótesis. La primera de ellas, es la posible intensificación del fenómeno de venta de fuerza de trabajo familiar en labores agrícolas u otras, fuera de los límites del predio para complementar los ingresos allí obtenidos. De este modo podría estarse ampliando la semiproletarización en los términos tradicionales de la agricultura campesina.

En el altiplano boliviano 1.2 personas por familia campesina, por lo general el jefe del hogar, migran temporalmente en busca de trabajo.⁴⁷

En segundo lugar puede plantearse la hipótesis de que el trabajo asalariado permanente en las unidades de producción capitalista se ha mantenido o quizás en ciertos casos haya tendido a ser reemplazado por un empleo mayor de equipos mecanizados y por mano de obra contratada temporalmente. En Chile, entre los años 1965 y 1976, el personal asalariado contratado en forma permanente disminuyó en un 22.8%, en tanto el personal asalariado contratado temporalmente aumentó en 35.6%.⁴⁸ En el caso de El Salvador, aun cuando no se dispone

⁴⁷M. Urioste, "La economía del campesino altiplánico en 1976", Documento de trabajo N.º 02/77, La Paz, Universidad Católica Boliviana, 1977.

⁴⁸Departamento de Economía Agraria, Universidad Católica de Chile, *Panorama Económico de la Agricultura*, N.º 10, mayo de 1980, p. 4. La información se refiere a la región comprendida entre Coquimbo y Llanquihue.

de información sobre el desenvolvimiento del empleo de mano de obra temporal, las cifras censales muestran que en 1970 había disminuido el empleo de mano de obra contratada en forma permanente en un 45% con respecto a 1960.

Por último, valdría la pena estudiar las tendencias registradas entre los agricultores campesinos en aquellos países donde está disminuyendo la población agrícola o en aquellos otros donde si bien en general aumenta, de todos modos se observan áreas en que ella disminuye.

2. El número de unidades de producción

Si se comparan los censos para ver en qué sentido se orientan las estructuras de distribución de la tierra, se advierte la continuación del proceso de incremento en el número de explotaciones o unidades productivas. En un conjunto de ocho países⁴⁹ que disponían de censos realizados tanto en los años sesenta como en los setenta, las explotaciones de 20 hectáreas o menos⁵⁰ se elevaron de 4.7 millones a 6.5, es decir, se incrementaron en un 38.5%, lo cual está sugiriendo que el tipo de unidad más representativa de la agricultura campesina estaría atravesando un proceso de expansión.⁵¹

Colombia figura entre los países donde disminuye el número de explotaciones de tamaño reducido, y ello ha provocado una polémica, aún inconclusa,⁵² en torno al proceso de descomposición o vigencia de la agricultura campesina. Moncayo y Rojas,⁵³ sostienen que

⁴⁹Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, El Salvador, Honduras, Perú y Venezuela.

⁵⁰Cabe reconocer que el análisis por estrato de tamaño incurre en una simplificación considerable al reunir unidades completamente distintas en cuanto a magnitud de producción y con relación a la naturaleza misma del proceso productivo; sin embargo, según Graciano da Silva y otros, *op. cit.*, p. 72, la distribución de los 'imoveis' por estrato de valor, refleja en el Brasil, *grosso modo*, la distribución según su superficie total.

⁵¹Estas cifras deben tomarse con alguna reserva ya que plantean algunos problemas difíciles de aclarar respecto a la definición y uso del concepto de 'explotación', el que en algunos casos podría no coincidir con el de 'unidad de producción'.

⁵²Véase, por ejemplo, S. Klamannovitz, *Desarrollo de la agricultura en Colombia*, Bogotá, Ed. La Carreta, 1978.

⁵³Véase V. Moncayo y R. Rojas, *Producción y capitalismo*, Bogotá, Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), 1979, pp. 146 y 147.

hay una "subvaloración del número de unidades parcelarias y de su superficie en los censos de 1960 y 1970, en el caso colombiano, pues se demuestra muy a las claras que tomando solamente el estrato de fincas superiores a 2 000 hectáreas se halla una cantidad de pequeños productores bastante importante, que asciende a 36 899 al sumar los arrendatarios y los colonos existentes en los fundos. Si esta cantidad de pequeñas unidades y la superficie correspondiente se tuviera en cuenta al establecer la comparación entre la situación de 1960 y 1970, ciertamente no habría lugar a concluir de manera tan definitiva sobre la tendencia decreciente de la pequeña producción".

Vista la evolución del número de unidades de producción a través de un plazo más largo, se confirma que es ésta una tendencia observada desde hace varios decenios en algunos países; así, por ejemplo, en el Brasil el número total de unidades inferiores a 50 hectáreas se ha multiplicado por 2.9 entre 1940 y 1970. (Véase el cuadro 8.)

¿Cómo interpretar procesos como el observado? ¿Es que los cambios en el interior de la hacienda significan que los campesinos que trabajaban en ella, o los nuevos contingentes de población campesina, han tendido a localizarse en los espacios no acaparados por la hacienda o por la nueva empresa agrícola?

Las vías de expansión del número de unidades campesinas se originan comúnmente cuando se dan las siguientes situaciones:

a) La más corriente es la multiplicación del número de unidades por subdivisión, y entre las causas más universales del proceso está la herencia.

b) La división de unidades correspondientes a la agricultura hacendal, y en algunos casos también de la agricultura empresarial, debida a procesos de reforma agraria de mayor o menor alcance. En los países del Pacto Andino, durante los tres últimos decenios, 1 190 000 familias campesinas tuvieron acceso a la propiedad de la tierra por esta vía.

c) Otro rumbo de gran significación en el caso latinoamericano ha sido el proceso de avance de la frontera agrícola. La tierra incorporada a través de la formación de nuevas explotaciones en áreas de penetración, habría sido del orden de los 140 millones de hectáreas

Cuadro 8

BRASIL: NUMERO DE ESTABLECIMIENTOS, SEGUN TAMAÑO, DE LAS UNIDADES AGROPECUARIAS

Unidades agropecuarias	1940	1950	1960	1970
De menos de 1 hectárea	39 305	50 252	133 477	396 846
De 1 a menos de 10	615 252	660 682	1 361 543	2 122 784
De 10 a menos de 20	315 676	345 185	546 079	768 448
De 20 a menos de 50	455 057	488 044	672 675	824 090
De menos de 50 hectáreas	1 425 290	1 544 163	2 713 774	4 112 168
De 50 o más hectáreas	479 299	520 479	623 995	811 851
<i>Total</i>	<i>1 904 589</i>	<i>2 064 642</i>	<i>3 337 769</i>	<i>4 924 019</i>
<i>Indices (1940 = 100)</i>				
De menos de 1 hectárea	100.00	127.85	339.59	1 009.66
De 1 a menos de 10	100.00	107.38	221.30	345.03
De 10 a menos de 20	100.00	109.35	172.99	243.43
De 20 a menos de 50	100.00	107.25	147.82	181.10
De menos de 50 hectáreas	100.00	108.34	190.40	288.52
De 50 a más de hectáreas	100.00	108.59	130.19	169.38
<i>Total</i>	<i>100.00</i>	<i>108.40</i>	<i>175.25</i>	<i>258.54</i>

Fuente: Censo Agrícola de 1960 y Censo Agropecuario de 1970. Elaborado por la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO.

entre los años cincuenta y principio de los setenta. De acuerdo con este antecedente, aproximadamente un tercio de la superficie territorial de América Latina estaría ahora integrada a la producción agrícola. Entre los fenómenos observados en las áreas de una nueva agricultura está el de la reproducción de las condiciones estructurales existentes en las regiones de agricultura secular. Ello conduce a la conformación en esas áreas de la conocida heterogeneidad agraria y a reproducir en ellas uno de sus componentes: la agricultura campesina.

3. El tamaño de las unidades de producción

Una tercera tendencia de orden estructural es la progresiva disminución del tamaño medio de las unidades productivas. Antecedentes de los mismos ocho países que disponían de censos agrícolas levantados en los años sesenta y en los años setenta, permitieron comprobar: a) que el tamaño medio de las explotaciones había disminuido de 55,8 a 48,7 hectáreas; b) que las unidades superiores a 20 hectáreas pasaron de 197,2 a 183,3 hectáreas en los años setenta; c) las unidades de los estratos inferiores a 20 hec-

táreas habían reducido su extensión media de 4,9 a 4,7 hectáreas. (Véase el cuadro 9.)

Esta tendencia, que no muestra por entero la gravedad del problema, por considerarse aquí promedios de agregaciones muy amplias, resulta bastante más seria en los estratos de tamaño inferior que son los que más aumentaron el número de explotaciones y su población. Así, por ejemplo, en el Brasil entre 1960 y 1970 el número de explotaciones se multiplicó por 2,6, en tanto que las inferiores a una hectárea se multiplicaron por 10,1 veces y las de 1 a 10 hectáreas por 3,5 veces.

Estas tendencias se dan en la desigual estructura de distribución de la tierra aún vigente. En los mismos ocho países, tomados en conjunto en 1960, las unidades mayores de más de 20 hectáreas disponían del 93,5% de la superficie total de la tierra incorporada, en tanto que en 1970 esos estratos disponían del 92,7%. (Véase nuevamente el cuadro 9.)

4. Campesinización y proletarización

Si bien los indicadores generales para la región permiten afirmar que el campesinado se amplía

Cuadro 9

AMERICA LATINA: NUMERO DE EXPLOTACIONES, SUPERFICIE TOTAL UTILIZADA Y TAMAÑO MEDIO DE LAS UNIDADES AGROPECUARIAS EN OCHO PAISES^a

Número de explotaciones	Miles de explotaciones				Variación	
	1960	Porcentaje	1970	Porcentaje	Abso-luta	Porcen-tual
Unidades agropecuarias de menos de 20 hás	4 717	73.5	6 516	75.4	1 798	38.1
Unidades agropecuarias de 20 o más hás	1 699	26.5	2 126	24.6	427	25.1
<i>Total</i>	<i>6 416</i>	<i>100.0</i>	<i>8 642</i>	<i>100.0</i>	<i>2 226</i>	<i>34.7</i>
Superficie total utilizada	Millones de hectáreas				Variación	
	1960	Porcentaje	1970	Porcentaje	Abso-luta	Porcen-tual
Unidades agropecuarias de menos de 20 hás	23.1	6.5	30.8	7.3	7.7	33.3
Unidades agropecuarias de 20 o más hás	335.1	93.5	389.6	92.7	54.5	16.3
<i>Total</i>	<i>358.2</i>	<i>100.0</i>	<i>420.4</i>	<i>100.0</i>	<i>62.2</i>	<i>17.4</i>
Tamaño medio	Hectáreas por unidad agropecuaria		Variación			
	1960	1970	Abso-luta	Porcen-tual		
Unidades agropecuarias de menos de 20 hás	4.9	4.7	-0.2	-4.1		
Unidades agropecuarias con 20 o más hás	197.2	183.3	-13.9	-7.1		
<i>Total</i>	<i>55.8</i>	<i>48.7</i>	<i>-7.1</i>	<i>-12.7</i>		

Fuente: Elaborado por la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO, a base de los respectivos censos agrícolas.

^aBrasil, Colombia, Costa Rica, Chile, El Salvador, Honduras, Perú y Venezuela.

tanto desde el punto de vista poblacional como del número de unidades de producción, se observa simultáneamente un fenómeno de descampesinización. Existen zonas donde el campesinado se reduce, otras en que aumenta y otras donde se reinstala y reproduce iniciando actividades agrícolas donde antes no las había. Por ejemplo, en los estados venezolanos más próximos a Caracas o a Valencia, se registra una disminución neta del campesinado (Estados de Aragua, Carabobo, Lara, Miranda, Sucre, Yaracuy); en otros Estados de los Llanos la pequeña agricultura y ganadería se estuvo incrementando moderadamente.

Resultaría así una suerte de mosaico en que tanto la campesinización como la descampesinización están presentes. De todas formas, parece discutible la hipótesis que postula la

descomposición o la desaparición de las formas campesinas de producción por lo menos en un horizonte de tiempo previsible. Lo más probable es que la agricultura campesina forme parte aún por largo tiempo del paisaje agrario de América Latina y, dada su significación social, tampoco parece posible olvidar su existencia.

5. Descampesinización parcial a nivel familiar

Observando los procesos migratorios se comprueba que es entre la población joven donde aparece con mayor frecuencia este fenómeno; por ello podría hablarse de una descampesinización relativa si se toma como unidad básica a la familia, ya que algunos de sus miembros dejan la agricultura aunque permanezca en ella un núcleo más reducido que conserva y trabaja la

unidad de explotación. Está suficientemente comprobado que la migración es selectiva por edad y sexo, ya que las tasas más elevadas se encuentran en la población joven de 15 a 30 años con un predominio de migrantes mujeres hacia las ciudades.⁵⁴ Ello origina remesas e intercambios mutuos que, en ocasiones, ayuda a dar mayor permanencia y estabilidad a la agricultura campesina.

6. *Semiproletarización*

Al tratar los temas relativos al tamaño de las unidades (39% de las cuales son inferiores a 2 hectáreas) y al de los ingresos familiares, quedó planteada la situación de semiproletarización en que vive parte importante de los campesinos. Parece ser ésta una realidad que podría llegar a ser predominante en el futuro dada la insuficiente absorción de la fuerza de trabajo tanto en la agricultura como fuera de ella. Esto da a la agricultura campesina un carácter de refugio de fuerza de trabajo, la que entra y sale del mercado laboral según las condiciones del mismo. Por esta razón, el tema del campesino semiproletario es uno de los que merece más atención; otro, tampoco abordado, es precisamente el fenómeno opuesto al de la proletarianización o semiproletarización, nos referimos al "aburguesamiento que se daría en los estratos superiores del campesinado y que ha sido descrito quizá inadecuadamente como el paso de campesino a *farmer*".⁵⁵

7. *Minifundización y descampesinización*

Dadas ciertas condiciones económicas, cabe preguntarse sobre la naturaleza de la actividad agrícola cuando ella constituye sólo una base mínima que garantiza una estrategia de supervivencia que recurre, en forma predominante, a otras actividades económicas como fuente

principal de ingresos. Este fenómeno, que para algunos constituye una forma de descampesinización, ha sido estudiado en profundidad en el caso de la Región Central del Perú (Valle del Mantaro),⁵⁶ donde la minifundización es creciente y el comunero abandona por algunos años su comunidad para ir a trabajar a las minas, pero sus intereses económicos y sociales siguen centrados en su lugar de origen donde mantiene su familia, tierras y ganado.⁵⁷ Los ahorros y la inversión pueden orientarse en algunos casos hacia las comunidades donde se inician actividades terciarias o pequeñas manufacturas, convirtiendo a tales comunidades en una estructura paralela al sistema urbano, por cuanto tienden a diversificar sus actividades (comercio, transporte, artesanías y pequeñas manufacturas). En otros casos, el trabajo en las minas les permite preparar su traslado a la ciudad pero una vez convertidos en migrantes urbanos tampoco pierden sus vínculos sociales y económicos con su comunidad, donde a su vez mantienen recursos explotados por familiares o peones. En ambas formas el comunero no se desvincula en forma permanente de las tierras dando lugar a una minifundización indefinida, convirtiéndose en cambio en centros de residencia de contingentes poblacionales cuya actividad económica está predominantemente fuera de la comunidad. La familia se convierte en un elemento clave para articular las distintas actividades terciarias campesinas y mineras.

Campana y Rivera concluyen que para ciertas comunidades es difícil aplicar el concepto de campesinado a una parte importante de propietarios de tierras, porque con los ingresos que ellos obtienen en otras actividades acumulan el capital que invierten en tierras o ganado, pero principalmente en comercio y medios de transporte fuera de las comunidades.⁵⁸

⁵⁴Raúl Urzúa, "Estructura agraria y dinámica poblacional", CELADE, Documento de Trabajo N.º 7, Santiago de Chile, mayo de 1978, p. 49.

⁵⁵Se estima inadecuada tal formulación ya que más que acudir al capital, como ocurre con los *farmers*, pensamos que en América Latina un campesino que acumula recurre más bien a una mayor extensión de tierra y a un mayor empleo de mano de obra.

⁵⁶P. Campana y R. Rivera, "El proceso de descampesinización en la Sierra Central del Perú", en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, Vol. 1, N.º 2, mayo-agosto 1978, pp. 78-80.

⁵⁷Bryan Robert, denomina a este proceso como migración de mano de obra para distinguirla de la migración temporal o de la migración urbana. En la revista *Ethnica*, Barcelona, 1973, N.º 6.

⁵⁸P. Campana y R. Rivera, *op. cit.*, p. 83.

VI

La agricultura campesina, su dinámica o capacidad de cambio

En la introducción de este trabajo quedó planteada la necesidad de revisar las interpretaciones que, en nombre del tradicionalismo, de la falta de estímulos o de rentabilidad para la inversión, o debido a relaciones de dependencia suponen o concluyen en la noción de estancamiento que afectaría a la agricultura campesina y admiten además que es al segmento moderno, de naturaleza empresarial, al que se debería sustancialmente el crecimiento económico y la dinámica central del desarrollo agrícola en América Latina.

Se señalaba ya, al hablar de la significación económica de la agricultura campesina, la existencia de diversos indicadores o experiencias que muestran un cierto proceso de crecimiento productivo de la misma. En esta sección se brindan algunos de los elementos que podrían explicar el origen de los cambios que ocurren en el interior mismo de la agricultura campesina, concentrando la atención sobre tres de ellos: los mercados, las necesidades o aspiraciones y las presiones demográficas.

1. Los mercados y los cambios en la agricultura campesina

Respecto a los mercados, los antecedentes ya expuestos reafirman el supuesto de una creciente articulación de la agricultura campesina a través de ellos. En este sentido, su supuesta marginalidad no parece tener validez. Más aún, estimamos que la agricultura campesina resulta funcional al conjunto del sistema económico en la medida en que participa en los mercados de productos agrícolas ofreciendo alimentos de primera necesidad a bajos precios. También se ha mencionado la participación de los agricultores campesinos en los mercados de mano de obra y la semiproletarización que afecta secularmente a este sector.

Hay autores⁵⁹ que con razón siguen propo-

niendo la distinción entre 'campesinos ricos' y 'campesinos pobres' dado que los primeros tendrían posibilidad de una vinculación más estrecha con los mercados. Sin embargo, la participación en los mercados de productos no se limita a quienes disponen de excedentes en un sentido estricto, sino que la misma es impulsada por la necesidad de obtener dinero, fenómeno que alcanza a una elevada proporción de los productores. La estructura de producción en ocasiones obliga a vender la mayor parte de la misma; es el caso de las hortalizas, frutas, café, cacao, etc. Para concluir puede decirse que no obstante la diversidad de situaciones, la influencia de los mercados alcanza a la agricultura campesina. A su vez la parte mercantil de la economía campesina no es independiente del aspecto o parte no mercantil de la misma.

2. Las necesidades básicas y el comportamiento económico

Constituye casi un lugar común la relación que se establece entre la actividad productiva de la familia campesina y la satisfacción de sus necesidades. La unidad productiva y la unidad de consumo tenderían a confundirse en la realidad. Dada esta situación de interdependencia entre ambos fenómenos debe ponerse especial atención al cambio en los valores, aspiraciones y necesidades. Si las poblaciones campesinas evolucionan y proyectan tales cambios sobre la actividad económica que realizan, los cambios culturales y sociales que tienden a modificar costumbres y hábitos tradicionales también originan comportamientos diferentes. "El 'capullo del hábito' que, según algunos antropólogos, envolvía a los campesinos, casi siempre ha resultado ser notablemente débil."⁶⁰

Por todo esto el desarrollo de la agricultura campesina debe ser examinado tanto a la luz de

⁵⁹Véase, por ejemplo, P. Vilar, "La economía campesina", en *Historia y Sociedad*, México, 1975, Segunda época, N.º 15.

⁶⁰W. Thiesenhusen, "Los años ochenta, ¿década del campesino?", en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, Bogotá, Vol. 2, N.º 2, p. 224, mayo-agosto, 1979.

los efectos que las presiones demográficas generan como desde el punto de vista de los cambios en el nivel de necesidades. Estamos postulando con esto que el fenómeno, frecuentemente ligado a la agricultura campesina, de reproducción simple, no se expresa de manera uniforme o constante a lo largo del tiempo. Suponemos que los umbrales de los mínimos vitales se van elevando y, por lo tanto, que son dinámicos; no creemos pues que puedan entenderse sólo en una perspectiva biológica sino más bien desde un punto de vista cultural.

En este plano la población rural ha experimentado el influjo de:

a) *La extensión de los programas educativos.* Las matrículas de educación primaria en áreas rurales de América Latina se han elevado de 8.8 millones en 1957 a 19.0 millones en 1975 según datos de la UNESCO,⁶¹ y el personal docente dedicado a la enseñanza primaria aumentó tres veces durante dicho lapso. En cuanto a los niveles de analfabetismo, aun cuando siguen siendo notablemente elevados, también aquí se han registrado progresos importantes.

b) *El desarrollo de los medios de comunicación.* Sobre este aspecto parece casi innecesario brindar mayores antecedentes. Baste decir que la variedad de mensajes que alcanzan a la población rural a través de los medios de comunicación, en especial de la radio, es enorme y las distancias culturales en materia de nivel informativo se han reducido considerablemente. Una encuesta realizada entre las familias campesinas del Valle de Cochabamba, en Bolivia,⁶² comprobó que el 90% de las mismas disponían de un aparato de radio.

c) *La extensión de la infraestructura de transporte.* El desplazamiento de las poblaciones campesinas se ha visto progresivamente facilitado; esta circunstancia ha contribuido a intensificar las relaciones urbano rurales, y ha modificado el grado de integración física de áreas rurales relativamente aisladas. La longitud de las carreteras pavimentadas pasó de 59 000 ki-

lómetros en 1959 a 270 000 en 1977. La extensión total de carreteras se habría ampliado de 964 000 kilómetros a 2.4 millones de kilómetros durante igual período.⁶³

d) *Los contactos urbano-rurales.* Además de los cambios anotados se estuvo produciendo un progresivo relacionamiento de las poblaciones campesinas con las urbanas. El crecimiento urbano, las migraciones desde las áreas rurales, la intensificación de las relaciones de intercambio, las facilidades de transporte y de comunicación antes indicadas multiplicaron las oportunidades de contacto entre ambos sectores contribuyendo así a generar el cambio de actitudes, valores y hábitos tradicionales de las poblaciones rurales.

Estos y muchos otros factores se han ido conjugando a través de un largo proceso de elevación de la idea de necesidades elementales entre las poblaciones campesinas, fenómeno que viene a agregarse al del aumento de las mismas, y a condicionar el comportamiento económico de la agricultura campesina.

3. Las presiones demográficas

Se ha hecho referencia al incremento de las poblaciones campesinas y a su radicación predominante en torno a las unidades de menor tamaño; ello estaría conduciendo a una presión creciente sobre la tierra disponible, a una disminución del tamaño medio de las unidades y, en general, a mayores densidades poblacionales en algunas áreas.

Estos fenómenos que aquí se presentaron bajo el concepto de presión demográfica, estarían además interactuando con la dinámica de las necesidades que acaba de plantearse y con la articulación progresiva de la agricultura campesina a los mercados.

Frente a este complejo de fenómenos entrecruzados, se adopta a menudo la posición de Malthus cuando se razona en términos de inelasticidad de la oferta de alimentos, factor que estaría determinando el nivel demográfico que

⁶¹UNESCO, Oficina Regional de Educación para América Latina y el Caribe, *Informaciones estadísticas*, Santiago de Chile, octubre de 1976.

⁶²F. J. Dorsey, *A Case Study of the Lower Cochabamba Valley*, Land Tenure Center, Madison, University of Wisconsin, junio de 1970, p. 68.

⁶³International Road Federation, *Highway Expenditures Road and Motor Vehicle Statistics, 1959-1969*, Washington D.C.; y CEPAL, *Anuario estadístico de América Latina*, 1978, Naciones Unidas, Santiago de Chile, p. 428.

dichas agriculturas estarían en condiciones de soportar o el ritmo de crecimiento de las mismas. Boserup⁶⁴ sostiene que la "nueva versión de la doctrina malthusiana está basada en la idea de que el incremento de población conduce a la destrucción del suelo... El neomalthusiano reúne todos los ejemplos del mal uso del suelo y pinta una imagen del mundo, como un lugar donde las poblaciones en crecimiento se apiñan y aprietan contra un alimento potencial que no sólo es incapaz de aumentar en cantidad, sino que se ve gradualmente reducido por la misma actuación de esas poblaciones en crecimiento..."

El papel que desempeña la población provocando cambios en los sistemas de cultivo, se ha puesto históricamente de manifiesto cuando ocurren regresiones demográficas. Boserup afirma que "en los casos en que la densidad de población disminuye a consecuencia de guerras u otras catástrofes, parece a menudo que existe un retorno a sistemas de cultivo más extensivos. Latinoamérica es el conjunto de países que sufrió más regresiones demográficas en los últimos siglos. En muchas regiones la densidad de población de los tiempos precolombinos no ha sido recuperada todavía y la población indígena ha experimentado regresiones en sus técnicas agrícolas".⁶⁵

4. La intensificación en el uso de la tierra

Según la autora citada, las presiones demográficas provocan un cambio en el uso de la tierra disponible, el que se manifiesta en la frecuencia con que la tierra se cultiva. Cuando aumenta la presión poblacional puede llegarse a realizar un cultivo tras otro, de modo que tienden a desaparecer los barbechos o terrenos en descanso.

Algunos antecedentes parecen confirmar esta forma de intensificación y desarrollo de la producción. Tanto en el Brasil como en el Perú (como antes se señaló con relación a Ecuador), ha tendido a aumentar la proporción de la superficie total cultivada con relación a la extensión total bajo cultivo en la agricultura campe-

sina. En Brasil, en las unidades inferiores a 50 hectáreas, en 1960 se cultivaba el 47.0% de la superficie, en tanto que en 1970 esa proporción se eleva al 52.1% del área total bajo cultivo. (Véase el cuadro 10.)

En el Perú, en las unidades inferiores a 20 hectáreas se cultivaba en 1961 el 54.8% del total, y en 1972, esa proporción se elevó al 69.0%.

En ambos casos podría pensarse que lo que ha ocurrido en la práctica no es un incremento neto de la superficie cultivada sino un cambio en la dimensión de las unidades, las que al dividirse cambian de estrato. Ello podría ser especialmente válido para el caso del Perú donde se registran de por medio un proceso de redistribución de tierras a través de la reforma agraria. Sin embargo, esa explicación no basta dado que en ambos casos se advierte un incremento de la superficie total bajo cultivo, y muy especialmente porque el análisis del uso del suelo en cada estrato de tamaño revela claramente que a medida que disminuyen las dimensiones de las unidades productivas se produce una intensificación en el uso del suelo. En el caso de Brasil mientras las unidades de 2 a 5 hectáreas cultivan el 72.8% de su superficie total, las de 50 a 100 hectáreas cultivan sólo un 16.9%. (Véase el cuadro 11.)

Graciano da Silva⁶⁶ comentando este fenómeno, verificado al comparar los catastros de 1965 y 1972, señala que en el Brasil "en los estratos menores las áreas inexploradas sufrieron una disminución debido, probablemente, a la fuerte presión poblacional característica de las pequeñas propiedades. Esta presión lleva a un aprovechamiento mayor de la tierra con actividades agropastoriles. Las mismas áreas de bosques también son reaprovechadas, registrándose una disminución representativa de estas áreas sobre todo en las unidades de hasta 10 hectáreas, donde llegan a disminuir en cerca del 50%. En otras palabras, cuando una población crece, y están agotadas las posibilidades de expansión de la frontera agrícola, las tierras tienden a ser cultivadas con una mayor intensidad, la que se traduce en la mayor frecuencia del cultivo (como por ejemplo dos o más cose-

⁶⁴Ester Boserup, *Las condiciones del desarrollo en la agricultura*, Madrid, Ed. Tecnos, 1967, p. 35.

⁶⁵*Ibidem*, pp. 104 y 105.

⁶⁶J. F. Graciano da Silva y otros, *op. cit.*, pp. 88 y 89.

Cuadro 10

SUPERFICIE TOTAL Y CULTIVADA, SEGUN TAMAÑO DE LAS UNIDADES AGROPECUARIAS, 1960 y 1970

(En miles de hectáreas)

Unidades agropecuarias	1960 ^a				1970 ^a			
	Area total	Porcentaje	Area cultivada	Porcentaje	Area total	Porcentaje	Area cultivada	Porcentaje
<i>Brasil</i>								
Total	249 862	(100.0)	28 712	(100.0)	294 145	(100.0)	33 983	(100.0)
Menos de 50 hás	34 455	(13.8)	13 500	(47.0)	45 251	(15.4)	17 698	(52.1)
50 o más hás	215 406	(86.2)	15 211	(53.0)	248 894	(84.6)	16 284	(47.9)
<i>Perú^a</i>								
Total	17 722	(100.0)	1 934	(100.0)	23 545	(100.0)	2 271	(100.0)
Menos de 20 hás	1 923	(10.9)	1 059	(54.8)	3 596	(15.3)	1 567	(69.0)
20 o más hás	15 798	(89.1)	874	(45.2)	19 948	(84.7)	704	(31.0)

Fuente: Para Brasil: Instituto Brasileiro de Geografía y Estadísticas, "Censo Agrícola de 1960" y "Censo Agropecuario de 1970"; para Perú, Oficina Nacional de Estadísticas y Censos, "Primer Censo Nacional Agropecuario, 1961", y "II Censo Nacional Agropecuario, 1972". Elaborado por la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO.

^aPara Perú los años censales de referencia fueron en realidad 1961 y 1972.

Cuadro 11

BRASIL: UTILIZACION DE LA TIERRA, SEGUN EL TAMAÑO DE LAS UNIDADES AGROPECUARIAS, 1970

(En miles de hectáreas)

	Area total	Cultivos permanentes	Cultivos temporales	Total área cultivada	Porcentaje del área total cultivada
Total unidades agropecuarias	294 145	7 984	25 999	33 983	11.55
Menos de 1 hectárea	236	16	202	219	92.87
De 1 a menos de 2 hectáreas	657	48	522	517	86.91
De 2 a menos de 5 hectáreas	3 003	351	1 834	2 186	72.80
De 5 a menos de 10 hectáreas	5 186	673	2 340	3 013	58.11
De 10 a menos de 20 hectáreas	10 742	1 049	3 662	4 711	43.86
De 20 a menos de 50 hectáreas	25 424	1 520	5 475	6 995	27.52
De 50 a menos de 100 hectáreas	3 902	1 059	2 976	4 036	16.89
De 100 o más hectáreas	224 992	3 264	8 984	12 248	5.44

Fuente: Instituto Brasileiro de Geografía y Estadística, *Censo Agropecuario de Brasil, 1970*, julio de 1975. Elaborado por la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO.

chas al año), y en la utilización de tierras antes consideradas improductivas (Boserup, 1965). En el Brasil, ese hecho fue comprobado para el Nordeste ya en el decenio de 1950 por Sá Jr. (1975) y por Graciano da Silva (1974) para el Brasil en su conjunto en el decenio siguiente. Ambos señalan un aumento del número de personas ocupadas y del porcentaje de la superficie bajo cultivo en los establecimientos pequeños, en una tentativa de reducir al mínimo posible el área desaprovechada de esas propiedades, puesto que se mantiene el virtual monopolio de la propiedad de la tierra en el país.

Al analizar este fenómeno desde el punto de vista de la renta bruta, el mismo autor concluye que su distribución entre las unidades productivas presenta un grado de concentración inferior al de la propiedad de la tierra, deduciendo de aquí que las pequeñas propiedades poseen una producción más intensiva por unidad de superficie, lo cual en la mayoría de los casos no resultaría de una real capitalización de la unidad sino más bien de una extensión de la jornada de trabajo del productor y su familia.⁶⁷

En el caso del Perú, además de la relación entre superficie cultivada y área total que muestra iguales tendencias que en el Brasil (véase el cuadro 12), se estableció la relación entre superficie cultivada y tierras de labranza con el objeto de dejar de lado las tierras que no se consideran aptas para el cultivo. El resultado confirma la misma tendencia, es decir, que a medida que la unidad disminuye de tamaño se cultiva una mayor proporción de la tierra.

5. Antecedentes adicionales

En Bolivia, en las zonas de agricultura secular y donde la reforma agraria dio origen a una agricultura campesina predominante, los incrementos de población agrícola (más de 35% desde 1950 hasta 1976) estuvieron acompañados de una mayor intensidad en el cultivo del suelo por el acortamiento de la rotación cultural; la tierra se cultiva con mayor frecuencia y disminuyen por tanto los períodos de descanso. La superficie cosechada anualmente en esta

zona de clima frío templado ha aumentado en un 59% entre 1950 y el trienio de 1974-1976.⁶⁸

Un estudio reciente realizado en México⁶⁹ concluye que los Estados del centro del país tenían como promedio una participación más favorable en los cultivos seleccionados, una mayor densidad de población y mayores tasas de crecimiento agrícola.

6. Cambios asociados a la intensificación

Por lo menos habría que mencionar dos fenómenos que suelen presentarse vinculados al proceso de intensificación. Primero el de la *inversión*, subvalorada en ocasiones por la escasa magnitud individual de cada una. El tipo de inversión más importante en la agricultura campesina se relaciona con la transformación y adecuación del medio a fin de habilitarlo para el cultivo o para intensificar la agricultura. Las transformaciones del paisaje se relacionan con lo que acaba de señalarse sobre presiones demográficas y necesidades alimenticias y productivas en general. Las labores destinadas a habilitar tierras boscosas constituyeron en el pasado esfuerzos gigantescos registrados en medio de conflictos por el control del recurso y donde los propios campesinos o grupos indígenas sacaron la peor parte. El avance anárquico de la agricultura constituyó un ambiente propicio para la concentración por un lado y la creación de situaciones extremas por el otro. La actual experiencia brasileña del '*engolimento*' de las propiedades menores por las mayores en las áreas de frontera es bien conocida. "Fórmanse grandes propiedades, ligadas en la mayoría de los casos a compañías agropastoriles que se benefician con los incentivos y la 'vista gorda' del Estado para así proceder a la expropiación de los pequeños productores, proceso éste donde no falta la violencia característica del nacimiento del capitalismo." Graciano da Silva⁷⁰ continúa afirmando que "esta expulsión

⁶⁸División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO, *La agricultura y las relaciones intersectoriales...*, op. cit.

⁶⁹D.T. Nguyen y M. L. Martínez Saldívar, "Pattern of Agricultural Growth in Mexican States, 1960-71: A Shift and Share Analysis", Department of Economics, University of Lancaster, Bailrigg, Lancaster, Reino Unido, en *Regional Studies*, Volumen 13, Pergamon Press Ltd., 1979, pp. 161-179.

⁷⁰J. F. Graciano da Silva y otros, op. cit., pp. 91 y 94.

⁶⁷F. J. Graciano da Silva y otros, op. cit., p. 242.

Cuadro 12

PERU: APROVECHAMIENTO DE LA TIERRA, SEGUN TAMAÑO
DE LAS UNIDADES AGROPECUARIAS, 1972

(En miles de hectáreas)

Unidades agropecuarias	Area total	Tierras de labranza			Cultivos permanentes	Area cultivada	Porcentaje de las tierras de labranza con cultivos transitorios	Porcentaje del área total cultivada
		Total	Cultivos transitorios	En barbecho y descanso				
<i>Total unidades agropecuarias</i>								
De menos de 1 hectárea	185	93	71	21	3	75	77.16	40.65
De 1 a menos de 2 hás	349	288	211	76	10	222	73.54	63.69
De 2 a menos de 5 hás	1 025	749	506	242	40	546	67.59	53.30
De 5 a menos de 10 hás	1 010	584	366	218	51	417	62.67	41.33
De 10 a menos de 20 hás	1 025	422	249	173	55	305	58.94	29.74
De 20 a menos de 50 hás	1 339	324	177	147	61	238	54.60	17.84
De 50 a menos de 100 hás	843	145	80	65	25	105	55.20	12.55
De 100 o más hectáreas	17 765	534	315	219	44	359	58.96	2.02

Fuente: Oficina Nacional de Estadísticas y Censos, *II Censo Nacional Agropecuario, 4 al 24 de setiembre de 1972. Resultados definitivos. Nivel Nacional*. Lima, abril de 1975. Elaborado por la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO.

tiene como resultado una forma de expansión de la frontera altamente conflictiva donde el saldo es siempre favorable a la gran propiedad”.

Algunas formas precarias de tenencia, como la que aparece en el interior de la hacienda, frecuentemente tuvieron como propósito aprovechar el trabajo campesino para limpia o destronque u otras labores de habilitación de tierras.

En ciertas condiciones y en forma conjunta por parte de la comunidad, se emprendieron obras de drenaje, de protección contra inundaciones en tierras bajas y construcción de la infraestructura para el regadío.

Situaciones de presión demográfica extrema sobre tierras de montaña condujeron a uno de los cambios más radicales del paisaje mediante la construcción de terrazas. La experiencia andina es, en este sentido, rica en ejemplos. En la actualidad, en la zona central de México, la de mayor densidad de población y donde se han radicado las más antiguas culturas autócto-

nas, todavía se realizan trabajos destinados a emplazar nuevas terrazas.

Junto a la transformación del medio, se efectúan inversiones nada despreciables en algunos cultivos; es el caso de los cultivos permanentes donde los campesinos realizan plantaciones importantes. Bien conocidos son otros ejemplos como los del café, del cacao y de la viña.

En síntesis, la experiencia latinoamericana es rica en antecedentes de inversión de fuerza de trabajo en intervenciones conducentes a posibilitar la agricultura o a intensificarla en determinadas condiciones. La apreciación de sus efectos medioambientales no puede quedar al margen del contexto conflictivo en el que se registran tales intervenciones. Tampoco puede despreciarse la capacidad de inversión de la agricultura campesina y la posibilidad de orientación y colaboración para evitar los efectos negativos que eventualmente pudiera ocasionar.

Se sugiere por tanto revisar la hipótesis

que sostiene que la agricultura campesina no tiene capacidad de acumulación; lo que ocurre es que la naturaleza de la intervención es distinta. Sus componentes no se adquieren fuera de la agricultura, ni contienen proporciones significativas de insumos tecnológicos modernos. Su inversión se basa en el conocimiento del medio y apela fundamentalmente a un recurso abundante como es la mano de obra, la que se aplica para modificar el medio físico, drenar, regar, mejorar la tierra. En general, el campesinado construye, aunque en forma modesta y con los materiales que el medio le proporciona, sus propias viviendas y otras construcciones sencillas que necesita. También le cupo participar en la habilitación de obras de infraestructura comunal o vecinal como caminos, puentes y locales para la vida social. Infortunadamente se carece de todo tipo de dato cuantitativo que permita ilustrar el significado de este tipo particular de inversión que realiza el campesino.

7. La tecnología y la agricultura campesina

Son conocidas, especialmente entre los agrónomos, las dificultades con que se tropieza para intentar incorporar la tecnología moderna en ambientes campesinos;⁷¹ algunas experiencias de los programas de extensión agrícola resultan ilustrativas en tal sentido. Ello constituyó un estímulo para reflexionar sobre el carácter universal de tales tecnologías y sobre su viabilidad económica, social e incluso ambiental.

Desde luego que una de las inadecuaciones más evidentes con relación a la agricultura campesina se refiere a las fuentes de energía y a la mecanización. Figueroa⁷² señala al respecto, que en el Perú, el hecho de que la mecanización y cuasi mecanización sean prácticamente inexistentes en la Sierra puede explicarse, en gran medida, por tres factores. En primer lugar

la topografía serrana, que a diferencia de la Costa, es bastante accidentada y tiene escasas superficies planas; este hecho físico que impone la presencia de los Andes constituye ciertamente una dificultad para la utilización de maquinaria agrícola. Segundo, la dimensión de la gran mayoría de las unidades de producción es bien pequeña: el 36% de las unidades no llegan a una hectárea y el 81% no alcanzan las cinco hectáreas. A ello debe añadirse la gran fragmentación de las unidades pequeñas. Las unidades menores de cinco hectáreas se componen, término medio, de seis parcelas; y movilizar un tractor entre seis parcelas situadas en distintos pisos ecológicos y sin una infraestructura vial es casi imposible. Debe traspasarse un cierto umbral de tamaño de las unidades para utilizar niveles tecnológicos más mecanizados. En tercer lugar, las unidades grandes, y que cuentan con la mayor superficie plana de la Sierra, tienen un patrón de actividades basado en la ganadería, actividad que no requiere mayormente de mecanización.

Los factores mencionados deben servir para indicar que, como fuentes de energía, las tecnologías modernas son paradójicamente inadecuadas si se las compara con la tradicional. En otros términos, el problema de la mecanización de la Sierra no es solamente un problema de precios relativos y de capacidad de acumulación, sino también un problema donde los factores físicos, la estructura de la propiedad y la estructura productiva (mezcla de actividades agrícolas y ganaderas) desempeñan un papel importante.

Junto a la falta de viabilidad del 'paquete' tecnológico, incluso los cambios en el tipo de energía a emplear, se viene poniendo en tela de juicio la adecuación entre los supuestos básicos sobre los que se sustenta la innovación tecnológica y las condiciones en que opera la agricultura campesina desde el punto de vista socioeconómico. En ocasiones, y por considerar que ciertas tecnologías permiten elevar la producción física, se formulan programas que intentan provocar tales cambios. En otros casos, argumentos ligados a la rentabilidad de esas innovaciones, creen constituir justificaciones suficientes. Se produce así una suerte de diálogo entre sordos ya que son dos racionalidades distintas y están bien lejos de poder entenderse:

⁷¹Véase el interesante trabajo de J. Boltvinik, "Estrategia del desarrollo rural, economía campesina e innovación tecnológica en México", en *Revista de Comercio Exterior*, México, Volumen 26, N.º 7, julio de 1967, pp. 813-827.

⁷²A. Figueroa, "La economía rural de la Sierra peruana", en *Economía*, Volumen I, Departamento de Economía de la Universidad Católica del Perú, Lima, diciembre de 1977.

por un lado, la lógica de las necesidades básicas y de la reproducción, y por el otro la lógica de la rentabilidad. Adoptar tecnologías que suponen la incorporación de insumos disponibles en los mercados puede ser, desde la perspectiva campesina, un elemento desestabilizador al obligarlo a monetizar más aún su economía y a acentuar su dependencia del mercado. En realidad, a los campesinos no les basta con que se les propongan tecnologías con el solo argumento de que ellas elevan los rendimientos o que la relación costo beneficio sea positiva.

Desdichadamente no son bien conocidos todavía los factores que inducen a los campesinos a introducir ciertas innovaciones, pero ellos parecen realizar una suerte de balance en cuanto a su disponibilidad relativa de recursos, antes de introducir algunos nuevos que pueden llevarlos a perder el control sobre su propia suerte. La abundancia relativa de fuerza de trabajo puede hacerles admitir algunos cambios que al exigirles más esfuerzo también incrementen sus cosechas. La extrema escasez de tierra y la necesidad de aumentar su producto puede estimularlos a emplear semillas mejoradas o fertilizantes.

Urioste,⁷³ con referencia al Altiplano boliviano, sostiene que las encuestas confirman los postulados teóricos generales: a menor superficie, mayor intensidad en los cultivos, mientras que, cuando aumenta la superficie, el capital (tecnología químico-biológica) y la mano de obra, disminuyen su participación en la producción por hectárea. Este fenómeno de parcelamiento es, sin embargo, simultáneo a la incorporación de técnicas productivas (fertilizantes químicos, semillas mejoradas), que en cierta medida compensan la escasez de tierra. Urioste resume las conclusiones de sus investigaciones en el Altiplano boliviano en los siguientes términos: *“El campesinado adopta tecnología (semilla mejorada, fertilizantes químicos...) no para mejorar sus ingresos monetarios, sino principalmente para compensar el recurso escaso —tierra—, mejorar sus*

*rendimientos y de ese modo asegurar un nivel ‘normal’ de subsistencia.”*⁷⁴

Moncayo y Rojas⁷⁵ sostienen una tesis similar para la experiencia colombiana: “Es la naturaleza misma de la forma de producción la que impone al productor la renuncia a toda contabilidad de costos. Es así como en su afán por garantizar las condiciones de subsistencia no solamente no es desplazado por los precios decrecientes de los bienes agrícolas, sino que llega inclusive a intensificar su producción para colmar con una mayor oferta las deficiencias de ingreso imputables a los precios bajos o a tecnificarla para producir el mismo resultado. La variación de las condiciones de productividad impuesta por la necesidad de mantener su nivel mínimo de subsistencia, liga en forma estrecha al productor con el mercado de los productos de origen industrial que intervienen como insumos de una producción más tecnificada, cuyos precios, que suponen la lógica de la tasa de ganancia, amputan también por vía diferente el ingreso campesino. Los precios de los insumos industriales entran así a jugar un papel central, independientemente del nivel de los precios de los bienes agrícolas ofrecidos por la producción parcelaria, en la limitación del ingreso parcelario y a operar como mecanismos que evitan igualmente el proceso de descomposición campesina y de constitución paralela de nuevos empresarios capitalistas”.

Numerosos estudios de casos confirman que se están produciendo algunos cambios y se acude progresivamente al empleo de semillas mejoradas (en especial papa, maíz, arroz), se modifican ciertas prácticas culturales en materia de densidad de siembra en papa, yuca, maíz, caña para panela; se emplean algunos pesticidas en cultivos hortícolas (cebollas y tomates). Entre todos estos cambios quizá el más notable sea el del cultivo de la papa en el área andina, donde dada la costumbre tradicional de ‘cambiar de semilla’, ha sido más fácil introducir semillas mejoradas genéticamente y, a su vez, por el hábito de incorporar abono orgánico se ha extendido en forma progresiva el empleo de fertilizantes químicos de origen industrial. El

⁷³M. Urioste, *Conducta económica del campesino e incorporación de tecnología moderna en el proceso productivo: El cultivo de la papa en el Altiplano Paceño*, Universidad Católica Boliviana, Documento de Trabajo N.º 06/75, La Paz, 1975, mimeografiado, pp. 62 a 65.

⁷⁴*Ibidem*, p. 75.

⁷⁵V. Moncayo y F. Rojas, *op. cit.*, pp. 94 y 95.

Instituto Colombiano Agropecuario (ICA) pudo comprobar en algunas veredas del Estado de Santander el uso de dosis excesivas de fertilizantes, con lo que se estaban afectando los rendimientos.

Algunos centros de investigación están avanzando en el conocimiento de los sistemas de producción creados, a lo largo de los años, mediante la secular experiencia acumulada, cuando por tanteos sucesivos se fue adecuando el trabajo de la tierra a la enorme variedad de situaciones ambientales, característica de América Latina. Esto ha permitido reorientar en alguna medida (aún limitada) la investigación y la experimentación agrícolas, sacándolas de su aislamiento del medio socioeconómico y cultural, para enfocar desde una perspectiva sistémica la actividad agrícola de los campesinos. Aunque parezca una simpleza decirlo, se ha vuelto a valorar el conocimiento como elemento vital para el desarrollo, empezando por la propia experiencia campesina. En esa línea se ha probado cuán considerables son los progresos que pueden hacerse enriqueciendo esa experiencia con nuevos conocimientos. Se han abandonado así, en alguna medida al menos, los prejuicios fundados en descalificar lo 'tradicional' sólo por ausencia de los rasgos que suelen asociarse a lo moderno. No deja de ser curioso que sea la propia experiencia la que haya tenido que enseñarles a los científicos que la investigación debe partir del conocimiento objetivo de la realidad que se busca modificar.

Una segunda derivación positiva de este nuevo enfoque de la investigación agrícola demuestra un aprecio creciente por formas del trabajo agrícola que revelan bondades antes ignoradas cuando no menospreciadas.

Se ha demostrado que el barbecho, en ciertas zonas del Valle Central de Chile, juzgado como un mal uso del suelo, no sólo permite recuperar fertilidad sino que también produce efectos positivos sobre la conservación de la humedad y evita el ataque de enfermedades o plagas.

Las técnicas tradicionales de fertilizar incorporando leguminosas en la rotación cultural, de uso tan frecuente en el área andina, se complementan con la incorporación al suelo de la materia orgánica del estiércol de animales o de aves.

Es conocido el método usado por los cam-

pesinos en agricultura de laderas para asegurar sus cosechas o una gama de las mismas mediante el cultivo en distintos pisos altitudinales.⁷⁶

Se han establecido las ventajas de sistemas de producción como el de cultivos intercalados o asociados, cuando no ambos juntos ('relevo'), por ejemplo entre maíz o frejol y yuca tanto desde el punto de vista de su menor vulnerabilidad a algunas plagas o enfermedades, como desde el punto de vista de la producción total comparada con el cultivo aislado de cada especie.

El Instituto Colombiano Agropecuario (ICA), al estudiar los efectos de la modificación de la densidad de siembra en el cultivo de la papa ha determinado que los agricultores campesinos según sea la fecha de siembra, varían la cantidad de semilla utilizada para tener una cubierta vegetal que permita el mayor aprovechamiento de la humedad del suelo. Estas formas sutiles de adecuación a las condiciones ambientales constituyen un buen ejemplo de lo que puede aportar la experiencia campesina en el proceso de desarrollo agrícola.

Dubly⁷⁷ sostiene que se suelen contraponer las prácticas campesinas a las técnicas agronómicas; en realidad, no son términos antinómicos. La práctica campesina racional se basa en la observación y la experimentación; y éstas son las actitudes científicas fundamentales de las ciencias biológicas (con sus componentes físicos y químicos), de las que deriva la técnica agropecuaria. La diferencia no es tanto de naturaleza como de grado de sistematización. El análisis de las prácticas campesinas permite descubrir en la mayoría de ellas una verdadera racionalidad técnica; y sólo después de este esfuerzo de comprensión de la práctica campesina se puede pensar en la técnica como la ampliación, intensificación o complementación de la racionalidad campesina. La técnica no consiste, pues, en la aplicación, desde afue-

⁷⁶Véase, por ejemplo, W. R. Werge, "The Agricultural Strategy of Rural Households in Three Ecological Zones of the Central Andes", International Potato Center, Social Science Unit, Lima, *Working Paper*, Series N.º 1979-4 (mimeografiado).

⁷⁷A. Dubly, "Condiciones de la tecnificación para la agricultura campesina", en *Ecuador: Tecnologías agropecuarias y economías campesinas*, Quito, Ed. Fundación Brethren-Unida-Ceplaces, 1978, p. 42.

ra, de una acción sustitutiva con el consiguiente rechazo, sino injerto en el corazón de la realidad y de la práctica racional.

Morandi,⁷⁸ sugiere que en los países subdesarrollados hay una desarticulación entre el sector productivo agrícola (demandante) y los organismos generadores públicos o privados (oferentes), y concluye que “para el caso específico que nos ocupa, las economías campesinas particularmente de la zona serrana del Ecuador, vemos que no existe una oferta para el tipo de demanda de las pequeñas explotaciones con las características que señaláramos. Más bien podría decirse que la tecnología ofrecida en el mercado, es la negación de las necesidades tecnológicas de las economías campesinas. Esta no correspondencia de demanda con oferta, está reflejando una relación directa entre el tipo de tecnología ofrecida y la acción estatal promovida por la estructura de poder de las clases al interior de la sociedad, a la vez que es un argumento más para sostener que la tec-

nología es un factor endógeno del sistema económico”.

Otro autor,⁷⁹ también con referencia a la experiencia ecuatoriana, sostiene que los centros de investigación y generación de tecnología agropecuaria, privados o estatales, orientan su actividad con el propósito de generar innovaciones concebidas para ser aplicadas en el sector ‘moderno’ de la agricultura, es decir en aquellas empresas integradas a los circuitos de acumulación de capital con algún desarrollo de las fuerzas productivas.

En síntesis, con respecto a la incorporación de tecnologías modernas en el ambiente campesino, habría que señalar: a) las dificultades para compatibilizar sus necesidades con la oferta actual de tecnologías; b) la penetración selectiva de algunas de ellas que efectivamente responden a sus necesidades y posibilidades; y c) la falta de interés por crear o adecuar tecnologías para este amplio grupo de productores.

VII

Observaciones finales

1. *La heterogeneidad agraria y la necesidad de análisis más coherentes y equilibrados*

En América Latina, con las formas de penetración y colonización occidentales, se configura una forma de apropiación de las tierras muy particular ya documentada por variados autores. Las actuales características estructurales no son ajenas a esa apropiación inicial, aunque también son el resultado de un largo proceso de cambios. En este sentido, el núcleo central para el análisis coherente de la experiencia agraria de la región lo constituye el concepto de heterogeneidad de formas o de sistemas de practicar la agricultura que coexisten en el medio

agro-rural. Sólo si se postula esta diversidad podrá entenderse el comportamiento de los diversos agentes económicos que participan en actividades agrícolas, entre otros, los campesinos.

Esas estructuras continúan representando un papel muy decisivo en las formas de uso del suelo, en los sistemas de cultivo o de producción, en los instrumentos y tecnologías empleados, en la organización del hábitat y en la dinámica demográfica ligada a la agricultura.

La heterogeneidad agraria no ha sido un producto del azar. Es, en el ámbito agrario, la contrapartida de fenómenos más amplios ya analizados en el ámbito regional, y que están ligados al funcionamiento del sistema económico mundial, estudiados por la CEPAL como

⁷⁸J. L. Morandi, “Interrelaciones entre los componentes del progreso tecnológico y algunos elementos estructurales en economías campesinas”, en *Ecuador: Tecnologías agropecuarias...*, op. cit., pp. 90 y 95.

⁷⁹C. Furche, “Incorporación de tecnología y economías campesinas”, en *Ecuador: Tecnologías agropecuarias...*, op. cit., p. 122.

la relación centro-periferia y también al criticar el esquema clásico de división internacional del trabajo.

En aquellos países latinoamericanos cuya agricultura produjo alimentos y materias primas para las economías centrales, ello ha dejado su huella sobre el sector, pues este antecedente constituye uno de los elementos que contribuyó decisivamente a configurar su propia diferenciación o heterogeneidad. La plantación como sistema de economía agraria fue un buen ejemplo de la concreción en el agro del influjo diferenciador de las relaciones con los centros. Con posterioridad, el capitalismo agrario se ha fundado con frecuencia sobre la producción, intensiva a veces en el uso de capital, de cultivos o productos ganaderos destinados a la exportación. La envergadura misma de las actividades orientadas a la exportación ofrece campo propicio para la concentración de tierras.⁸⁰

La agricultura campesina se generó sobre todo en las zonas más pobladas en el pasado, donde existía una estructuración y diversificación mayor en el orden social y un mayor desarrollo de la producción, lo que permitió al régimen colonial extraer excedentes en productos o en trabajo sin destruir completamente la base productiva de la agricultura precolombina. En su desarrollo posterior convergen diversas vertientes, entre las cuales cabe señalar el proceso de expansión de la frontera agrícola y las transformaciones de la hacienda o de la agricultura empresarial por la vía revolucionaria o reformadora; ambas influencias permitieron la ampliación de la agricultura campesina.

Los diversos sistemas agrarios que conviven en el amplio espacio rural latinoamericano tienen algunas especificidades que permiten distinguirlos. En este sentido, por lo menos convendría tener presente el sistema de agricultura hacendal; la agricultura de plantación; el sistema de agricultura empresarial o capitalista y la agricultura campesina.

Si bien es posible aislar cada uno de estos

sistemas a los efectos del análisis y cuantificarlos en materia de recursos, producción e ingresos, es necesario poner de manifiesto también algunas interrelaciones y conflictos que se dan entre ellos. Si para los propósitos perseguidos por este documento se ha buscado identificar a uno de ellos —el de agricultura campesina—, se procedió así por considerar que lo afecta un grave desequilibrio de tratamiento que conduce, por eliminación, a diseñar o a optar por estrategias o políticas que perjudican a un extenso grupo social. El predominio de la hacienda o de la empresa capitalista en los análisis relativos a la agricultura ha sido evidente.

Históricamente, uno de los aspectos más importantes en la formación y evolución de la agricultura latinoamericana ha sido la ocupación de los territorios con aptitud agrícola. El sistema hacendal y de plantación se asentó sobre la base de la cesión u ocupación de extensos territorios frecuentemente emplazados en las zonas más fértiles o más próximas a ciudades o puertos. En las formaciones hacendales tardías observadas en algunos países, la apropiación de tierras se originó como consecuencia de intervenciones oficiales o por la ampliación de las superficies dedicadas a la agricultura.

Este proceso de formación y extensión de la hacienda fue creando las condiciones que permitieron relegar las poblaciones autóctonas o los grupos incipientes de agricultores campesinos independientes. Este conflicto en torno a la disponibilidad o propiedad de la tierra, característico de formaciones sociales heterogéneas, se puso de manifiesto con distinta intensidad a lo largo de la historia socioeconómica regional.

En períodos más recientes este conflicto ha vuelto a plantearse con la penetración de la agricultura capitalista o empresarial, la que fue ocupando el lugar cedido por la hacienda o algunos territorios ganados por el avance de la frontera agrícola. Fenómenos similares han sido estudiados y documentados en distintas agriculturas, donde la concentración tiende a localizarse en las zonas de mayores ventajas comparativas, por lo general derivadas de la realización de fuertes inversiones públicas en infraestructura y muy especialmente en riego. Los casos observados en sectores de riego en

⁸⁰Sin embargo, no debe olvidarse que en cuanto a los productos agrícolas de exportación, la agricultura campesina contribuye en forma significativa al cultivo de algunos de ellos. El cacao, el café, el algodón, y la soja en algunos países son predominantemente de procedencia campesina.

México o en el Valle Central de Chile, constituyen buenos ejemplos que ilustran la situación descrita. Un fenómeno similar ha ocurrido con extensos terrenos de pastos en el oriente boliviano, en algunas regiones de Brasil, de Colombia, Centroamérica y México.

El comportamiento de la actividad agrícola está claramente enmarcado en esta situación estructural, que permite que convivan distintas formas de hacer agricultura. Para la racha modernizante de postguerra la presencia de la agricultura campesina constituye un hecho social y económico que se presenta frecuentemente en términos residuales, como el área estancada, deteriorante, impermeable a la tecnología, en descomposición. Si se persigue el propósito de buscar un nuevo estilo de desarrollo debe recogerse la pluralidad de experiencias que cada sistema agrario presenta, en un esfuerzo por hacer más objetivo el análisis y más equilibrada la formulación de estrategias y políticas. Debe reconocerse la heterogeneidad agraria para comprender cada uno de sus elementos, conocer su propia dinámica y sus contribuciones, como así también sus ineficiencias, sus presiones y a veces sus acciones deteriorantes sobre el medio, sin descuidar tampoco los conflictos existentes dentro o fuera del sector.

2. *Estilos alternativos de desarrollo y agricultura campesina*

La omisión y muy especialmente las generali-

zaciones que pretenden descalificar la agricultura campesina pueden estar creando o contribuyendo a formar una idea muy alejada de la realidad sobre lo que significa tanto para la producción de alimentos, materias primas, cosechas destinadas a la exportación, como para empleo de mano de obra, o para aspectos culturales que aquí no fueron abordados.

En estos años, cuando cobra nuevo vigor la noción de estilos de desarrollo que permitan la satisfacción de las necesidades básicas, posiblemente la agricultura campesina represente un caso de particular interés por la relación que ella establece entre actividad económica y satisfacción de necesidades fundamentales.

A su vez en un momento en que el desempleo y la miseria que acompaña a los procesos de urbanización son fenómenos que reclaman un cambio social profundo, la agricultura campesina invita a reflexionar sobre el papel que podría representar si las transformaciones de las estructuras agrarias actuales brindaran una oportunidad a aquellos numerosos contingentes que tienden a ser proletarizados o semiproletarizados por el permanente fenómeno de concentración de tierras de ayer y de tierras y capitales de hoy. Por último, es posible que una mayor atención a la vida campesina pudiera valorar desde una nueva perspectiva la contribución que ella estaría en condiciones de brindar a formas de desarrollo que respeten a largo plazo el medio ambiente y sus recursos.

Mal podrán recorrerse los caminos del desarrollo rural si se descalifica al principal agente de ese desarrollo: al campesino.

Principales enfoques sobre la economía campesina

*Klaus Heynig**

Los grandes problemas de los países latinoamericanos que tienen sus manifestaciones más agudas en la pobreza, la desnutrición y en el desempleo y subempleo de una parte importante de la población, hacía imperativo repensar el papel de la agricultura dentro del proceso de desarrollo. A pesar de la acelerada urbanización y de la pérdida de importancia relativa del sector agropecuario en la generación del producto nacional, este sector sigue ocupando un lugar estratégico en la mayoría de los países de América Latina. Después de una fase de casi exclusiva atención a los medianos y grandes productores, en los últimos años el debate intelectual se ha concentrado particularmente en los pequeños productores, con limitado acceso a la tierra y a los demás recursos productivos, y que para su sustento dependen en su mayor parte de la mano de obra familiar. Los principales temas de discusión se refieren al funcionamiento y la lógica de la producción familiar agrícola, como así también su significado y perspectiva dentro de los estilos de desarrollo vigentes en la región; sin embargo, a pesar de la actualidad del debate, muchos de los argumentos utilizados se basan, explícita o implícitamente, en enfoques o teorías desarrolladas en Rusia a comienzos de siglo.

Este artículo quiere ofrecer una breve síntesis crítica de los principales enfoques sobre los campesinos, agrupándolos en enfoques antropológicos, enfoques 'modernizantes' o neoclásicos, enfoques marxistas, la teoría de la economía campesina de Chayanov y algunos aspectos del debate contemporáneo en América Latina. En la parte final presenta algunas observaciones con el propósito de ofrecer elementos que permitan orientar futuros trabajos sobre la agricultura campesina.

*Funcionario de la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO.

Introducción

Este trabajo se propone ofrecer una síntesis crítica de los distintos enfoques teóricos planteados en torno a la agricultura campesina en América Latina.

Como es lógico, la presentación de los enfoques y de sus principales expositores no está libre de arbitrariedad en la selección, de un cierto esquematismo y de las inevitables sobresimplificaciones. Tampoco pretendemos una neutralidad absoluta de nuestras apreciaciones de determinados enfoques; no intentamos añadir uno nuevo a los numerosos enfoques e interpretaciones existentes sobre el tema, ya que aquí son más las interrogantes planteadas que las respuestas ofrecidas. Lo que sí queremos presentar es un resumen crítico de los principales elementos del debate, con la esperanza de que constituya un aporte a la investigación sobre el estado actual del campesinado en América Latina.

El trabajo está estructurado de la siguiente forma: una breve presentación y discusión de los enfoques antropológicos y modernizantes, el concepto marxista clásico, la teoría de la economía campesina de Chayanov, y algunos trabajos recientes. Por dos razones nos parece justificada la particular atención que prestamos a Chayanov: a) es el único que ha ofrecido una teoría coherente del fenómeno de la pequeña producción campesina en su estructura interna y acerca de su capacidad de supervivencia en un sistema capitalista; este hecho puede explicar, siquiera en parte, su atractivo para el debate actual; y b) la presentación de su obra permite discutir las principales categorías que, en una u otra forma, aparecen en casi todos los trabajos sobre la materia y son esenciales para el análisis de la economía campesina.

El empleo del término 'economía campesina' puede implicar desde ya la posibilidad de un amplio debate, dado que no solamente la definición y las características de esta 'forma' de producción son objeto de una empeñosa discusión, sino que su misma existencia es controvertida al extremo de negar algunos la existencia de un campesinado en América Latina. En la bibliografía encontramos una variedad de conceptos con los cuales se ha tratado de conceptualizar la estructura agraria y la pequeña producción campesina, así como definir qué se

entiende por campesino, ubicándolo dentro del proceso de transformación de las estructuras económicas y sociales. En los años sesenta, se acuñó la dicotomía latifundio-minifundio—utilizada en los trabajos del CIDA sobre la tenencia de la tierra— caracterizando la producción campesina como una agricultura de subsistencia, definida exclusivamente por el tamaño de la explotación y ligada al latifundio por lazos extraeconómicos. R. Redfield, uno de los principales representantes del enfoque antropológico, sitúa al campesino (*peasant*) entre la pequeña comunidad aislada y el *farmer*, “caracterizado (éste) por una íntima y reverente actitud hacia la tierra, por la idea de que el trabajo agrícola tiene un valor mucho más alto que el comercio y por el énfasis en el trabajo como primera virtud”.¹ En los enfoques ‘dualistas’ se destaca la existencia de una dicotomía entre un sector moderno, portador del progreso, y otro tradicional, retrógrado, marginado del desarrollo, como se caracterizó al sector de la pequeña producción campesina.² Entre los marxistas hay quienes afirman que en el campo aparecen restos de un modo de producción feudal, mientras que en las ciudades dominaría el modo de producción capitalista. Otros, con mayor peso en la discusión, parten del supuesto de que pueden coexistir simultáneamente varios modos de producción, o de que incluso puede ser ésta la situación permanente. Dichos modos de producción estarían articulados entre ellos bajo la influencia de un modo de producción dominante: el capitalismo.

Para unos, el campesinado es un grupo social conservador; para otros, un agente de cambio, un sujeto revolucionario. Pero todos convienen en que la producción campesina se basa sobre la explotación del trabajo familiar. Es evidente que éste, como único criterio, no basta

para elevar la pequeña producción campesina al nivel de una categoría homogénea, de una forma de producción específica.

Los referidos conceptos constituyen solamente una pequeña muestra, pero evidencian la dificultad de alcanzar la definición de un término que caracterice adecuadamente a los campesinos. Hablar del ‘campesino’ sin otra especificación, como si fuera un término genérico, abstrayéndolo del marco histórico-social, no contribuye en absoluto a explicar su razón de ser, su funcionamiento y la diferenciación de la economía campesina. Cuando aquí, en esta fase del estudio, se utiliza la expresión ‘economía campesina’ lo hacemos en su sentido de término técnico, sin pretender por ello identificarnos con la escuela que ha limitado el concepto a la explotación familiar como unidad teórica de análisis, posición que los ha llevado a desarrollar una teoría general de la economía campesina. Importa no tanto la expresión en sí como su significado en los diferentes enfoques que aquí serán considerados, sin desconocer el trasfondo ideológico de ciertos términos con sus implicaciones políticas que, en muchos casos, han perjudicado a los campesinos en América Latina, ya que siguen formando el grupo numéricamente más importante y también más empobrecido.

Una pregunta clave que subyace a todos los conceptos aquí presentados y que todavía no ha obtenido una respuesta concluyente parece ser la siguiente: “¿Por qué el desarrollo capitalista, cuyo interés apunta a bajar los costos de reproducción de la mano de obra industrial, sigue manteniendo por vía de diversos apoyos, fundamentalmente estatales, a importantes grupos de pequeños productores ‘ineficientes’ en los campos? ¿Qué función específica cumplen estos pequeños productores en la economía capitalista?”³

¹Véase A. Solari y R. Franco, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, México, Ed. Siglo XXI, 1976, p. 383.

²Véase G. Germani, “Stage of modernization”, en *Latin America - The Dynamics of Social Change*, S.A. Halper y J.R. Sterling (ed.), Nueva York, Saint Martin’s Press, 1972.

³R. Alvaay, “Alcances metodológicos sobre el concepto de ‘economía campesina’ en Chile”, en *Boletín de Estudios Agrarios*, N.º 1, julio-septiembre de 1978, GEA, Santiago de Chile, p. 18.

I

Enfoques antropológicos

La antropología ha orientado tradicionalmente sus esfuerzos hacia el estudio de poblaciones primitivas que viven en forma aislada o tribal, atribuyéndoles una cultura especial concebida como un sistema independiente y autosuficiente, un 'sistema cultural autónomo', que no requiere otro sistema para su funcionamiento permanente. A partir de los años 1940 y 1950, los antropólogos se propusieron estudiar cada vez más las comunidades campesinas, introduciendo la expresión 'campesino' como un término genérico para designar a un grupo cuyo comportamiento económico se explica por sus actitudes, valores y sistemas cognoscitivos. Los campesinos se consideraban insertos en una cultura tradicional campesina donde los contenidos culturales y los valores se transmiten en forma verbal. A través de la observación y descripción de pequeñas comunidades tribales, los antropólogos han llegado a una mayor comprensión del hecho "de que los procesos de producción y distribución en las 'tierras incivilizadas' no se gobiernan necesariamente por intereses económicos y tienen que ver con determinantes 'no económicos' como el parentesco, la mitología, etc."⁴ Desde esta perspectiva, el enfoque antropológico aparece opuesto al económico, ya que explica el comportamiento económico de los campesinos por sus actitudes, valores y sistemas cognoscitivos. Antes de que el término 'campesino' se convirtiera en una categoría genérica de la antropología, tuvo connotaciones históricas, sociales y económicas acerca de la vida europea medieval. Los antropólogos contemporáneos, sin embargo, consideran a los campesinos como personas cuyo estilo de vida muestra entre sí ciertas similitudes estructurales, económicas, sociales y de personalidad, en oposición a otras formas básicas de agrupación como la sociedad primitiva y la sociedad industrial, con independencia del lugar geográfico y de la época. El reconoci-

miento formal del campesinado como un tipo de estructura importante en la sociedad aparece, más tarde, principalmente a partir del trabajo de A.L. Kroeber. "Los campesinos —dice este autor en su obra *Anthropology*, de 1948— constituyen sociedades parciales, con culturas parciales. Son decididamente rurales, aunque viven en relación con los pueblos con que comercian; constituyen un segmento de una clase perteneciente a una población mayor, que suele incluir también un centro urbano... Carecen del aislamiento, la autonomía política y la autosuficiencia propios de las poblaciones tribales; sin embargo, sus agrupaciones locales mantienen como antaño gran parte de su identidad, integración y apego al suelo y a sus cultos."⁵

Esta definición, citada con frecuencia, contiene ya los principales aspectos de lo que más adelante constituirían los elementos centrales de los análisis antropológicos sobre el campesinado. El valor de la definición de Kroeber consiste en que éste reconoce la importancia de las relaciones de los campesinos con el sector urbano y su integración en la sociedad en su conjunto. Deja de considerarse al campesinado como un grupo cultural aislado y autosuficiente, para hacerlo en cambio como segmento de clase dependiente de la nación en su conjunto y viceversa. Robert Redfield, uno de los principales representantes del enfoque antropológico destaca el hecho de que la comunidad campesina debe ser estudiada como parte del Estado y de la civilización en la cual está inserta. En su estudio *Folk Culture of the Yucatan* (1941),⁶ Redfield trató de explicar cómo la creciente influencia urbana en el campo ocasiona una destrucción de los estilos de vida tradicionales y una 'desorganización cultural' debida al comportamiento más individualista y a una mayor

⁴T. Shanin, *Naturaleza y lógica de la economía campesina*, trad. H.G. Trejo, Barcelona, Ed. Anagrama, 1976, p. 10.

⁵Citado por George M. Foster, "What Is a Peasant?", en *Peasant Society-A Reader*, J.M. Potter, M.N. Díaz, G.M. Foster (eds.), Boston, Little, Brown & Co., 1967, p. 2.

⁶Hay versión española: *Yucatán: una cultura en transición*, trad. de Julio de la Fuente, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

secularización de la comunidad campesina y de sus integrantes que sigue a los contactos entre ambos. El producto final de este proceso será la sociedad moderna. La fuente principal de cambio sería la ciudad, pues Redfield sostuvo que la existencia del campesino requiere la presencia de la ciudad y que no son campesinos los primitivos sobrevivientes no relacionados con la ciudad; es decir, la ciudad es necesaria para distinguir entre campesinos y sociedades primitivas. El papel dominante de la ciudad implica que los campesinos tienen muy poco control sobre las condiciones de su forma de producir y sobre su vida en general.

El poder de decisión reside fuera de la aldea. No sólo son pobres, sino que además carecen de poder y la falta de un control político eficiente les lleva a buscar otros recursos casi siempre en forma individual o vinculados a la familia para mejorar sus escasas oportunidades de supervivencia. El patronazgo y el parentesco ficticio o compadrazgo son los dos tipos de relaciones más importantes que permiten al campesino fortalecer su posición en la comunidad y en la sociedad. Redfield vio la relación entre las sociedades campesinas y la ciudad como una relación entre la gran tradición de aquellos pocos que piensan, dentro de una civilización, y la pequeña tradición de los muchos que, en general, no lo hacen.⁷ Este, como otros antropólogos, con frecuencia han descrito la sociedad campesina como una forma intermedia o transitoria, un pasaje de lo tradicional a lo moderno. La resistencia frente al cambio atribuida a los campesinos, se debe al atraso cultural que los mantiene en una posición opuesta al cambio y apegados a sus tradiciones. Al superar esa brecha cultural existente entre campo y ciudad gracias al avance de la industrialización, se acelera la descomposición de la sociedad campesina hasta su desaparición. Es evidente que este 'atraso' de los campesinos aparece siempre medido con relación a los pobladores urbanos, a los "pocos que piensan dentro de una civilización". De sus estudios sobre sociedades primitivas de Mesoamérica, Redfield concluyó que "en cada parte del mundo, generalmente hablando, el campesinado ha sido una fuerza

conservadora en el cambio social, un freno de la revolución, una limitación en el proceso de desintegración social que a menudo se produce con el rápido cambio tecnológico".⁸

Redfield propuso una tipología de las comunidades aisladas —el *peasant* y el *farmer*—, caracterizando como *peasant* a quienes tienen un "control de la tierra que les permite llevar adelante en común un modo de vida tradicional que la agricultura integra íntimamente pero no como una inversión económica para obtener una ganancia".⁹ Quienes ejercen la agricultura como comercio y consideran la tierra como capital y mercancía, no son *peasant* sino *farmers*. El *peasant* está ubicado pues entre la comunidad aislada y el *farmer*; representa "la dimensión rural de viejas civilizaciones", una *half-society* con una *half-culture*; caracterizada por una íntima y deferente actitud hacia la tierra, por la idea de que el trabajo agrícola tiene un valor muy superior al del comercio y por el énfasis puesto en el trabajo como virtud primordial.

Parte importante del debate entre antropólogos se ha concentrado en la definición de qué es un campesino, destacando, en la mayoría de los casos, la especificidad cultural de los campesinos, habida cuenta sus valores y percepciones. La importancia del enfoque culturalista se debe en buena parte a la metodología aplicada por los antropólogos, poniendo énfasis en los estudios de comunidades. Eso ha estimulado la realización de numerosos trabajos empíricos, donde el individuo, con sus sistemas de valores y normas, aparece aislado de la sociedad, sometido solamente a la dinámica interna de la comunidad o del pueblo, ajeno a las fuerzas políticas y sociales externas. Según algunos autores, esa persistencia de la explicación culturalista se debe, en parte, al afán de algunos científicos occidentales de rechazar la teoría marxista, lo que a su vez los lleva a relegar, a un plano secundario, el papel que desempeñan los aspectos económicos y el concepto de clases sociales, y a favorecer un enfoque que pone

⁸R. Redfield, citado en A. Solari, R. Franco, J. Jutkowitz, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, op. cit., p. 380.

⁹R. Redfield, *The Little Community. Peasant Society and Culture*, The University of Chicago Press, 1960, p. 19.

⁷George M. Foster, op. cit., p. 11.

mayor énfasis en la importancia de la cultura, de los valores y de las normas.¹⁰

A fines de la década de 1950 y comienzos de la siguiente, la bibliografía campesina recibe un gran impulso gracias a los trabajos de Julian Steward y sus discípulos, entre ellos Eric Wolf, quienes destacan los aspectos laborales del campesinado. "Se destacó la agricultura campesina como un tipo especial y la caracterización cultural de la comunidad campesina perdió vigor en relación con la atención dada a la economía agrícola del campesinado."¹¹ En un artículo publicado en 1955, E. Wolf utiliza criterios económicos para definir el campesinado: producción agrícola, control sobre la tierra y producción para la subsistencia.¹² De todos modos, Wolf opta, en 1966, por un concepto diferente que destaca la producción de un fondo de renta y el papel del Estado. "Esta producción del fondo de renta es lo que críticamente distingue al campesino del agricultor primitivo..." y "es la cristalización del poder ejecutivo lo que sirve para distinguir al primitivo del civilizado..."¹³ Con estas definiciones, Wolf rechaza la idea de Redfield y otros de que la ciudad sea la clave para entender al campesinado, al considerar como variable central las relaciones de poder.

Powell menciona una tercera tendencia en la bibliografía campesina, aquélla que destaca las actividades de las élites dominantes (Wittfogel) y advierte la distinción entre campesino y no campesino en las diferencias entre gobernado y gobernante, que "determinaban y estructuraban tanto el acceso del campesino a la tierra —su status de tenencia de la tierra— como la distribución del producto agrícola de la tierra que su trabajo rendía."¹⁴

¹⁰J.S. Migdal, *Peasants, Politics and Revolution*, Princeton University Press, 1974, p. 22.

¹¹J.D. Powell, "Sobre la definición de campesinos y de sociedad campesina", en Ch. Wagley y otros, *Estudios sobre el campesinado latinoamericano. La perspectiva de la antropología social*, trad. de Celia Nova Buenos Aires, Ed. Periferia, 1974, p. 50.

¹²E. Wolf, "Types of Latin American Peasantry", citado en S. Silverman, "The Peasant Concept in Anthropology", en *Journal of Peasant Studies* Vol. 7, N.º 1, octubre, 1979, pp. 62-63.

¹³E. Wolf, *Los campesinos*, trad. de Juan Eduardo Cirlot Laporta, Barcelona, Nueva Colección Labor, 1971, pp. 19 y 21.

¹⁴J.D. Powell, *op. cit.*, p. 51.

Sin desconocer las valiosas contribuciones de la antropología para entender el funcionamiento interno de la unidad familiar y de la comunidad campesina, nuestra crítica apunta contra las generalizaciones de algunos autores sobre la organización social y la cultura campesina. El comportamiento económico y las ideologías dependen de tantos factores, que es difícil concebirlos como una simple función de los valores culturales. Algunos sostenedores de los enfoques antropológicos con frecuencia describen a los campesinos como seres irracionales, carentes de motivación, sólo interesados en metas sociales, desconfiados frente a las oportunidades que se les presentan. Se les describe también como apegados a sus tradiciones y lentos en el cambio de sus patrones de comportamiento; como individuos resignados a su destino y temerosos del mundo, y hostiles en las relaciones interpersonales. La mayoría de las limitaciones atribuidas a los campesinos se concentran alrededor de las características y de los valores que se oponen a nuestra imagen estereotipada del hombre económico occidental, a cuyo servicio están diseñadas nuestras estrategias de desarrollo. El elemento común de estos estudios es la importancia atribuida a variables psicológicas en la determinación de la estructura socioeconómica de la vida campesina. Y el alto grado de subjetividad de estos trabajos refleja más bien la actitud de los autores frente a determinados valores que ellos perciben como 'típicamente' campesinos. En las descripciones genéricas de la personalidad del campesino, se consideran los fenómenos como esencialmente estáticos, opuestos a la introducción de cambios. Se supone que los sistemas tradicionales y modernos se excluyen mutuamente y que, entre ellos, existe un conflicto permanente. Con el creciente desarrollo económico, las nuevas estructuras sociales y económicas van a destruir y reemplazar las viejas formas. Modernización y desarrollo son sinónimos para el enfoque culturalista, y las características de la personalidad campesina representan la principal causa del subdesarrollo. Muchos de los estudios sobre la personalidad campesina surgieron como respuesta a la interrogante de por qué la difusión de la tecnología por los programas asistenciales era diferente según las sociedades y las regiones. Así pues,

en vez de considerar las limitaciones políticas y económicas se optó por rastrear las causas en el análisis de variables culturales, psicosociales y psicológicas.

A pesar de las evidencias recogidas que muestran que determinados valores y relaciones 'tradicionales' son absolutamente compatibles con el desarrollo, muchos antropólogos prefirieron un enfoque más simple del cambio. "El problema de la investigación se plantea ya sea para demostrar la ruptura de las instituciones tradicionales bajo la influencia de las fuerzas de modernización o, si esto no fuera posible, para demostrar que la persistencia de las instituciones tradicionales constituye el obstáculo principal para la modernización."¹⁵ El marco conceptual de este enfoque se limita, en gran medida, a la familiar distinción entre los llamados sistemas 'modernos' y 'tradicionales'.

Este enfoque aparece reflejado en el diseño de las políticas de desarrollo de los años sesenta. Consideradas anacrónicas las sociedades campesinas, el proceso de desarrollo o de modernización debería producir la transformación de las sociedades campesinas clásicas en otras modernas. Para G.M. Foster, eminente antropólogo, esa transformación se logra "creando oportunidades económicas y de otro tipo que estimulen al campesino a abandonar su tradicional y progresiva orientación cognos-

citiva irreal, en favor de una nueva que refleje las realidades del mundo moderno".¹⁶ Una creciente participación en el mercado transformará al campesino tradicional "en un *farmer* o empresario agrícola, cuyas actividades serán una actividad para obtener ganancias".¹⁷

Quede claro que nuestra crítica no apunta contra la antropología en sí, ciencia que consideramos indispensable para explicar determinadas actitudes y reacciones de los campesinos que escapan a los esquemas interpretativos de quienes desean someter rígidamente todos los fenómenos a una presunta racionalidad económica. Pero en cambio sí criticamos ciertos enfoques que mostraron un cuadro desfigurado del campesino y contribuyeron a la formulación de políticas que, en muchos casos, en lugar de mejorar sus condiciones de vida los llevaron a un mayor empobrecimiento. A pesar de que la antropología ya ha superado ciertas posiciones y de que con aportes muy valiosos se ha llegado a una comprensión más integral y realista del campesinado, persisten todavía algunas ideas erróneas, tanto en la discusión académica como en el plano político. Aparentemente esa persistencia se debe, entre otras razones, a la conveniencia política que revisten para ciertos sectores que fueron los principales beneficiarios de las políticas destinadas a la modernización del agro.

II

Los enfoques 'modernizantes'

La dicotomía 'tradicional-moderno' aparece, asimismo, como concepción básica en las teorías de modernización formuladas por la economía neoclásica. Al igual que en algunos enfoques antropológicos, en los modernizantes prevalece una percepción de dualismo económico. Para éstos, los países subdesarrollados contienen dos sectores separados y fundamentalmente diferentes: el sector moderno —capi-

talista e industrial, receptivo al cambio, orientado hacia el mercado y cuyo comportamiento persigue maximizar sus ganancias—, y el sector tradicional —agrícola y estancado, basado en la producción de subsistencia, con escasos excedentes para la comercialización, con una significativa preferencia por una vida ociosa y escaso interés por obtener ganancias. Se supone un

¹⁵M. Singer, citado en N. Long, *An introduction to the Sociology of Rural Development*, Londres Tavistock Publications, 1977, p. 30.

¹⁶G.M. Foster, "Peasant Society and the Image of Limited Good", en *Peasant Society - A Reader*, op. cit., p. 304.

¹⁷J.M. Potter, "Peasant in the Modern World", en *Peasant Society - A Reader*, op. cit.

elevado grado de desempleo en el sector agrícola, disfrazado como subempleo. La producción en el sector tradicional se considera como una simple función de la tierra y de la mano de obra debido a la carencia de una significativa acumulación de capital. El único lazo de importancia entre ambos sectores es el flujo de mano de obra de la agricultura hacia la industria y la transferencia de un reducido excedente de productos agrícolas que alimenta la población en los centros urbanos. Este concepto, elaborado en su forma clásica por W.A. Lewis en 1954,¹⁸ se basa en una economía fundamentalmente cerrada, la que crece por la transferencia de mano de obra desde la agricultura hacia la industria. Finalmente, este desempleo disfrazado se elimina y se produce una escasez de mano de obra en el sector rural, lo que induce un proceso de rápida modernización económica, a través de un uso más eficiente de la tecnología moderna y de cambios en las actitudes económicas. Por lo tanto, el desarrollo económico de las áreas rurales dependería, en primer lugar, de la transferencia de tecnología desde el sector moderno, es decir, la difusión tecnológica sería la determinante principal del desarrollo económico.

Uno de los exponentes más destacados de la interpretación de corte neoclásico, T.W. Schultz, sostiene que en la agricultura tradicional hay un equilibrio consolidado desde tiempos remotos, mientras que la moderna se caracteriza por un desequilibrio en crónico movimiento.¹⁹ A pesar de reconocer en los agricultores tradicionales un comportamiento económico esencialmente racional, similar al comportamiento de cualquier empresario que busca maximizar sus utilidades, Schultz concluye que, debido a la baja tasa de rendimiento de las inversiones, la producción agrícola tradicional crece muy poco. "La agricultura tradicional no es capaz de ofrecer un aporte barato al creci-

miento económico porque ha agotado las oportunidades económicas que presenta el estado de las técnicas de las cuales depende".^{20,21}

Analizado de esta manera el problema, surge como consecuencia lógica la política adecuada para promover el desarrollo económico: la introducción de factores nuevos al proceso productivo, la transferencia de capital, y la generación, adopción y difusión de una tecnología moderna.

Este enfoque presenta, en última instancia, una concepción ahistórica de la coexistencia de dos sectores: un sector capitalista y otro tradicional no capitalista, cada uno de ellos independiente del otro y con su propia dinámica individual dentro de la economía. Y tampoco considera todos los aspectos de las relaciones sociales ni la forma cómo éstas determinan los procesos de producción.

Del carácter estático y poco receptivo a los estímulos económicos del agricultor tradicional se deduce la necesidad de orientar las inversiones, la asistencia técnica, etc., hacia las empresas medianas y grandes; entre tanto, las condiciones de vida y de producción de los pequeños agricultores se presentan más bien como un problema social, de escasa relevancia para el proceso de desarrollo económico. Y es así como la transferencia de capital y de tecnología ha conformado la columna vertebral de las políticas de modernización que tuvieron su auge durante los años sesenta bajo el patrocinio de la Alianza para el Progreso y de organismos internacionales. Por consiguiente, lo que los países desarrollados podían ofrecer al mundo subdesarrollado era capital y tecnología para combatir la pobreza. "Las causas de la pobreza se derivaron entonces de esas posibilidades; se consideró la pobreza como resultado de la escasez de capital y de la falta de habilidades técnicas. El remedio incluía el diagnóstico. Teniendo vacuna, identificamos viruela."²² Algunos teóricos y planificadores del desarrollo creyeron posible transformar los predios campesinos

¹⁸W.A. Lewis, "Economic Development with Unlimited Supplies of Labour", en *The Manchester School of Economic and Social Studies*, Vol. XXII, N.º 2, mayo de 1954. Hay versión castellana: "Desarrollo económico con oferta ilimitada de mano de obra", trad. de Manuel Sánchez, en *El Trimestre Económico*, México, octubre-diciembre de 1960, p. 629.

¹⁹T.W. Schultz, *Modernización de la agricultura*, trad. J.L. Barinaga, Valencia, Ed. Aguilar, 1968.

²⁰*Ibidem*, p. 62.

²¹Sobre la interpretación de tipo neoclásico, véase D. Astori, *El proceso de desarrollo agrícola en América Latina - Algunas interpretaciones*, Roma, FAO, 1978.

²²J.K. Galbraith, *The Nature of Mass Poverty*, Cambridge, Mass. Harvard University Press, 1979, p. VI.

tradicionales en predios o empresas familiares de la misma forma que se supone ocurrió en los países industriales.²³ Además, dentro de las estrategias de modernización productiva habría que mencionar la llamada Revolución Verde: una tecnología aparentemente desarrollada para aumentar la productividad en explotaciones de cualquier tamaño, la que se convirtió en una promoción discriminatoria en favor de los intereses de los propietarios de grandes y medianas empresas; este tipo de innovaciones tecnológicas podría denominarse como 'aumentadoras de tierras', ya que logran un aumento en la productividad de la tierra.

La mecanización del agro, ampliamente promovida, se considera desde el principio como un insumo para el sector moderno y no para los pequeños campesinos; y esta forma de modernización aumentó aún más la brecha existente entre la pequeña producción campesina y la agricultura empresarial.

Los programas de reforma agraria impulsados en la mayoría de los países latinoamericanos durante los años sesenta no se concentraron tanto en la influencia de los estímulos económicos, sino más bien en las estructuras agrarias que regían la tenencia de la tierra. En los informes del CIDA sobre siete países, el análisis se concentró sobre todo en el problema de la tenencia de la tierra, identificando la gran desigualdad en la distribución de la tierra—el complejo latifundio-minifundio— como principal responsable del subdesarrollo.²⁴ Para salir del estancamiento habría que redistribuir pues la tierra de modo tal que desaparezca el cuadro institucional, que es el que determina la racionalidad escasamente productiva del terrateniente. Las diferencias entre los distintos estratos de unidades productivas se estableció sólo en función de informaciones cuantitativas como son el tamaño y el uso de la tierra. Podría considerarse esta corriente como de 'continuismo crítico': "Continuista en el sentido de no cuestionar las premisas básicas del modelo general de reproducción... y crítico, en el sentido

que todas sus vertientes destacan, desde distintos puntos de vista, las insuficiencias, inequidades e ineficiencias que caracterizan la estructura agraria vigente..."²⁵

El enfoque modernizante o desarrollista, en el agro latinoamericano, persigue básicamente dos objetivos:

1. Ampliar el mercado interno para la colocación de los productos de la industria nacional a través de la incorporación de la masa campesina a la demanda monetaria. Ello presupone un cambio en las relaciones precapitalistas en que la remuneración de la mano de obra se efectúa a través del otorgamiento de tierras o especies;

2. Disminuir la presión sobre la tierra gracias a programas de reforma agraria y colonización que alivien la tensión social y política.

La Alianza para el Progreso difundió un modelo de desarrollo que sólo estaba orientado hacia un crecimiento económico (esto es, hacia la posibilidad de obtener un cierto ritmo de acumulación y de incremento del producto por habitante), y un modelo de reforma agraria que sólo se proponía la modernización de la estructura latifundista y una restringida distribución de tierra. En última instancia, su objetivo se limitaba a mejorar las condiciones de funcionamiento del capitalismo dependiente. La oposición que encontró el carácter redistributivo de la reforma agraria llevó a su paralización en la mayoría de los países. Resurgió entonces el interés por la tecnificación del agro, por la introducción de tecnologías agropecuarias, por el abastecimiento de alimentos y, por ende, por la productividad agrícola, concepto impulsado por la llamada Revolución Verde. Pasa entonces a predominar el concepto clásico de desarrollo rural—en términos neoclásicos— que supone una serie de políticas de apoyo a la producción agrícola, sin afectar los aspectos relativos a la propiedad y a la redistribución de la propiedad en el agro. Se trató de aliviar la presión sobre la tierra mediante planes de colonización agrícola, desplazando el conflicto—geo-

²³R. Weitz, *De campesino a agricultor*, trad. de Esther Guilón, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

²⁴Solon Barraclough y Juan Carlos Collarte, *El hombre y la tierra en América Latina*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1971.

²⁵CEPAL, *Economía campesina y agricultura empresarial: tipología de productores del agro mexicano*, CEPAL/MEX/1037, enero de 1981, p. 29.

gráfica y políticamente— hacia regiones más alejadas del circuito de acumulación de capital en los centros urbanos.

Hablar de 'reforma agraria' de 'transformación agraria' o de 'modernización agrícola' es un problema que trasciende las denominaciones: el desarrollo de las rígidas estructuras económicas estuvo determinando límites cada vez más restringidos a los intentos de reforma llevados a cabo por la política económica del Estado. La visión a corto plazo de las oligarquías nacionales y su falta de comprensión de

sus propios intereses a largo plazo redujeron los intentos de reforma a meros intentos de modernización agrícola. Los proyectos de transformación agraria plantean modificaciones en la estructura agraria sin modificar su esencia: plantean una transformación agraria sin encarar paralelamente una transformación industrial y/o financiera, etc. No debe sorprender, entonces, el resultado de un estudio reciente de la FAO donde se señala que la mayoría de los campesinos pobres no se benefician con los Programas de Desarrollo Rural.²⁶

III

El enfoque marxista clásico

Prácticamente todos los que estudian la cuestión campesina se refieren a Marx, y en particular a Lenin, ya sea para comprobar y denunciar el carácter obsoleto de la teoría marxista, para aplicar en forma más o menos mecánica lo expresado por los clásicos del marxismo a la realidad o para darle a la teoría marxista un carácter creativo que explique la posición y la función de los pequeños productores agrícolas dentro del proceso del desarrollo capitalista. Se presentará aquí una breve reseña de la concepción que tuvieron Marx y Lenin acerca del campesino y que, según Bartra, constituye un indispensable punto de partida para comprender la realidad latinoamericana.²⁷

1. Marx

En varios trabajos que presentan o pretenden presentar el pensamiento de Marx acerca de los campesinos se destaca la actitud despectiva que tenía frente a la pequeña producción agrícola, cuando se refería a los campesinos como a 'idiotas rurales', como representantes de la 'barbarie dentro de la civilización' o 'el colmo

del atraso'. Mitrany, en su libro *Marx against the Peasant* (1951) llega a la conclusión de "que los marxistas estaban en contra de los campesinos a causa de las creencias dogmáticas originales de Marx."²⁸ En efecto, los trabajos de Marx sobre el campesinado se caracterizan por una cierta ambigüedad que corresponde, en alguna medida, al carácter del campesino tal como él lo vio. Como propietario de los medios de producción es un capitalista, y como trabajador su propio asalariado. Considerado desde este punto de vista, los campesinos combinan, en un solo grupo social, las dos categorías básicas de la sociedad capitalista: la burguesía y el proletariado. La relativamente escasa importancia que Marx atribuye en su obra a los campesinos se debe a que los considera, en el proceso histórico mundial —actual y futuro—, como una categoría residual. Puesto que los campesinos en Europa se identificaron con la propiedad privada en pequeña escala, Marx apoya el progreso de las relaciones de propiedad capitalista para liberar a los campesinos de 'la idiotez rural' y para que puedan concebirse a sí mismos como proletarios o, en ciertos casos, como burgueses.

²⁶FAO, "participation of the Poor in Rural Organizations", mencionado en *Ceres*, N.º 73, Vol. 13, N.º 1, Roma, enero-febrero de 1980.

²⁷Roger Bartra, *Estructura agraria y clases sociales en México*, México, Ed. Era, 1974, p. 13.

²⁸Michael Dugget, "Marx y los campesinos", en *El Trimestre Político*, Año I, N.º 4, México, abril-junio, 1976, p. 3.

Muchas veces los escritos de Marx fueron mal interpretados, y ello se explica por las confusiones existentes con relación al contexto histórico dentro del cual los campesinos están insertos. En los *Grundrisse*, Marx analiza los campesinos en las sociedades precapitalistas, es decir, las que preceden a la producción capitalista; y a las principales las divide en tres tipos: Oriental, Clásico Antiguo y Germánico, que son fundamentalmente sociedades agrícolas. Su propósito esencial consistía en mostrar cómo esas formas anteriores de producción son todas ellas incompatibles con el capitalismo, y cómo este último sólo podrá edificarse sobre su destrucción. El mismo capitalismo crearía, por la disolución de la propiedad de los trabajadores del suelo, las condiciones de su plena expansión.

En otros escritos, Marx se refiere a la relación existente entre los campesinos y el capitalismo en tres países distintos: Inglaterra, Francia y Rusia. En ellos, Marx alude a situaciones concretas que se dan en el desarrollo del capitalismo en los respectivos países, de manera que esto impide una aplicación simplista de sus observaciones sobre los campesinos en otros contextos históricos, sociales y geográficos.

En el tercer tomo de *El Capital* Marx ofrece, a base del ejemplo inglés, explicaciones acerca del nacimiento, desarrollo y peculiaridades de la agricultura capitalista. Su tesis central es la universalización de las relaciones de producción capitalista o la liquidación de la forma parcelaria por la incorporación del modo de producción capitalista en el sector agrario, y considera la producción parcelaria como una fase de transición necesaria para el desarrollo de la agricultura. La categoría clave de su análisis es la renta capitalista del suelo que esencialmente es una sobreganancia permanente, específica de la agricultura, de la cual se apropia el terrateniente. El hecho de que la tierra sea un medio de producción no producido y relativamente no reproducible, determina cierta especificidad en el desarrollo de la producción agropecuaria en contraste con la industrial. El hecho que haya una ganancia extraordinaria en la actividad agropecuaria ha determinado el desarrollo de las relaciones capitalistas en el campo y la expropiación de los campesinos de sus medios de producción. Según

Marx, la usura, el sistema de impuestos y la venta de la tierra exigen la producción para el intercambio y, por este conducto, fuerzan la destrucción de la manufactura doméstica rural. Como desventajas naturales de la producción parcelaria frente a la agricultura capitalista menciona el empobrecimiento gradual de la tierra, la reducción de los precios agrícolas como resultado de la competencia del capitalismo agrícola y la imposibilidad de elevar la productividad del suelo. Analiza cómo, en el caso de Inglaterra, los métodos de cultivo capitalistas han destruido al campesinado inglés, y señala el hecho de que a través del proceso de 'acumulación primitiva' se produce el apartamiento de los campesinos de sus medios de subsistencia y su expulsión al mercado de trabajo como proletarios libres. Marx considera la expulsión de los campesinos como una condición necesaria del desarrollo del capitalismo.

La llamada 'vía inglesa', siempre según el esquema de Marx, contempla tres clases en la agricultura: la del terrateniente, el capitalista y el obrero agrícola.

En cuanto a la discusión entre marxistas acerca del campesinado como clase y el campesinado como modo de producción debe considerarse que Marx, en los *Formen*, considera 'la pequeña propiedad libre' como un modo de producción situado al mismo nivel de la 'comunidad primitiva'. Sin embargo, en la gran mayoría de los escritos de Marx sobre los campesinos, éstos son analizados como una clase cuya condición se inscribe en el proceso concreto de la lucha de clases, en una formación social dada.²⁹

Las características económicas del campesinado como clase social, inserta en una formación social capitalista, lo presentan como una clase explotada, pero a través de mecanismos diferentes a los de la clase obrera. Las diferencias en estas formas de explotación determinan en el campesinado una actitud ideológica distinta a la de la clase obrera. "Capaz de levantamientos violentos, sueña, por otra parte, con un 'salvador' en contra de la burguesía y lo escoge

²⁹Pierre Beaucage, "¿Modos de producción articulados o lucha de clases?", en R. Bartra, *Modos de producción en América Latina*. México, Ed. Cultura Popular, 1978, pp. 47-72.

entre los elementos reaccionarios de la clase dominante.”³⁰ Las contradicciones entre la pequeña propiedad y el capitalismo se irán acentuando puesto que la primera será incapaz de desarrollar la productividad del trabajo dada su reducida escala de producción y además su falta de acceso a las técnicas modernas. Según Marx, se plantea entonces para el campesinado la única alternativa: o integrar una alianza con el proletariado organizado para el derrocamiento del orden burgués o bien vegetar de crisis en crisis, hasta su expropiación y reemplazo por vastas unidades de producción capitalistas.

2. Lenin

El aporte fundamental de Lenin al concepto marxista sobre el campesinado ha sido el análisis de la descomposición campesina realizado en su estudio clásico sobre el desarrollo del capitalismo en Rusia, donde plantea “que la base de la formación del mercado interior en la producción capitalista es el proceso de disgregación de los pequeños agricultores en patrones y obreros agrícolas”.³¹ La proletarianización de los campesinos crea un mercado, especialmente para los artículos de consumo, mientras que su transformación en patrones, en burguesía rural, crea preferentemente un mercado para los medios de producción. Como consecuencia de este proceso de descampesinización se produce la destrucción radical del ‘viejo campesinado’ y surgen nuevos tipos de población del campo. “Estos tipos son la burguesía rural (en su mayoría pequeña) y el proletariado del campo, la clase de los productores de mercancías en la agricultura y la clase de los obreros agrícolas asalariados.”³²

“La descomposición de los campesinos, que hacen mayor sus grupos extremos a cuenta del campesino medio, crea dos nuevos tipos de población rural. Rasgo común de ambos es el carácter mercantil, monetario de la econo-

mía.”³³ Uno de esos tipos es la burguesía rural, o los campesinos acomodados, y el otro es el proletariado rural, la clase de los obreros asalariados. En esta segunda categoría entran tanto los campesinos pobres que todavía disponen de tierra como aquellos que carecen en absoluto de ella. Para Lenin es un hecho “que la mayoría de los ‘campesinos’ ha ocupado ya un lugar del todo determinado en el sistema general de la producción capitalista, precisamente el lugar de obreros asalariados agrícolas e industriales”.³⁴ Sin embargo, advierte “que en nuestras obras se comprende a menudo con excesiva rigidez la tesis teórica de que el capitalismo requiere un obrero libre, sin tierra. Eso es del todo justo como tendencia fundamental, pero en la agricultura el capitalismo penetra con especial lentitud y a través de formas extraordinariamente diversas”.³⁵

La descampesinización y la diferenciación de la producción parcelaria está determinada por:

— la penetración del mercado y de la competencia capitalista en el agro a través de la agricultura comercial;

— la eventual destrucción de la producción parcelaria como asimismo el empobrecimiento del antiguo campesino pobre debido a las ventajas naturales que sobre éstos tendrá la gran explotación una vez que la producción rural quede sujeta a la competencia y a la ley del valor capitalista.

Para Lenin, sobre la base económica concreta de la revolución rusa, hay dos caminos posibles en el desarrollo capitalista de la agricultura:

- a) *Vía ‘Junker’*: la antigua economía terrateniente, ligada al derecho de servidumbre, se conserva transformándose con lentitud en una economía meramente capitalista, tipo ‘Junker’;
- b) *Vía ‘Farmer’*: una destrucción a través de una revolución de la propiedad de los terratenientes y de todos los pilares principales de la vieja ‘superestructura’ correspondiente, dando paso al desenvolvimiento de la pequeña hacienda campesina, la que a su vez, progresiva-

³⁰*Ibidem*, p. 64.

³¹V.I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, sin nombre de traductor, Moscú, Ed. en Lenguas Extranjeras, 1950, p. 48.

³²*Ibidem*, p. 159.

³³*Ibidem*, p. 161.

³⁴*Ibidem*, p. 165.

³⁵*Ibidem*, pp. 163-164.

mente, se irá descomponiendo con el desarrollo del capitalismo.

Cada uno de estos caminos lleva a un proceso de descampesinización y de sustitución del sistema de pago en trabajo por el de salarios, posibilitando la formación de un proletariado agrícola. Paralelamente se da un proceso de acumulación de capital y una concentración de la producción basada en el trabajo asalariado.

Después de esta muy somera presentación de algunas ideas centrales del pensamiento de Marx y de Lenin sobre los campesinos, estimamos necesario subrayar que Marx y Lenin no consideran la evolución hacia el capitalismo como un mecanismo sencillo. No postulan la existencia de un camino unilineal hacia el capitalismo; por el contrario, a cada paso contemplan la posibilidad de que surjan relaciones sociales distintas a las capitalistas. A lo largo de toda su obra principal, *El Capital*, Marx señala los obstáculos a la penetración capitalista en el agro, que no se da en forma lineal. Lenin, por su parte, subraya que "naturalmente, son posibles las más variadas combinaciones de los elementos de tal o cual tipo de evolución capitalista, y sólo unos pedantes incorregibles pretenderían resolver las cuestiones peculiares y complicadas, que surgen en tales casos, únicamente por medio de citas de alguna que otra opinión de Marx que se refiera a una época histórica distinta".³⁶ Esta afirmación de Lenin nos parece una respuesta y un rechazo categórico a muchos 'marxistas' que toman textualmente lo que Marx denomina las condiciones 'clásicas' del desarrollo del capitalismo y que entienden el tipo de desarrollo que se da en Inglaterra y Europa como capitalismo; y confunden, de este modo, la realidad de los países dependientes con el tipo 'clásico', presentado por Marx, en lugar de analizar las manifestaciones concretas de las leyes generales del capital.

No es éste el lugar apropiado para reabrir el debate sobre la utilidad que pueden tener los conceptos de Marx y Lenin para comprender la pequeña producción campesina, sus características y su perspectiva. Pero en cambio sí que vamos plantear aquí algunas interrogantes que están en el centro de la discusión:

³⁶*Ibidem*, p. 13.

1. La tesis de Lenin que sostiene que la penetración del capitalismo en el campo lleva a una descomposición campesina a expensas del campesinado medio y a una creciente diferenciación, es ampliamente reconocida en el contexto latinoamericano. En estudios realizados sobre Chile y México se llegó a la misma conclusión.³⁷ Pero como consecuencia del desarrollo del capitalismo no han surgido solamente dos clases en el sector: los capitalistas y los proletarios. Existen relaciones de diferentes productores agrícolas con el capital, distintas de las que tiene el asalariado neto. A pesar del proceso de modernización y de la creciente capitalización de la agricultura, no se ha generalizado el trabajo asalariado en América Latina.

2. La mayoría de los autores acepta la tesis de la universalización de las relaciones de producción capitalista en el campo en América Latina; pero no se ha producido la liquidación de la forma parcelaria, que para Lenin representaba una tendencia fundamental y principal del capitalismo y que iba a la par con la formación de un mercado interno. Por su lado, hay autores que sostienen que "el capitalismo no parece necesitar un mercado interno rural para su expansión en estas sociedades tan urbanizadas".³⁸

Privar al campesino de sus medios de producción y expulsarlo al mercado de trabajo como proletario libre no parecen condiciones necesarias para el desarrollo del capitalismo en América Latina. En el sector agrario, la mano de obra liberada por la mecanización es (siempre que el total del suelo disponible esté cultivado), desde un principio, completamente superflua; también lo es para toda la producción capitalista. El capital no requiere de ella para sus necesidades medias de valorización. Integran el ejército industrial de reserva estancado puesto que el subempleo campesino es su-

³⁷Sergio Gómez, "Descomposición campesina: análisis de los asignatarios de la reforma agraria", Santiago de Chile, PREALC/OIT, enero de 1980, p. 8 (mimeografiado).

³⁸David Lehmann, "Proletarización, movimientos sociales y reforma agraria: de las teorías de ayer a la práctica de mañana", Santiago de Chile, PREALC/OIT, enero de 1980, p. 10 (mimeografiado).

perior a las necesidades del ejército de reserva industrial.³⁹

3. Marx y Lenin consideran la producción campesina como “una anomalía residual en caso de liquidación”, como una forma superada que obstaculiza la plena expansión del capitalismo.⁴⁰ Según Lenin, la producción parcelaria pierde su lógica interna una vez ligada al mercado capitalista y por eso no hay razón para estudiar los condicionamientos de la produc-

ción campesina dentro del capitalismo, ni la forma específica como se da la articulación ni las posibilidades de supervivencia de esta forma de producción. En el sector agrario no necesariamente se establece la nueva relación trabajo asalariado/capital, sino que existen otros caminos posibles de desarrollo capitalista en la agricultura, los que, según muchas interpretaciones, fueron considerados como precapitalistas o como formas de transición.

IV

La teoría de la economía campesina de Chayanov

1. Introducción

El redescubrimiento de los trabajos de A.V. Chayanov por parte de Daniel Thorner y su traducción y edición en inglés en 1966, tuvo considerable repercusión en el debate sobre la pequeña producción campesina.⁴¹ Fue Thorner quien, inspirado por los trabajos de Chayanov, propuso, en 1962, el concepto de economía campesina en una conferencia de historiadores-economistas de Aix en Provence.⁴²

Para entender mejor por qué los trabajos de un agrónomo y economista ruso de los años 1910-1930 pueden haber ejercido tanta influencia sobre las teorías actuales, vale la pena recordar las circunstancias históricas en que

entonces vivía Rusia, desde los conmovidos años de la preguerra, la guerra misma, la revolución y hasta los primeros años de la transformación socialista. En Rusia, la crisis de los años 1880-1890 había puesto en duda la viabilidad de la gran propiedad agrícola, basada en un sistema extensivo y de explotación de mano de obra barata. Se inició un debate entre los populistas, marxistas legales y marxistas revolucionarios, sobre los méritos de la pequeña producción campesina, donde los socialdemócratas y los socialrevolucionarios sostenían que la única solución para la cuestión agraria era la nacionalización o socialización de la tierra a través de una revolución política. Otro grupo, del cual surgió la llamada escuela de la organización-producción, puso énfasis en la transformación de la organización de la economía campesina para elevar la producción agrícola, sin esperar cambios políticos. El principal problema que se le planteó a esta escuela consistió en explicar cómo podía adoptar la tecnología avanzada de los países capitalistas del Occidente a una economía campesina basada en el trabajo familiar y sólo en parte orientada hacia

³⁹Bennholdt-Thomsen/Boeckh, “Problemas en el análisis de clases del sector agrario en estados con reproducción dependiente del mercado mundial. Un nuevo enfoque: el caso de México”, Documentos de Trabajo N.º 10, agosto de 1977, p. 11, Universitaet Bielefeld, República Federal de Alemania.

⁴⁰Kostas Vergopoulos, “Capitalismo disforme”, en Amin/Vergopoulos, *La cuestión campesina y el capitalismo*, Trad. de Gerardo Dávila, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1977, p. 197.

⁴¹A.V. Chayanov, *The Theory of Peasant Economy*, editado por D. Thorner, B. Kerblay y R.E.F. Smith, The American Economic Association, Illinois, 1966. Esta edición contiene dos trabajos de Chayanov: *On the Theory of Non-capitalist Economic Systems* y su obra principal: *Peasant Farm Organization*, originalmente publicada en 1925 en Moscú. De la segunda obra citada hay versión española: *La organización de la unidad económica campesina*, trad. de R.E.F. Smith, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1974.

⁴²P. Vilar, “La economía campesina”, en *Historia y Sociedad*, Segunda Epoca N.º 15, México, 1975, p. 6.

D. Thorner, “Peasant Economy as a Category in Economic History”, en *Peasants and Peasant Societies*, Teodor Shanin (ed.), Penguin, 1973, pp. 202-218. Thorner utiliza el término ‘peasant economy’ para economías totales con determinadas características y no como otros autores que aplican este término para describir el funcionamiento de la explotación familiar individual.

una economía monetaria. Rechazaron la utilidad de los conceptos de renta, plusvalía y ganancia para comprender la economía campesina, posición que a su vez suscitó un agitado debate con los marxistas. Chayanov, formado en esta escuela, se transformó en su principal y más brillante representante. Después de la revolución de febrero y marzo de 1917 surgió un conflicto entre Lenin, por un lado, quien demandó la inmediata expropiación de las grandes propiedades para transformarlas en explotaciones modelo y la nacionalización de la tierra incluyendo la de los campesinos, y por el otro la Liga por la Reforma Agraria que proponía la transferencia de toda la tierra a unidades campesinas. Esta Liga era una agrupación de economistas y agrónomos de diferentes tendencias políticas y Chayanov figuró entre los miembros de su Comité Ejecutivo. Su posición chocó cada vez más con la crítica de los marxistas y, en 1930, acusado de conspiración contrarrevolucionaria desapareció víctima de la persecución stalinista.

Esta breve ubicación histórica de Chayanov muestra que los principales aspectos del debate sobre la cuestión agraria en Rusia, en la cual tuvo tan destacada participación, poseen aún ahora mucha vigencia en la discusión sobre los problemas que plantea el campesinado de América Latina.

A continuación intentaremos presentar, siquiera someramente, las ideas de Chayanov sobre la economía campesina para encarar después una discusión de los principales elementos de su teoría.

2. Presentación de la teoría de Chayanov

Básicamente la teoría de Chayanov, formulada en su trabajo *On the Theory of Non-Capitalist Economic Systems*, consiste en la denuncia de que la teoría moderna de la economía nacional sólo incluye todos los fenómenos económicos exclusivamente en términos de la economía capitalista.⁴³

Todas las principales categorías de la teoría clásica, tales como las de renta, capital, pre-

cios y otras, se basan en una economía cuyos elementos constitutivos son el trabajo asalariado y la tendencia a maximizar las ganancias; todas las restantes categorías no capitalistas de la vida económica se consideran como insignificantes o en vía de extinción. A pesar del predominio de formas capitalistas de producción, prevalece en la mayoría de los países un tipo de explotación campesina donde el trabajo asalariado no encuentra aplicación y cuyo funcionamiento no puede analizarse con las teorías económicas clásicas y las teorías modernas derivadas de ellas. La ausencia de la categoría de salario implica, según Chayanov, que las explotaciones campesinas basadas en el trabajo familiar pertenecen a una estructura económica fundamentalmente diferente de las empresas capitalistas que requieren una teoría económica distinta. Por consiguiente Chayanov concluye que la economía campesina es una forma de producción no capitalista; que existe un modo de producción campesina, diferente del modo de producción capitalista, y para el cual no existe ganancia, salario ni renta; además la ausencia de estas categorías implica que no es posible determinar la retribución respectiva de los factores de producción: capital, trabajo, tierra. En el modo de producción capitalista la plusvalía es la que determina la asignación de los recursos y la dinámica del proceso de producción; pero para el modo de producción campesina habría que buscarlo en otro mecanismo que explique su funcionamiento y su racionalidad. Chayanov desarrolló su modelo concentrándose en la explotación familiar como unidad central de la economía campesina, basada en el trabajo del propio productor y su familia, en la que no se emplea (o apenas se emplea) trabajo asalariado, y sólo se toman en consideración los ingresos provenientes de las actividades dentro de la unidad.

Las decisiones sobre producción y consumo están interrelacionadas con la explotación familiar, es decir, existe una ecuación entre trabajo y consumo. Mientras la empresa capitalista produce valores de cambio, el campesino produce valores de uso, principalmente para el autoconsumo. Pero esa diferencia entre los objetivos de la producción capitalista y campesina en modo alguno significa que no haya una producción para el mercado por parte de los cam-

⁴³A.V. Chayanov, *op. cit.*, p. 1. (En adelante todas las citas de A.V. Chayanov se refieren a la versión inglesa de *The Theory of Peasant Economy*, *op. cit.*)

pesinos. Los campesinos sí han entrado en la esfera monetaria y en la circulación de mercancías, pero al nivel de un sistema mercantil simple, es decir, un intercambio de valores de uso para obtener los productos esenciales no directamente producidos por ellos, a diferencia del capitalista quien lo hace para obtener un beneficio; “no tomamos la motivación de la actividad económica del campesino como la de un empresario”, afirma en consecuencia Chayanov.⁴⁴ Para este autor, el trabajo del campesino tiene como fin la satisfacción de sus necesidades, es decir, la subsistencia, definida culturalmente. Y es el propio campesino quien determina por sí mismo el tiempo y la intensidad del trabajo. “La lógica del modo de producción se traslada entonces al plano falaz de las decisiones individuales. El principio de explicación se centra en el comportamiento y en las actitudes de productores y consumidores.⁴⁵ La motivación individual es el ‘modesto prerrequisito’, el eje central del sistema de Chayanov. “Toda la originalidad de nuestra teoría acerca de la organización de la economía campesina está incluida, en esencia, en este modesto prerrequisito, pues todas las demás conclusiones y construcciones se siguen en forma estrictamente lógica de esta premisa básica y vinculan todo el material en un sistema bastante armonioso.”⁴⁶ La clave del problema consiste, para Chayanov, en la confrontación de dos hipótesis: por un lado, el concepto ambivalente del campesino, que une en su persona tanto el carácter de un obrero como el de un empresario (concepto de Marx); o, por otro lado, el concepto de la explotación familiar con la motivación individual del campesino.

Chayanov rechaza el concepto de Marx porque a su juicio éste sólo emplea categorías que corresponden al sistema capitalista. La explotación familiar, tal como Chayanov la concibe, también puede darse en otros sistemas de la economía nacional, es decir, esa unidad productiva con las características expuestas no limita su existencia al sector agrícola.

Lo que determina el producto del trabajo familiar es la intensidad del trabajo; o dicho en otras palabras, el grado de autoexplotación de la fuerza de trabajo familiar, estimulada por las necesidades de consumo de la familia: “...el grado de autoexplotación de la fuerza de trabajo se establece por la relación entre la medida de satisfacción de las necesidades y la del peso de trabajo”.⁴⁷

Lograda la satisfacción de las demandas del consumo familiar, que es la meta final del campesino, se produce un equilibrio entre trabajo y consumo. “La producción del trabajador en la explotación doméstica se detendrá en este punto de natural equilibrio porque cualquier otro aumento en el desgaste de fuerza de trabajo resultará subjetivamente desventajoso. Cualquier unidad doméstica de explotación agraria tiene así un límite natural para su producción, y este límite está determinado por las proporciones entre la intensidad del trabajo anual de la familia y el grado de satisfacción de sus necesidades.”⁴⁸

El equilibrio trabajo-consumo, que expresa la tesis principal de la teoría de Chayanov, no es otra cosa que el concepto de la maximización de utilidades en las teorías marginalistas de la escuela austríaca. “Es a partir de este tipo de razonamiento que Chayanov interpreta teóricamente, por ejemplo, un hallazgo empírico inexplicable en la historia agraria rusa: el hecho de que a cada descenso de precios le seguía un aumento sensible de la producción. Este tipo de respuesta de los campesinos es una respuesta, por así decirlo, típicamente no capitalista, ya que una empresa de este tipo lo que normalmente hace en estas situaciones es reducir la producción.”⁴⁹

El nivel de este equilibrio está determinado por el tamaño de la familia, la proporción de familiares que trabajan y no trabajan, superficie y calidad de la tierra. De la evolución de la estructura interna de la familia deduce Chayanov una dinámica particular de la diferenciación de la economía campesina, que él denomi-

⁴⁴A.V. Chayanov, “Peasant Farm Organization”, en *The Theory of Peasant Economy*, op. cit., p. 42.

⁴⁵V.M. Moncayo y F. Rojas, “Producción campesina y capitalismo”, Bogotá, CINEP, Centro de Investigación y Educación Popular, 1979.

⁴⁶A.V. Chayanov, op. cit., p. 42.

⁴⁷*Ibidem*, p. 81.

⁴⁸*Ibidem*, p. 82.

⁴⁹E. Archetti / K.A. Stoelen, *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*, México, Siglo XXI, 1975, p. 113

na 'diferenciación demográfica' opuesta a la diferenciación de clases, sobre la que Kautsky y Lenin ya habían insistido.⁵⁰ Apoyado por estadísticas de la evolución de las explotaciones campesinas y del tamaño familiar, Chayanov demuestra una clara dependencia entre el desarrollo de la familia campesina y del área por ella cultivada.⁵¹

En cuanto a la importante categoría de la renta de la tierra que, "de acuerdo con la definición académica usual... es la parte del ingreso que el empresario capitalista paga al terrateniente por el uso de la tierra", Chayanov afirma que este fenómeno corresponde a relaciones sociales especiales que no se registran en explotaciones basadas en el trabajo familiar. "Las únicas realidades económicas en las explotaciones basadas en el trabajo familiar son: 1) el ingreso bruto; 2) el dinero gastado en la renovación del capital; 3) el presupuesto familiar; y 4) los ahorros no invertidos en la explotación."⁵² Chayanov comprueba, además, que el precio de la tierra no es el equivalente de la capitalización de la renta (que no existe) sino el del trabajo necesario para satisfacer las necesidades de la familia para lograr el equilibrio trabajo-consumo.⁵³

La decisión por parte de la explotación familiar de introducir innovaciones depende del efecto que tendrán sobre el equilibrio entre trabajo y consumo. Según Chayanov, en condiciones de escasez relativa de tierra la familia, que por su tamaño necesita aumentar su producto, mejorará su tecnología más allá de lo que sería económico para una empresa capitalista.⁵⁴

Frecuentemente, el equilibrio básico interno de la unidad familiar de explotación agrícola hace que sean aceptables remuneraciones muy bajas por unidad doméstica de trabajo, lo cual le permite existir en condiciones que llevarían a la ruina segura a una unidad de explotación capitalista", lo que significa que el campesino puede aceptar remuneraciones globales tan reducidas que quitan todo poder competitivo a la agricultura capitalista.⁵⁵ Eso explica la

enorme capacidad de resistencia que tiene la economía campesina respecto a la competencia capitalista, fenómeno que se observaba ya en la Rusia de fines del siglo pasado.

Para finalizar nuestra exposición de la teoría de Chayanov, destaquemos algunos elementos fundamentales que suscitaron una fuerte y controvertida crítica, cuyos principales argumentos ofrecemos en el párrafo próximo.

1. Chayanov consideró el comportamiento económico de la economía campesina en forma abstracta y aislada de las relaciones económicas y sociales que la rodean y de la cual sólo constituye una parte. Excluyó explícitamente de sus objetivos el tema de la articulación y se centró en los 'mecanismos del proceso organizativo' de la granja campesina. Chayanov se propone realizar un 'estudio morfológico', un 'estudio estático organizativo'.⁵⁶

2. Para él, la economía campesina es un modo de producción (aunque no haya utilizado explícitamente el término 'modo de producción campesina') que está al mismo nivel que los modos de producción esclavista, feudal o capitalista.

3. Los elementos fundamentales de su teoría son la unidad doméstica campesina y el trabajo familiar estimulado por una motivación individual. La razón de ser de la existencia del campesino consiste en la satisfacción de sus necesidades, culturalmente determinadas, que busca a través de un equilibrio entre trabajo y consumo. No hay acumulación en la economía campesina; para Chayanov el campesino deja de trabajar cuando produce lo suficiente como para poder adquirir lo que necesita.⁵⁷ Comercializa sólo parte de su producto pues su mayor parte la destina a satisfacer las necesidades de la familia. "Chayanov se concentra en los mecanismos internos que impiden la producción de un excedente mayor."⁵⁸

⁵⁶*Ibidem*, p. 44.

⁵⁷"Este descubrimiento ha sido llamado por Sahlins 'ley de Chayanov' y formulado de la siguiente manera: en la comunidad de grupos de producción doméstica, cuanto mayor es la capacidad de trabajo de cada grupo, menos trabajan sus miembros, o dicho de otra manera, la intensidad del trabajo en un sistema de producción doméstica varía de manera inversa a la capacidad relativa de cada unidad de producción." Citado por E. Archetti/K.A. Stoehlen, *Explotación familiar...*, *op. cit.*, p. 121.

⁵⁸A.V. Chayanov, *op. cit.*, pp. 121-122.

⁵⁰A.V. Chayanov, *op. cit.*, p. 68.

⁵¹*Ibidem*, Cap. I, pp. 53-69.

⁵²*Ibidem*, p. 227.

⁵³*Ibidem*, p. 234.

⁵⁴*Ibidem*, p. 238.

⁵⁵*Ibidem*, p. 89.

4. Chayanov comprueba una ventaja comparativa que se produce al confrontar la producción campesina con la capitalista; y esa ventaja explica la supervivencia de la economía campesina y hasta su fortalecimiento en determinadas circunstancias, es decir, la gran 'viabilidad y estabilidad' de la pequeña producción.

3. Crítica de la teoría de Chayanov

El interés en la teoría de Chayanov es explicable por la falta de otra teoría consistente acerca de la pequeña producción campesina. Tanto en los enfoques neoclásicos como en los marxistas clásicos se considera a los campesinos como un obstáculo para el desarrollo del capitalismo, aunque con intereses bien diferentes, sin mayor preocupación por el funcionamiento interno de la producción campesina o por su perspectiva. La falta de una teoría consistente acerca de la pequeña producción campesina explica pues el interés en la teoría de Chayanov; pero descubrir a Chayanov, "¿será una actitud científica o será una ilusión ideológica, una reacción instintiva, existencial clasista?"⁵⁹

La importancia y las implicaciones políticas que pueden tener los planteamientos de Chayanov justifican la animada discusión y las numerosas publicaciones dedicadas a analizarlos. Veamos entonces algunos de los aspectos más significativos del debate.

Como ya hemos visto, una de las tesis centrales de Chayanov es la caracterización de la economía campesina como un modo de producción familiar, no capitalista, que pertenece al modo de producción mercantil simple. A pesar de limitarse sólo al análisis de las explotaciones agrícolas familiares, la generalización de sus tesis permitiría extender su teoría a todas las unidades de producción que comparten similares relaciones de producción. Thorner, en su presentación de la obra de Chayanov, escribe que éste "consideró su exposición de la economía campesina como una forma particular de una doctrina más amplia, la teoría de la economía familiar."⁶⁰ Su teoría es una teoría de em-

presas centrada en los mecanismos del proceso organizativo de la granja campesina, en los aspectos económicos, mientras el concepto de modo de producción es un concepto global que surge de un estudio de la realidad histórica. Modo de producción, no es sólo la manera de producir (y menos todavía la manera de intercambiar); porque es, simultáneamente, un complejo técnico de un cierto nivel, un sistema de relaciones jurídicas y sociales ligado al tipo de exigencias de esta técnica y un conjunto de instituciones y convicciones ideológicas que aseguran el funcionamiento del sistema general. Sin embargo, según Chayanov '*peasant economy*' es una categoría netamente descriptiva, una agregación de unidades de producción individuales y atomizadas —la explotación familiar— todas ellas idénticas entre sí. "Tal modelo puede ayudar a la descripción, a la explicación tal vez, de mecanismos parciales, pero es muy dudoso que pueda aclarar los orígenes, las crisis y el destino de una sociedad."⁶¹ Según Vilar, existe un modo de vida campesino pero como elemento de análisis social; no existe en cambio un modo de producción campesina (ni una economía campesina) entre feudalismo y capitalismo, con un campesinado capaz de escapar tanto a las coacciones feudales como a 'la ley del mercado' (selección, concentración, expropiación de los más débiles). Para Maffei "no cabe duda... (que) sería erróneo considerar al campesinado como un modo de producción diferente con características propias, por cuanto está inserto y es parte de una determinada formación social".⁶² Por otro lado, Bartra, en su "invitación a la lectura de Chayanov", apoya la argumentación de éste cuando afirma que "la resistencia de la economía campesina proviene del hecho que se trata de un modo de producción, diferente al capitalista, y no de una economía de transición".⁶³ No ve una síntesis posible entre Chayanov y la teoría clásica mar-

⁵⁹Pierre Vilar, "La economía campesina", *op. cit.*, p. 6.

⁶²Eugenio Maffei, "Algunas consideraciones sobre el campesinado minifundista latinoamericano, la agricultura de subsistencia y el concepto de economía campesina", en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, Bogotá, Volumen 2, N.º 1, p. 125.

⁶³Roger Bartra, "La teoría del valor y la economía campesina: invitación a la lectura de Chayanov", en *Comercio Exterior*, Volumen 25, N.º 5, mayo de 1975, p. 522.

⁵⁹Pierre Vilar, "La economía campesina", *op. cit.*

⁶⁰Daniel Thorner, "Chayanov's Concept of Peasant Economy", en A.V. Chayanov, *On the Theory of Peasant Economy*, *op. cit.*, p. XV.

xista en este aspecto, pero sí destaca que se trata de un modo de producción secundario, el que por su propia naturaleza no puede ser dominante.

En este trabajo no es posible adentrarse en el problema del modo de producción, que es una categoría central de la teoría marxista y que provocó un muy controvertido debate. Como es de suyo evidente no se trata en absoluto de una discusión netamente intelectual. Considerar a los campesinos como un estrato que no es una clase en sí y que se debate entre dos posiciones de clase (Marx), o considerarlos como una clase en sí, dentro de una 'economía campesina' que, a pesar de su articulación con el sistema capitalista mantiene su unidad y posee sus propias leyes y tendencias (Chayanov), implica posiciones políticas bien diferentes.

El objeto del estudio de Chayanov es la unidad campesina de explotación doméstica que él considera como independiente del sistema en el que se encuentra inserta. Si bien el trabajo familiar es un elemento común de todas las formaciones históricas donde se observa la participación de campesinos, no basta para caracterizar toda una formación social y "esconde el rasgo fundamental de la pequeña producción campesina..., su carácter mercantil". Para Chayanov ningún otro grupo, aparte de las explotaciones familiares, existe dentro del campesinado; campesinos ricos o semiproletarios simplemente no existen o por lo menos quedan fuera de su análisis. El campesinado para Chayanov existe económicamente en explotaciones familiares sin mayor diferenciación y sin considerar tampoco las relaciones de producción, ni entre las explotaciones familiares, ni entre campesinos y latifundios. Para él no hay una diferenciación económica; esta imagen no reflejaba la situación real de la Rusia de entonces, menos aún la de los países latinoamericanos de hoy.⁶⁴ El equilibrio trabajo-consumo, este 'modesto prerrequisito', que constituye su premisa básica implica que el campesino determina por sí mismo el tiempo y la intensidad de su trabajo; la motivación individual decide la dinámica

del consumo, la que a su vez impulsa la dinámica de la producción. Esta premisa expresa el carácter estático e histórico de la teoría de Chayanov. Es difícil imaginar una explotación familiar que se mantenga en equilibrio a través del tiempo porque "todo déficit continuo o todo déficit momentáneo demasiado fuerte hace correr el riesgo de eliminación de la unidad de producción y de trabajo. Por el contrario, todo excedente sensible o continuo conducirá a la granja al crecimiento a expensas de los vecinos, o a comercializar el producto fuera de la economía campesina".⁶⁵ Es evidente que el consumo repercute sobre la producción y esta relación aparece en todas las épocas. Pero, como lo afirma Marx, si bien el consumo influye sobre la producción, el factor que actúa como 'preponderante' sobre el consumo es la producción, y lo hace de tres maneras: "1) creando el material para consumir; 2) determinando el modo de consumo; 3) provocando en el consumidor la necesidad de productos que ella ha creado originalmente como objetos. En consecuencia, el objeto del consumo, el modo de consumo, y el impulso al consumo".⁶⁶

Para evitar la visión estática de su teoría, Chayanov incorpora la 'diferenciación demográfica' opuesta al concepto marxista de la diferenciación de clases en la agricultura. La explotación familiar no permanece estática, sino que crece a medida que aumenta el número de miembros de cada familia. Las diferencias observadas en el tamaño de las unidades son atribuibles entonces a diferencias en el número de familiares. Chayanov argumenta que las variaciones en el tamaño de las explotaciones constituyen una causa de la variación en el tamaño de las familias y cita como prueba la correlación entre estos dos factores; pero una correlación todavía no llega a ser una causa.

Como en la economía campesina de Chayanov no hay acumulación, porque el campesino deja de trabajar cuando produce lo suficiente como para poder comprar lo que necesita, queda prácticamente ausente "la omnipresencia de la actividad comercial en las economías

⁶⁴Utsa Patnaik, "Neo-populism and Marxism: The Chayanovian View of the Agrarian Question and its Fundamental Fallacy", en *The Journal of Peasant Studies*, Londres, Vol. 6, N.º 4, Julio de 1979, p. 378.

⁶⁵Pierre Vilar, *op. cit.*, p. 11.

⁶⁶Citado en Manuel Coello, "Caracterización de la pequeña producción mercantil campesina", en *Historia y Sociedad, Segunda Época*, N.º 8, 1975, p. 12.

campesinas”, y los innumerables lazos que crea entre la producción campesina y los centros de acumulación campesina.

La ventaja comparativa que Chayanov atribuye a la producción campesina y que explica según él la supervivencia de la economía campesina, nos parece otro aspecto crítico en su obra. Aunque la supervivencia y la persistencia de la pequeña producción campesina es un hecho irrefutable, ello no se debe a una supuesta superioridad tecnológica, sino principalmente al hecho de que la unidad familiar puede llevar la autoexplotación a un extremo que le permite existir en condiciones que conducirían a la ruina segura a una unidad de explotación capitalista. Es cierto que en situaciones de subempleo en el campo y la falta de suficientes alternativas de empleo en actividades no agrícolas, la pequeña producción campesina puede subsistir pero en condiciones de vida y de trabajo miserables y sobreexplotadas. Pero la ‘viabilidad’ y ‘estabilidad’ de la economía campesina en estas condiciones habría que considerarla como una reacción de los campesinos frente a una distribución muy desigual de los medios de producción, combinada con la falta de alternativas para obtener ingresos, y no como una viabilidad superior y ventajosa para ellos. Ignorando la desigual distribución de los medios de producción, la teoría de Chayanov lleva a justificar las condiciones en que opera la pequeña producción campesina. Por eso nos parece justificada la observación de Patnaik: “cualquier concepto que empieza suponiendo igualdad de propiedad y continúa después racionalizando fenómenos existentes empleando una terminología subjetiva, forzosamente lleva a semejantes conclusiones apologéticas”.⁶⁷

Un último aspecto que queremos mencionar es el desempleo ‘voluntario’. Reducciones de los precios en los mercados que enfrentan los pequeños campesinos, un consumo mínimo como restricción adicional y la dificultad de sustituir mano de obra por capital y tierra, impide un empleo total de la mano de obra familiar en la pequeña explotación. Basándose en la premisa del equilibrio trabajo-consumo que se produce como resultado de la motivación indi-

vidual del campesino, Chayanov define la mano de obra excedente en la explotación familiar como desempleo voluntario. Esto implica que los campesinos comen y trabajan tanto como quieren; por consiguiente si los campesinos satisfacen sus necesidades para subsistir, y si eso es lo que desean, nada requiere nacionalizar, socializar o colectivizar la agricultura.⁶⁸

Es probable que nuestras observaciones no reflejen satisfactoriamente la complejidad de la obra de Chayanov, la que tampoco justifica una condenación simplista. El autor ha observado y descubierto con mucha precisión fenómenos de la pequeña producción campesina que contribuyen a entender el funcionamiento de la explotación familiar en su seno. El lado fuerte de su obra está en la parte descriptiva, pero debe cuestionarse la utilidad de su teoría de la economía campesina para explicar las características y las perspectivas de la pequeña producción campesina en América Latina (u otra región). Su intento de descubrir y atribuirle una originalidad en la realidad social —la economía campesina estaría, como ya se ha dicho, situada entre feudalismo y capitalismo— al postular una especificidad del campo en la sociedad global, lo hace abstraerse de las relaciones existentes y crear artificialmente una formación social que tal como él la presenta no existe. “Por estas razones”, opina Bartra, “en la obra de Chayanov no encontramos la explicación de la economía campesina pero sí elementos básicos para su entendimiento.”⁶⁹

En el plano político-ideológico, los planteamientos de Chayanov y sus propuestas para un fortalecimiento de la economía campesina encuentran eco en los planteamientos de grupos que abordan la cuestión agraria en términos tecnocráticos y populistas, sin considerar las relaciones sociales y la desigual e injusta distribución de los medios de producción, y sin demostrar tampoco ningún interés por cambiar la estructura existente que deja a la mayoría de los campesinos en condiciones de extrema pobreza.

⁶⁸Mark Harrison, “Chayanov and the Economics of the Russian Peasantry”, en *The Journal of Peasant Studies*, Vol. 2, N.º 4, 1975, p. 413.

⁶⁹Roger Bartra, “La teoría del valor...”, *op. cit.*, p. 523.

⁶⁷Utsa Patnaik, *op. cit.*, p. 395.

V

‘Campesinistas’ versus ‘Descampesinistas’: aspectos del debate contemporáneo

En los últimos años se ha planteado, a nivel internacional y particularmente en América Latina, un debate sobre el campesinado que abarca muchos de los aspectos antes considerados. A pesar de la amplia gama de argumentos e interpretaciones que alimentan esa discusión desde las más encontradas posiciones ideológicas, se puede, a grosso modo, distinguir entre dos corrientes que dominan principalmente el debate: los ‘campesinistas’ y los ‘descampesinistas’ o ‘chayanovistas’ y ‘leninistas’, con referencia a los principales teóricos de esas dos corrientes.⁷⁰

El primer grupo sostiene como tesis la posibilidad de la subsistencia y el fortalecimiento de la forma de producción familiar bajo el capitalismo, mientras que el segundo, los ‘descampesinistas’ esperan la más o menos acelerada desaparición de la agricultura campesina, y la intensificación de las relaciones capitalistas en el campo, lo que llevaría a la inevitable proletarianización del campesino.

Dada la imposibilidad, dentro del contexto de este trabajo, de referirnos siquiera a los estudios y autores más destacados, nos limitaremos a una presentación, algo esquemática, de los principales argumentos de las dos corrientes mencionadas.

Crouch-Janvry distinguen entre los ‘campesinistas’ dos grupos: en primer lugar, quienes, influidos por los trabajos de Chayanov y de cierta evidencia empírica, sostienen que los campesinos pertenecen a un modo de producción especial, ya sea ‘parcelario’ o ‘campesino’, o al mercantil simple; y en segundo lugar, quienes argumentan sobre la superioridad de la unidad familiar de producción agrícola, basados simplemente en un razonamiento microeco-

nómico, sin referencia al materialismo histórico.⁷¹

Aunque puede señalarse una gran diversidad de criterios en los estudios publicados por los ‘campesinistas’, aparentemente tienen como nota común la convicción de que la subsistencia de los campesinos no es sólo compatible con la creciente penetración del capitalismo en el campo, sino que incluso es una condición para su expansión. Stavenhagen, uno de los principales ‘campesinistas’ de México, refiriéndose a la situación de su país, afirma que “(en) un país capitalista dependiente, (en) un país capitalista periférico y subdesarrollado, la existencia de una economía pequeño-campesina, no totalmente destruida por las relaciones de producción capitalista, es funcional al desarrollo del capitalismo mismo, y no sólo es funcional en el sentido de que es frenada su descomposición por el desarrollo del capitalismo mismo, sino las necesidades de este capitalismo subdesarrollado y periférico recrean constantemente la economía campesina...”⁷²

El presupuesto teórico de esta orientación es considerar que el sector agrario plantea obstáculos a la plena incorporación del modo de producción capitalista, porque la subsistencia de la forma parcelaria de producción es una necesidad para satisfacer las exigencias de bienes y materias de origen agropecuario que el capitalismo demanda. A pesar de admitir una tendencia hacia la polarización económica, los ‘campesinistas’ insisten que el “campesinado tradicional no desaparece: por el contrario, está aumentando en algunas zonas”.⁷³

⁷⁰E. Feder, “Campesinistas y descampesinistas: tres enfoques divergentes (no incompatibles) sobre la destrucción del campesinado”, en *Comercio Exterior*, Vol. 27, N.º 12, diciembre de 1977, pp. 1439-1446 y Vol. 28, N.º 1, enero de 1978, pp. 42-51.

⁷¹A. de Janvry y L.A. Crouch, “El debate sobre el campesinado: Teoría y significancia política”, en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, Vol. 2, N.º 3, septiembre-diciembre 1979, p. 1.

⁷²R. Stavenhagen, *Capitalismo y campesinado en el desarrollo agrario*, p. 670.

⁷³R. Stavenhagen, “Basic needs, peasants and the strategy for rural development”, en Marc Nerfin (ed.), *Another Development, Approaches and Strategies*, Uppsala, Fundación Dag Hammarskjöld, 1977, p. 53.

Warman, otro de los exponentes más destacados del enfoque 'campesinista', en un reciente ensayo sobre el tema, se opone a la tesis que sostiene que la proletarización y la consiguiente generalización de la relación salarial se haya convertido en la relación de producción más importante en el campo, y que de este modo queden eliminados a corto plazo los campesinos.⁷⁴ Refiriéndose al caso mexicano, argumenta que los trabajadores agrícolas privados de los medios de producción y que subsisten y se reproducen exclusivamente por la venta de su fuerza de trabajo, parecen ser mucho menos numerosos de lo que habitualmente se menciona. Predominan "peones temporales que en sus comunidades de origen cultivan la tierra o forman parte de una unidad que produce y consume de manera integrada". El autor critica la identificación simplista de la presencia del salario con un proceso de proletarización; a pesar de representar un complemento vital, el salario queda subordinado a una red de relaciones fundamentales no mercantiles que ocupan una posición central y estratégica para la supervivencia, la reproducción y la organización de las relaciones productivas campesinas.

Una consecuencia del presupuesto teórico acerca de la particularidad de la producción campesina es el convencimiento evidenciado por los 'campesinistas' de que las reacciones del campesino son opuestas a la lógica del capitalismo. Warman cita, como ejemplo, la producción de maíz en México, cuyo precio "tiene muchas caras para el campesino. Representa no sólo el ingreso por la venta de su producción sino también el principal gasto de consumo... Esta relación compleja, en la que el maíz es ingreso y costo, producto comercial y de subsistencia, es determinante para que este grano no se comporte congruentemente con las leyes del mercado capitalista."⁷⁵ El mismo autor sostiene que los cultivos campesinos dependen de relaciones cuya naturaleza y racionalidad no son las del capitalismo, para luego hacer una importan-

te diferenciación: "en cambio, las relaciones externas del campesino de explotación y dominación de clase, sí son de tipo capitalista".⁷⁶

Para los 'campesinistas' "el campesinado actual es una clase de productores rurales que desempeña diversas tareas productivas y que puede agruparse en cuatro grupos: la producción, la recolección y extracción de productos naturales, la manufactura o transformación de bienes, llamados artesanía, y la venta de fuerza de trabajo ... es una clase explotada que crea un excedente económico que no puede retener y que se transfiere a la clase burguesa".⁷⁷ Y Warman sostiene más adelante que las relaciones de producción que caracterizan al campesinado permiten considerarlo como una clase dentro del capitalismo y rechaza la tesis de su fragmentación en varias fracciones o clases con diferentes relaciones de producción que las separan y las oponen.⁷⁸

En el otro polo del debate encontramos a los 'descampesinistas' o 'proletaristas' quienes "sostienen que los minifundistas están en vías de desaparición y que la eliminación o la extinción de los campesinos por parte del capitalismo supone su transformación en asalariados sin tierra, es decir, en un proletariado en sentido estricto".⁷⁹ Según Bartra, "la relación estructural de la pequeña economía campesina con la gran empresa capitalista conlleva inevitablemente la desintegración, pauperización y proletarización de la primera".⁸⁰

El dinamismo del desarrollo capitalista "destruye inevitablemente toda economía anterior". Todas las estrategias destinadas a lograr una mejor incorporación de los campesinos tanto en el ámbito productivo como en el social, así reforma agraria, programas del Banco Mundial, Revolución Verde, etc., no pueden, según Feder, frenar el inevitable proceso de destrucción del campesinado y concluye: "la regeneración o resurgimiento del campesinado

⁷⁴ Arturo Warman, "El problema del proletariado agrícola", en *Ensayos sobre el campesinado en México*, México, Ed. Nueva Imagen, 1980, pp. 169-184.

⁷⁵ A. Warman, "... Y venimos a contradecir. Los campesinos del oriente de Morelos y el Estado nacional", México, Ed. de la Casa Chata, 1976, p. 238.

⁷⁶ A. Warman, "El neolatifundio mexicano: expansión y crisis de una forma de dominio", en *Comercio Exterior*, Vol. 25, N.º 12, diciembre 1975, p. 1374.

⁷⁷ A. Warman, "Las clases rurales en México", en *Ensayos sobre el campesinado... op. cit.*, p. 205.

⁷⁸ *Ibidem*, p. 212.

⁷⁹ E. Feder, *op. cit.*, p. 1443.

⁸⁰ R. Bartra, *Estructura agraria y clases sociales en México*, México, Serie Popular, Ed. Era, 1974, p. 45.

en el sistema capitalista es un mito romántico; la expansión capitalista hasta el último rincón del sector rural de los países subdesarrollados, bajo la iniciativa y el dominio extranjero, debe concluir inevitablemente en el desplazamiento de los campesinos y los asalariados".⁸¹ Feder no sólo analiza un proceso de descampesinización sino que anticipa también una "eliminación, gradual pero rápida, de todo el proletariado rural", dadas las formas que el proceso de expansión capitalista ha adoptado durante los últimos años.⁸²

En este contexto se califican como antihistóricos y conservadores los movimientos y políticas destinados a fortalecer la economía campesina.

Como no podía ser de otro modo, el debate entre 'campesinistas' y 'descampesinistas' sobre la orientación del proceso de desarrollo de la agricultura muestra una gran diversidad ideológica. Unos defienden la vía capitalista, otros destacan la necesidad de una vía no capitalista o campesina. "La vía capitalista no sólo ha sido defendida por la derecha, como sería evidente y natural, sino que a veces ha sido tomada por posiciones de izquierda; y al revés: la ruta campesina, supuestamente radicada en la izquierda, también ha sido adoptada por reaccionarios y conservadores".⁸³ En parte este debate parece oscilar "entre las esperanzas del productivismo capitalista y la nostalgia sentimental hacia este mundo que hemos perdido".⁸⁴ La falta de rigor analítico y de evidencia empírica en varios trabajos reflejaría más bien "una preocupación moral y ética que una realidad objetiva", reemplazando una posición realista por una visión del 'deber ser'.⁸⁵ Y nos parece acertada la apreciación de Miró-Rodríguez cuando dicen: "...la intensa discusión entre diversas corrientes interpretativas de la realidad agraria latinoamericana no se plantea tanto en torno a lo que efectivamente está ocu-

riendo sino con referencia a lo que se supone ocurrirá".⁸⁶ A pesar de las diferencias entre los dos grupos mencionados, se puede incluir a la mayoría de los autores en una misma orientación ideológica, "la corriente histórico-estructural o del materialismo histórico", como son llamados en un trabajo de la CEPAL sobre economía campesina. Como rasgos comunes de dichos autores se mencionan los siguientes:

- la presencia significativa (exclusiva en algunos casos) de categorías conceptuales derivadas del materialismo histórico;

- el rechazo de las diversas interpretaciones dualistas;

- la adopción, de modo implícito o explícito, parcial o total, de las tesis de la llamada teoría de la dependencia, al considerar que el proceso de generación de las estructuras agrarias nacionales es parte de un proceso histórico que caracteriza la inserción subordinada de las economías periféricas en la división internacional del trabajo;

- tanto el tamaño de las unidades como las formas de tenencia constituyen sólo uno de los elementos que inciden en la caracterización de la estructura agraria y no los únicos o preponderantes como ocurre con la corriente estructuralista, representada en los informes del CIDA;

- finalmente, hay coincidencia en considerar que la superación de la contradicción Estado-campesinos no puede resolverse en el marco del Estado actual, sino a través de su transformación radical.⁸⁷

De todos modos, han aparecido estudios que no podrían clasificarse entre los extremos de 'campesinistas' o 'descampesinistas'; son aquellos que cuestionan la tesis de la proletarianización total y sugieren la existencia de otras modalidades en la confrontación entre campesinos y capitalismo.⁸⁸ Díaz, en su análisis de la econo-

⁸¹E. Feder, *op. cit.*, p. 51.

⁸²*Ibidem*, p. 1444.

⁸³A. Warman, "Desarrollo capitalista o campesino en el campo mexicano", en *Comercio Exterior*, Vol. 29, N.º 4, abril 1979, p. 399.

⁸⁴P. Vilar, *op. cit.*, p. 18.

⁸⁵"Presentación" del Comité Editorial en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, Vol. 2, N.º 2, mayo-agosto, 1979.

⁸⁶Carmen A. Miró-Daniel Rodríguez, "Capitalismo y población en el agrolatinoamericano. Tendencias y problemas recientes", trabajo incluido en este mismo número de la *Revista de la CEPAL*.

⁸⁷CEPAL, "Economía campesina y agricultura empresarial...", *op. cit.*, pp. 35-47.

⁸⁸John Durston, "El campesino semiproletario en América Latina", (CEPAL, documento para discusión), Santiago, mayo de 1980; Luisa Paré, *El proletariado agrícola en México, ¿campesinos sin tierra o propietarios agri-*

mía campesina en México, habla de un “proceso de descomposición campesina bastardeado o a medias.” El hecho de que algunos miembros de la familia se proletaricen parcialmente como una forma de complementar su ingreso, sin abandonar en forma definitiva su pedazo de tierra, no quiere decir que hayan perdido su condición de campesinos. Por eso, Díaz habla de una “situación de permanente semiproletarización”, en la cual la “mano de obra del campo oscila dentro de un proceso de descomposición-reforzamiento de la economía familiar”.

Muchos autores admiten la existencia del sector campesino semiproletario, pero “los campesinistas lo reclaman como parte del campesinado, mientras los descampesinistas lo consideran un fenómeno transicional, o bien ya parte del proletariado rural con una simple apariencia superficial de campesino”.⁸⁹ Amin considera al campesino pobre como ‘objetivamente proletarizado’ a pesar de que sigue siendo formal o virtualmente propietario de alguna pequeña parcela. En el plano de su conciencia, el campesino es un pequeño productor, pero en la

práctica es más bien un “proletario a domicilio”.⁹⁰ El concepto de ‘semiproletario’ ofrece un cierto atractivo y aparentemente presenta una salida al falso dilema planteado por el debate ‘campesinistas’ versus ‘descampesinistas’. Pero el empleo de un término tan ambiguo como ‘semiproletario’ y su elevación a nivel de una categoría analítica requiere previamente, a nuestro juicio, una mayor profundización teórica para luego poder sugerir que “ésta sería la fracción del campesinado de mayor importancia en el desarrollo capitalista del agro latinoamericano”.⁹¹

En el ya citado trabajo de la CEPAL/México se menciona la “vertiente ecléctica o tercerista” que “no sólo discrepa de la existencia de una contradicción antagónica Estado-campesinos, sino que, por el contrario, sostiene la viabilidad de superar o, más precisamente, de morigerar significativamente el grado de explotación a que está sometido el campesinado, a partir de una suerte de alianza entre los campesinos y el Estado.”⁹²

VI

Algunas observaciones en torno al debate sobre la economía campesina

Esta última parte de nuestro trabajo estará dedicada a mencionar algunas observaciones e interrogantes que se nos plantearon a lo largo del estudio de los diferentes enfoques sobre la economía campesina. No pretendemos ofrecer un nuevo enfoque que evite las debilidades de lo ya presentado, pero sí esperamos brindar algunos elementos que permitan orientar nuestro trabajo sobre la agricultura campesina.

La vehemencia que caracteriza la discu-

sión entre los estudiosos del campo, recomienda preguntar por las razones que subyacen en el debate. Con seguridad, por un lado habría que tomar en cuenta una cierta actitud romántica por la vida campestre; y por el otro, el rechazo de aquella forma ‘anacrónica’ de producción. Pero las razones trascienden lo psicológico y, lo que parece más importante, evidencian el contenido político de la polémica. Nos parece muy acertada la observación de De Janvry-Crouch cuando afirman que “los esfuerzos reformistas implicados en los programas de re-

colas?, México, Siglo XXI, 1977; Solon Barraclough, “Perspectivas de la crisis agrícola en América Latina”, en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, Vol. 1, N.º 1, enero-abril 1978, pp. 33-57; Erasto Díaz, “Notas sobre el significado y el alcance de la economía campesina en México”, en *Comercio Exterior*, Vol. 27, N.º 12, diciembre de 1977.

⁸⁹John Durston, *op. cit.*, pp. 41-42.

⁹⁰Samir Amin, “El capitalismo y la renta de la tierra”, en Amin-Vergopoulos, *La cuestión campesina y el capitalismo*, *op. cit.*

⁹¹John Durston, *op. cit.*, p. 43.

⁹²CEPAL, *op. cit.*, pp. 47-49.

forma agraria y desarrollo rural podrían parecer inútiles si se llegase a la conclusión teórica que el campesinado está inevitablemente destinado a desaparecer; por otro lado, la tendencia a la desaparición o permanencia del campesinado tiene tantas implicaciones programáticas para los partidos de izquierda hoy como en los tiempos de los debates entre Lenin y los populistas y Kautsky y los socialdemócratas”.⁹³

El punto de partida de todos los enfoques es la definición de qué es el campesino. Los antropólogos se refieren a los campesinos como un tipo de agrupación humana con ciertas características comunes en todas partes del mundo.⁹⁴ E influidos por los antropólogos encontramos en los enfoques modernizantes y neoclásicos una visión de un campesino amarrado a un sistema tradicional, que es un obstáculo para el desarrollo y condenado a desaparecer con el avance de los procesos de modernización. En los enfoques marxistas clásicos, aunque derivados de un análisis y de una perspectiva diferente, se llega a una apreciación similar, como es la de un campesinado que, por la expansión de las formas capitalistas de producción, se descompone y se convierte ya sea en proletariado o en burguesía. Los populistas rusos, representados por Chayanov, consideran la economía campesina como un modo de producción regido por leyes que no son las del feudalismo ni las del capitalismo. En los trabajos de los ‘campesinistas’ y ‘descampesinistas’ prevalecen definiciones basadas en negaciones, pues toman como punto de referencia al productor capitalista. La ausencia de la categoría de ganancia como *leit-motiv* para las actividades de los pequeños campesinos constituye para los ‘campesinistas’ el elemento caracterizador del campesinado. Los principales problemas que surgen para ofrecer una ‘buena’ definición del campesinado derivan, según Landsberger, de un doble intento:

“1) de clasificar grupos concretos de seres humanos por estar ‘dentro’ o ‘fuera’ de alguna categoría; y

2) de realizar esta categorización sobre la base, preferentemente, de un solo criterio, o de tan pocos como sea posible...”⁹⁵

Muchos autores pasan por alto el hecho de que no existe *un* campesinado ni *una* problemática campesina; lo que sí existe es una sociedad rural con campesinos socialmente diferenciados que, dada la expansión del capitalismo, perdieron la unidad original de su clase.

Un análisis de la realidad del agro de las últimas tres décadas muestra indudablemente un avance en el proceso de modernización de la producción agrícola y una fuerte penetración capitalista, hechos que provocaron una creciente diferenciación en el proceso productivo y en la población rural. Hay evidencias de que también hubo un proceso de ‘descampesinización’ y proletarianización en América Latina, pero al mismo tiempo, observamos la persistencia y reproducción de las unidades campesinas de producción que siguen siendo la principal fuente de subsistencia de una gran parte de la población rural. Adoptar una posición rígida en el debate polarizado entre ‘campesinistas’ y ‘descampesinistas’ implicaría, ora una sobresimplificación de la realidad, ora un falso dilema. La interrogante de si un enfoque es analíticamente adecuado depende asimismo de la pregunta de hasta dónde éste es empíricamente aplicable.

La realidad agraria en América Latina, consideradas todas sus diferencias históricas, sociales, culturales y geográficas, se caracteriza por un campesinado que está viviendo procesos simultáneos —y con diferentes grados de intensidad— de proletarianización, ‘campesinización’ y ‘descampesinización’, que dependen de las características que adquiere el modelo de desarrollo vigente en cada país. La tesis de que el capitalismo necesita un obrero libre, sin tierra, que debe vender su fuerza de trabajo, no impide que aparezca también la alternativa de un desarrollo capitalista sin una profundización de la ‘descampesinización’. El avance de las empresas capitalistas en el agro y la creciente concentración de la producción en las mis-

⁹³De Janvry-Crouch, *op. cit.*, p. 1.

⁹⁴Robert Redfield, “Peasant Society and Culture”, *op. cit.*, p. 61.

⁹⁵Henry A. Landsberger, *Rebelión campesina y cambio social*, Barcelona, Ed. Crítica, 1978, p. 21.

mas no implica necesariamente una reducción del número de pequeñas explotaciones ni una proletarización de los campesinos. Si bien a largo plazo la tendencia del capitalismo es la eliminación de las formas no capitalistas, por lo pronto éstas se mantienen porque fueron temporalmente integradas por el capital. Eso explica por qué nos parece tan aventurado hablar de una proletarización generalizada en América Latina como la tendencia predominante, como hacerlo de una extinción del campesinado como tal.

El desarrollo del capitalismo en el agro no ha creado categorías estrictas y puras, sino más bien situaciones ambiguas y hasta contradictorias. Es decir, hay una diferencia sustancial en la forma como se ponen de manifiesto las leyes capitalistas en la agricultura y en la industria. Debido a ciertas condiciones naturales que la distinguen de los demás sectores —y que conducen a singularidades en las relaciones capitalistas— la agricultura impone barreras a la producción capitalista. El hecho de que la agricultura esté subordinada al capital y de que en ella se den primordialmente relaciones de producción capitalistas no implica necesariamente la existencia de una simple relación capital/trabajo asalariado. No existe una ley que determina una generalización del trabajo asalariado, más bien pueden surgir nuevas relaciones de producción, las que dependen de las condiciones y posibilidades del proceso de acumulación del capital; se regeneran viejas o se desplazan relaciones existentes, como, por ejemplo, el trabajo asalariado. La existencia y perduración de formas ‘anacrónicas’ tales como la pequeña producción campesina no corresponde a un desarrollo errático, a una omisión del sistema, sino que forman parte integral del sistema y hasta una base para su reproducción. En lugar de un aparente resabio de antiguas formas de producción que pronto desaparecerá, la producción campesina puede ser, en realidad, el resultado de un desarrollo capitalista. La erradicación de los campesinos de su tierra tiene sus límites dados por la imposibilidad de absorber esta fuerza de trabajo en otros sectores. Por eso compartimos la afirmación de Warman, “que hay una barrera estructural definitiva contra la transferencia, en plazo previsible, de la fuerza de trabajo ocupada en la agricultura a otras actividades econó-

micas”.⁹⁶ El hecho de que en el campo la mano de obra liberada sea en gran parte superflua ayuda a entender y explicar el problema de la obstinada supervivencia de la producción campesina, la que, por su mismo empobrecimiento hace mucho tendría que haber desaparecido; ser campesino “no es un modo de vida, sino una manera de sobrevivir”. La capacidad que posee la producción campesina para retener población productiva o improductiva, ajustándose a los requerimientos del ritmo de absorción de mano de obra de los sectores secundario y terciario, es probablemente la función más importante de este tipo de producción, sobre todo en el plano político.

El proletario puro, privado de los medios de producción, que depende para su subsistencia y reproducción sólo de su salario, todavía no constituye una categoría generalizada en el campo en América Latina.

Parecería que el número de asalariados ha aumentado como consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas en el campo, aunque también se ha visto afectado por este mismo desarrollo a medida que se mecaniza la agricultura. Dentro de la tendencia a la proletarización hay períodos durante los cuales el proceso se acelera, alternados con otros períodos de reflujo; es un movimiento que responde a cambios tanto en la política agraria, en las relaciones de producción, como en la demanda de productos agrícolas, y/o a variaciones en los precios de los mismos. En tiempos de crisis, el proceso de proletarización, como medida de autodefensa ante el desempleo, se torna reversible. En este contexto, es de la mayor importancia el carácter estacional de los requerimientos de la mano de obra, una de las características de la agricultura. La estacionalidad de la producción agrícola implica que pequeños productores, o miembros de la unidad familiar, en determinados períodos del año venden su fuerza de trabajo; es decir, se convierten en asalariados, para después volver a trabajar su parcela. Miró-Rodríguez afirman que la relación empresa-minifundio que más se ha generalizado en toda la región es el asalariado ‘temporal’, lo que ha significado una proletarización ‘atípica’. El trabajo

⁹⁶A. Warman, “Desarrollo capitalista o campesino en el campo mexicano”, *op. cit.*, p. 402.

asalariado temporal pasa a ser un elemento sustancial para la recreación de la economía campesina. Se ha tornado en una estrategia de supervivencia de la población trabajadora y no más en una estrategia de reproducción de las haciendas o plantaciones.⁹⁷

Algunos autores descartan un proceso de acumulación que destruya desde adentro el modo de ser de la economía campesina. No sería la falta de excedentes lo que impediría una acumulación, ya que la pequeña producción campesina sí produce excedentes; pero, debido a la relación entre producción campesina y mercado, caracterizada por un intercambio desigual, parte de su trabajo es absorbido por la sociedad de la que forma parte y con la que realiza transacciones. De este modo, el campesino transfiere excedentes a expensas de su consumo, y éste puede llegar al límite de lo estrictamente físico, y, además, en ocasiones, absorbe parte del trabajo necesario para la reproducción de sus instrumentos de producción. Puesto que el valor de la fuerza de trabajo familiar no está incluida en su totalidad como costo de producción, la autoexplotación que caracteriza a la economía campesina se transforma en una apropiación directa de su producto por parte de las empresas capitalistas una vez que ingrese como semiproletario en el mercado de mano de obra. El monto que requiere para su subsistencia debe asegurar no sólo su propia reproducción, sino también la formación de los futuros productores y el retiro de los ancianos; y los medios de subsistencia deben sostener a este grupo también en períodos de desempleo. Pero lo normal es que el asalariado temporal sólo cobre por el tiempo efectivamente trabajado. Por consiguiente, tiene que conseguir entonces los medios para su reproducción trabajando para ello su parcela durante ciertos períodos del año. “En esta forma el capitalismo extrae una renta en trabajo a sus obreros en la medida en que se transfiere al sector capitalista una fuerza de trabajo producida en la economía doméstica”.⁹⁸

Si se toman en cuenta estos factores, puede afirmarse que la economía campesina está participando en forma significativa de la capitali-

zación del agro y de la acumulación de capital en los demás sectores a través de un proceso de explotación. Estas condiciones explican (como tendencia general) las limitaciones de una acumulación dentro de la pequeña producción campesina y no así la existencia de un supuesto equilibrio trabajo/consumo como el presentado por Chayanov, o una mentalidad productiva atrasada, como sostienen algunos antropólogos y exponentes del enfoque modernizante. A nuestro juicio la posición ‘campesinista’ no es incompatible con la opinión ‘descampesinista’ de que los minifundistas están en vías de extinción y que la desaparición o la eliminación de los campesinos por parte del capitalismo supone su transformación en asalariados sin tierra, es decir, en un proletariado rural en sentido estricto.

En primer lugar habría que tomar en cuenta el horizonte de tiempo, es decir, que a mediano plazo la economía campesina seguramente no desaparecerá, como tampoco todos los campesinos se convertirán en pequeños burgueses o proletarios. Hasta que el desarrollo del capitalismo no haya logrado un dinamismo suficiente que le permita crear canales de absorción para la mano de obra en otros sectores —lo que no se prevé— aquél buscará alguna forma de ‘simbiosis’ con la economía agrícola, sometiéndola a sus intereses sin liquidarla. Esto, por supuesto, no impide que en ciertas zonas con una avanzada capitalización pueda producirse localmente una fuerte descampesinización y proletarización, mientras que en otras, la economía campesina persista y hasta se fortalezca.

Algunos grupos de campesinos con acceso a tierra, créditos y mecanismos de comercialización, particularmente alrededor de los centros urbanos, podrían especializarse, por ejemplo, en productos verdes para el mercado interno con posibilidades de lograr buenas rentabilidades. En el futuro, esas empresas además podrían producir alimentos y productos agrícolas para los mercados urbanos; dedicarse a rubros específicos donde el tipo de trabajo requiere una atención propia de la pequeña propiedad, lo que les daría ventajas comparativas y, finalmente, cumplir una función de ‘colchón’ anticíclico en algunos productos que evidencian fuertes fluctuaciones en los precios.

⁹⁷Miró-Rodríguez, *op. cit.*

⁹⁸Luisa Paré, *op. cit.*, p. 143.

Los sectores de los pequeños productores que no logren incorporarse a este grupo bien podrían vender sus tierras o someterse a un proceso de campesinización creciente donde se intensifique el cultivo de productos de subsistencia con venta de trabajo fuera del predio, asimilándose de este modo a la pequeña agricultura tradicional, con escasas relaciones con el mercado capitalista.

Las parcelas de las áreas agrícolas marginales podrían dedicarse a retener población para impedir, de este modo, se intensifiquen los flujos migratorios y el desempleo; y allí podrían establecerse proyectos como los DRI (Desarrollo Rural Integrado) para lograr mejoras en sus ingresos, sin que la sociedad en su conjunto se vea mayormente afectada por sus problemas.

La utilidad de una definición o de un marco conceptual como categoría analítica queda demostrada en la medida que ayude a entender y explicar la realidad. Su elaboración, entonces, no puede ser exclusivamente el producto de la observación de determinadas actitudes y su extrapolación en el tiempo y en el espacio; mas tampoco puede ser sólo el resultado de un proceso teórico de deducción. La gran heterogeneidad de fenómenos y formas diferentes que pueden observarse al abordar la cuestión campesina de la región, requiere un mejor equilibrio entre preocupaciones teóricas y aplicaciones concretas para poder captar el desenvolvimiento efectivo de la realidad, y dar cuenta del 'movimiento' concreto dentro de la tendencia, antes que ceñirse a esquemas generales. "Los fenómenos concretos en América Latina no lo hacen asimilable a ninguno de los 'modelos clásicos'."⁹⁹ Concordamos con Landsberger, quien aboga por un concepto 'campesino' lo más amplio posible, para "analizar cuidadosamente el status del campesino en una serie de dimensiones económicas y políticas que le son propias (al igual que culturales...)"¹⁰⁰ Hay un cierto consenso de que "el campesino es un trabajador directo de la tierra que posee (ya sea en propiedad, arrendamiento o cualquiera otra forma de tenencia); que utiliza fuerza de trabajo familiar, a la que no remu-

nera en dinero y del total que produce guarda una parte para el autoconsumo y el resto lo destina al mercado".¹⁰¹ Sin embargo, observa el mismo autor, "si se aplica esta definición de una manera estricta, sólo cabe en ella un sector de lo que en la realidad configura el mundo campesino, aquél que ha sido definido como campesino medio".¹⁰² Quedan fuera, por un lado, quienes pueden contratar mano de obra no familiar y producen principalmente para el mercado; y, por el otro, quienes tienen que vender por lo menos parte de su fuerza de trabajo y producen sobre todo para el autoconsumo. Los campesinos están sometidos a un permanente proceso de liquidación y reproducción de su forma de producción. Por consiguiente, intentar definirlos no puede hacerse siguiendo criterios estáticos, antes bien es preciso reflejar que están oscilando entre dos extremos —integrarse a una agricultura comercial o proletarizarse—, pero de todos modos con varias formas intermedias que a veces poseen un intenso grado de persistencia. La dificultad que plantea separar empíricamente las diferentes categorías nos hace preferir integrar en nuestro análisis también al asalariado permanente y al campesino sin tierra (una categoría numéricamente bien importante según los censos de varios países). A nuestro juicio, esas dos categorías, excluidas en las definiciones tradicionales¹⁰³ forman un polo extremo de la pequeña producción campesina, así como los campesinos 'ricos' constituyen el otro. Entre estos grupos sociales existe una cierta movilidad; hacer un corte entre ellos demasiado estricto puede significar que se deja, por razones de pureza teórica, un grupo fuera del análisis que, en otro momento y en otras circunstancias, puede integrarse de nuevo a la 'economía campesina'.

Si resumimos los argumentos expuestos por los participantes del actual debate en favor de uno u otro enfoque, y si los comparamos con

¹⁰¹Sergio Gómez, "Descomposición campesina: análisis de los asignatarios de la reforma agraria", PREALC/OIT, Santiago de Chile, enero de 1980, p. 6.

¹⁰²*Ibidem.*

¹⁰³Véase también Crispi-Brignol, "Algunos alcances teóricos para orientar una investigación sobre el campesinado en América Latina", CEPAL/FAO, julio de 1979. Documento para discusión.

⁹⁹Miró-Rodríguez, *op. cit.*

¹⁰⁰Henry A. Landsberger, *op. cit.*, p. 33.

los esgrimidos a principios de este siglo entre marxistas y neopopulistas en Rusia, se tiene la sensación de algo *déjà vu*, dada la escasa originalidad de la discusión. Y por otra parte el elevado nivel de abstracción de los trabajos de algunos autores contrasta a su vez con las deficiencias en punto a búsqueda de categorías adecuadas que reflejen las nuevas o cambiantes relaciones económicas de los diferentes productores agrarios (o rurales) con el capital.

A pesar de todos los intentos de interpretación se hace evidente la ausencia de una teoría satisfactoria sobre el campesinado, su forma específica de producción y reproducción, su carácter y su papel en sociedades como las latinoamericanas. Convenimos con Miró-Rodríguez que “las claves para percibir las posibles alternativas del agro de la región sólo pueden encontrarse en un conocimiento profundo de los fenómenos que parecen emerger, buscando rearticular la teoría a la luz de los nuevos hallazgos y no a la inversa”.¹⁰⁴ Solamente de esta manera se podrá superar lo que Warman juzga la falta de correspondencia entre lo que se puede observar e investigar en el campo y lo que se analiza y discute a través de las definiciones vigentes. Seguir formulando hipótesis acerca de la desaparición teórica de los campesinos a base de afirmaciones empíricas, frecuentemente restringidas a áreas o sectores limitados, con escasa representatividad, nos parece un estéril ejercicio académico. Con independencia de la etiqueta que se les ponga, los campesinos existen y seguirán existiendo por lo menos en un horizonte de tiempo previsible, y esto a pesar de ciertas tendencias generales que anuncian su proletarianización.

En este contexto la noción de economía campesina parece útil tanto para estudiar el funcionamiento interno de esa forma de pro-

ducción como sus relaciones con el capitalismo. Sin embargo, esta noción encierra varios peligros, los que se destacan en la presentación de una selección de textos titulada *Economía campesina* y que estimamos útil citar a continuación:¹⁰⁵

“1. Al poner énfasis en la autonomía y el aislamiento o en la búsqueda de especificidades de este tipo de economía, se puede caer en la ahistoricidad de esta noción, despojándola de todo contenido de relaciones sociales;

2. En ocasiones, la noción de economía campesina adolece de un fuerte sesgo economicista, que impide analizar todos los aspectos que intervienen en su funcionamiento;

3. La noción de economía campesina, desprovista de su contenido histórico y social, puede conducir a formas nuevas y refinadas de dualismo: dos distintos tópicos sociales, que coexisten simultáneamente en un mismo país, sin mayor vinculación entre sí;

4. Por hacer hincapié en lo específico de la economía campesina y por tratar de aislar sus componentes en el proceso productivo agrícola campesino, se cae en el olvido de las propias relaciones sociales de esta economía campesina y se ignoran los otros procesos e instancias de la realidad social en la cual está inserta esta economía campesina”.

Subrayaremos, para terminar, nuevamente la necesidad de lograr un mejor equilibrio entre preocupaciones teóricas y aplicaciones concretas, incorporando nuevos elementos y nuevas evidencias que permitan sacar el debate de su torre de marfil; y, lo que nos parece más importante aún, para que contribuya a la formulación de políticas que beneficien realmente a los campesinos y que no lleven en última instancia, a un mayor empobrecimiento de la población rural.

¹⁰⁴Miró-Rodríguez, *op. cit.*

¹⁰⁵J. Orlando Plaza, *Economía campesina*, presentación y selección de textos, Lima, Desco, 1979, pp. 20-23.

El campesinado en América Latina

Una aproximación teórica

*Raúl Brignol
y Jaime Crispi**

Es propósito de este artículo analizar el papel que juegan las formas campesinas de producción en el proceso de acumulación capitalista en América Latina y evaluar sus perspectivas.

La primera parte sitúa al campesino latinoamericano en el contexto de un capitalismo dependiente y menos desarrollado que el de los centros, en un período cuando el capital está penetrando con gran fuerza en el campo.

La segunda enuncia un conjunto de criterios que permiten definir qué se entiende por unidades campesinas, referidos tanto a la naturaleza de tales unidades como a su dinámica en el marco de una formación social concreta.

La tercera centra el análisis en el papel del campesinado en América Latina. Para ello, discute la lógica de funcionamiento de las unidades campesinas y sus formas de resistir la desintegración; estudia el papel que juegan las diferentes fracciones del capital en su relación con el campesinado; y examina cómo el Estado evita la destrucción de las formas campesinas de producción debido al papel que ellas juegan en la expansión del sistema capitalista.

Finalmente, la cuarta, a modo de conclusión, plantea dos hipótesis para orientar posteriores investigaciones. La primera enfatiza la persistencia del campesinado como producto de la complementariedad que éste tiene para la expansión del capitalismo, mientras que la segunda sostiene que las formas campesinas de producción en América Latina no son uniformes y que ellas dependen de las condiciones específicas en las cuales el campesinado está ubicado.

*Funcionario de la División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO y Ex Consultor de la misma, respectivamente.

I

Consideraciones sobre el momento histórico en que se estudia el campesinado

La penetración del capitalismo en una formación social no significa necesariamente que al mismo tiempo ella ocurra en la agricultura. Por lo general su introducción en la agricultura se produce en un momento histórico posterior, cuando el modo de producción capitalista ya es el dominante en la formación social.

Para analizar la economía campesina es necesario tener presente la afirmación anterior, pues ella ayuda a ubicar y definir el momento histórico considerado. En este trabajo, y teniendo en cuenta que el capitalismo es el sistema dominante en la casi totalidad de las formaciones sociales de la región, lo que se pretende es abordar la economía campesina durante el proceso de penetración del capitalismo en el campo.

Significa esto que en el campo ya se habían registrado antes una serie de transformaciones que crearon las condiciones necesarias para que el capitalismo pudiera penetrar en la formación social. Entre tales transformaciones, son fundamentales para el estudio de la economía campesina, la constitución de la propiedad jurídico-formal de la tierra y la generación del trabajo libre. Sin embargo, la vigencia de la propiedad jurídico-formal de la tierra puede representar un obstáculo cuando el mismo sistema se va introduciendo en la agricultura, aunque ya sea el dominante en la formación social. La razón por la cual puede constituirse en obstáculo es la *posibilidad* que la propiedad de la tierra ofrece a los terratenientes de apropiarse de una sobreganancia como renta de la tierra, lo que a su vez puede conducir a una disminución de la capacidad de acumulación en la economía no agrícola o en la agrícola no terrateniente. Y es por la posibilidad de apropiación de tal sobreganancia que el sistema buscará implementar mecanismos que le permitan minimizar o eliminar la apropiación de la renta de la tierra por parte de los terratenientes, sean éstos grandes y medianos propietarios o campesinos.

Otro hecho tan importante como el anterior para el estudio del campesinado en América

Latina recomienda tener presente que se está en el contexto de un capitalismo dependiente. El establecimiento de ese sistema dependiente en las formaciones sociales latinoamericanas ha asumido determinadas características que limitan sus niveles de expansión y pasan a generar problemas para la evolución del propio sistema. Entre las cuestiones suscitadas mencionemos las transferencias de excedentes a los centros y la tecnología inadecuada con relación a la dotación de fuerza de trabajo. Ambos he-

chos han conducido a un insuficiente dinamismo para absorber gran parte de la población económicamente activa que vive en las ciudades, imponiendo límites al desplazamiento de la población excedente del campo a las ciudades y generando problemas adicionales para la penetración del propio capitalismo en el campo. Por tales razones, entre otras, importa al sistema como un todo la existencia de la economía campesina y su capacidad de retención de fuerza de trabajo en el campo.

II

Crterios para definir el campesinado

Para estudiar al campesinado latinoamericano en el contexto de un capitalismo dependiente es necesario indicar algunos criterios para distinguir teóricamente las unidades agrícolas componentes de la economía campesina, así como para hacer explícito lo que aquí se define como economía campesina. Tales criterios se refieren tanto a la naturaleza intrínseca de las unidades campesinas (puntos 1 al 5), como a su inserción y forma de evolución en el contexto de una formación social concreta (puntos 6 al 8).

1. La producción en las unidades agrícolas campesinas tiene por objeto la reproducción de la unidad y no la maximización de la tasa de ganancia capitalista. Esto significa que la ley fundamental de movimiento de la economía campesina es garantizar la reproducción de las familias vinculadas a sus unidades al nivel más alto posible (maximización del ingreso familiar indivisible). Por consiguiente quedan excluidas de esta definición de la economía campesina todas aquellas unidades de producción cuyo objetivo fundamental es maximizar su tasa de ganancia.

2. La economía campesina está compuesta por unidades económicas que incluyen al mismo tiempo la producción y el consumo final. Con este criterio se quiere resaltar el hecho de que dentro de las unidades componentes de la economía campesina las decisiones se toman considerando, en forma inseparable, la producción y el consumo final de la familia.

3. Las unidades económicas campesinas emplean fundamentalmente fuerza de trabajo familiar. Es posible que durante algunos períodos determinados empleen también fuerza de trabajo no familiar o asalariada, pero su lógica interna las induce a utilizar toda la fuerza de trabajo familiar disponible.

4. Cuando la producción agrícola de la unidad campesina no asegura su reproducción, el campesinado vende su fuerza de trabajo. Tal actividad, ejercida como asalariada temporal (semiproletaria), es cada vez más común en América Latina. De todos modos, es importante recordar que los asalariados permanentes (proletarios), aunque posean vínculos familiares o de otro tipo con una unidad campesina, aquí no son considerados como campesinos.

5. La producción de las unidades campesinas habitualmente tiene un carácter mercantil, a pesar de que el campesino para tomar sus decisiones considere tanto el valor de uso como el valor de cambio y busque, constantemente, minimizar su riesgo. Sin embargo, es posible que existan todavía unidades campesinas cuya producción no tenga un carácter mercantil o que actúen coyunturalmente con este carácter, para minimizar el riesgo, pero la realidad actual parece indicar que estas últimas unidades son cada vez menos numerosas.

6. El nivel de reproducción material en las unidades de cada tipo de economía campesina depende de las condiciones históricas específi-

cas dentro de las cuales han evolucionado. Esto indica que pueden existir, como de hecho existen, distintos niveles de reproducción para diferentes tipos de economía campesina; lo cual impide que se pueda utilizar un determinado nivel de reproducción material como elemento definitorio de las unidades pertenecientes a la economía campesina en América Latina, pues tal nivel es variable en función de las condiciones históricas específicas.

7. La reproducción material en las unidades de una economía campesina en un cierto momento histórico, puede ser simple o ampliada. Esto indica que tampoco se puede definir empíricamente como economía campesina sólo aquellas unidades que están en un proceso de

reproducción simple. Es posible que algunas o todas las unidades de un tipo de economía campesina estén aumentando durante un tiempo los elementos de trabajo y/o el consumo de la familia, sin utilizar para ello fuerza de trabajo asalariada. Esto significa que estarían en un proceso de reproducción ampliada sin dejar por eso de pertenecer a la economía campesina.

8. La economía campesina en América Latina es una forma de producción subordinada. Su carácter dinámico, como forma de producción subordinada, está condicionado por un proceso que oscila constantemente entre la desintegración y la conservación, o entre la desintegración y la recreación.

III

La lógica y la dinámica del campesinado en América Latina

Existen diversas formas a través de las cuales se concretan los intercambios dentro de la economía campesina, y entre ésta y el resto de la sociedad. La diversidad de tales formas de intercambio determina la amplia gama de relaciones que hoy posee el campesino en América Latina. Entendemos que la reflexión sobre el sentido y la magnitud que tienen estos intercambios puede contribuir a la mejor percepción de las posibilidades de supervivencia que muestra la forma de producción campesina en la América Latina actual.

Siguiendo este razonamiento, podría postularse que si algunas unidades campesinas pueden absorber excedentes a través de estos intercambios, ya sea de otras unidades campesinas o del resto de la sociedad, tienen buenas posibilidades de transformarse en unidades capitalistas. Por otra parte, también resultaría evidente que si a estas unidades se les extrae, en forma reiterada y por montos elevados —a través de los intercambios— el producto social generado, lo más probable es que terminen desintegrándose y sus miembros pasen a formar parte de la fuerza de trabajo asalariada. De esta manera se puede concluir que, sólo si es de pequeña magnitud, el monto de excedente extraído de las unidades campesinas o el monto

de excedente acumulado por dichas unidades, es posible que no se altere el carácter de esta forma de producción.

En este contexto, la pregunta que en seguida debemos formularnos es: ¿Qué determina el sentido de los flujos de excedentes en la agricultura campesina y la magnitud que éstos alcanzan? Para encontrar una respuesta a esta interrogante examinaremos, en primer lugar, la lógica de funcionamiento de las unidades campesinas. Más adelante indicaremos algunas de las implicaciones que al respecto revelan las relaciones entre las diferentes fracciones del capital y el campesinado. Y, por último, observaremos la importancia que tiene el Estado en el funcionamiento de las economías campesinas.

1. *La lógica de funcionamiento de la economía campesina*

Al tratar en el apartado anterior los criterios para definir el campesinado, se decía que el objetivo central de la unidad es asegurar su reproducción y no conseguir una tasa de ganancia máxima. Esta característica de la economía campesina, resultado de las condiciones históricas dentro de las cuales se estuvo desarrollando, permite percibir por qué las unidades

campesinas pueden entregar en forma permanente parte del trabajo excedente sin desintegrarse.

Para entender esta situación, utilicemos como referente de las unidades campesinas a las empresas capitalistas. Estas últimas, para operar a largo plazo, cuando venden su producción deben obtener un ingreso bruto suficiente para: i) pagar la fuerza de trabajo que utilizan, de acuerdo a los salarios imperantes en el mercado; ii) reponer los insumos y los elementos de trabajo incorporados durante el proceso productivo; iii) obtener por lo menos la tasa de ganancia media de la economía; y iv) si la empresa capitalista opera en el agro, también intentará conseguir una renta por su tierra. Cuando, en forma reiterada, una empresa capitalista no consiga un ingreso bruto suficiente para cubrir todos estos rubros, desaparecerá en esa actividad, ya que el capital encontrará en otras actividades condiciones que le aseguran dicho ingreso. La empresa despedirá a sus trabajadores y éstos deberán buscar otro trabajo. La empresa capitalista constituye una unidad de producción y el consumo de los individuos que en ella trabajan no es de su responsabilidad.

En el mundo campesino la cuestión se plantea en otros términos. Para comenzar, no hay aquí capital que pueda moverse libremente, sino un conjunto de elementos de trabajo y una fracción de tierra, cuyo valor reside casi exclusivamente en su capacidad de darle un fin productivo a la fuerza de trabajo de que dispone la unidad familiar. Pero la diferencia más importante es que en esta unidad se reúne al mismo tiempo la producción y el consumo final y, por consiguiente, la misma no puede desaparecer sin afectar decisivamente a todos los integrantes de la familia campesina. Y el campesino sabe como lo afecta un cambio de actividad. Si tiene suerte, después de vender su tierra y/o sus elementos de trabajo, terminará vendiendo su fuerza de trabajo a alguna empresa capitalista; pero lo más probable es que al no poder ser absorbido por el sistema se convierta en un marginado en alguna de las ciudades del país donde vive.¹ Ante esta perspectiva, el campesino

no defiende su forma de producción a cualquier precio y se refugia en su parcela, que es lo único que le asegura su supervivencia.

En este contexto no es difícil entender que al campesinado se le pueda extraer fácilmente una parte de su trabajo excedente. Si él no tiene la alternativa de dejar la actividad agrícola y ni siquiera puede disminuir las cantidades producidas, entonces es posible que le impongan tan desfavorables condiciones de intercambio, que sólo le permitan obtener el ingreso necesario para reproducir a su familia. Y esta imposición no es tan difícil porque el mismo campesino facilita las cosas; para comenzar, no intenta obtener la renta absoluta de la tierra, como parte de sus ingresos. Para él, esta forma de captación de excedente no es una parte constitutiva de su lógica y, por consiguiente, no tiene sentido dadas sus categorías económicas. Dentro de la lógica capitalista, es normal que si se utiliza capital-dinero para adquirir un predio se intente obtener de dicha inversión por lo menos el interés que podría conseguirse en el mercado. Pero para un campesino, aunque la tierra puede tener un precio, no constituye una inversión y por lo tanto no necesariamente debe producir una renta.² Tampoco discute el campesino la obtención de la tasa media de ganancia, ya que al igual que la renta no forma parte de su lógica ni de sus categorías económicas. De esta manera, el campesino parte cediendo al resto del sistema un excedente que una empresa capitalista que opera en el agro consideraría legítimo obtener.

Estos elementos nos permiten apreciar que el campesino percibe el problema de los términos de intercambio únicamente en el contexto del nivel en que se va a dar su reproducción. O sea, lo que el campesino tratará de conseguir es que el resto del sistema le permita obtener un ingreso por lo menos suficiente para mantener su nivel de consumo y para reponer y mejorar sus elementos de trabajo. Pero como se ha visto antes, puesto que le son desfavorables, los términos en que se plantea la negociación,

¹El problema de la marginación y de la población redundante como la denomina Raúl Prebisch, no será discutido aquí, pues ya ha sido estudiado.

²Por supuesto que esto no implica que en algunos momentos las condiciones del mercado puedan posibilitar que el campesino obtenga un excedente que podría ser asimilado a la categoría de la renta.

incluso le es difícil conseguir estos niveles de ingreso.

De lo anterior podría deducirse una tendencia a la desaparición del campesinado, ya que si sus niveles de ingreso son decrecientes en el tiempo, la proletarización acelerada sería su única alternativa. Sin embargo, estimamos que la cuestión no es tan simple, ya que además de lo que hace el sistema capitalista como un todo por mantener el campesinado —tema que se discutirá más adelante— es posible comprobar la resistencia que opone el propio campesino a su desaparición. Esta resistencia tiene diversas facetas, pero aquí sólo nos detendremos a examinar las principales: i) la autoexplotación de la fuerza de trabajo familiar; ii) la venta de fuerza de trabajo fuera de la unidad campesina; iii) el empleo de una estrategia de producción que privilegia el autoconsumo; iv) la utilización de tecnologías de bajo riesgo; y v) la organización del campesinado.

i) Entendemos por autoexplotación de la fuerza de trabajo familiar campesina el exceso de trabajo que pone la familia campesina en su propia unidad familiar, con el objeto de obtener una cantidad de producto que le permita subsistir. Este sobretrabajo se entiende en términos del trabajo promedio que debe emplear con el mismo propósito una familia de trabajadores asalariados. Creemos que la autoexplotación engloba un elemento permanente que se refleja en el desfase que habitualmente puede tener el mejoramiento de las condiciones de vida de los campesinos con relación al proletariado, y que es una consecuencia de la extracción de excedente que a largo plazo se le hace al campesino. Pero además, tiene un componente esporádico que aparece durante breves períodos en los cuales —a través de las relaciones de intercambio— se le obliga al campesinado a realizar un trabajo extra para poder sobrevivir como tal. De todos modos, es evidente que la autoexplotación tiene un límite biológico que no puede sobrepasarse.

ii) La segunda forma que tiene el campesinado para defender su parcela es trabajar fuera de ella parte del año. Muchas veces esto constituye una forma de autoexplotación de la familia, ya que mientras parte de ella trabaja fuera, el resto continúa con las labores de la parcela. En este caso nos encontramos ante una situa-

ción en que la limitación que enfrenta el campesino para obtener un ingreso suficiente como productor agrícola para reproducir su unidad, está ligado a los términos de intercambio que se le imponen y no a la escasez de tierra o de instrumentos de trabajo. Sin embargo, en otras ocasiones el trabajo fuera de su tierra se utiliza para complementar el ingreso, el que es muy reducido dada la escasez de tierra o de instrumentos de trabajo.

iii) La estrategia productiva que utiliza el campesinado tiene dos componentes importantes en términos de supervivencia. El primero tiene que ver con que una parte apreciable de la producción de la unidad se justifica por la posibilidad de ser autoconsumida; de esta manera el campesino asegura su subsistencia cualesquiera sean los términos de intercambio. El segundo componente se refiere a la resistencia que opone el campesino para especializar su producción, lo que le permite dividir los riesgos y no verse enfrentado a una situación que él no tiene ninguna posibilidad de controlar.

iv) El mantenimiento de tecnologías, que sin ser las más productivas, minimizan el riesgo y evitan comprometer grandes sumas de dinero —propio o prestado—, también permite al campesinado evitar los peligros que implica relacionarse con un mundo que le es extraño y hostil. Sin embargo, esta forma de defensa se convierte en muchos casos en una debilidad de las formas campesinas de producción, porque si los precios de los bienes que produce el campesinado los fijan las empresas capitalistas que utilizan una tecnología más moderna, el campesino no podrá valorizar el trabajo que incorpora al mismo nivel que la empresa capitalista. De esta manera el ingreso campesino también puede disminuir debido a la resistencia que tiene que oponer el campesinado al riesgo de la nueva tecnología.

v) Las formas de resistencia del campesinado que antes se han visto, aunque tienen una dimensión que supera la familia campesina y se legitiman en la ideología de la sociedad campesina, es evidente que se concretan en la unidad campesina. Sin embargo, en muchas ocasiones el campesinado también resiste su desaparición en un plano colectivo, a través de organizaciones campesinas. La formación de éstas ha demostrado ser difícil y, en muchos casos, sus

logros fueron mínimos. Sin embargo, en otras oportunidades —por lo menos a corto plazo— han conseguido lo que se proponían. Esto indica que si el campesinado no se transforma en aliado de otras clases, tiene escasas posibilidades de conseguir en forma permanente mejores condiciones de intercambio.

En resumen, podría decirse que la lógica de funcionamiento y las formas de inserción del campesinado en el sistema capitalista determinan que los campesinos pueden soportar condiciones de intercambio desfavorables. Pero si los términos en que se concreta el intercambio son muy desiguales, el campesino, como clase, debería desaparecer. La problemática que por lo tanto debe discutirse es la que se refiere a los términos en que el sistema capitalista plantea la dominación del campesinado. Para ello se tratará, inicialmente, el problema a nivel de fracciones del capital, para después hacerlo a nivel del Estado.

2. *Las relaciones entre el campesinado y las diferentes fracciones del capital*

Para percibir qué condiciones le impone el sistema capitalista al campesinado se estudiará el problema desde la perspectiva del pequeño capital comercial que opera en la agricultura, del capital agrario, del capital agroindustrial y del gran capital con base urbana que de una u otra manera se relaciona con el campesinado. Y luego haremos una reflexión final que permita una apreciación de conjunto.

i) El capital comercial es el primero que históricamente tomó contacto con el campesinado; a través de él salieron los productos campesinos a los mercados urbanos y llegaron las manufacturas al campo. Este tipo de capital jugó un papel central durante las primeras etapas de la descomposición campesina, al hacer inviable la artesanía rural por la competencia con la manufactura.

En la actualidad, y a pesar de que otros tipos de capital llegan directamente al campesinado, es el comercial el que se liga a éste en forma más estrecha. Este capital, por su carácter esencialmente especulativo y por su gran movilidad, extrae todo lo que puede del campe-

sino, comprando tan barato y vendiendo tan caro como puede. Además, para asegurarse la producción del campesino y extraerle una mayor cantidad de sobretrabajo, el capital comercial normalmente añade a su función de intermediación comercial, la financiera y el transporte. De esta forma, a través de las compras en verde, de los créditos usurarios y del transporte de los productos, consigue aumentar al máximo el excedente campesino del que se apropia. Dado este contexto, es posible concluir que si el capital comercial mantuviera su vínculo con el campesinado sin ninguna regulación exterior, lo más probable es que ya habría liquidado esta forma de producción.

ii) El capital agrario, entendido como aquel que materializa la producción agrícola a base de trabajo asalariado, tomó contacto con el campesinado en una época mucho más tardía que el capital comercial. Sin embargo, como el capitalismo agrario proviene en buena medida de las formas hacendales de producción, su relación con el campesinado es muy antigua y profunda.

El vínculo entre el capital en el agro y el campesinado siempre fue conflictivo. Para comenzar, el mismo crecimiento del capitalismo en el agro tuvo que pasar, en muchos casos, por la eliminación de las formas campesinas de producción que antes existían al interior de la hacienda. En otros casos, el conflicto se dio después, cuando el capital comenzó a ocupar la tierra que se encontraba fuera de dicha unidad. El control de la tierra de calidad constituyó siempre una fuente básica de conflicto entre el capital agrario y el campesinado.

Además, el capital agrario utiliza la tierra que controla para extraer sobretrabajo campesino, cuando emplea formas no plenamente capitalistas para relacionarse con éste. La mediería y la aparcería son formas de producción que, por circunstancias especiales, aún perduran en el agro, incluso cuando el sistema capitalista se encuentra muy avanzado. Y, por supuesto, cuando es la hacienda en transición la forma dominante, estas relaciones con el campesinado son muy frecuentes. Sin embargo, en estos casos la hacienda en transición o la empresa capitalista necesitan hacer una explotación regulada del campesinado, ya que generalmente el mantenimiento de estas relaciones de pro-

ducción se inscribe en un marco donde la supervivencia del campesino es importante.³

Por otra parte, el capital en el agro utiliza fuerza de trabajo campesina y en esta relación intenta pagar el menor salario posible. Aquí la supervivencia del campesinado no es un problema de la empresa individual y por consiguiente la relación será tan desigual como lo permitan las condiciones del mercado, dentro del marco jurídico vigente. Y como, por lo general, la sobreabundancia de mano de obra en el campo constituye la situación normal, el salario que paga está muy cerca del salario diario de subsistencia biológica.⁴

En resumen, se puede concluir en este caso que el capital agrario individual en su relación con el campesinado también tiende a destruirlo, y son excepcionales las situaciones en que el interés explícito del capital es conservarlo.

iii) El capital agroindustrial representa una fracción del capital total que justifica su existencia por el mayor valor que agrega en el procesamiento de los productos agrícolas, pero que además busca extraer excedentes de los productores con quienes se relaciona. Este capital se vincula preferentemente a los sectores capitalistas y/o campesinos, dependiendo de las condiciones específicas de tecnología, precios de intercambio y renta del suelo que se den en la región donde actúa.

Por ejemplo, el apoyo a las empresas capitalistas será evidente en aquellos casos en que sólo puede lograrse una disminución del precio de venta de un producto agrícola a través de incrementos en la oferta que provengan de mejoramientos en la productividad, y cuando ello esté asociado a una tecnología no divisible o

³Este marco puede corresponder al carácter precapitalista de la hacienda o al maximizador de la ganancia de la empresa capitalista, donde unos pocos campesinos permanentes son importantes dentro de la empresa. Sin embargo, también pueden encontrarse condiciones de máxima explotación cuando hay abundancia de fuerza de trabajo y las relaciones de precios impiden realizar una explotación económica viable.

⁴Vale la pena destacar aquí la diferencia entre el salario de subsistencia diario y el anual, ya que mientras el primero sólo cubre la reproducción de la familia durante los días que trabaja, el segundo debe ser suficiente para reproducirla considerando la estacionalidad que tiene el empleo agrícola.

muy costosa. En esta situación, cuando no existen otras alternativas, las formas campesinas de producción tenderán a desaparecer, ya que las relaciones de precios no le permitirán reproducirse.

Sin embargo, en otros casos, la agroindustria apoyará la economía campesina. Esto ocurrirá cuando los precios agrícolas sean elevados, puesto que la renta que obtienen los terratenientes alcanza un nivel que tiende a hacer inviable la agroindustria. Aquí, el apoyo a la producción campesina se constituye en un mecanismo que ayuda a quebrar el monopolio que los terratenientes detentan sobre la tierra. La producción campesina también es estimulada por la agroindustria en aquellos casos en que las nuevas técnicas de producción son intensivas en fuerza de trabajo y son divisibles. Aquí los campesinos pueden entregar un producto a un precio menor al de la empresa capitalista, puesto que los primeros no computan la renta, la tasa media de ganancia y autoexplotan su fuerza de trabajo.

Estos elementos permiten concluir que, en ciertas condiciones, la supervivencia del campesino es fundamental para el funcionamiento de la agroindustria. En tales condiciones —y a diferencia de lo que normalmente ocurre en el caso de las fracciones de capital antes analizadas— el capital individual puede preocuparse de que su fuente de ingresos no se agote por una explotación excesiva, ya que la gran inversión en capital fijo que tienen algunas ramas agroindustriales dificulta el cambio de actividad.

iv) El gran capital con base urbana que se relaciona con el agro puede ser preferentemente industrial, bancario o financiero (industrial y bancario a la vez). Sin embargo, en todos los casos —con referencia a los capitales individuales— el comportamiento de las empresas capitalistas que operan en estos sectores tiende a extraer excedentes del campesinado. No creemos que este proceso de extracción actúe con preferencia sobre el campesino —aunque sea así muchas veces— sino que son las propias reglas generales del sistema las que la provocan.

En efecto, por una parte sabemos que el relativamente alto grado de concentración que presenta el gran capital urbano en todas sus

actividades le permite fijar un nivel de precios superior por sus productos o por el dinero que ofrece, que el que existiría en un mercado de competencia perfecta. Y, por otra, ya hemos descrito como la lógica de operación de las empresas campesinas las pone en condiciones de vender a un nivel de precios más bajo que aquél en el cual produciría una empresa capitalista en el agro. De estos dos elementos puede deducirse que es normal que se produzca un flujo de excedente desigual para el campesino, lo cual a largo plazo tendería a hacerlo desaparecer.

v) De la discusión anterior resulta bastante claro que, a excepción de algunas ramas de la agroindustria a las cuales puede interesarles la supervivencia del campesinado, el resto de las fracciones del capital mantienen un tipo de relación cuyo objetivo es maximizar la expropiación del excedente que éste genera. De eso se podría concluir que la tendencia a la desaparición del campesinado es inevitable; sin embargo, el punto no es tan evidente por dos razones.

La primera se vincula con el hecho de que sólo a la fracción agraria del capital le interesa realmente hacer desaparecer a algunos sectores campesinos, para apropiarse de sus tierras de mejor calidad y para desplazarlo de los mercados a los cuales llegan los productos procedentes de ambos tipos de unidades. Las relaciones entre el resto de las fracciones del capital y el campesino tienden a hacer desaparecer al último; pero en la medida que lo van consiguiendo, el volumen del producto que éste entrega al mercado disminuye, y de esta forma el capital se ve forzado a dejar que las relaciones de precios sean menos desfavorables para los campesinos. Así, el campesinado vuelve a obtener el nivel de ingresos suficiente para sobrevivir; en definitiva, lo que podría suponerse es una tendencia del campesinado a persistir en un nivel muy bajo de subsistencia y con una gran inestabilidad de esta forma de producción. La verdad es que, en términos generales, la experiencia histórica del campesino en América Latina no nos coloca muy lejos de esta perspectiva.

Sin embargo, también sabemos que el campesinado en ciertas regiones, o durante algunos períodos específicos, logra niveles de vida superiores al de subsistencia y entra en un

proceso de acumulación que le permite ir mejorando su tecnología. En determinados casos esto podría explicarse por la relación que se establece entre el campesinado de una región y una agroindustria. Pero en general, ello sólo puede entenderse en un marco teórico que incluye al Estado como actor central de las relaciones sociales que determinan las condiciones de existencia del campesinado. Y esto es precisamente lo que trataremos en la próxima sección.

3. *El Estado y el campesinado*

El análisis efectuado se refería principalmente a la relación que se puede observar entre los capitales individuales de diferentes fracciones y el campesinado; intentemos ahora elevar el nivel de abstracción y ubicarnos en el plano del capital total. Para ello recurrimos al concepto de Estado.

El Estado es considerado como una síntesis de las relaciones sociales que se dan en una formación social. En él se reflejan las relaciones de dominación que existen en la formación, pero al mismo tiempo se reproducen los conflictos sociales que en ella se presentan. Esto significa que en una formación social capitalista, es decir, donde predomina el modo de producción capitalista, en el Estado pueden darse varias relaciones sociales, pero la dominación del capital es explícita; y por consiguiente, las principales actividades del Estado apuntarán a garantizar y ampliar las relaciones capitalistas y su proceso de acumulación. Sin embargo, nuestra anterior afirmación también significa que las acciones del Estado estarán sujetas a las tensiones derivadas de los conflictos que surgen entre las diferentes fuerzas sociales que existen en la formación. Es decir, se reflejará allí en forma prioritaria el conflicto entre capital y trabajo, pero también albergará las contradicciones que se producen entre las diferentes fracciones del capital y entre los diferentes tipos de trabajadores. De este conjunto de contradicciones resulta la acción concreta del Estado que se plasma y da vida a un patrón de acumulación específico. Ese patrón de acumulación intenta que cada sector social cumpla un papel que se define por su complementariedad con los objetivos que el mismo patrón plantea.

En este contexto teórico parece útil ubicar las relaciones del Estado con el campesinado. Aquí pueden encontrarse los elementos para entender por qué durante algunos períodos históricos el campesinado fue violentamente reprimido u olvidado por el Estado, mientras que en otros, no sólo obtuvo apoyo, sino que hasta fue recreado por éste. Las razones concretas de estos fenómenos no pueden discutirse en abstracto, sino que necesariamente requieren se las refiera a casos específicos. Sin embargo, dejando de lado los aspectos políticos de esta problemática, puede intentar establecerse cuáles son las principales tareas que, en el marco del actual desarrollo del capitalismo en América Latina, el Estado intenta que el campesino cumpla, como parte de los diferentes patrones de acumulación que se dan en la región.⁵ Esto ayudará a entender, en los análisis históricos específicos, las relaciones que se establecen entre los aparatos del Estado y el campesinado.

a) *Las formas campesinas de producción como freno al crecimiento de la marginalidad urbana*

El desarrollo del capitalismo en los países de América Latina tuvo como resultado la formación de grandes masas de marginados en torno a las ciudades. Como es bien conocido, estas masas se constituyeron a partir de las migraciones rurales, pero con el tiempo el propio crecimiento poblacional de estos sectores ha superado las posibilidades de ocupación que se estuvieron generando en las ciudades. Por otra parte, la historia muestra que a medida que en el campo se van transformando las formas tradicionales de producción —la hacienda y la parcela campesina— disminuye la capacidad ocupacional de este sector y por consiguiente aumentan las migraciones a las ciudades.

En este contexto, la situación actual de la mayoría de los países de la región es grave desde una perspectiva económica y social, y no se vislumbran alternativas de solución. Para el sistema dominante las disyuntivas extremas

consisten en encontrar formas de expansión en las ciudades que permitan absorber la creciente fuerza de trabajo disponible; o impedir que la población rural siga abandonando el campo. Los Estados en América Latina habitualmente han combinado ambos tipos de estrategia, y en este marco pueden entenderse muchas de las medidas que tratan de impedir la desintegración del campesinado, apoyándolo de distintas formas. Hoy, a diferencia de lo que ocurría en el pasado, parece fundamental para la estabilidad del capitalismo periférico que el campo retenga población, y una de las pocas maneras en que puede cumplirse con este objetivo es tornando viable las formas campesinas de producción. En muchos países el Estado ha encarado esta tarea, incluso recreando al campesinado.

b) *Las formas campesinas de producción como transferidoras permanentes de valor*

Ha sido muy estudiado el papel fundamental que ocupó la acumulación primitiva durante las primeras etapas de expansión del capitalismo. Y si bien es sabido que actualmente desaparecieron algunas de las formas que adquirirían tales transferencias de valor, no es menos cierto que, en última instancia, el fenómeno sigue registrándose. La forma más común de concretar dicha transferencia es la producción por parte de los campesinos de bienes salarios a un precio por el cual no lo harían las empresas capitalistas. Esto es posible debido a la lógica de funcionamiento de la economía campesina y significa que el campesinado está transfiriendo permanentemente valor por él generado, en beneficio del resto del sistema.

Este problema no se percibe en el contexto de los capitalistas individuales, pero se registra perfectamente e incluso puede crear serias dificultades entre las diferentes fracciones del capital. Por ejemplo, el capitalismo agrario y los sectores latifundistas cuando no pueden especializar su producción en cultivos diferentes a los que realizan los campesinos, tratan de desplazarlos pues de otro modo los precios tenderán a bajar. Y por el contrario, las fracciones urbanas del capital apoyan en muchos casos las formas campesinas de producción, ya que mientras éstos produzcan, el menor costo de los alimentos influye de manera importante y afec-

⁵Por supuesto que no en todos los países se darán estas formas, ya que ello dependerá del patrón de acumulación específico de cada formación, del lugar que en el mismo se ha asignado al campesinado y de la fuerza con que éste pueda resistir esta imposición.

ta en forma positiva su tasa de ganancia. En definitiva, el mayor o menor apoyo que tiene el campesinado depende del poder que cada uno de estos sectores tiene en el Estado y de las propias presiones que los campesinos puedan ejercer.

c) *Las formas campesinas de producción como reserva de trabajo en el campo*

Con el avance del capitalismo en el agro latinoamericano, la utilización de fuerza de trabajo asalariada estuvo aumentando rápidamente. Esto contribuye a constituir en el campo un mercado de trabajo donde se fija el nivel de los salarios. Pero la negociación individual entre empleador y empleado tiende a referirse cada vez más a un nivel regional o nacional de salarios, el que por supuesto está muy sometido al juego de la oferta y la demanda de mano de obra. Las bases de tal negociación parecen cada vez más alejadas de aquel conjunto bastante fijo de regulaciones ancestrales que establecían las pretéritas relaciones precapitalistas.

En este contexto, el nivel de los salarios rurales está relacionado con los urbanos, pero también con la oferta de mano de obra en el campo; y es aquí precisamente donde las formas campesinas de producción contribuyen a mantener bajos los salarios; es decir que los asalariados puros en el campo se ven permanentemente impedidos de presionar por mejores remuneraciones, puesto que hay numerosos campesinos dispuestos a trabajar por un salario menor. Como ya se ha visto, esto es posible para el campesino porque el salario está contribuyendo a complementar su costo de reproducción como productor, en tanto que para el asalariado puro esta remuneración constituye su única fuente de ingreso.

En definitiva, la existencia del campesinado no sólo está ayudando directamente a bajar el costo de reproducción de la fuerza de trabajo urbana porque produce alimentos baratos, sino que también está contribuyendo indirectamente a ello: por una parte, la presión hacia abajo sobre los salarios rurales tiene que reflejarse en precios más reducidos de los productos agrícolas y ello en menores salarios urbanos; por otra, dada la interconexión que existe entre los dife-

rentes mercados laborales, los reducidos salarios rurales también se transmiten a las ciudades e incluso a países vecinos donde el campesinado no es significativo. Así vuelve a cerrarse nuevamente el círculo donde aparece otra forma por la cual el campesinado es útil para la expansión del sistema capitalista.

d) *Las formas campesinas de producción como ajuste de la demanda estacional de fuerza de trabajo en el campo*

Es evidente que una de las diferencias entre los procesos productivos en el agro y en la industria es la estacionalidad en el uso de fuerza de trabajo que impone la naturaleza sobre los primeros. Y también es cierto que la mecanización en el campo tiende a suavizar la curva de empleo, pero por el relativamente bajo grado de utilización de las máquinas, ello puede tener repercusiones negativas en los costos de producción. Este marco es el que condiciona que el empleo tenga una fuerte estacionalidad en el campo.

Tal fenómeno, además de sus diversos efectos sociales sobre los trabajadores, tiene una clara consecuencia sobre las empresas capitalistas en el agro. La disyuntiva para las últimas es que, o se proporciona un ingreso a los trabajadores estacionales que les permita vivir durante los meses en que no se les ofrece trabajo en sus predios, o las empresas capitalistas tienen que pagar una remuneración tal durante los meses en que los emplean que permita a los trabajadores subsistir durante todo el año.

Aquí aparece otra vez la complementariedad del campesinado. Como ya lo hemos visto, éste, presionado por el sistema, siempre está dispuesto a vender parte de la fuerza de trabajo familiar y, por consiguiente, cuando llega la época de las cosechas, proporciona el complemento de energía humana que requiere la empresa capitalista. De esta forma, en las épocas de máximo empleo, el nivel de los salarios sube muy poco o nada, ya que la nueva demanda por fuerza de trabajo se encuentra con una oferta infinitamente elástica. Esto, como ya se ha visto, también es una forma indirecta de contribuir a la acumulación capitalista dentro y fuera de la agricultura.

e) *El campesinado como consumidor de productos industriales*

Resulta difícil imaginar en abstracto que el campesinado, al que hemos caracterizado como permanente transferidor de excedente al resto de los sectores, pueda constituirse en un elemento importante para estimular la demanda de productos industriales. Sin embargo, si se analiza el patrón de acumulación basado en la industrialización sustitutiva de importaciones establecido en varios países de América Latina, es posible entender que en determinadas circunstancias sea necesario que el campesino comience a consumir lo que la industria produce, a riesgo de ver amenazada la continuidad de tal patrón. El problema es que, saturada la sustitución de productos que consumen las capas medias y el proletariado, y ante las grandes dificultades que significa salir a competir al mercado mundial,⁶ al sistema no le resta otra

alternativa que mejorar los ingresos de los campesinos o perder su dinamismo y expandirse al mismo ritmo que crece la población urbana. Esto se torna aún más evidente si se tiene en cuenta el perfil concentrador de los ingresos que posee este patrón de acumulación.

La alternativa de mejorar los ingresos del campesinado normalmente estuvo ligada a los programas de reforma agraria, que cuando se llevaron a cabo seriamente provocaron la ruptura entre los sectores latifundista e industrial. En estos casos, la posibilidad de incrementar el consumo de bienes industriales estaba asociada también al aumento de la oferta de alimentos y a la retención de la población en el campo. De esta manera se puede entender cómo, a través de programas impulsados por el Estado, se deseaba mejorar las condiciones de vida del campesino y simultáneamente contribuir al desarrollo del capitalismo en el conjunto de la formación social.

IV

Conclusiones

De los análisis expuestos se deducen, a modo de conclusión, dos hipótesis centrales que podrían orientar investigaciones posteriores sobre el campesinado en América Latina.

La primera, postula que el campesinado en la región tiene muchas posibilidades de seguir manteniéndose por largo tiempo como una forma importante de producción agrícola. Su lógica de funcionamiento y las necesidades del sistema capitalista periférico se complementan de manera tal que, toda vez que el campesinado siga contribuyendo a solucionar o minimizar los problemas que tiene la expansión del capital, este último, que en buena medida depende de aquella forma no capitalista de producción, le asegura a través del Estado que los capitales

individuales no lo destruyan. En este contexto, el destino histórico del campesinado latinoamericano sería aparentemente continuar sirviendo de complemento a la expansión del capital, mientras no se pase a otra etapa del desarrollo capitalista.

Esta hipótesis podría intentar probarse mediante estudios en las siguientes áreas:

- i) producción, mercados y precios de productos campesinos;
- ii) tecnología que utilizan los campesinos y tecnología que se genera;
- iii) fuerza de trabajo campesina y proletarianización; y
- iv) acciones del Estado con relación al campesinado.

La segunda hipótesis plantea que las condiciones históricas específicas en que se desarrollan las formas campesinas de producción, determinan que la complementariedad del campesinado con el capitalismo dependiente pueda asumir diferentes particularidades. Esto

⁶No es éste el lugar para dilucidar este punto, el que tiene su base teórica en el problema de los niveles de acumulación inicial para los procesos de industrialización y los intercambios desiguales que posteriormente se producen.

permitiría entender no sólo por qué aparecen distintos tipos de economías campesinas, las que en apariencia nada tienen en común, sino también precisar las características que asume el proceso de diferenciación campesina en los países de América Latina.

Esta segunda hipótesis podría estudiarse a través de trabajos sobre:

i) la agricultura campesina de las comunidades andinas;

ii) la agricultura campesina en áreas de minifundio tradicional;

iii) la agricultura campesina tipo 'farmer';

iv) la agricultura campesina derivada de programas de reforma agraria:

—las explotaciones familiares individuales,

—las explotaciones colectivas.

Bibliografía

- Amin, S. y K. Vergopoulos, *La cuestión campesina y el capitalismo*, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1975.
- Archetti, E. y K. Stolen, *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI, 1975.
- Archetti, E., "Una visión general de los estudios sobre el campesinado", en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, Vol. I, N.º 1, enero-abril 1978, Bogotá, 1978.
- Bartra, R., *Estructura agraria y clases sociales en México*, México, Ed. Era, 1974.
- Chayanov, V. A., *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1974.
- Cueva, Agustín, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Ed. Siglo XXI, 1977.
- De Janvry, Alain y Carlos Garramon, "The Dynamics of Rural Poverty in Latin America", en *Journal of Peasant Studies*, N.º 4, Londres, 1977.
- Esteva, G., "¿Y si los campesinos existen?", en *Revista México Agrario*, Año XI, N.º 2: México.
- FAO, *La agricultura hacia el año 2000: problemas y opciones de América Latina*, Roma, febrero de 1981.
- Feder, E., "The New World Bank Programme for the Self Liquidation of the Third World Peasantry", en *Journal of Peasant Studies*, Vol. 3, N.º 3, 1976.
- Flichman, G., *La renta del suelo y el desarrollo agrario argentino*, México, Ed. Siglo XXI, 1977.
- Foster-Carter, F., "The Modes of Production Controversy", en *New Left Review*, N.º 107, Londres, febrero 1978.
- Kautsky, Karl, *La cuestión agraria*, México, Ed. de Cultura Popular S.A., 1977.
- Kula, Witold, "Un economía agraria senza accumulazione: la Polonia dei secoli XVI-XVIII", en *Studi Storici*, N.º 3-4, Instituto Gramsci, 1969.
- Lehmann, D., "Ni Chayanov ni Lenin: apuntes sobre la teoría de la economía campesina", en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, Vol. 3, N.º 1, enero-abril 1980.
- Lenin, V.I., *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, sin trad., Moscú, Ed. Progreso, 1964.
- Marx, K. y E. Hobsbawm, "Formaciones económicas precapitalistas", en *Cuadernos Pasado y Presente*, N.º 20, 6.ª ed., México, 1978.
- Meillassoux, Claude, "From Reproduction to Production: A Marxist Approach to Economic Anthropology", en *Economy and Society*, N.º 1, Londres, pp. 93-105.
- Moncayo, Víctor y Fernando Rojas, *Producción campesina y capitalismo*, Bogotá, Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), 1979.
- Pinto, Aníbal, "Notas sobre los estilos de desarrollo en América Latina", en *Revista de la CEPAL*, N.º 1, primer semestre 1976, Santiago de Chile.
- Prebisch, Raúl, *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.
- Quijano, Aníbal, "Los movimientos campesinos contemporáneos en América Latina", en S.M. Lipset, A.E. Solari, *Elites y desarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1967.
- Shanin, Teodor, "The Nature and Logic of the Peasant Economy", en *The Journal of Peasant Studies*, Vol. 1, N.º 1 y 2, octubre-enero 1973-1974.
- Shanin, Teodor, *Peasant and Peasant Societies*, Middlesex, Ed. Penguin, 1971.
- Warman, A., *Los campesinos, hijos predilectos del régimen*, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1972.
- Wolf, Eric, *Peasant Wars of the Twentieth Century*, Nueva York, Ed. Harper and Row, 1968.

Clase y cultura en la transformación del campesinado

*John W. Durston**

El principal objetivo que el autor persigue en este trabajo consiste en demostrar que el campesinado, además de constituir una categoría de productores agrícolas, reúne las condiciones necesarias para ser considerado una clase social. Gran parte del comportamiento económico típicamente campesino se debe, en el fondo, a las relaciones socio-económicas que mantiene con otras clases más poderosas, pues ellas son las que limitan su acceso a casi todos los insumos productivos y facilitan la transferencia involuntaria de una parte de los recursos que genera hacia otros sectores de la sociedad.

Como clase social el campesinado también posee una subcultura propia, que refuerza y cimienta sus propias instituciones sociales. La familia extendida, la red de reciprocidad social y la comunidad rural constituyen mecanismos para defenderse o adaptarse a las restricciones y exigencias impuestas por otros grupos, y si posee sistemas particulares de creencias, valores y prestigio ellos no implican la existencia de una 'racionalidad distinta' en el campesinado. Este conjunto de particularidades socio-culturales revela la necesidad de un concepto amplio de racionalidad, que abarque los valores culturales y las relaciones sociales, para entender mejor el comportamiento económico del campesinado, y constituyen elementos imprescindibles para conocer las causas de su perduración actual en el marco de la 'modernización' de la estructura rural y de los mecanismos sociales de apropiación del excedente.

*Funcionario de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

I

La unificación de las perspectivas económica y sociológica en el estudio del campesinado

Desde hace varios años en las Naciones Unidas se insiste en la necesidad de aplicar un 'enfoque unificado' al análisis y a la planificación, pues los objetivos de desarrollo económico, equidad distributiva y participación requieren profundas transformaciones estructurales en la mayoría de los países para su plena realización; para poder llevar a cabo estas transformaciones hace falta analizar las sociedades como sistemas completos, en los cuales los conflictos internos y tendencias de cambio tienen elementos económicos, sociales y culturales profundamente interrelacionados.¹

En la práctica, sin embargo, los progresos fueron lentos en la superación de las barreras que separan los compartimentos de las distintas disciplinas profesionales, tanto en las Naciones Unidas como en los ámbitos académicos y de investigación. En el fondo, el problema analítico es vasto y complejo en extremo y requiere especialistas para abarcar todas sus facetas. Mas por lo menos, algo se ha avanzado en la comunicación y diálogo entre los profesionales de las distintas ciencias sociales sobre algunas de las cuestiones centrales del desarrollo.

En el problema de la situación actual y las posibles transformaciones futuras del campesinado latinoamericano, es particularmente clara la necesidad de un enfoque que unifique los análisis de sus aspectos económicos, sociales y culturales. Sin embargo, muchas de las contribuciones al debate sobre el futuro del campesinado latinoamericano han tendido a concentrar sus análisis sobre causas y procesos económicos, vistos en términos de la confrontación

¹Véase la Resolución 2681 (XXV) de la Asamblea General, "Criterio unificado para la planificación económica y social del desarrollo nacional", 11 de diciembre, 1970; Naciones Unidas, "Informe sobre un enfoque unificado para el análisis y la planificación del desarrollo", informe preliminar del Secretario General (E/CN.5/477), 25 de octubre 1972; y UNRISD, *The Quest for a Unified Approach to Development*, Ginebra, 1980.

de la economía campesina con la penetración del estilo de desarrollo económico capitalista en la agricultura. Este énfasis es en parte comprensible como una reacción frente a los excesos del determinismo cultural que gozaba de cierto predicamento en décadas pasadas, y atribuía la pobreza del sector campesino a supuestas causas culturales derivadas de una 'resistencia al cambio'.

Aunque parece necesario, a estas alturas del debate, rescatar algunos elementos sociales y culturales algo rezagados, esto deberá hacerse dentro de una perspectiva corregida y equilibrada. En todo sistema social hay un fondo esencialmente económico, donde el problema básico consiste en saber quién controla la producción y distribución de bienes económicos. Pero al abordar el tema del control de dichos bienes, se ingresa necesariamente en el análisis de las pugnas entre distintos grupos sociales para conseguir el predominio de sus respectivos intereses y para dominar a (o evitar ser do-

minado por) otros grupos. Integrar 'lo social' en esta perspectiva significa acometer el análisis de estructuras de clase social, cuyo carácter principal es el control sobre los procesos económicos, legitimadas y cimentadas a su vez por el conjunto de subculturas correspondientes a los distintos grupos sociales que las conforman.

Este trabajo persigue el relativamente modesto objetivo de resumir algunos de los elementos sociales y culturales básicos de la condición social campesina, y también examinar ciertos aspectos de la situación campesina actual donde 'lo económico' se entiende mejor integrando elementos sociales y culturales, o donde 'lo socio-cultural' se discierne mejor visto a la luz de los procesos económicos subyacentes. Otro propósito, quizás excesivamente ambicioso, pero de todas formas muy tentativo y preliminar, es el de contribuir en alguna medida a lograr una visión 'unificada' del campesinado latinoamericano, la que están construyendo especialistas de varias disciplinas.

II

La identidad social del campesino

Un campesino, en términos económicos, es un pequeño productor agrícola con recursos de capital muy limitados, que basa su estrategia económica en la autoexplotación de la mano de obra familiar no remunerada, sin poder lograr un proceso sostenido de acumulación de capital. En términos sociológicos, por otra parte, el campesino es miembro de una categoría social, el campesinado, sometida a una extracción de excedente o transferencia involuntaria de recursos² por parte de grupos sociales más poder-

rosos.³ El agricultor primitivo, que produce para el autoconsumo y practica un intercambio simétrico con otros productores en condiciones similares, se convierte en campesino en el momento de ser incorporado (en forma progresiva o por conquista) a una sociedad de clases. En este nuevo contexto es obligado a proveer a los grupos dominantes de productos agrícolas y a costear un nivel de consumo superior al suyo propio. Los otros grupos también recurren a una serie de barreras sociales, culturales y económicas para negar al campesinado un mayor acceso a los recursos que le permitirían salir de esta desigual relación social.

Esta relación es determinante de gran parte del comportamiento del campesinado. Sus estrategias económicas y sociales se orientan

²Utilizamos la expresión 'extracción de excedente' por ser la forma más ampliamente aceptada para referirse a esta relación de transferencia involuntaria o intercambio desigual, y a pesar de considerar que no se adecua a todas las condiciones reales del campesinado latinoamericano. En condiciones de sobreexplotación, no hay un excedente de producción sobre la subsistencia, sino una expropiación de una parte de la subsistencia misma, lo que se refleja en la desnutrición crónica y la muerte prematura de los productores. Por otra parte, como veremos más adelante, no siempre es expropiado todo el excedente por encima de la reproducción simple.

³Eric Wolf, "El campesinado y sus problemas", en Maurice Godelier (comp.), *Antropología y Economía*, trad. de J. E. Cirlot, Barcelona, Ed. Anagrama, 1976, p. 267.

fundamentalmente a satisfacer (o a minimizar) el costo de las transferencias, a compensar de varias maneras la falta de recursos y las opciones cerradas, y a aprovechar las nuevas posibilidades que pueden surgir en contextos de cambio. Por otra parte, la condición social del campesinado determina que la unidad de análisis (tanto económico como social) más relevante sea la familia y no el individuo; que en las estrategias económicas jueguen un papel importante las redes de parentesco y la comunidad local; y que exista una suerte de 'contracultura' campesina que expresa la situación socio-económica corriente de los campesinos, que ofrece una alternativa y una defensa frente a la cultura dominante que legitima la jerarquía de clases sociales establecida.

1. *El campesinado como clase social*

Muchos argumentos se han esgrimido para mostrar que los campesinos no pueden ser considerados como una clase social en sí: que carecen de cohesión, propósito común o conciencia; que mantienen, sobre todo en la América Latina actual, una gama muy amplia de relaciones sociales de producción pues son desde medieros ligados a la hacienda hasta productores autosuficientes; y que asumen múltiples papeles frente a los medios de producción, pues por momentos son comerciantes, proletarios ocasionales, etc. Sin negar toda validez a estos puntos, consideramos que los campesinos evidencian muchas otras características de una clase social que hace útil el empleo de este concepto para propósito de análisis.

En primer lugar, el papel económico asignado al campesinado de empresa agrícola familiar otorga a los campesinos un interés común y fundamental de clase. En este respecto Roger Bartra ha caracterizado al campesino como 'un pequeño burgués explotado'.⁴ Es muy cierto que el comportamiento campesino, y los factores objetivos que lo determinan, acusan muy estrechas semejanzas con el manejo de una empresa familiar del sector informal urbano, que transfiere recursos al sector formal dominante.

También están presentes aquí la unidad de producción y consumo (llévese o no una contabilidad exacta del valor de la mano de obra), el compromiso de no despedir a los trabajadores familiares, y la necesidad de intensificar el trabajo en circunstancias especiales de bajo rendimiento.

Así, la caracterización que hace Víctor Tokman del empresario del sector informal urbano podría aplicarse igualmente a la empresa familiar campesina. "El empresario de las pequeñas empresas organizadas sobre una base cuasi capitalista o familiar ofrece un conjunto indivisible compuesto por su propio trabajo, el de su familia y algún capital. El rendimiento del capital es bajo, ya que su movilidad se restringe debido a su doble papel de activo productivo y doméstico... (con) equilibrio de beneficios cero (y) sistemas informales de inserción basados en contactos personales..."⁵

Sin embargo, parece contradictoria la combinación de los conceptos de 'burgués' y 'explotado'. La extracción de excedente del campesinado por parte de la burguesía y de otros grupos sociales más poderosos constituye evidentemente una relación de clases en oposición, como lo demuestra por ejemplo el profundo conflicto de intereses que encierra la demanda agrarista por la tierra. Parecería más exacto decir que, en la mayoría de los casos, el campesino es un productor agrícola explotado que aspira a convertirse en un pequeño burgués. Es decir, trata de lograr un ritmo sostenido de acumulación que le permita la adquisición de más capital productivo, el empleo de mano de obra asalariada, y finalmente, un mayor nivel de vida y de seguridad económica. Aunque parezca paradójico es precisamente este deseo de 'dejar de ser campesino' (aunque sin dejar de ser productor agrícola e integrante de una pequeña comunidad) el que, frente a su situación de clase, le obliga a adoptar un comportamiento económico, instituciones sociales y una superestructura cultural típicamente campesinas.

Otro aspecto fundamental de su situación de clase es la perduración de la condición de

⁴R. Bartra, "Una extinción imposible en marcha permanente" (mimeografiado), México, 1978.

⁵Víctor Tokman, "Growth, Underemployment and Income Distribution", Santiago de Chile, PREALC, *Occasional Paper* 30, Rev. 1, 1980, pp. 14-15.

campesino a través de muchas generaciones, resultado de las barreras a la movilidad social asociadas al papel económico asignado al campesinado. Un individuo tiene básicamente dos formas de poder salir de su clase social e ingresar a otra más alta: a través de una estrategia económica exitosa que eleva su ingreso y le permite asumir funciones económicas de control y dirección; o bien por incorporación a través del matrimonio. Los obstáculos al contacto social y al cortejo entre clases sociales son bien conocidos; pero para un campesino lograr casarse con una mujer de clase superior a la suya e incorporarse como jefe de hogar dentro de esa clase, parece algo cercano a un milagro. Los rasgos culturales que los distinguen —lenguaje, vestimenta, comportamiento, etc.—, son notables y están ligados a otras barreras económicas y educacionales. La educación rural en América Latina sirve, con contadas excepciones locales, para no educar, salvo cuando enseña el significado de algunos símbolos nacionales integradores y legitimadores, y esto sólo en el caso del niño cuya mano de obra es prescindible para la economía familiar.

Las barreras socio-culturales impuestas a la movilidad individual o intergeneracional están basadas en relaciones económicas. La misma extracción de excedente a la que es sometido el campesinado establece el círculo vicioso de la imposibilidad de ahorro y acumulación suficientes para permitir su pasaje a la burguesía agraria. Refuerzan esta situación los mecanismos de acaparamiento de insumos productivos por parte de las clases poderosas: la tierra, el agua, la tecnología y el crédito. Mediante su control sobre el acceso a estos recursos y sobre los canales de comercialización, obligan a la familia campesina a recurrir a la autoexplotación, con poca esperanza de acumular recursos suficientes que le permitan salir de su encierro. Esta causa fundamental ayuda a explicar el comportamiento campesino sin necesidad de recurrir a argumentos que pretenden la existencia de diferencias de 'racionalidad'.

Nos parece válido y útil entonces analizar el campesinado como una clase social aparte, por sus particulares características ya señaladas que dan a los campesinos una identidad propia y común, y por las relaciones que los enfrentan a otros grupos sociales.

2. *Familia nuclear, familia extendida y red social en la organización productiva*

Con cierta frecuencia se lee que está desapareciendo la familia extendida campesina, por repercusión de los procesos de modernización, y se está convirtiendo en una familia netamente nuclear de tipo urbano. Esta imagen supone que la familia campesina tradicional típica incluye varias generaciones, individuos y grupos nucleares en una sola unidad social, de producción y de consumo. Pero la realidad es bastante más compleja. La familia extendida casi nunca ha constituido entre el campesinado latinoamericano, una 'unidad' en todo sentido. Cuando hace un censo de una comunidad campesina, el investigador siempre enfrenta un problema previo de definición: un grupo de familias nucleares e individuos emparentados, que residen juntos o en proximidad, ¿constituye o no una familia extendida?

El concepto de familia abarca mucho más que residencia y parentesco;⁶ implica la organización de la producción y del consumo (incluyendo la compra y preparación de comida), la socialización de los niños, principios de propiedad y herencia, y cuestiones de autoridad y de toma de decisiones sobre todos estos aspectos. La unidad básica de la familia campesina es la familia nuclear (marido, esposa e hijos solteros), de manera que cada hombre casado (o viuda) es el jefe de una empresa y de una unidad de consumo que requiere una estrategia propia. El predominio de este tipo de unidad en una zona rural no constituye un indicio de decadencia de la sociedad y de la economía campesinas. La existencia e importancia de la familia extendida se manifiesta más bien a través de una infinidad de gradaciones en cada uno de los aspectos antes mencionados; derivan de este núcleo básico y adquieren distintas formas según las condiciones locales y la etapa de desarrollo de cada grupo familiar.

En el ciclo de desarrollo de la familia campesina, el momento en que mayor importancia adquieren las extensiones de la unidad nuclear es cuando los hijos ya adultos acaban de casar-

⁶Véase Carlos Borsotti, *Notas sobre la familia como unidad socioeconómica*, Cuaderno de la CEPAL N.º 22, Santiago de Chile, 1978.

se. Por un lado es el momento de mayor potencial acumulativo para el jefe de la unidad antigua, quien, por esta razón, tratará de mantener su control sobre la fuerza de trabajo de sus hijos casados y sus nueras. Por el otro, la nueva unidad es débil todavía; carece de medios productivos, no tiene hijos que produzcan más de lo que consumen, y por esto necesita aún de la ayuda paterna para subsistir. Pero la nueva unidad encara desde el principio un proceso de emancipación que le permite competir con otras empresas familiares en punto a recursos y prestigio.

Por lo demás, en casi ninguna subcultura campesina es absoluta la 'unidad' de la familia extendida en el sentido económico, aún durante su período de auge. Los hijos casados pueden cultivar el terreno familiar bajo las indicaciones del padre, pero por lo general hay una división del producto, cuyo consumo se decide dentro de cada familia nuclear. En otros casos, al hijo se le asigna el usufructo del predio que después heredará, y se organiza de muchas maneras distintas la reciprocidad en la prestación de mano de obra con el padre y los hermanos y en la división del producto.

Sin embargo, y como principio fundamental, podría decirse que mientras viven los padres, la unidad nuclear joven no se separa totalmente. Aquí, otra vez, se nota con claridad la interrelación entre el sistema productivo y la superestructura cultural que lo cimenta y refuerza. En el sistema económico campesino, donde el producto principal es el alimento necesario para la supervivencia y el único recurso productivo cuyo control se deja al productor es la mano de obra familiar, la perpetuación del sistema descansa sobre un principio de equilibrio aproximado entre la energía con la cual contribuye cada individuo a la empresa familiar (y a la comunidad) y aquello que consume a lo largo de su vida.⁷ Esta equivalencia cubre la secuencia de tres generaciones, lo que significa que en su etapa adulta cada campesino debe generar un 'trabajo adicional' que, además de satisfacer sus propias necesidades de subsis-

tencia, repone lo que consumió como niño (el producto consumido de hecho durante esa etapa por sus propios hijos menores), y compensa también lo que consumirá como anciano (lo que en la práctica consumen sus propios padres ancianos). La ideología que asigna a los viejos autoridad, respeto y funciones de gestión, además de constituir un reconocimiento por la compleja acumulación de conocimientos que han logrado acerca de la agricultura diversificada en el microclima local, refleja una norma cultural profundamente internalizada que garantiza el cumplimiento del compromiso de reciprocidad de los adultos para con los ancianos improductivos. Estas normas están a su vez reforzadas por el derecho que se otorga al 'antiguo jefe de la familia' sobre la tierra para que él decida cómo será dividida entre los distintos herederos.

Por otra parte, es bien conocido que la empresa campesina nuclear requiere mano de obra adicional durante períodos de actividad intensa, como son los de siembras y cosechas. Los familiares más cercanos constituyen el primer círculo de la red concéntrica de reclutamiento potencial de esta ayuda complementaria. Dentro de la familia extendida, la compensación de esta ayuda (sea en dinero, parte de la cosecha, o devolución posterior de la misma mano de obra), está fuertemente condicionada por los ya aludidos elementos de reciprocidad, responsabilidad y autoridad, y rara vez guarda equivalencia con el sueldo o jornal monetario predominante.⁸

La red concéntrica de ayuda potencial que rodea cada familia nuclear campesina no termina con la familia extendida, sino que vincula parientes consanguíneos y políticos, vecinos y amigos, con lazos de prestaciones recíprocas acumuladas. Estas redes, centradas en cada familia individual, se traslapan muchas veces, y la totalidad de sus compromisos de ayuda recíproca define el carácter de comunidad del asentamiento campesino.

El compromiso más fundamental de reciprocidad, el que da cohesión a la comunidad, parte de la necesidad *sine qua non* de todo jefe

⁷Véase Claude Meillassoux, "Las estructuras alimentarias del parentesco", Cap. 3 de *Mujeres, graneros y campesinos*, trad. de Oscar del Barco, México, Siglo XXI, 2ª. ed. 1978.

⁸Véase sobre este punto Giorgio Alberti y Enrique Mayer (compiladores), *Reciprocidad e intercambio en los Andes peruanos*, Lima, IEP Ediciones, 1974.

potencial de una nueva unidad campesina: formar una pareja y engendrar hijos con una mujer soltera de su propia generación y que no sea de su propia familia. La limitada disponibilidad de candidatas apropiadas hace que esta interdependencia entre familias campesinas de la comunidad sea la ligazón básica sobre la que descansan otros aspectos de la reciprocidad económica y social. La interdependencia polivalente se combina con la existencia de intereses comunes (aunque no idénticos) y de un sistema de prestigio y normas compartidas para lograr que la comunidad local sea, más que una simple colectividad territorial de familias, una

institución de importancia central en el complejo económico-socio-cultural campesino. Esta red comunitaria de ayuda mutua es necesaria para compensar la inseguridad del proceso agrícola, y también para superar las etapas de elevada tasa de dependencia dentro del desarrollo de cada familia nuclear. Para que cada grupo doméstico sobreviva, es preciso que un jefe de familia joven, o una familia cuyos cultivos fracasan en un año dado, pueda reclamar una parte de la cosecha ajena, mayor de aquella que le correspondería por su aporte de trabajo determinado por una reciprocidad inmediata.

III

La cultura campesina en perspectiva

Un análisis de la interrelación entre cultura y sistema de clases es imprescindible para lograr una visión completa de los cambios actuales en la situación del campesinado latinoamericano. Curiosamente, la cultura —entendida como un sistema de creencias y valores compartidos por un grupo social— recibe hoy menos atención de parte de los estudiosos del desarrollo campesino que hace una década. La antropología cultural de los años cincuenta y sesenta contribuyó a que en la planificación del desarrollo agrícola se hiciera un esfuerzo por entender los grupos campesinos en sus propios términos, y no según los estereotipos y prejuicios de los sectores dominantes.

Sin embargo, muchos autores 'culturalistas' descuidaron el análisis de la situación de clase del campesinado, estudiando la pequeña comunidad como un sistema cerrado y atribuyéndole a la cultura campesina un papel de variable independiente, determinante de una supuesta 'resistencia al cambio'. Como consecuencia, las interpretaciones 'culturalistas' sirvieron principalmente para refinar los métodos para acelerar la integración dependiente y extractiva de acuerdo a los nuevos requerimientos del desarrollo capitalista en el agro.

Los excesos y las consecuencias de este enfoque ya fueron suficientemente denuncia-

dos.⁹ Pero el tema de la cultura mantiene gran importancia, y es preciso rescatar algunos elementos valiosos del análisis cultural, dentro de una perspectiva adecuada. A los efectos que aquí interesan la perspectiva que impone nuestro enfoque consiste en interpretar los elementos culturales en cuanto funcionan como superestructura ideológica que refuerza los puntos débiles de las relaciones sociales dentro de los grupos humanos y entre ellos.

Hemos mencionado las funciones de obstáculo a la movilidad social que cumplen ciertos elementos culturales para mantener al campesinado en una situación subordinada dentro de la estructura de clases, y como símbolos legitimadores de esa misma estructura. Podríamos añadir otras funciones parecidas de elementos culturales presentes en la 'visión del mundo' del campesino, como la religión, tan importante en la realidad campesina y con tanta frecuencia omitida en los análisis de esa realidad. También podríamos mencionar aquí las funciones psicológicas, estabilizadoras de la cultura internalizada por el individuo, que le 'ex-

⁹Véanse por ejemplo, Gerrit Huizer, *Peasant Rebellion in Latin America*, Penguin Books, 1973; y K. Heynig, "Principales enfoques sobre la economía campesina", en este mismo número de la *Revista*.

plican' lo desconocido, 'ajustándole' a elementos de su medio que no puede controlar. Pero nuestros propósitos son más limitados: analizar aquellos elementos de la cultura campesina que constituyen una defensa contra su situación de clase sujeta a extracción de excedente y que refuerzan sus estrategias de supervivencia y acumulación.

Cuando se habla de una cultura propiamente campesina, debe dejarse en claro que no se está hablando sólo de culturas indígenas. Los grupos campesinos que pertenecen a etnias dominadas tienen situaciones sociales específicas, y por ende estructuras culturales propias, con sus propios problemas para lograr una participación más justa en el desarrollo,¹⁰ pero también comparten fundamentalmente elementos de cultura con otros grupos campesinos no indígenas en América Latina y en otras partes del mundo. Como cada grupo social tiene una 'subcultura' propia en función de su situación de clase, también los innumerables grupos campesinos diferentes poseen elementos culturales comunes, en un nivel esencial que corresponde a su situación común.

1. *Lógica interna, motivación y acumulación en el campesinado*

El campesinado, como cualquier subsistema socioeconómico, tiene cierta lógica interna propia en que su organización productiva, sus instituciones sociales y sus estructuras culturales tienden a reforzarse mutuamente. Esta coherencia ayuda a mantener la viabilidad económica del campesinado, sin que tampoco falten las disfunciones y contradicciones internas. Sin embargo, su lógica interna no brinda a la economía campesina una 'racionalidad propia', la que no sería susceptible de análisis en términos de una racionalidad económica universal,¹¹ como postulan Chayanov¹² y sus seguidores modernos. Las estrategias económicas campe-

sinas derivan en forma directa de su situación de clase social y, más concretamente, de la extracción de excedente y del acceso restringido a casi todos los recursos productivos. Por ejemplo, un aspecto fundamental de la economía campesina, la producción basada en la autoexplotación de mano de obra familiar, no encuentra en la supuesta 'racionalidad propia' una explicación satisfactoria. Más bien, al enfrentar las barreras de clase que impiden la obtención de suficiente tierra y otras formas de capital, los campesinos recurren al uso intensivo del único recurso cuya disponibilidad ellos mismos pueden aumentar: la fuerza de trabajo familiar, y, en particular, la de sus hijos.

Por otra parte, muchos comportamientos, considerados por algunos autores como característicos de todo productor campesino, corresponden en realidad a situaciones de privación extrema, y ellos se van modificando a medida que estas situaciones se atenúan.

La familia campesina, en la situación más extrema de integración subordinada a la estructura de clase y a la economía de mercado, se ve obligada a sobreexplotarse constantemente. Deben trabajar más allá del equilibrio fisiológico (con relación al consumo de alimentos) para poder adquirir bienes de consumo básico, para pagar las deudas y reponer los insumos o instrumentos de producción. Este desequilibrio entre consumo y gastos de energía se refleja en las elevadas tasas de desnutrición y en los bajos niveles de esperanza de vida registrados entre la mayoría de los grupos campesinos del mundo. En los casos extremos, la falta de medios de producción sumada a una alimentación insuficiente se traduce en inactividad productiva durante una parte importante del año.

En estas circunstancias, es lógico que la familia campesina que obtiene una cosecha suficiente para asegurar un equilibrio trabajo/nutrición, reduzca su ritmo de trabajo de un nivel de sobreexplotación a otro más normal que no implique tan pronunciado desgaste físico. Este es un comportamiento racional en un contexto caracterizado por la falta de medios de producción, endeudamiento y bajos precios para los productos; es el síndrome típico del campesino actual. Lo dicho tampoco significa que dejará de trabajar cuando alcance un supuesto nivel de consumo 'culturalmente determinado'. Por

¹⁰Véase John Durston, "Los grupos indígenas en el desarrollo social rural", en *América Indígena*, México, XL, N.º 3, julio-agosto 1980, pp. 429-460.

¹¹A. Schejtman, "Economía campesina: lógica interna, articulación y persistencia", en *Revista de la CEPAL* N.º 11, agosto de 1980, p. 123.

¹²A.V. Chayanov, *The Theory of Peasant Economy*, Homewood, Ill., Richard Irwin, 1966.

el contrario, si cambian las circunstancias fundamentales, si mejoran los precios o las cosechas, si consigue crédito barato o más tierra productiva, la familia campesina seguirá trabajando (a un ritmo menos desesperado) para mejorar su nivel de consumo, para asegurar su posición económica frente a factores imprevistos, o para iniciar un proceso de acumulación. Para esto, no es necesario que separe conceptualmente el valor de su mano de obra; cuando alcanza un nivel de vida que considera mínimamente adecuado, el campesino prescinde de parte del consumo potencial para destinar una fracción de cualquier ingreso adicional a la inversión requerida para ampliar la capacidad productiva de su 'empresa'.

Esta adaptabilidad en el contexto de nuevas oportunidades económicas está íntimamente relacionada con ciertos cambios de actitud frente al riesgo. La mayoría de los campesinos se encuentran en una situación de vulnerabilidad tan extrema que se ven obligados a evitar hasta el mínimo riesgo (aunque otras alternativas les ofrezcan en apariencia ganancias potencialmente mejores) para asegurar en lo posible su supervivencia física. Pero constituye un error tomar esta tendencia estadística como ley de racionalidad de *el* campesino 'típico-ideal' en el sentido weberiano. Como lo señala A. Schejtman, parece haber, más bien, "cierta correlación entre el valor (y grado de liquidez) de los activos que posee el campesino y su capacidad de afrontar riesgos, ya sea incorporando cultivos y/o técnicas que siendo más rentables son más riesgosas que las de patrones tradicionales, o especializándose en vez de mantener el patrón de multicultivo en áreas pequeñas que es característica del campesino pobre".¹³

Los autores actuales, quienes bajo el concepto de 'racionalidad campesina' entienden una falta de motivación para acumular e invertir, caen en el mismo error que hacía atribuir, unos veinte años atrás, la baja productividad campesina a una incapacidad psicológica o a su supuesta 'resistencia cultural a la innovación'. Ahora se ha hecho evidente que el atraso campesino se debe, en el fondo, a las relaciones de

clase señaladas, de las cuales las actitudes sólo son síntomas superficiales.

En lo fundamental, entonces, el campesino pobre no tiene una 'racionalidad' económica distinta de la del pequeño burgués agrícola, del capitalista o del *farmer*. Si bien es cierto que el campesinado cuenta con una subcultura propia, su especificidad se debe a las restricciones socialmente determinadas que enfrenta y a la precariedad de su reproducción física y económica. Como en todo grupo social, los esfuerzos realizados por los campesinos para mejorar su situación económica están condicionados, en cierta medida, por distintos elementos de esta subcultura.

2. Elementos culturales en un problema económico: el apego a la tierra

Son muchos los observadores que han advertido la impresionante tenacidad con que la gran mayoría de los campesinos latinoamericanos persiste en cultivar una pequeña fracción de tierra en las peores condiciones imaginables. Lucha por conseguir o aumentar su predio propio, frente a otras alternativas de trabajo que quizás podrían permitirles un ingreso mayor. Se ha notado también, en muchas zonas, que los campesinos están dispuestos a pagar un precio más alto por la tierra del que estarían dispuestos a abonar los empresarios agrícolas de estratos más acomodados. Aún los migrantes campesinos a centros urbanos, si logran acumular algún ahorro y si son propicias las condiciones en su comunidad de origen, frecuentemente vuelven al campo y aceptan una reducción en el ingreso neto para poder adquirir y cultivar la tierra. Investigaciones en la Sierra ecuatoriana indican que las familias campesinas con menos de una hectárea, y que por ende están obligadas a vender parte de su fuerza de trabajo familiar fuera de la parcela, tienden a percibir ingresos superiores a los de aquellas que poseen 3 ó 4 hectáreas y pueden dedicarse por entero a la agricultura.¹⁴ Una interpretación es-

¹³A. Schejtman, *op. cit.*, p. 130.

¹⁴MAG-ORSTOM, *Diagnóstico socioeconómico del medio rural ecuatoriano: Ingresos*, Quito, 1978; y Gobierno del Ecuador, Grupo de Evaluación de la Reforma Agraria, *La Reforma Agraria en la provincia de Chimborazo*, Quito, 1977, p. 33.

tática de estos datos podría llevar a la conclusión de que ellos reflejan un proceso generalizado de 'descampesinización' entre quienes tienen tierra insuficiente; pero otras investigaciones más profundas¹⁵ sugieren que las familias jóvenes con tierra escasa tienden a buscar trabajo asalariado precisamente para poder sobrevivir mientras sus hijos no ingresan a la edad productiva. Estos campesinos-obreros (generalmente migrantes) venden su fuerza de trabajo en el sector moderno no sólo para mejorar su nivel de consumo, sino fundamentalmente para ahorrar y volver de manera definitiva a la comunidad. Pasan así a la categoría de campesinos puros por su inversión en tierras, dentro del ciclo de desarrollo ideal de la empresa familiar.

Evidentemente, un modelo simple de maximización de ingreso no puede explicar demasiado satisfactoriamente este comportamiento. Con frecuencia se pretendió explicar este 'apego' a la tierra por una mezcla de sicología popular y misticismo, con referencias a sentimientos transmitidos desde la infancia, y al significado simbólico de la tierra en sus creencias religiosas, sus vínculos con los antepasados sepultados en la zona, etc. Pero aun en aquellos casos en que estas creencias están presentes, la explicación parece incompleta. Para que la estructura cultural persista con tal vigor y en aparente contradicción con sus propios intereses económicos, deben gravitar otras relaciones y estrategias socioeconómicas descuidadas en las interpretaciones antes aludidas.

Para integrar el análisis social y cultural al económico, es necesario, primero, modificar el concepto de maximización de ingreso por el de la 'optimización' de una diversidad de valores; y segundo, ampliar el marco de observación para incorporar al mismo otros valores no directamente económicos. En el caso del 'apego' campesino a la tierra, podremos de esta forma identificar, ante todo, algunos elementos de estrategia optimizante, aun dentro de un marco estrictamente económico. El campesino semiproletario, por ejemplo, que acepta una reducción de su ingreso para retornar a la agricultura,

está siguiendo una estrategia de optimización a largo plazo, en la cual prevalece la seguridad de la empresa a través de años buenos y malos. La agricultura campesina es la ocupación en la cual él mejor sabe desempeñarse, con sus destrezas especializadas y sus conocimientos de las condiciones locales. Por esto, la acumulación de tierra, cuando suma terrenos comprados con sus ahorros urbanos a los heredados, constituye la mejor posibilidad que tiene de lograr acumular y prosperar, en comparación con sus alternativas, como 'marginal' urbano.

Por otra parte, hay una serie de satisfacciones humanas, no calculables en términos monetarios, que entran en el diseño de una estrategia óptima del campesino, como para cualquier actor económico. Una es la posibilidad de vivir rodeado de esposa, hijos, familiares y amigos; otra, a pesar de las atracciones de la ciudad moderna, es el ambiente físico rural, la amplitud y seguridad de la comunidad rural, y la posibilidad de vivienda propia, lo que contrasta fuertemente con el hacinamiento, el riesgo del contagio y la delincuencia en el medio urbano marginal. Por último, frente a trabajos asalariados que, aparte de ser peligrosos y desgastadores, restringen la libertad de escoger un horario, implican el control de un jefe y la total enajenación del obrero con respecto al producto final de sus labores; la alternativa de ser agricultor, en cambio, significa tomar decisiones propias, asumir personalmente el desafío de la producción y tener motivos de enorgullecerse ante una cosecha exitosa.

Todos estos valores económicos y no económicos asumen formas particulares y son esgrimidos en una combinación óptima distinta según sea la situación específica de cada grupo social. La aceptación del individuo como miembro legítimo de un grupo social, y el prestigio o aprobación y admiración de otros miembros del grupo, son valores culturales universalmente internalizados por las personas, pero revisten distintas formas según los diferentes contextos socioeconómicos. Si se recuerda que la estructura cultural sirve para reforzar las instituciones sociales con las que se interpenetran, es comprensible que los mejores criterios de prestigio en la cultura campesina impliquen ser un buen jefe de familia que cumple con las responsabilidades asignadas a este

¹⁵Véase, por ejemplo, CONADE, Sección de Investigaciones Sociales, "Estrategia de reproducción de la familia campesina (Guamote)", Quito, 1981, pp. 112-113.

rol; ser un agricultor de profundo conocimiento y estrategia exitosa; y ser un buen miembro de la comunidad, demostrando sentido de reciprocidad y solidaridad, desempeñando algún cargo de responsabilidad o auspiciando una fiesta religiosa comunitaria. El valor de lograr prestigio en los términos aceptados desde la infancia, de aspirar a gozar del respeto y admiración de toda su medio social, es una motivación fuerte y racional para el 'apego a la tierra' en la comunidad de origen, sobre todo si se contrasta con el ningún prestigio que el medio urbano asigna a los oficios que puede desempeñar el migrante campesino, unido al desprecio y rechazo que percibe en su contacto diario con las capas sociales dominantes, por el sólo hecho de ser campesino, identidad marcada por señales de comportamiento y origen étnico.

La cultura campesina en general, y los sistemas de prestigio en particular, no son incompatibles con la acumulación de capital; por el contrario, los elementos culturales e institucionales robustecen los intentos de lograr el éxito económico, organizando estos esfuerzos según formas particulares dictadas, en último término, por la situación de clase social que define al campesinado.

3. *Significado económico de un fenómeno cultural: los cargos religiosos*

Como los elementos del complejo económico-social-cultural campesino son variables interdependientes, aun las facetas más evidentemente culturales de la vida campesina (como las costumbres religiosas) tienen también algún significado social y económico; sin embargo, no siempre es fácil identificarlo con claridad en los fenómenos culturales observados.

Que es el caso, por ejemplo, del sistema de cargos religiosos. Ampliamente difundido en las comunidades campesinas de varios países latinoamericanos, la institución de la jerarquía de los mismos implica importantes erogaciones por parte de los jefes de familia en el auspicio de fiestas religiosas y desembolso de sumas importantes en entretenimientos, comida y bebida para la comunidad. Este sistema de cargos costosos ha sido calificado como un 'mecanismo nivelador', ya que limitaría la tendencia a las distinciones económicas entre campesinos, y hasta se le ha considerado una forma de 'redistribución del ingreso'. Pero atribuir sólo estos efectos a los cargos religiosos es, en la mayoría de las comunidades campesinas actuales, simplificar y distorsionar a la vez su compleja e importante función real. 'Nivelar' económicamente significaría eliminar la posibilidad de acumulación para una familia campesina; pero, en realidad, un jefe de familia que ya ha iniciado un proceso de acumulación, no liquida todo su capital al patrocinar una fiesta. Desde cierto punto de vista, este gasto puede considerarse 'consumo' de prestigio; pero semejante prestigio es también el reflejo de una capacidad comprobada de lograr el éxito económico. Tiene cierto paralelo con la publicidad conspicua que realizan muchas empresas comerciales al patrocinar actividades culturales. En la sociedad campesina, por lo demás, este tipo de acto generoso constituye una inversión que crea una suerte de 'crédito' difuso de reciprocidad con los restantes miembros de la comunidad. Por esta razón, un hombre joven puede gastar todos sus ahorros en patrocinar una fiesta ya que esto aumenta sus posibilidades de solicitar ayuda a sus vecinos (en mano de obra, préstamos, o en sus propias actividades productivas futuras).

IV

La nueva inserción social del campesinado en el crecimiento económico*

En el caso específico de América Latina durante el último cuarto del siglo XX, la coexistencia de campesinos con relaciones productivas capitalistas modernas refleja, en la opinión de algunos, que estamos ante nuevas formas de extracción, específicas a condiciones de un desarrollo dependiente. Buscando "la explicación de esta perduración" del campesinado, se preguntan "si se ha abierto así una nueva opción", distinta de la proletarización total.¹⁶ Y señalan que "no se ha cumplido, en un amplio sector, el requisito clásico de la transición: la expropiación de los productores directos, su separación radical de los medios de producción".¹⁷ Más todavía, un análisis de las complejas facetas de la inserción del campesino en el sistema capitalista lleva a la conclusión de que "... no parece posible dar por supuesta la existencia actual de modos precapitalistas de producción 'articulados' con el capitalista".¹⁸ Al contrario, "la subsunción del trabajo campesino al capital no parece ser una situación de transición sino la especificidad que el desarrollo del capitalismo está adoptando en la agricultura".¹⁹

I. Población, economía y la familia campesina

La visión clásica de la expansión del capitalismo ha subestimado, por lo general, la compleja interacción existente entre los factores demográficos y los procesos económicos y sociopolíticos.²⁰ El número total de campesinos, y su

ritmo actual de crecimiento, impiden predecir su absorción total como trabajadores asalariados aun recurriendo a los cálculos más 'optimistas' del crecimiento de las economías capitalistas de América Latina en el futuro previsible. De hecho, los datos censales son bastante interesantes en este sentido. Alrededor de 1970, los campesinos²¹ constituían la mayoría de la población económicamente activa en la agricultura en 10 de 15 países latinoamericanos. Entre aproximadamente 1960 y 1970, aumentó su número absoluto en 8 de los 13 países para los cuales hay datos comparables. Aumentaron incluso como proporción de la PEA agrícola en 7 de esos 13 países.²² Como lo señala Barraclough, "el campesinado podrá continuar disminuyendo relativamente en importancia, pero no en forma absoluta. Ya no existe lugar donde los campesinos puedan dirigirse. No existen nuevas fuentes de empleo urbano".²³ Y Esteva: "La cantidad de personas para 'proletarizar' es mayor que el estómago de la agricultura comercial. Además, la brecha entre el ritmo de expulsión y el de absorción, que ya es muy grande, tiende a abrirse cada vez más cuando los 'expulsados' no tienen ya donde ir".²⁴

Esta contradicción entre el ritmo de crecimiento en el sector campesino de la mano de obra 'excedente' con relación a los recursos de

co... el materialismo histórico rechazó también, pero equivocadamente, los problemas de la reproducción de la fuerza de trabajo". Claude Meillassoux, *op. cit.*, p. 8.

²¹En términos censales, 'campesinos' son los agricultores por cuenta propia (que no emplean mano de obra asalariada en forma permanente) y sus trabajadores familiares no remunerados.

²²CEPAL, cálculos basados en la muestra OMUECE; véase CEPAL, *op. cit.* Cuadro 23, p. 75; y E. Klein, "Empleo en economías campesinas de América Latina", en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, Vol. 2:3 (sept. 1979) Tabla 1, p. 309.

²³S. Barraclough, "Perspectivas de la crisis agrícola en América Latina", en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, Vol. 1, N° 1, p. 52.

²⁴C. Esteva, *op. cit.*, p. 711.

*Esta sección está basada, en parte, en J. Durston, "La inserción social del campesinado latinoamericano en el crecimiento económico", E/CEPAL/R.232 (mimeografiado), Santiago, Chile 1980.

¹⁶G. Esteva, "¿Y si los campesinos existen?", en *Comercio Exterior*, 28:6, junio de 1978, p. 699.

¹⁷*Ibidem*, p. 703.

¹⁸*Ibidem*, p. 701.

¹⁹L. Paré, *El proletariado agrícola en México: ¿campesinos sin tierra o proletarios agrícolas?*, México, Siglo XXI, 1977, p. 37.

²⁰"Al rechazar con razón el determinismo demográfico

capital que poseen y la escasa demanda de trabajadores asalariados por parte de la agricultura comercial, cada vez más mecanizada, indujo a algunos analistas a concluir que las burguesías latinoamericanas e internacionales resolverán este problema 'totalmente insoluble' eliminando toda la fuerza de trabajo rural, incluso mediante su extinción física.²⁵ Este argumento, como el de la proletarización total, supone erróneamente que el capitalismo es demasiado rígido para adaptarse, adecuar y aprovechar formas supuestamente 'precapitalistas' de extracción; y que el campesinado carece totalmente de alternativas frente a un sector capitalista omnipotente.²⁶

Como se ha visto, las barreras económicas, sociales y culturales a los insumos productivos y a la movilidad social que deben enfrentar las familias campesinas las obligan a seguir una estrategia de familias nucleares numerosas, que en la mano de obra familiar encuentran la única posibilidad de mantener vigente su unidad productiva a través del tiempo.

Toda historia familiar campesina sigue, con alguna variante, un ciclo básico de desarrollo: una primera fase, durante la cual el nuevo matrimonio tiene varios hijos pequeños y depende en parte de los padres de uno o ambos cónyuges para satisfacer sus requerimientos vitales; una segunda, cuando se heredan las tierras de la generación anterior y hay un elevado número de hijos en edad productiva que permite generar un excedente (más allá de la porción 'expropiada' por otros sectores), el que a su vez es invertido en la adquisición de bienes de capital (principalmente más tierra).

Esta trayectoria exitosa, que es la visión ideal de casi todo jefe de familia campesino, ha sido descrita como un intento de lograr seguri-

dad para sus años menos productivos de la vejez, cuando sus hijos adultos puedan utilizar el capital acumulado para mantenerlo. Pero la estrategia de acumulación también es necesaria para que el ciclo pueda repetirse con otra generación: para que cada hijo pueda casarse, contando con el apoyo inicial del padre y, más tarde con la herencia de los medios de producción suficientes, para que cada nuevo grupo familiar se autosostenga. Como ya se vio, este proceso está apoyado en principios de reciprocidad intergeneracional. Naturalmente, dado cualquier contexto real, no todos pueden tener éxito en alcanzar este objetivo, salvo que la frontera agrícola esté en franca expansión. El campesino cuya esposa o hijos adultos mueren, o aquel que sufre una serie de malas cosechas, tendrá menos posibilidades de acumulación y enfrentará un proceso de empobrecimiento, o se verá forzado a vender el predio a otros. Por otra parte es necesario recordar que esta acumulación intrageneracional (o diferenciación demográfica) sólo excepcionalmente significa un proceso sostenido que lleve a la creación de una empresa de tipo pequeño burgués; la acumulación termina y el ciclo se reinicia con el fraccionamiento de la herencia. Pero siempre existe la posibilidad de que casos individuales, afortunados, logren el objetivo de salir de la pobreza que para ellos significa la condición campesina.

En términos de relaciones entre grupos sociales, puede decirse que los hacendados, los acaparadores de granos, los caciques locales y los empresarios agrícolas estuvieron 'cultivando' o 'criando' campesinos al obligarlos a seguir una estrategia de familias numerosas. Este sistema productivo se basaba tradicionalmente en una variada gama de mecanismos extra-económicos de control y extracción, pero con una mínima inversión de capital por parte de los grupos beneficiados. En este aspecto hay un paralelo entre la economía campesina y la hacienda, con la cual frecuentemente estaba, y en algunos países sigue estando, estrechamente vinculada.

Al igual que en la hacienda, tienden a modernizarse los mecanismos que permiten controlar y sacar un excedente del campesinado, cambiando el principio central de inversión mínima por el de aumentar la productividad

²⁵E. Feder, "Campesinistas y descampesinistas: primera parte", en *Comercio Exterior*, Vol. 27, N° 12, p. 1444; véase también Crouch y De Janvry, "El debate sobre el campesinado: teoría y significado", en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, 2:3 (sept. 1979), p. 291.

²⁶Esteve hace el siguiente comentario sobre esta visión catastrofista de Feder: "... Los profetas del Apocalipsis, que abundan cada fin de siglo y se multiplican al fin del milenio, desempeñan un papel político concreto: estimular la pasividad, pregonar la impotencia, estimular las reacciones desesperadas e irracionales que convoquen al cumplimiento de la profecía, llevar la lucha social al terreno de la metafísica". Esteve, *op. cit.*, p. 711.

del sistema. Pero los campesinos son actores sociales y económicos como lo son los integrantes de los grupos dominantes, y también ellos revisan sus estrategias familiares para adecuarse a las nuevas oportunidades y restricciones del proceso de modernización. En muchos de los contextos actuales siguen enfrentando obstáculos al acceso a los recursos productivos; por consiguiente, todavía es viable para la mayoría de las familias campesinas la estrategia de hijos numerosos, aunque con una variedad de nuevas relaciones donde cobra cada vez mayor importancia la actividad extrapredial.

2. *La modernización de los mecanismos sociales de extracción*

Es indudable de que la existencia de una enorme masa de población rural, caracterizada por el subempleo y la extrema pobreza, con su amenaza de rebelión y su presión migratoria sobre las ciudades, representa un *problema potencial* para los grupos sociales favorecidos por el estilo de desarrollo predominante en la región. En particular el hambre de tierra del campesinado, cuando faltan válvulas de escape como podrían ser los empleos alternativos, puede poner en peligro todo el sistema si los campesinos llegan a organizarse y movilizarse.

Pero esta masa humana, por su particular organización productiva y las relaciones sociales establecidas también ofrece *oportunidades* a los grupos dominantes, bajo la forma de *recursos humanos* subutilizados. La 'tarea' del empresario individual y la del Estado consistiría en organizar una integración subordinada más eficiente y productiva de este recurso, y en readecuar los mecanismos de extracción a las nuevas condiciones económicas específicas, adecuadas al lugar y al momento.

Actualmente, y en la mayoría de los países de América Latina, los grupos sociales de mayor poder e influencia están promoviendo estrategias cada vez más definidas con respecto a las masas campesinas. Los "terratenientes más inteligentes y avanzados", los comerciantes e industriales y las empresas multinacionales "muestran evidencias de comprender" que les conviene asegurar la supervivencia y estabilidad (aunque no la prosperidad) de un sector

campesino numéricamente importante.²⁷ Las políticas aplicadas por el Estado son el saldo de las pugnas y alianzas entre éstos y otros grupos partícipes en la toma nacional de decisiones, y entre los cuales aparecen distintos tipos de productores agrícolas (y a veces también los campesinos y los asalariados rurales organizados).

Con estas políticas se trata de equilibrar medidas represivas —la destrucción o cooptación de los movimientos campesinos cuando éstos se muestran demasiados fuertes— con otras que permitan realizar el potencial productivo no aprovechado del sector campesino. Las medidas 'favorables' a los campesinos persiguen el doble fin de consolidar un estrato social de pequeños propietarios económicamente viables, que se espera podrá contribuir a estabilizar el sistema sociopolítico rural²⁸ y ayudar de este modo a frenar la migración rural-urbana, y también adecuar la economía campesina a las nuevas modalidades de transferencia de recursos.

La extracción de excedente de la unidad productiva campesina por parte de los grupos socioeconómicos dominantes siempre se realiza bajo las *formas* de trabajo, producto o dinero, pero puede obtenerse también recurriendo a una gran variedad de *mecanismos*. En el pasado, estos mecanismos incluían los términos de intercambio desfavorables entre el sector manufacturero y el campesino autónomo; el endeudamiento, sea con el patrón de la hacienda o con el comerciante mayorista; y el otorgamiento de predios subfamiliares, ligados al empleo de peones o sueldos de sobreexplotación. Las modificaciones en los procesos de extracción, cuyo objetivo es elevar la productividad del campesinado, requieren nuevos comportamientos y arreglos institucionales, los que a su vez implican cambios en los grupos sociales más directamente beneficiados. Estos mecanismos socioeconómicos readecuados facilitan la integración subordinada de la familia campesina como unidad productiva, como consu-

²⁷William Thiesenhusen, "Los años ochenta, ¿década de los campesinos?", en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, Vol. 2, N° 2 (mayo-agosto 1979), pp. 230-231.

²⁸Véase Roger Bartra, "¿Y si los campesinos se extinguen?", en *Historia y Sociedad*, México, N° 8, 1976.

midores y como fuente de trabajadores asalariados ocasionales.²⁹

a) *El productor campesino y los nuevos términos de intercambio*

El acceso limitado a insumos, información técnica, etc., y la falta de alternativas productivas, otorgan como consecuencia al campesino un espacio propio y una funcionalidad en el sistema socioeconómico. Casi todos los países de América Latina mantienen, de una u otra manera, precios bajos para algunos bienes de consumo básicos (por ejemplo, trigo, maíz y papas), para de este modo abaratar la mano de obra y paliar el descontento popular en las ciudades. Los precios reducidos tornan poco atractivos estos cultivos tradicionales de consumo masivo para los grandes agricultores quienes pueden obtener crédito y tecnología (además de subvenciones) para dedicarse a otros más rentables, como son los de exportación, al igual que las posibilidades que ofrecen la ganadería y los productos que consume la clase media. Esto deja a los campesinos el predominio en la producción de los cultivos de menor ganancia, que generalmente son también los que ellos tradicionalmente consumen.

La diferencia entre la reducida ganancia que realiza el campesino y la que percibe la industria manufacturera está en el centro de la extracción por los términos desiguales de intercambio. Aunque podría argüirse que esta desigualdad existe también entre el sector urbano-industrial moderno y la agricultura en general, es evidente que la desigualdad se hace mayor para el campesino que para el agricultor comercial grande, y esto por las diferencias ya señaladas. Tampoco debe olvidarse que detrás de estas diferencias están las barreras de clase social que impiden al campesino seguir las mismas estrategias que los grandes agricultores.

²⁹Sobre este punto discrepamos con Crouch y de Janvry, quienes dicen que el único mecanismo de extracción del campesinado por parte del capitalismo es el intercambio desigual, y que esto llevará a su proletarianización (*op. cit.*, p. 285); y también con Goodman, quien insiste en que la mediería es una forma netamente precapitalista destinada a desaparecer. Véase D.E. Goodman, "Rural Structure, Surplus Mobilization and Modes of Production in a Peripheral Region: The Brazilian North-East", en *Journal of Peasant Studies*. Vol. 5, Octubre 1977, p. 21.

Con el rápido crecimiento urbano, la demanda de mayor cantidad de alimentos de consumo básico excede con frecuencia la capacidad de respuesta de los agricultores pobres que utilizan técnicas tradicionales. Por su parte, los gobiernos discuten si la solución está en la importación, en elevar los precios a niveles comercialmente atractivos, en subvencionar a los grandes empresarios agrícolas o en mejorar la productividad campesina, modernizando a los pequeños productores mediante créditos y tecnología adecuados. La última alternativa tiene la ventaja que permite mantener precios relativamente bajos y aprovechar estos 'recursos humanos' campesinos.

El mecanismo de extracción basado en los términos de intercambio en lo esencial no se alteró con la modernización, sino que aumentó al introducir un nuevo elemento: la creciente utilización de créditos y de insumos tecnológico-intensivos por parte de los productores campesinos.

Tanto por la competencia con productores capitalistas como por el deterioro de sus suelos y la fragmentación de sus predios, muchos campesinos tuvieron que aumentar su productividad para seguir siendo rentables en la economía agrícola moderna y asegurar la perduración de su empresa familiar. Y esto lo hacen, generalmente, acudiendo a fuentes de financiamiento públicas o privadas y comprando insumos manufacturados, desde fertilizantes, semillas mejoradas y pesticidas hasta el arriendo o compra cooperativa de tractores, cosechadoras y otros tipos de maquinaria motorizada. Sin embargo, esta 'modernización' aumenta en forma muy marginal la ganancia neta del campesino latinoamericano. Dispone de capital propio (tierra y herramientas) demasiado limitado como para maximizar los beneficios de estos insumos; rara vez tiene el riego y los buenos suelos tan necesarios para el 'paquete' tecnológico disponible, diseñado como fue para la gran agricultura comercial; cultiva frecuentemente en tierras de altura, donde el frío y el suelo accidentado reducen sus rendimientos muy por debajo de los que obtiene un agricultor comercial más favorecido. Por lo tanto, la estrategia del campesino sigue siendo la de su supervivencia física, valorizando escasamente su propia contribución como empresario y la

mano de obra de su familia. Aun en aquellos pocos casos de campesinos con buenas tierras y que reciben asistencia técnica y créditos suficientes, y si bien su productividad y sus ingresos brutos mejoran con esta modernización, la parte de estos ingresos que deben asignar al pago por el capital (crédito e insumos manufacturados tecnológicamente intensivos) aumenta más que los ingresos netos que le quedan a las familias campesinas.³⁰

El productor campesino modernizado sigue perteneciendo a un grupo social objeto de extracción y de exclusión. Está más limitado que nunca en sus posibilidades en acceso a la tierra; paga un elevado precio por el crédito y por los insumos manufacturados. El aumento de su productividad, lejos de terminar con la extracción, la aumenta por los términos desiguales de intercambio entre los productos que venden los campesinos y el capital y la tecnología que están empezando a comprar. Sigue beneficiándose con esta nueva relación el sector urbano-industrial en general, pero entre los grupos socioeconómicos que más ganan, y más directamente, están los dueños de empresas manufactureras y distribuidoras de tecnología agrícola y quienes facilitan capital al campesino.

b) Campesino y agroindustria

Tradicionalmente el endeudamiento ha sido uno de los mecanismos más utilizados para controlar las decisiones productivas y comerciales de los campesinos; incluso, muchos se vieron obligados a buscar esta relación para minimizar el riesgo, ya que al patrón-acreedor se le suponía interesado en apoyar al campesinado cuando circunstancias adversas pudiesen hacer peligrar la recuperación de su préstamo. Esta relación patróncliente veíase reforzada a veces por lazos socioculturales de un paternalismo superficial (como por ejemplo, el apadrinamiento de los hijos del campesino por parte del patrón).

El productor de bienes básicos todavía se endeuda con el comerciante mayorista de granos y se compromete a venderle la cosecha a precio rebajado, aunque ahora con menos intermediarios que en el pasado (hacendado, usure-ro del pueblo, pequeño revendedor). Pero el pequeño productor de bienes más rentables generalmente firma un contrato legal contra el recibo de insumos, documento que le obliga a seguir pautas específicas de cultivo, lo somete a normas de control de calidad y estipula cantidades y precios del producto final.

Esta forma moderna de inserción funcional del campesinado en el actual sistema económico de América Latina aparece entre los productores de ciertos cultivos como las frutas, las verduras, el tabaco y el café, quienes quedan sometidos al control estricto de otros grupos que manejan los insumos, el financiamiento y la comercialización. Aquí la integración subordinada generalmente se realiza a través de una empresa semimonopólica que domina el proceso productivo comercial en todos sus aspectos, la que sin embargo no se adueña de los medios de producción del campesino.

Es factible esta forma de integración subordinada porque las dos 'esferas' de la producción y la circulación sólo son separables a efectos y propósitos analíticos, cuando en la realidad constituyen aspectos de un mismo proceso socioeconómico. La actividad predial es simplemente un eslabón en la cadena. Esto significa que no basta con ser propietario de la tierra, sobre todo en el mundo actual, cuando las industrias químicas y de maquinaria, las grandes instituciones financieras, las agroindustrias de transformación y el 'agrobusiness' internacional ya juegan papeles claves en la economía agrícola; quien controla los insumos y la comercialización, controla también la producción predial.

En cierta forma la agroindustria reviste el papel del patrón que antes desempeñaba el hacendado o el bodeguero frente a los productores campesinos: les ofrece un apoyo tecnológico y financiero. Pero, ahora con la agroindustria, el compromiso se hace impersonal, formal y legal. El interés por asegurar el éxito de la cosecha campesina queda bien circunscrito a las normas modernas de administración de la empresa. Como señala Feder, "en el proceso de expansión capitalista bajo el dominio extranje-

³⁰Sergio Sepúlveda, "The Effects of Modern Technology on Income Distribution: a Case of Integrated Rural Development in Colombia", en *Desarrollo Rural en las Américas*, XII:2 (mayo 1980), p. 117.

ro, se trasladan fácilmente casi todos los riesgos económicos a los productores subdesarrollados, especialmente a los pequeños".³¹ Sobre todo, el endeudamiento y el compromiso contractual (con las sanciones legales que implica), aseguran que la mayor renta generada por la modernización del cultivo de productos agroindustriales no quede en manos del campesino, sino que en su mayor parte vaya a parar en manos de la empresa que procesa y revende estos productos.

La integración a la cadena agroindustrial afectará a numerosos campesinos, pero esto también tiene sus límites, ya que probablemente muchos otros no se le incorporarán. Por un lado, las agroindustrias prefieren tratar con productores medianos y grandes, por sus economías de escala, por las posibilidades que éstos tienen de aportar parte de la inversión, por la complicación que significa supervisar muchos productores pequeños y porque resulta antieconómico iniciar una demanda judicial contra estos últimos. En algunos casos, los productores campesinos constituyen apenas el ejército de reserva de la producción de los dueños de la agroindustria. Los años en que los agricultores contratados no pueden satisfacer la demanda de la agroindustria, los campesinos que cultivaron el mismo producto podrán vender sus cosechas a aquélla; pero siempre corren el riesgo de no vender o hacerlo a bajos precios en el mercado abierto.

Los campesinos que se convierten en clientela de la agroindustria y de la comercialización modernas aumentan sus ganancias potenciales pero pierden un elemento de flexibilidad ecosistémica que es parte de las estrategias campesinas de supervivencia. Deben dedicarse más al monocultivo del producto contratado, y por lo tanto tienen menores posibilidades de aprovechar las opciones tradicionales para minimizar el riesgo: el policultivo sistemático que divide el riesgo y frena el agotamiento del suelo, además del cultivo de alimentos de subsistencia, que los protege de las caídas de precios de los productos comerciales. Entre los campesinos que optan por la integra-

ción moderna exclusivamente a través de compromisos contractuales con los sectores industriales y comerciales, o por un fuerte endeudamiento con instituciones financieras, la pérdida de estas opciones tradicionales significa el riesgo de eliminación de los pequeños productores familiares con recursos insuficientes o falta de conocimientos empresariales.

c) *La familia campesina semiproletaria*

La posibilidad de integrarse exclusivamente como productores, bajo cualquier marco institucional, se limitará, como es lógico, a los campesinos que tienen recursos propios suficientes para asegurar la reproducción económica y social de la unidad familiar predial. Aunque el concepto de viabilidad es muy relativo, no sólo con respecto a la calidad de la tierra sino también al número de personas que integran la familia, la estructura de precios, la tecnología utilizada, etc., se ha estimado que se necesita un predio de 4 ó 5 hectáreas de tierra de secano, de regular calidad, para lograr la reproducción económica de una unidad campesina media.³²

Son precisamente las empresas campesinas minifundistas menos viables, inadecuadas para mantener plenamente ocupados a todos los miembros de una familia, las que predominan en América Latina y son precisamente éstas las que aumentan con mayor rapidez en muchos países,³³ por la fragmentación de las propiedades por sucesiones hereditarias y ventas parciales, y como consecuencia del deterioro del suelo por la intensificación del uso y su posterior erosión.

¿Cuál será el futuro de estas unidades campesinas subfamiliares (como las denomina el CIDA)? ¿Son "desechos de la forma de producción social campesina", cuya reproducción social y hasta material "ya es imposible"?³⁴ ¿Será el pequeño predio la 'tumba' del campesino,

³¹E. Feder, "Campesinistas y descampesinistas: segunda parte", en *Comercio Exterior*, Vol. 28, N.º 1, (enero 1978).

³²En esto coinciden los cálculos de la CEPAL para México, el CONADE para Ecuador y el CIDA para varios países.

³³E. Klein, "Diferenciación social: tendencias del empleo y los ingresos agrícolas", en *Economía Campesina y Empleo*, Santiago de Chile, OIT/PREALC, 1981, pp.5-25; y A. Schejtman, *op.cit.*, p. 140.

³⁴Crouch y de Janvry, *op. cit.*, p. 291.

como lo anuncia Feder.³⁵ La dura realidad en la mayoría de los países de la región que se aprecia por la observación empírica no es la desaparición del sector campesino de minifundio sino el empobrecimiento de la actividad agrícola predial, con desnutrición y baja esperanza de vida; también es frecuente la búsqueda de fuentes suplementarias de ingresos. Lo que ocurre en el altiplano boliviano, por ejemplo, se repite, en mayor o menor grado en casi todas las zonas campesinas del hemisferio:

“Se ha hecho progresivamente crítica la incapacidad de la actividad agropecuaria realizada por los campesinos para satisfacer los requerimientos mínimos vitales y las aspiraciones de consumo de amplios sectores rurales. Ello está conduciendo a buscar en actividades ajenas a la economía agraria familiar propiamente tal, fuentes de trabajo y de ingreso complementarios. Algunos antecedentes permiten suponer que estas formas de participación en los mercados de trabajo podrían acentuarse en el futuro”.³⁶

La necesidad de encontrar fuentes de ingreso para complementar la actividad agrícola predial lleva a incorporar las más variadas actividades ocupacionales a la estrategia económica de la familia campesina. Una minoría importante desarrolla actividades por cuenta propia tales como artesanías, pesca, servicios como herrero, molinero, etc., y también de pequeño comercio. En cuanto a sus implicancias para la economía familiar, por ser actividades empresariales, son funcionalmente similares a la producción agrícola ‘predial’ ya descrita. De todas maneras tienen una perspectiva limitada de crecimiento futuro. La artesanía, frente a la penetración en el campo de los productos industriales, probablemente se limitará al mercado turístico y de exportación especializada; el pequeño comercio se reducirá a los intersticios del sistema moderno de comercio, y sirve para integrar más estrechamente el campesino al mercado nacional. En particular la actividad comercial sirve como canal de movilidad verti-

cal para unos pocos individuos y familias, las que en cierta medida dejarán el estrato campesino para pasar a integrar la pequeña burguesía comercial. Pero la solución más común a la crisis de ingreso de la familia campesina es la venta directa de parte de su fuerza de trabajo subempleada.

Esta situación corresponde a una adaptación modernizante de la antigua práctica, típica del complejo hacienda-minifundio tradicional, de asignar a cada familia de peones un lote para su subsistencia, pero de tamaño siempre insuficiente para satisfacer todas sus necesidades de consumo, lo que obligaba al peón (o ‘huasipunguero’ ‘yanacona’, o ‘inquilino’) a trabajar para el patrón por un salario por debajo del valor del trabajo asalariado en el mercado, es decir, en condiciones de sobre-explotación.

i) *El campesino-jornalero en la agricultura comercial*

Como es evidente, a la agricultura comercial le conviene disponer de mano de obra por períodos variables, cuando culmina la demanda, situación característica de muchos cultivos comerciales, y poder despedir dicho personal sin problemas cuando se hace menos necesario.

La mano de obra semiproletaria puede ser más barata porque el pequeño capital que posee el minifundista sumado a la fuerza de trabajo familiar, aunque insuficientes para satisfacer totalmente sus necesidades básicas, sí reducen sus necesidades absolutas de ingreso monetario. Puede ofrecer su trabajo a menor precio del que requiere el proletario rural ‘puro’ porque, a diferencia de éste, con su sueldo no tiene que pagar toda su alimentación ni la de su familia como tampoco vivienda para ella. Además, puede dejar de trabajar como obrero asalariado cuando ya no se lo necesite, y ocuparse productivamente de cultivar su predio.

La extracción ‘moderna’ de recursos campesinos bajo la forma de mano de obra asalariada ocasional florece en la agricultura capitalista cuando ésta requiere mano de obra durante intensos ‘períodos pico’, que es precisamente una de las características sobresalientes de muchos de los cultivos agroindustriales. Así, por ejemplo en México, la agroindustria vinculada a la fresa generó solamente 19 400 empleos fijos mientras demandó 160 000 jornale-

³⁵E. Feder, “Campesinistas y descampesinistas: primera parte”, *op. cit.*, p. 1444.

³⁶Emiliano Ortega, División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO, “La agricultura y las relaciones intersectoriales: el caso de Bolivia”, Proyecto CIDA-CEPAL, Documento E/CEPAL/R.205, septiembre 1979, p. 212.

ros por períodos breves.³⁷ En Chile, en una zona de agricultura comercial moderna (tomates, viñas, porotos verdes, tabaco), una encuesta realizada entre 44 empresas agrícolas en 1977 dio como resultado 441 empleados permanentes, pero 1 586 'afuerinos' y 'lingueros', jornaleros ocasionales que trabajaban en la zona por períodos que variaban entre 10 y 120 días.³⁸

Esta situación, que requiere abundante mano de obra dispuesta a trabajar por períodos de algunas semanas y a irse nuevamente cada año, se repite por miles en la mayoría de las zonas de agricultura comercial de América Latina. En México, Guatemala y los países andinos, desde hace décadas las familias campesinas pobres de las zonas montañosas, para poder sobrevivir, 'expulsan' todos los años y temporalmente parte de su fuerza de trabajo a la agricultura comercial de las zonas bajas colindantes. En Bolivia, un promedio de 1.2 personas por familia campesina en el Altiplano emigran transitoriamente.³⁹

La disponibilidad temporal de mano de obra campesina parece incluso más importante para la agricultura comercial moderna que su bajo costo potencial. En algunos contextos, sobre todo donde hay controles extraeconómicos que limitan la movilidad y la movilización sindical del trabajador rural, la disponibilidad temporal de la mano de obra campesina sigue siendo aprovechada por los salarios extremadamente bajos que allí se pagan. Pero en otras zonas, la gran cantidad de mano de obra requerida durante 'períodos pico', la competencia entre distintos cultivos y empresas por jornaleros para la cosecha, y la alternativa del trabajo urbano lleva a muchas grandes empresas a ofrecer salarios dos o tres veces superiores a los pagados en la zona de origen de los migrantes campesinos. En cada uno de los ocho Estados del Nordeste brasileño, el salario del jornalero ocasional ha aumentado más que el del permanente; en El Salvador, los salarios mínimos

reales para las cosechas de café y caña aumentaron en un 53% entre 1965 y 1975.⁴⁰ En el Ecuador, un campesino indígena puede ganar trabajando en la zafra de azúcar en la costa, un jornal varias veces superior al pagado en la sierra. La posibilidad de disponer de abundantes jornaleros en el momento oportuno, combinada con el ahorro que significa no tener que mantenerlos con salarios y prestaciones sociales durante todo el año, son las principales ventajas que la agricultura comercial moderna saca de la existencia de un campesinado minifundista.

ii) *El nexo campesino-ciudad*

En algunas zonas ya son más los campesinos semiproletarios que migran temporalmente a la ciudad que los que van a las cosechas comerciales. Los elementos fundamentales de la extracción de excedente y las relaciones de clase, sin embargo, siguen siendo muy similares.

En el altiplano boliviano, la migración cíclica de los campesinos se hace "principalmente a la ciudad de La Paz, donde ofrecen sus servicios para las más variadas labores".⁴¹ En el Ecuador, en la sierra central, zona de origen de fuertes migraciones cíclicas, las ciudades de Quito, Guayaquil, Ibarra y Cuenca son el lugar de destino de las migraciones temporales, más que la agricultura comercial de la costa.⁴² En éstos y en otros países las ocupaciones desempeñadas son de carguero, obrero de la construcción, comerciante ambulante, y en el caso de las jóvenes campesinas, la de empleada doméstica.⁴³

³⁷E. Klein, "Diferenciación...", *op. cit.*, Cuadros 5 y 9.

³⁸José Avalos y Verónica Riquelme, "Agroindustria: un fenómeno de transformación espacial" (tesis de geografía), Universidad de Chile, 1979.

³⁹E. Ortega, *op. cit.*, p. 211.

⁴⁰JUNAPLA, Sección de Investigación Social, "Proyecto de investigación sobre el campesinado de la Sierra: antecedentes para la selección de zonas de estudio", Quito, 1979.

⁴¹El papel de la migración femenina en la relación campesino-ciudad todavía no ha sido suficientemente estudiada. Véase al respecto, Lourdes Arizpe, *Indígenas en la Ciudad de México: el caso de las 'Marías'*, México, SEP/SE-TENTAS, 1975; Elizabeth Jelin, "Migraciones a las ciudades y participación en la fuerza de trabajo de las mujeres latinoamericanas: el caso del servicio doméstico", en *Estudios Sociales*, 4, Buenos Aires, CEDES, diciembre 1976; Alberto Rutté, *Simplemente explotadas. El mundo de las empleadas domésticas de Lima*, Lima, DESCO, 1973; e Irma

³⁷E. Feder, *El imperialismo fresco*, México, Ed. Campesina, 1977, p. 105.

³⁸José Avalos y Verónica Riquelme, "Agroindustria: un fenómeno de transformación espacial" (tesis de geografía), Universidad de Chile, 1979.

³⁹E. Ortega, *op. cit.*, p. 213.

En México, la migración urbana temporal 'por relevo' de sucesivos hijos cuando alcanzan la edad adulta ha sido incorporada como una estrategia común a las familias de distintas comunidades campesinas.⁴⁴ En el Perú, por ejemplo, los flujos de personas y recursos entre grupos emparentados en la economía campesina y en el sector informal urbano ya se acercan a una completa interpenetración.⁴⁵

iii) Los 'obreros-huéspedes' de América Latina

El ritmo de desarrollo alcanzado por las sociedades industriales del norte de Europa está asociado, en cierto modo, a la abundancia de mano de obra barata ofrecida por campesinos de países como España, Italia, Grecia, Turquía, Marruecos, Argelia, etc., que migraron sin sus dependientes y, por lo general, por un período limitado; son los llamados *gastarbeiter* u 'obreros-huéspedes'.⁴⁶ Los campesinos minifundistas latinoamericanos parecen estar haciendo una contribución similar al desarrollo de los grupos sociales que integran el 'sector moderno' de la agricultura comercial y del sistema urbano-industrial. A diferencia del caso europeo, es más una relación de 'neo-colonialismo interno', aunque en la región también hay importantes flujos internacionales de obreros-huéspedes.

A diferencia de la hacienda tradicional, donde la prestación de trabajo del minifundista se realizaba varias veces por semana y la relación con el patrón que realizaba la extracción era personal, multifacética y duradera, la nueva modalidad de extracción del minifundio se realiza durante un tiempo limitado, en forma impersonal y sin la integración directa de la familia, que permanece en el predio. La mayoría

de los campesinos semiproletarios trabajan como asalariados pocos meses por año, o durante sólo una fase de sus vidas económicamente activas. Durante el resto del tiempo el asalariado rural integra una unidad familiar, que en lo fundamental sigue funcionando como campesina. Y es esta empresa familiar la que sigue constituyendo la unidad significativa de análisis. Algunos individuos pueden emigrar y abandonar la unidad campesina familiar en forma permanente; pero la mayoría trabajan a sueldo en la agricultura comercial por semanas o meses, o bien en la ciudad por meses o años, y siguen aportando su ingreso monetario y su trabajo predial a la 'empresa' familiar. Para ellos esta unidad familiar y la comunidad campesina constituyen el contexto fundamental de su inserción en el sistema socioeconómico; son el marco de sus decisiones de crear su propia familia nuclear y el grupo de referencia de su competencia por prestigio, además de convertirse en la garantía de su mantenimiento físico en la vejez.

En cuanto a su situación de clase, cierto es que el campesino semiproletario se encuentra "en una posición un poco ambigua"; podría pensarse que "no sabe si luchar por más salario o por más tierra".⁴⁷ Pero sí sabe distinguir sus demandas *inmediatas* por mejores salarios, de sus demandas *fundamentales*, las que coinciden con las de otros grupos del campesinado que exigen tierras propias. Incluso los asalariados rurales, 'campesinos sin tierra' (las estadísticas no revelan cuántos de ellos pertenecen a familias nucleares minifundistas) frecuentemente exigen tierras para recuperar su status de pequeño productor, como ocurrió, por ejemplo, con los jornaleros agrícolas de México, Chile, El Salvador y Venezuela.⁴⁸

Arriagada, "Las mujeres pobres latinoamericanas: un esbozo de tipología", en *Estudios de Población*, II: 8, agosto 1977, Bogotá, ACEP.

⁴⁴Lourdes Arizpe, "La migración por relevos y la reproducción social del campesinado", en *Cuadernos del Centro de Estudios Sociológicos*, N.º 28, El Colegio de México, 1980.

⁴⁵Pilar Campaña y Rigoberto Rivera, "Campesinado y migración en una sociedad de enclave", en *Revista Debates en Antropología*, Lima, N.º 4, Febrero de 1979, p. 73.

⁴⁶Véase C. Meillassoux, *op. cit.*, segunda parte, capítulo 8, "Los beneficios de la inmigración".

⁴⁷E. Maffei, "Algunas consideraciones sobre el campesinado minifundista latinoamericano, la agricultura de subsistencia y el concepto de economía campesina", en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, Vol. 2, N.º 1, p. 125.

⁴⁸En Venezuela los jornaleros agrícolas reflejan claramente su orientación de productores campesinos; "Independientemente de la posición que ocupen como 'obreros-puros' o 'semi-proletarios' el 74.3% de los encuestados se identificó con los intereses del sector campesino." Luis Llambi, "El mercado de trabajo en la agricultura empresarial venezolana", en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, Vol. 2, N.º 3 (septiembre-diciembre 1979), pp. 333-334.

V

Conflicto, contradicciones y cambios en el campesinado

Para analizar los cambios en las relaciones de control social y extracción de excedente entre el campesinado y los sectores más favorecidos por el proceso de modernización económica, fueron de gran utilidad los conceptos de sistema de clases y de mecanismos culturales de refuerzo institucional. De todos modos, no se trata de 'mecanismos de relojería' ni del 'sistema' de un organismo biológico. Tampoco debe olvidarse que el campesinado se encuentra inserto en un sistema basado en el intercambio asimétrico⁴⁹ entre los grupos integrantes de la sociedad, y que está sujeto a relaciones de transferencia neta *involuntaria* de recursos en favor de los grupos más poderosos; es decir, en condiciones no fundamentadas en una funcionalidad armoniosa sino en el conflicto. La definición misma del campesinado expresa ya una contradicción central: el complejo económico-social-cultural campesino es una forma de acomodación a condiciones que les son adversas a las familias campesinas y a las cuales éstas en último término desean sustraerse.

Si a este contexto de conflicto y contradicción intrínseca se suman los desajustes que estimulan, a través de todo el sistema, los cambios introducidos por la modernización económica, además de las diversas tendencias demográficas, ecológicas, culturales y políticas que la acompañan, es evidente que puede verse afectada la naturaleza misma del campesinado actual.

1. *Las nuevas estrategias campesinas y las presiones demográficas*

Hay una relación de *feed-back* y readecuación entre las estrategias campesinas y las seguidas por los actores sociales modernos que tratan de realizar una extracción directa de aquéllos. En el contexto actual, como hemos visto, uno de los resultados de esta interrelación es que, para la

mayoría de las familias campesinas, la estrategia de desarrollo familiar basado en numerosos hijos sigue siendo válida, aún incorporando el trabajo asalariado y migratorio. Pero lo que para una familia constituye la única posibilidad de utilizar los recursos a su alcance al servicio de un proceso de acumulación, para el campesinado en general crea graves problemas derivados de la presión demográfica sobre los limitados suelos en manos campesinas. El resultado es bien conocido: fragmentación de la propiedad de la tierra por herencias sucesivas con una proporción cada vez mayor del campesinado reducido a unidades prediales ecológicamente deterioradas y la expulsión temporal o permanente de parte de los hijos.⁵⁰

A pesar de la tendencia a estabilizarse que tiene en muchos países latinoamericanos la tasa de crecimiento demográfico global, no parece probable que esto ocurra a corto plazo entre el campesinado de los países de menor desarrollo. Por el contrario, en las zonas más deprimidas, las tasas de mortalidad infantil y juvenil siguen siendo altísimas; muchas familias campesinas no logran asegurar la supervivencia hasta la edad productiva de un número de hijos suficiente como para iniciar un proceso de acumulación. La difusión de la medicina moderna en estas zonas y su creciente aceptación pueden significar un aumento en el ritmo de crecimiento de los grupos campesinos en países como Bolivia, Ecuador y Perú, y probablemente también en Nicaragua, República Dominicana, Honduras, etc.⁵¹

Como señala O. Argüello, una actitud que aliviaría esta tendencia, constituyendo familias de un tamaño más acorde con sus posibilidades

⁵⁰Cf. C. Deere y A. de Janvry, "Demographic and Social Differentiation Among Northern Peruvian Peasants", en *The Journal of Peasant Studies*, Londres, Vol. 8, N.º 3, abril 1981, p. 341.

⁵¹Alberto Palloni, "Fuente potencial de crecimiento demográfico en América Latina", en *INTERCOM*, Vol. 3, N.º 2, abril 1981, Population Reference Bureau, Washington D.C., pp. 6-7.

⁴⁹A. Schejtman, *op. cit.*, p. 133.

de capacitar a los hijos y asegurarles así un futuro mejor, "parece lógicamente más plausible dentro de los estratos medios y altos, los que visualizan posibilidades reales de ascenso social..."⁵²

Los campesinos más pobres no sólo carecen de posibilidades reales de ascenso socioeconómico para sus hijos, sino que necesitan de su mano de obra, como niños y como adultos. Pero como en otros aspectos de la realidad campesina, no se trata aquí de un comportamiento uniforme de 'el' campesino, sino de grados y matices según las situaciones específicas. Así, hoy en día, la mayoría de los campesinos latinoamericanos valorizan la educación por diversos motivos⁵³ entre los cuales la capacitación para defenderse mejor económicamente como campesinos frente a grupos sociales más poderosos, y la posibilidad (remota) de movilidad ocupacional y económica. Los padres campesinos cuya situación económica les permite prescindir del trabajo de sus hijos pequeños los enviarán a la escuela durante un mayor número de años. Incluso la estrategia de la familia numerosa semi-proletaria, si tiene algún éxito, contempla el trabajo migratorio de los hijos mayores para costear la educación de sus hermanos menores,⁵⁴ para que éstos puedan aspirar a una situación económica más promisorias.

Estos ajustes en las estrategias campesinas son los primeros pasos hacia la alternativa de realizar una inversión mayor en la educación de un menor número de hijos. Pero para la mayoría de las familias campesinas, esta estrategia alternativa no será factible mientras estén sujetas a la intensa extracción de excedente, exclusión e inmovilidad social que caracteriza sus relaciones con los grupos sociales favorecidos por el estilo predominante de modernización.

2. Diferenciación sin 'descampesinización'

La variedad de nuevos mecanismos de incor-

⁵²Omar Argüello, "Pobreza, población y desarrollo", ILPES (mimeografiado), setiembre de 1979, p. 23.

⁵³Carlos Borsotti, *Sociedad rural, educación y escuela*, UNESCO/CEPAL/PNUD, Proyecto "Desarrollo y Educación en América Latina y el Caribe", Informe Final N.º 1, Buenos Aires, 1981, p. 49.

⁵⁴Lourdes Arizpe, *op. cit.*, p. 34.

poración socioeconómica del campesinado al proceso de modernización productiva conduce a un proceso generalizado de diferenciación en la organización productiva, y de estratificación económica, entre una comunidad campesina y otra, y dentro de cada comunidad rural. Por otra parte, una elevada proporción de los hijos de campesinos por su mismo crecimiento vegetativo excesivo están dejando de ser campesinos, convirtiéndose en proletarios agrícolas o integrando el sector informal urbano. Una proporción muy reducida de campesinos, dotados de mayores recursos en coyunturas favorables, y siguiendo exitosas estrategias empresariales, también están dejando de ser campesinos; en este último caso para convertirse en pequeña burguesía comercial o agrícola. Una menor proporción todavía deja de ser campesino por la educación recibida, logrando así acceso a otra clase social gracias a la adquisición de un *status* profesional.

a) *Los que no se proletarizan*

Esta diferenciación no está llevando, sin embargo, a la 'descomposición' del campesinado, en una minoría pequeño-burguesa y una mayoría proletaria rural. Por un lado la expulsión de parte de la población campesina aumentada tiende a contener la fragmentación de los predios, ya que los emigrantes venden, ceden, prestan o arriendan su pequeña herencia a sus familiares o vecinos que siguen siendo campesinos. Por otra parte, la incorporación de tecnología moderna en la parcela campesina, dejando de lado otras consecuencias, tiende a compensar el deterioro de los suelos y a permitir la supervivencia en predios de menor superficie. En la mayoría de los casos, por otra parte, el proceso de semiproletarización está adquiriendo la forma de una mayor incorporación de ingreso extrapredial, especialmente de origen migratorio y urbano, asegurando así la supervivencia de la familia minifundista, y no lleva a una disminución absoluta de la población campesina.

b) *Movilidad vertical y 'elementos-nexos'*

El paso de los pocos campesinos exitosos a sectores sociales dominantes no sólo no des-

truye el tejido social campesino, sino que en cierta medida facilita su integración como tal al sector moderno dominante.

Paradójicamente, las mismas normas culturales y formas sociales que sirven para defender los intereses de las familias campesinas a través de la red comunitaria de reciprocidad, también sirven para integrarlas a los sectores dominantes. Individuos que controlan redes 'egocentradas' de parentesco, amistad y vecindad, frecuentemente se basan en dichas relaciones para desempeñar sus papeles de intermediarios sociales, 'elementos-nexo' y caciques económicos y políticos.⁵⁵ Al utilizar su posición de autoridad y prestigio dentro de la comunidad, junto con sus contactos de tipo patrón-cliente con los sistemas nacionales, comerciales y políticos, para agilizar la extracción de recursos del sector campesino, el hombre (y su familia) que asume funciones de elemento-nexo recibe una recompensa, parte de la cual se filtra a las otras familias campesinas que se integran a su red. Por lo demás, el elemento-nexo cumple funciones de seguridad económica y de apoyo para resolver conflictos con los grupos sociales dominantes. La asimetría de estas relaciones dentro de la comunidad campesina no lleva a su destrucción, sino que estabiliza su subordinación a los sectores beneficiarios.

3. Confrontación cultural

Con una intensidad cada vez mayor, los campesinos se ven sometidos a un bombardeo de información y de apreciaciones muy distintos de aquellos elementos que subyacen en las culturas campesinas tradicionales. En la escuela, a través de la radio, en el trabajo migratorio, y en el contacto con funcionarios públicos y otros 'representantes de la cultura oficial y urbana', los campesinos ven con frecuencia que "poder y prestigio se expresan conjuntamente con formas de organización, con medios de producción y con productos cuyo efecto demostración, consiste, precisamente, en poner de manifiesto los medios que legitiman la posesión de

ese poder y prestigio".⁵⁶ La percepción de símbolos de prestigio valorados pero inalcanzables puede llevar a la internalización de elementos de la cultura dominante por parte de los campesinos, y generar un autodesprecio que los lleva a una sola motivación central: negar su identidad campesina y vincularse de cualquier forma al sector urbano, moderno, 'superior'.⁵⁷

Sin embargo, el mantenimiento de dos sistemas normativos contradictorios fue una característica de casi toda cultura campesina, sostenida a través de varias generaciones, aunque con obvios costos síquicos individuales. Esto es posible en aquellos casos en que los valores, normas e indicadores de prestigio *campesinos* tienen prioridad sobre las ideas de superioridad transmitidas por la cultura dominante. La situación más extrema de esta prioridad para la cultura propia se ve en muchos grupos indígenas que, aunque han aprendido a *actuar* como inferiores frente a los grupos dominantes, conservan un profundo rechazo y desprecio por los valores y normas de conducta de estos grupos. Por otra parte, aunque los productos manufacturados sean valorizados, y esta valorización lleve a cambios en la estructura de prestigio, rara vez ocurre que la cultura campesina se desplome íntegramente y sea reemplazada por un consumismo atomístico de tipo urbano como único criterio de prestigio; por lo general se llega a un sincretismo que permite la supervivencia de las estructuras sociales y económicas campesinas.

Por lo tanto en el contexto actual, el 'impacto' de la confrontación cultural es ambivalente y su efecto final difícil de vislumbrar. La migración cíclica de algunos miembros de una familia campesina, por ejemplo, lleva a una redefinición del papel de la mujer, quien asume funciones del hombre ausente; en otros casos se plantean conflictos profundos, aunque todavía poco analizados, como cuando el migrante se reincorpora a la comunidad y mira con otros ojos las normas y las relaciones sociales locales. Pero por otro lado, la migración aumenta la interdependencia de la familia extensa, que de-

⁵⁵Véanse, por ejemplo, A. Schejtman, *op. cit.*, p. 138; y Gustavo Esteva, *La batalla en el México rural*, México, Siglo XXI Ed., 1980, pp. 117-122.

⁵⁶Carlos Borsotti, *Sociedad rural...*, *op. cit.*, p. 19.

⁵⁷Véase por ejemplo, J. Lopreato, "How would you like to be a peasant?", en J. Potter y otros (eds.), *Peasant Society*, Boston, Little, Brown & Co., 1967, pp. 419-437.

be ayudar a la familia nuclear incompleta a realizar las tareas agrícolas y domésticas. Y, como hemos visto, el contacto con la realidad urbana con frecuencia lleva al campesino a reafirmar su identidad como miembro de una comunidad de pares campesinos.

A pesar del predominio de las relaciones económicas en los sistemas sociales, es evidente que el cambio estructural total comienza frecuentemente por un cambio cultural. Esto es cierto sobre todo en contextos de conflictos y crisis, cuando la conciencia de otros valores hace viable un cambio general. Estas condiciones están presentes en algunos contextos campesinos actuales; pero, por otra parte, los nuevos mecanismos de integración ya analizados se basan en la perduración de los comportamientos 'campesinos' por parte de los pequeños productores. Y contrariamente a lo que se suponía, es decir que constituían un obstáculo al cambio, las culturas campesinas mostraron una gran adaptabilidad a las más variadas exigencias. Las culturas campesinas cambian, por cierto, pero mantienen profundas diferencias con la urbana, asociadas como están, estructuralmente, a la naturaleza agrícola, de economía familiar y de clase objeto de extracción, que define al campesinado. El tema requiere con urgencia un estudio más intenso. Lo único seguro, a estas alturas, es que las transformaciones socioculturales del campesinado serán muy variadas e integrarán elementos nuevos con otros conservadores de las estructuras rurales.

4. *Cambio social y desarrollo rural*

Fue propósito del presente trabajo analizar la interrelación de algunos elementos del complejo económico-social-cultural campesino y examinar la transformación actual de estos elementos. No se ha pretendido prescribir políticas que favorezcan el desarrollo del sector de extrema pobreza rural, pero es evidente que las relaciones y procesos mencionados son de fundamental importancia para diseñar políticas exitosas que realmente modifiquen las nuevas relaciones de extracción-exclusión que caracterizan la situación social del campesinado latinoamericano. Las políticas basadas en la creación de empleo asalariado en la agricultura co-

mercial (y en la integración campesino-agroindustria) pueden tener como resultado el aumento de la productividad y del ingreso neto de algunas familias campesinas, pero a largo plazo también refuerzan las estructuras de clase social y los mecanismos de esta extracción-exclusión. Aun los programas de desarrollo rural integral basados en la inyección de crédito y tecnología al sector de campesinos con predios de tamaño 'rentable' tienden a aumentar la proporción del beneficio transferido a los sectores no campesinos. Y si logran ayudar a cierto número de campesinos a salir de su clase social, es simplemente para transferir a una minoría al otro lado de las barreras: de la condición de víctimas de los mecanismos de extracción, pasan a integrar los grupos que con ella se benefician a costas de las mayorías rurales.

Por último, digamos que el desarrollo social rural implica necesariamente transformaciones estructurales para que los pequeños productores rurales y las familias semiproletarias puedan aumentar su productividad, sin verse perjudicados ni beneficiados por las relaciones actuales de transferencia involuntaria de recursos entre grupos sociales. Para que esto sea posible, deben satisfacerse dos condiciones fundamentales: la "adaptación de los marcos institucionales para permitir un acceso más amplio y más equitativo a los recursos de tierra y de agua"⁵⁸ y la organización autónoma del campesinado para permitir su participación en el diseño y la 'implementación' de políticas de desarrollo rural. Las políticas que posibilitan el cumplimiento de estas condiciones, de cualquier tipo que sean, y las alianzas entre el Estado y las organizaciones campesinas que lo garantizarían, tendrán que enfrentar inevitablemente los elementos sociales que determinan las relaciones de extracción y de exclusión que actualmente impiden el pleno desarrollo del campesinado; y al mismo tiempo tendrán que reforzar aquellos elementos de las subculturas del campesinado que, consolidados, podrían servir para convertirlo en fuerza social movilizadora.

⁵⁸Naciones Unidas, *Estrategia internacional de desarrollo*, A/S-11/AC.1/L.2/Add. 2, p. 8.

Notas y Comentarios

Exposición de Kenneth Dadzie en la ceremonia inaugural del decimonoveno período de sesiones de la CEPAL*

Siempre tuve un alto concepto de la CEPAL. En aras de la brevedad, no enumeraré las múltiples razones que tengo para ello, de manera que me concentraré en una dimensión que es especialmente pertinente en el confuso y desconcertante mundo de hoy. Me refiero al papel señero de la CEPAL en el desarrollo y la cooperación económica internacional; a su aporte a la identificación y análisis de los obstáculos que se oponen al desarrollo; al conocimiento más profundo de esos obstáculos y a su difusión entre quienes formulan políticas y ante la opinión pública; a la generación de la voluntad de adoptar medidas prácticas para resolver los problemas. La contribución de la CEPAL a la teoría del desarrollo no radica tanto en las tesis específicas que ha propuesto y en sus numerosas ramificaciones intelectuales, sino en el hecho de haber puesto en tela de juicio el pensamiento tradicional acerca de la dinámica del desarrollo internacional, y presentado una doctrina optativa. La teoría ortodoxa, como ustedes recuerdan, sostenía que las fuerzas espontáneas tienden siempre hacia el equilibrio y que en estas condiciones estaban asegurados el pleno empleo, el crecimiento económico y el desarrollo, y la utilización óptima de los recursos. Afirmaba además que se podía confiar en que las fuerzas espontáneas producirían no sólo un desarrollo internacional estable sino también la igualdad progresiva del ingreso en todo el mundo.

El desafío de la CEPAL a este juicio convencional data de hace muchos años: se inició con el entonces Secretario Ejecutivo —ese gran hombre que es el incomparable Raúl Prebisch— y continúa hasta hoy bajo la dirección extraordinariamente capaz de mi buen

amigo Enrique V. Iglesias. La CEPAL ha demostrado que las fuerzas que tienden hacia la polarización continua de las economías, tanto externa como internamente, son mucho más fuertes que las que tienden hacia el equilibrio. La CEPAL ha demostrado también que estas fuerzas acumulativas deben ser contrarrestadas por una acción deliberada en el plano nacional e internacional si se quiere evitar que la distancia económica entre los países industrializados y los países en desarrollo, e incluso dentro de los propios países en desarrollo, crezca aún más. Estas son ideas que tienen gran fuerza.

La visión de la CEPAL sobre el desarrollo mundial surgió, por supuesto, de la experiencia de los países latinoamericanos, cuyas relaciones externas los hacían políticamente vulnerables a los descensos de la actividad económica en los centros metropolitanos, y cuyas estructuras las habían llevado a un desarrollo deformado. Si bien la experiencia y las limitaciones de otras regiones en desarrollo no han sido idénticas, la tesis de la CEPAL era suficientemente válida como para ser aceptada por todo el mundo en desarrollo como su marco conceptual en lo que ha llegado a conocerse como el diálogo Norte-Sur.

La CEPAL ha sido también pionera en la cooperación económica entre los países en desarrollo. La teoría económica tradicional consideraba que no había lugar para la cooperación económica entre los países en desarrollo, dado que se pensaba que éstos carecían de la capacidad de complementación sobre la que se basaba la teoría. Aquí la CEPAL generó nuevas ideas de gran peso, que subrayaban los aspectos dinámicos de la cooperación, en oposición a sus aspectos estáticos. Demostró que la integración regional haría posible que los países en desarrollo superaran los límites de sus estrechos mercados nacionales, y que abriría ámbitos regionales más grandes dentro de los cuales

*Ex Director General para el Desarrollo y la Cooperación Económica Internacional.

los países en desarrollo obtendrían los beneficios de la especialización y el intercambio a niveles cada vez más elevados de tecnología.

Una tercera esfera en la que la CEPAL ha desempeñado un papel preponderante es la dimensión interna del desarrollo. Ha señalado claramente las importantes vinculaciones que unen el desarrollo social y económico, y ha aclarado las relaciones dinámicas existentes entre la pobreza, la acumulación de capital y la distribución del ingreso.

Me he concentrado en la contribución de la CEPAL en estos campos por dos razones. En primer lugar, porque dicha contribución exige una combinación de refinamiento económico y valor político. Aunque esta combinación nunca fue tarea fácil, la CEPAL no sólo ha logrado movilizar parte del mejor potencial intelectual dentro —y también fuera— de la región, sino que ha podido asimismo exponer con insistencia sus ideas pese a que ellas han sido políticamente debatibles, tanto dentro como fuera de la región. En la actualidad, gran parte del 'cepalismo' parece obvio. Sin embargo, ¿ocurriría tal cosa si la CEPAL se hubiese contentado con trabajar dentro de los límites de los criterios imperantes? Hay aquí una lección tanto para los gobiernos como para las Secretarías: los estudios e informes de la CEPAL, si bien con frecuencia critican el orden existente, ya sea en el plano internacional o nacional, han tratado normalmente de presentar opciones constructivas para abordar los problemas del desarrollo dentro de la región y en lo que atañe a sus relaciones con el resto del mundo. Su mensaje ha sido claro, no implícito; su propósito era constructivo y ofrecía opciones, no sólo preguntas.

La otra razón que tengo es que las propuestas básicas de la CEPAL son hoy notablemente pertinentes. Las tendencias acumulativas son en particular evidentes en la economía mundial: las expectativas inflacionarias son fuertes, las principales economías desarrolladas de mercado están estrechamente vinculadas entre ellas, las corrientes de capital se relacionan cada vez más con el comportamiento de la balanza de pagos, la producción y las existencias de energía tienden a responder negativamente al precio, etc. Por consiguiente, existe el riesgo, del que no puede hacerse caso omiso por fe, de

que la inestabilidad que hemos presenciado continúe ampliándose y se agrave. Así, pues, se necesitan medidas audaces. Deberían adquirir la forma de un conjunto coherente de políticas dirigidas a todos los sectores clave de la economía mundial, concebidas para reducir la inestabilidad y generar crecimiento y cambios estructurales. Al idear tal conjunto de políticas es preciso tener presente, por una parte, las áreas de interdependencia de los países en desarrollo entre sí y, por otra, las áreas mucho más vastas en las que las relaciones entre los dos grupos de países, son asimétricas o, dicho en otros términos, de dependencia.

Tal es, en esencia, la labor que corresponde a las negociaciones que la Asamblea General de las Naciones Unidas espera iniciar sobre asuntos clave relacionados con materias primas, comercio, energía, desarrollo y cuestiones monetarias y financieras. Y tal es también la razón por la cual ha sido tan difícil llegar a un acuerdo sobre el temario y los procedimientos para las negociaciones globales. De todos modos, el atraso en iniciar las negociaciones globales será gravoso para la economía internacional en su conjunto, y particularmente oneroso para la región latinoamericana, puesto que para América Latina es muy importante que se establezca el desarrollo internacional y que disminuya su asimetría. La región ya ha sufrido un revés importante al desacelerarse su crecimiento y aumentar su déficit de pagos como consecuencia de la crisis económica mundial y seguirá siendo gravemente afectada si se reduce o estanca la demanda de sus exportaciones, mientras aumentan los precios de sus importaciones y si continúa golpeada por trastornos en los sistemas financieros y monetarios internacionales. En cambio, la región se beneficiará, junto con el resto del mundo, si la gestión de la economía mundial se vuelve más racional y democrática y se aprovecha más plenamente el vasto potencial productivo del Tercer Mundo en el marco de una división del trabajo más equilibrada.

El éxito en las negociaciones entre los países desarrollados y los países en desarrollo y el avance hacia un sistema global de gestión de la economía mundial no habrán de producirse inevitablemente, o únicamente, porque al Norte le interesa que el Sur alcance el desarrollo.

Un sistema global para administrar la economía mundial exige que los países en desarrollo hagan sentir con mayor energía su peso en el proceso de negociación. No aludo simplemente a la coordinación de las posiciones negociadoras en las conferencias, sino de manera más especial a la necesidad de una cooperación económica y técnica más estrecha, incluido el fortalecimiento de su capacidad de introducir cambios estructurales en sus relaciones con los países desarrollados. En este aspecto, como en los coyunturales de la crisis económica mundial, los países en desarrollo exportadores de petróleo desempeñan un papel de particular importancia. Los compromisos que han asumido y su cumplimiento hasta la fecha —incluidas las loables iniciativas de algunos de ellos en el contexto de los países centroamericanos y del Caribe— son alentadores. Cabe esperar que dicha cooperación se amplíe y profundice, y que los países exportadores de petróleo utilicen cada vez más su influencia para asegurar un sistema más racional de gestión de la economía mundial.

No obstante, sería un error pensar que corresponde a los países exportadores asumir toda la responsabilidad de hacer avanzar la cooperación económica entre los países en desarrollo. Ciertamente esos países pueden servir de catalizador, pero la cooperación económica entre países en desarrollo es una responsabilidad compartida y debe traducirse también en beneficios compartidos. Además debe concebirse no sólo en el marco de la situación económica por la que atraviesa actualmente el mundo, y del penoso estado en que se encuentran las relaciones Norte-Sur (y Este-Oeste), sino dentro del amplio legado histórico al que respondió el llamamiento a crear el Nuevo Orden Económico Internacional: un legado de débiles vínculos horizontales entre países en desarrollo. Por lo tanto, la cooperación económica entre países en desarrollo debe hacerse avanzar a la par y mano a mano con el proceso de reordenamiento de las relaciones Norte-Sur,

puesto que ambos, por separado y conjuntamente, son a la vez objetivos del Nuevo Orden Económico Internacional e instrumentos para su creación.

Gran importancia y validez tiene asimismo el tercer aspecto del pensamiento de la CEPAL que he mencionado: la dimensión interna. En América Latina y en otras regiones en desarrollo la estrechez de los mercados nacionales y la vulnerabilidad ante los acontecimientos externos suelen obedecer tanto a las disparidades en la distribución del ingreso y la riqueza y a los desequilibrios en la estructura productiva, como al reducido tamaño de los países. Las tensiones políticas y sociales que se generan como consecuencia de lo anterior se miran cada vez más como fuentes de aguda inestabilidad económica, como lo son también las fluctuaciones de la relación de precios del intercambio. Además, la insuficiente atención prestada a la necesidad de que los países tengan confianza en sus propios medios y al desarrollo de la capacidad autóctona está siendo considerada una causa tan importante de la dependencia respecto de las empresas transnacionales, como lo son las ventajas tecnológicas y de otra índole de esa cooperación. Por último, en el ámbito internacional se está comprendiendo cada vez más que el crecimiento no reduce automáticamente la pobreza, y que deben adoptarse medidas nacionales para modificar las tendencias a la marginalización y la pauperización.

He mencionado el papel inspirador que desempeña la CEPAL frente a otras regiones. Naturalmente, su responsabilidad primordial es su propia región y una de sus principales tareas en la actualidad es el examen y evaluación de la aplicación de la Estrategia Internacional del Desarrollo en América Latina. La EID es muy amplia y abarca, entre otros temas, las relaciones Norte-Sur, la cooperación regional y otras formas de cooperación y las dimensiones sociales del desarrollo. Espero que se pueda establecer un equilibrio adecuado entre estas dimensiones.

Algunas Publicaciones de la CEPAL

Estratificación y movilidad ocupacional en América Latina, por Carlos Filgueira y Carlo Geneletti, Serie Cuadernos de la CEPAL, N.º 39, Santiago de Chile, 1981, 162 pp.

Este estudio tiene por finalidad describir e interpretar los cambios ocurridos en las estructuras de estratificación ocupacional de América Latina en los decenios de 1950 y 1960. Para lograr este objetivo ha sido necesario recorrer un largo camino y superar múltiples obstáculos derivados de la complejidad del problema, tanto en sus componentes teóricos como metodológicos. Primero, se han organizado en tabulaciones especiales los datos disponibles (muestras de los censos de población de la mayoría de los países de América Latina levantados alrededor de 1960 y 1970), a fin de examinar más objetivamente las transformaciones que han experimentado las estructuras ocupacionales, especialmente las de la clase media. En seguida, se ha procurado interpretar estos cambios a la luz de las hipótesis más confiables que permiten relacionar el tamaño de las clases medias con el proceso de modernización y desarrollo económico de los países de la región. Por último, a un nivel más general de reflexión sobre la realidad concreta de las sociedades latinoamericanas, han surgido interrogantes en torno a la eventual afinidad entre las tendencias de cambio identificadas en la estructura ocupacional y las ideas más difundidas en el ámbito académico y en los organismos internacionales sobre el modelo de desarrollo económico dominante en América Latina.

Estos tres aspectos —descripción, interpretación y reflexión— son desarrollados en ese orden: los capítulos segundo y tercero son descriptivos; los capítulos cuarto, quinto y sexto son interpretativos y el séptimo contiene las reflexiones finales surgidas del material acumulado. Por último, en el apéndice se examina la metodología empleada, no por estimarla de menor importancia, sino porque la naturaleza de la información utilizada hace imprescindible que el lector conozca las decisiones tomadas para construir, en forma operativa, la estructura de estratificación para que comprenda mejor los límites infranqueables impuestos por los datos censales.

En sus conclusiones, los autores subrayan que los cambios evidenciados por la movilidad estructural en América Latina demuestran la presencia de canales de movilidad social y, por lo tanto, un grado creciente de incorporación de las personas a los frutos de la modernización y del desarrollo económico. La movilidad generada por los factores estudiados —tecnológicos, expansión del Estado, modernización de la estructura ocupacional, efectos demográficos y expansión del sistema educativo— podría indicar, en una primera instancia, la existencia de efectos integra-

dos que facilitan una incorporación cada vez mayor al sistema social. Al término del decenio de 1960, este estado de cosas se traducía en una amplia gama de situaciones dentro de la región según el avance relativo de cada país dentro del proceso de transformación económica y social. Algunos países daban indicios durante ese período de que el presente proceso de movilidad estructural estaba cumpliendo su ciclo y en cierta forma se estaba agotando; otros, en cambio, se encontraban en una etapa de modificaciones aceleradas que sorprenden por su dinamismo; por último, un tercer grupo de países presentaba rasgos de cierta inmovilidad relativa que los alejaba cada vez más de los países más avanzados. Todas estas características, por otra parte, pueden hacerse plenamente extensivas a la movilidad de origen demográfico.

No obstante estas reflexiones, cuando se analiza el proceso de movilidad desde una perspectiva multidimensional (entendiéndose por ella la consideración conjunta de las diferentes dimensiones de la estratificación social), cabe plantear una nota escéptica sobre el carácter integrador de la movilidad en la región.

El hecho de que la modernización social se adelante a la estructura productiva, provocando una asincronía marcada entre los órdenes de la estructura social, ha generado fuertes tensiones estructurales determinadas por el distanciamiento creciente entre aspiraciones y posibilidades de satisfacerlas. Es más fácil tener acceso a los frutos de la modernización que a los del crecimiento económico, y esa pauta no deriva de asincronías transitorias propias de cualquier proceso de cambio, sino que constituye una determinada característica estructural, consecuencia del estilo de desarrollo dominante.

Las modificaciones en la composición sectorial de la fuerza de trabajo, la expansión del sistema educativo y la rigidez y la distribución del ingreso registradas durante el decenio dejan planteadas algunas interrogantes respecto a la continuidad del proceso en las próximas décadas. ¿En qué medida pueden continuar ampliándose algunos órdenes institucionales y cuáles son los límites de su crecimiento? ¿Hasta qué punto puede soportar la estructura social un alto grado de inconsistencia entre aspiraciones y satisfacción? Agotados determinados mecanismos que generan movilidad ascendente ¿cuáles son los otros canales posibles y en qué medida aparecen en la región? ¿Son aplicables a la dinámica del proceso registrado determinadas concepciones sobre el aburguesamiento de la clase obrera, o se manifiesta, por el contrario, una proletarianización de las clases medias?

Estilos de desarrollo, modernización y medio ambiente en la agricultura latinoamericana, por Nicolo Gligo, Serie Estudios e Informes de la CEPAL, N.º 4, Santiago de Chile, 1981, 130 páginas.

Un nuevo estilo de desarrollo ha irrumpido en América Latina, desplazando en gran medida al interior. Este fenómeno se registra en todos los ámbitos y la agricultura no ha estado al margen de las transformaciones. En el nuevo estilo de desarrollo, el complejo papel que desempeña la agricultura es cada vez más importante, aunque resulta también cada vez más difícil de describir, dadas las grandes diversidades

que se dan en la región, circunstancia que constituye una limitación para un análisis global.

A la luz de estos cambios, destaca este estudio la importancia fundamental que la agricultura sigue teniendo dentro de la región; la persistencia de los desequilibrios del ingreso y, en ciertas áreas, el aumento de los niveles de pobreza extrema de amplios sectores campesinos; la significativa transformación de las estructuras y de las relaciones sociales donde, además de la penetración capitalista, se destacan los cambios en la estructura de tenencia de la tierra; la actividad cada vez mayor de las empresas transnacionales, y las modificaciones en la composición de la producción y las importantes innovaciones tecnológicas.

Empero, aunque ha crecido, la agricultura latinoamericana también ha destruido recursos y traído consigo una secuela de problemas ambientales. La destrucción del patrimonio ecosistémico por ampliación de la frontera agrícola ha eliminado posibilidades de recursos futuros y el abuso de tecnologías e insumos tecnológicos, inapropiados muchas veces, ha estado reñido con la viabilidad ecológica. Las proyecciones del crecimiento de la agricultura latinoamericana pueden llevar a engaños, pues al lado de la ampliación del área y del aumento de la productividad a corto plazo, habría que contabilizar las proyecciones del deterioro a mediano y a largo plazo.

La irrupción del estilo vigente de desarrollo ha creado nuevos problemas y ha acelerado procesos de ya larga data; es en esta perspectiva que se plantea el presente estudio. El crecimiento tiende a encubrir, por un lado, las consecuencias a mediano y a largo plazo del deterioro y de la pérdida de recursos y, por otro, la pérdida patrimonial producida por el deterioro de los ecosistemas que se están interviniendo. Sólo se mide el recurso que se incorpora; no suele evaluarse el patrimonio que se pierde. El estudio concluye afirmando que la etapa de expansión e intensificación agrícolas se torna cada vez más difícil en el actual proceso 'modernizante'; que el nuevo estilo de desarrollo tiene repercusiones ambientales cada vez más negativas que hacen insostenibles algunos procesos a mediano y a largo plazo; y, por último, que América Latina está perdiendo el patrimonio que significan sus ecosistemas.

El desarrollo de América Latina en los años ochenta, Serie Estudios e Informes de la CEPAL, N.º 5, Santiago de Chile, 1981, 153 pp.

El examen que se hace en este documento sobre el desarrollo de América Latina en los años ochenta considera tres aspectos centrales. Primero, trata de hacer una evaluación económica y social del proceso de desarrollo, centrando la atención especialmente en la identificación de los problemas actuales; esta evaluación conduce a la conclusión fundamental de que es imprescindible imprimir una nueva orientación a las estrategias y políticas de desarrollo; segundo, estudia los elementos de esa nueva orientación en el contexto de un enfoque integral y orgánico, indicando ciertas metas y objetivos que debiera proponerse América Latina para el próximo decenio, especialmente en el campo económico. Y, tercero, considera en forma más concreta y detallada los lineamientos generales sobre la política eco-

nómica y social, tanto global como sectorial, y aborda los principales aspectos de la política económica externa y la cooperación regional.

No es fácil lograr satisfactoriamente esos propósitos, por la variedad de situaciones y la diversidad de perspectivas que es dable identificar en el ámbito regional. Sin embargo, no es vano el esfuerzo, porque es evidente que son comunes a casi todos los países aspectos importantes de los problemas del desarrollo latinoamericano que tienen gran trascendencia para la acción práctica, sobre todo aquellos que se vinculan con la naturaleza y estructura del proceso socioeconómico en marcha y con las relaciones externas de los países de la región.

Este intento se complica todavía más por los cambios sustanciales que se están operando en las condiciones socioeconómicas objetivas, en las políticas nacionales y en el panorama regional e internacional en particular, en aspectos fundamentales de la evolución de los países desarrollados que afectan de una u otra manera a los países latinoamericanos; por la inestabilidad e incertidumbre que se asocian a esos cambios, y por los problemas de disponibilidad y costo creciente de bienes esenciales, como el petróleo, que inciden favorable o desfavorablemente, y con distinta intensidad, en los países de la región. Y esa complejidad se profundiza aún más por la acción simultánea de factores exógenos que, si bien es cierto no son nuevos, adquieren ahora en este escenario una mayor resonancia; así está ocurriendo en estos últimos años con las irregularidades de la producción agropecuaria mundial, perjudicada por condiciones climáticas adversas.

Entre las conclusiones de la evaluación destaca, en primer lugar, la persistencia de estructuras productivas y de políticas que han conducido a la formación de sociedades extremadamente inequitativas, donde los frutos del crecimiento se concentran en pequeños sectores de la población y resultan insuficientes para cubrir las necesidades que se acrecientan con el alto ritmo demográfico que prevalece en la región; en segundo lugar, la declinación o el bajo ritmo del crecimiento económico que registran en los últimos años la mayoría de los países latinoamericanos, cuya recuperación aparece condicionada por factores de inestabilidad e incertidumbre que se relacionan en buena parte con la evolución de la economía mundial; y, en tercer lugar, la asimetría que continúa exhibiendo la estructura de las relaciones externas, en lo que se refiere a la naturaleza de las corrientes de exportaciones e importaciones de bienes, al deterioro de la relación de precios del intercambio y al acrecentamiento del endeudamiento externo.

Proyecciones del desarrollo latinoamericano en los años ochenta, Serie Estudios e Informes de la CEPAL, N.º 6, Santiago de Chile, 1981, 96 pp.

La Secretaría de la CEPAL ha preparado un conjunto de proyecciones destinadas a sustentar cuantitativamente los estudios prospectivos relacionados con la formulación de la Estrategia Internacional del Desarrollo para los años

ochenta, así como con el programa latinoamericano de acción para su instrumentación.*

La naturaleza de estas proyecciones está definida por los problemas centrales que se identificaron en el examen del desarrollo latinoamericano. En efecto, tanto la estrategia en el plano mundial como el programa de acción en el ámbito latinoamericano se han diseñado para enfrentar dichos problemas; por consiguiente, el trabajo cuantitativo estuvo orientado a examinar los objetivos, metas y políticas capaces de superar la situación actual.

Por motivos analíticos se prepararon proyecciones de cuatro aspectos esenciales que se vincularon entre sí. En primer lugar, se estudiaron los aspectos demográficos con el fin de identificar algunos problemas relevantes de la etapa de transición poblacional por la que atraviesa América Latina, y al mismo tiempo cuantificar el incremento y la localización de la fuerza de trabajo; elemento básico para el análisis de la situación y perspectivas del empleo.

En segundo lugar, se determinaron las principales variables macroeconómicas y los requisitos de acumulación y financiamiento externo consistentes con el crecimiento económico propuesto en cada escenario. En este contexto desempeñan un papel de extraordinaria importancia los ingresos corrientes de exportación, pues en el planteamiento del modelo global estos recursos constituyen el requisito de ajuste para el equilibrio ahorro-inversión y de las cuentas externas, dadas las restricciones que se imponen al financiamiento externo.

Luego se examinó la estructura de la producción y la productividad de la mano de obra por sectores de actividad económica, para establecer la coherencia necesaria con las proyecciones globales y efectuar el balance ocupacional en cotejo con las proyecciones de la fuerza de trabajo.

Finalmente, se exploraron las posibilidades de crecimiento de las exportaciones mediante un análisis de la estructura de comercio exterior, tanto en términos de tipos de bienes como de destino; en este sentido se atribuyó especial importancia a la relación entre los bienes básicos y los productos manufacturados, y al carácter regional o extrarregional del comercio exterior.

En las proyecciones de población se empleó solamente una hipótesis que representa una posición intermedia entre la alta y la baja, en consideración a que en los plazos aquí contemplados las modificaciones que pudieran inducir las opciones económicas que se examinan sobre las variables demográficas no alteran la naturaleza ni la importancia relativa de problemas fundamentales, como por ejemplo el ocupacional.

En cambio, las proyecciones macroeconómicas, por sectores de actividad, de empleo y productividad sectorial, de comercio exterior, financiamiento externo y endeudamiento, se han organizado en torno a dos escenarios de crecimiento. En rasgos generales, el primero de estos escenarios corresponde al mantenimiento de las tendencias de crecimiento, en el contexto de las políticas en marcha

orientadas hacia el logro de determinadas finalidades; vale decir, se trata de una proyección de la prognosis dinámica de crecimiento, partiendo de la situación inicial y de las perspectivas que se advierten a través de la aplicación de políticas económicas ya definidas. Por su parte, el segundo escenario supone una importante transformación de las políticas tradicionales y, al mismo tiempo, la conformación de un nuevo orden económico internacional.

Las relaciones económicas externas de América Latina en los años ochenta, Serie Estudios e Informes de la CEPAL, N.º 7, Santiago de Chile, 1981, 180 páginas.

Los cambios ocurridos en el decenio de 1970 han modificado profundamente la situación económica internacional. En el campo de los países desarrollados de economía de mercado terminó el auge sostenido de la postguerra y comenzó a manifestarse una situación de crisis; a su vez, en los países en desarrollo no sólo se reflejó con fuerza esta situación de los países desarrollados, sino que se alteró la naturaleza de varios de sus problemas más importantes —por ejemplo, el carácter de la vulnerabilidad externa— y las políticas aplicadas procuraron minimizar los efectos de esas dificultades, en unos casos mediante el establecimiento de mecanismos de defensa y, en otros, por el arbitrio de un mayor acoplamiento a las economías desarrolladas.

En el marco de estas condiciones el estudio analiza las relaciones económicas externas de América Latina, prestando especial atención a los tres conjuntos de cuestiones principales en este campo, según fueron caracterizadas en la Estrategia Internacional del Desarrollo para la Tercera Década de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

El primer conjunto de problemas se refiere al comercio internacional de América Latina: el mantenimiento o el aumento del ritmo de crecimiento de las exportaciones constituye un requisito ineludible para que pueda alcanzarse un crecimiento satisfactorio. Como es obvio, el dinamismo del sector externo depende, por una parte, de la generación de un flujo creciente y cada vez más diversificado de productos exportables y, por la otra, del libre acceso a los mercados internacionales.

El segundo grupo de problemas se refiere al financiamiento externo. En la mayoría de los países de la región la absorción de los efectos de la recesión internacional y, en especial de la elevación del precio de los energéticos, ha provocado reducciones en el ritmo de crecimiento, alzas en las tasas de inflación y aumentos, tanto en los déficit en la cuenta corriente del balance de pagos como en el endeudamiento externo.

La tercera serie de cuestiones se vincula con la integración y la cooperación entre los países de la región, que sigue siendo un componente fundamental, tanto de la estrategia para lograr una inserción más adecuada en la economía mundial, como para vigorizar el desarrollo interno de los países de América Latina y el Caribe.

Dinámica del subempleo en América Latina, PREALC, Serie Estudios e Informes de la CEPAL, N.º 10, Santiago de Chile, 1981, 101 páginas.

Este trabajo tiene por objeto analizar la evolución de los

*Véase, en especial, "El desarrollo de América Latina en los años ochenta" y "Las relaciones económicas externas de América Latina en los años ochenta", Serie Estudios e Informes de la CEPAL, Nos. 5 y 7 respectivamente.

problemas de empleo en América Latina durante los últimos 30 años, evaluar las perspectivas para las próximas dos décadas y señalar las implicaciones de las mismas para la formulación de políticas económicas en el marco de las estrategias de desarrollo.

Tres capítulos integran el estudio precedidos por una introducción que presenta un resumen de las principales conclusiones alcanzadas. El primero está dedicado al análisis de la situación de empleo y su evolución, prestando atención especial a la medición de los cambios ocurridos en el subempleo. Dos son las conclusiones principales que allí se destacan. La primera, que la situación de empleo en América Latina ha estado mejorando, pero a ritmo muy lento; y la segunda, que existe diversidad de situaciones de empleo entre países, tanto por sus características como por su evolución pudiéndose distinguir al menos tres grupos de países dentro del conjunto regional.

El segundo capítulo presenta diversos ejercicios de proyecciones con el objetivo de analizar los escenarios previsible hacia fines del siglo; así, experimenta con proyecciones de repetición de la experiencia histórica, con la aceleración del crecimiento económico y con la determinación del crecimiento requerido para que América Latina presente una situación de empleo similar a la registrada en los países desarrollados. Del análisis concluye que los problemas de empleo seguirán siendo de magnitud significativa en la mayoría de los países de la región hacia el año 2000, siendo necesaria la aceleración del crecimiento y la aplicación de políticas de empleo para alcanzar niveles de subutilización socialmente aceptables.

Los requerimientos tanto en materia de crecimiento como de políticas varían entre países. Por ello, el último capítulo se destina a presentar, aunque de manera muy preliminar, las combinaciones de distintas políticas y la intensidad que las mismas requieren en cada grupo de países. A pesar de las marcadas diferencias nacionales se destaca también una serie de tareas comunes que debe enfrentar la gran mayoría de los países de la región para aliviar los problemas de empleo que los afectan.

Sociedad rural, educación y escuela, UNESCO/CEPAL/PNUD, Proyecto sobre Desarrollo y Educación en América Latina y el Caribe, Serie Informes Finales N.º 1, Buenos Aires, 1981 (2 volúmenes mimeografiados de 202 y 67 páginas respectivamente).

Este estudio constituye el informe de síntesis de las actividades desarrolladas por el Proyecto "Desarrollo y Educación en América Latina y el Caribe" en el área "Sociedad rural y educación", y se centra en la consideración de las relaciones entre sociedad, educación y escuela en las zonas rurales de América Latina.

Su enfoque general se orienta hacia el análisis de la satisfacción de las necesidades educativas básicas en las áreas rurales y parte de la existencia de necesidades o carencias de la población que vive en ellas, de las posibilidades de satisfacerlas que tiene a su alcance esa población y del ámbito de encuentro entre unas y otras.

El capítulo I analiza los cambios registrados en la sociedad rural y sus repercusiones en la educación y en la escuela; además se consideran los procesos socioeconómi-

cos que han tenido lugar en los últimos veinticinco años, sus implicaciones culturales y educativas y el rendimiento del sistema educativo formal, como puntos de partida para plantear el problema de la educación en las áreas rurales en relación con los estilos de desarrollo y su significado para la cultura nacional.

Los capítulos II al V se concentran en el tema de la satisfacción de las necesidades educativas de la población en edad escolar por medio del sistema educativo formal. Así, consideran al sistema educativo formal en las áreas rurales desde el punto de vista de su organización formal, como integrante de la burocracia estatal y sus incidencias en la educación; el rol docente ya sea como posición dentro del sistema educativo formal y como participante directo en las prácticas pedagógicas; el papel de la educación formal en las estrategias familiares de los estratos bajos rurales y la forma cómo esas estrategias, al mismo tiempo, condicionan el aprestamiento de los niños para el sistema escolar y su inserción en el mismo; y el proceso pedagógico tal como transcurre en la escuela rural.

El capítulo VI está dedicado a la educación no formal y analiza cómo ella se vincula con las necesidades educativas básicas tal como se reflejan en los programas que se están llevando a cabo en la región y, específicamente, en las escuelas radiofónicas. Finalmente, el capítulo VII considera el tratamiento que reciben la educación y la escuela de las áreas rurales por parte de las políticas, la planificación y la administración educativas.

El estudio se presenta en dos volúmenes, el primero de los cuales contiene el informe propiamente dicho, mientras que el segundo enumera la bibliografía consultada e incluye un apéndice estadístico.

El cambio educativo, Situación y condiciones, UNESCO/PNUD/CEPAL, Proyecto sobre Desarrollo y Educación en América Latina y el Caribe, Serie Informes Finales, N.º 2, Buenos Aires, 1981 (versión mimeografiada de 250 páginas).

Los análisis referidos a la relación entre sociedad y educación suelen optar entre dos enfoques típicos: en algunos casos, analizan las estructuras sociales y los sistemas educativos, y recomiendan modificaciones de las primeras como condición para realizar un cambio en la educación, o bien proponen acciones educativas ideales como instrumento para el cambio social. En otros casos, el análisis se centra en los elementos internos de las instituciones educativas (políticas, planificación y administración, currículo, formación docente, práctica pedagógica), y las recomendaciones tienden a soslayar las estructuras sociales y a recortar el fenómeno educativo de las interacciones sociales planteando, en el mejor de los casos, propuestas para que la acción de los sistemas educativos pueda reducir la repercusión de los fenómenos exteriores sobre los mismos.

El presente estudio intenta considerar el fenómeno educativo, los modelos culturales e incluso las relaciones pedagógicas como expresión de la estructura y de las tendencias del cambio social y, a partir de este enfoque integrado, señalar los elementos que podrían incidir en la modificación de la educación, planteando como su función y objetivo fundamental la democratización social y cultural.

Incluye el volumen los siguientes informes: Estructura y movimientos sociales en el desarrollo de la educación popular, por G.W. Rama; Elementos para un diagnóstico del sistema educativo tradicional en América Latina, por J.C. Tedesco; Las tendencias pedagógicas en América Latina (1960-1980) por R. Nassif; El sistema escolar brasileño y las innovaciones pedagógicas, por W.E. García; Tres intentos de cambio social a través de la educación, por J.Z. Vásquez; Las reformas de la educación en América Latina. Análisis de algunos procesos nacionales, por N. Fernández Lamarra e Inés Aguerrondo; Estilos de desarrollo y educación: un inventario de mitos, recomendaciones y potencialidades, por M. Wolfe; y Relatorio del Seminario internacional "Inercia y cambio en los sistemas educativos de América Latina y de los países africanos de lengua ibérica", por R. Nassif.

La educación y los problemas del empleo, UNESCO/CEPAL/PNUD, Proyecto sobre Desarrollo y Educación en América Latina y el Caribe, Serie Informes Finales, N.º 3, Buenos Aires, 1981 (versión mimeografiada de 188 páginas).

El carácter controvertible de las interpretaciones existentes sobre el problema del empleo, la insuficiencia de información y la falta de uniformidad en los criterios aplicados para relevar la poca que existe, obligaron a concentrar este estudio en el análisis de las interpretaciones teóricas existentes y la verificación de algunas hipótesis relativas a la situación del empleo en el sector industrial.

Sus conclusiones llaman la atención sobre el hecho de que, en contraste con lo que sucedió en épocas anteriores en los países entonces más avanzados de la región, el sistema educativo está actuando ahora como barrera para la integración de las grandes masas a la sociedad y a los empleos modernos y reproduce una segmentación social incoherente con los modelos de capitalismo avanzado que se suponen rectores. En lo específico de la relación con el empleo esta distribución desigual del ingreso educativo genera personas inocuables en los sectores modernos e impide a los afectados no sólo competir en el mercado de empleo sino también participar en el sistema de decisiones.

Por lo tanto, la solución no debe orientarse hacia el ajuste entre educación y empleo, sino hacia la eliminación de la exclusión cultural para posibilitar a la población a que participe en la organización social y política que determina las condiciones del mercado de empleo, con independencia de que existan actualmente los empleos para esa masa en relación a la cual se propone como aspiración el cumplimiento de la escolaridad elemental.

Asimismo, reitera que la educación es un valor en sí, y que ese valor tiene esencialmente una dimensión política que no puede reducirse a términos meramente económicos.

Durante mucho tiempo el insuficiente desarrollo de la región hizo que los planteamientos y las propuestas giraran legítimamente alrededor del crecimiento económico; éste sigue siendo condición necesaria, pero cada vez menos suficiente para dar solución a los problemas. A partir de los niveles económicos ya logrados por una parte considerable

de los países de la región, surge como prioridad resolver el modelo de organización social, es decir, el de su estilo de desarrollo, ya que de continuar el predominante no parecen solucionables ni el problema del empleo ni el de la educación.

Ello supone replantearse la educación como una distribución masiva de niveles mínimos de conocimiento para desbloquear la segmentación social y rescatar su función específica relativa al desarrollo de la racionalidad y de las capacidades humanas, porque de lo que se trata es de formar seres humanos con capacidad de analizar y solucionar problemas, tanto los que se plantean en la producción como los que surgen en la sociedad política.

Manual de documentación naviera para los puertos de América Latina, (tercera parte), Programa de Transporte OEA/CEPAL, E/CEPAL/1060, Add. 2, versión mimeografiada, Santiago de Chile, 1981, 96 páginas.

En su primera parte este *Manual* contenía informaciones relativas a los puertos sudamericanos de Colombia, Chile, Ecuador, Perú y Venezuela y a los puertos centroamericanos de Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua, mientras que en la segunda se agregaba información sobre los puertos de Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay.

Esta tercera y última parte completa la información sobre los restantes países latinoamericanos: Antillas Neerlandesas, Bahamas, Barbados, Cuba, Dominica, Granada, Guyana, Haití, Jamaica, México, Panamá, República Dominicana, Santa Lucía, San Vicente y las Granadinas, Suriname y Trinidad y Tabago.

Con esta publicación se da por terminada la tarea acometida por el Programa de Transporte OEA/CEPAL en el sentido de dar a conocer las disposiciones vigentes en materia de documentación exigida a la recepción y despacho de naves y las formalidades consulares que deben cumplir los buques en los puertos de la región.

El sector salud en el decenio de los ochenta, preparado por la Organización Panamericana de la Salud, CEPAL, Santiago de Chile, 1981, 29 páginas.

El presente documento plantea las estrategias del sector salud para todos los países de América Latina y el Caribe dentro del presente decenio. Estas estrategias y sus metas, que están vinculadas al objetivo de "Salud para Todos en el Año 2000" y su estrategia principal "Atención Primaria", fueron adoptadas por los gobiernos de las Américas en las XXVII Reunión del Consejo Directivo de la Organización Panamericana de la Salud en octubre de 1980. Consecuentemente, contiene una síntesis de la evolución del sector salud durante el decenio pasado y de sus perspectivas; una descripción de los objetivos y metas, y un resumen de las estrategias adoptadas en la reunión antes mencionada. Incluye, además, consideraciones sobre algunas características sociales dentro de las cuales, muy probablemente, estas estrategias operarán, como también analiza las implicaciones principales de "Salud para Todos en el Año 2000" en el desarrollo económico y social de estos países.

Indice de los primeros quince números de la REVISTA DE LA CEPAL

1976

Nº 1 PRIMER SEMESTRE

- Raúl Prebisch, *Crítica al capitalismo periférico*.
- Enrique V. Iglesias, *Situación y perspectivas de la economía latinoamericana en 1975*.
- Aníbal Pinto, *Notas sobre los estilos de desarrollo en América Latina*.
- Marshall Wolfe, *Enfoques del desarrollo: ¿De quién y hacia qué?*
- Jorge Graciarena, *Poder y estilos de desarrollo. Una perspectiva heterodoxa*.
- Cristóbal Lara, *Notas sobre integración*
- Algunas publicaciones de la CEPAL.*

Nº 2 SEGUNDO SEMESTRE

- José Medina Echavarría, *América Latina en los escenarios posibles de la distensión*.
- Carlos Massad, *La revolución de los banqueros en la economía internacional: Un mundo sin sistema monetario*.
- Akio Hosono, *Industrialización y empleo: Experiencia en Asia y estrategia para América Latina*.
- Gérard Fichet y Norberto González, *Estructura productiva y dinámica del desarrollo*.
- Jorge Graciarena, *Tipos de concentración del ingreso y estilos políticos en América Latina*.
- Algunas publicaciones de la CEPAL.*
- Notas y comentarios.*
- Homenaje: Oscar Varsavsky*

1977

Nº 3 PRIMER SEMESTRE

- Philippe de Seynes, *La controversia sobre los 'futuros' en las Naciones Unidas*.
- Isaac Cohen Orantes y Gert Rosenthal, *Reflexiones sobre el marco conceptual de la integración económica centroamericana*.
- Comentario de Cristóbal Lara Beautell*
- Comentario de Albert O. Hirschman*
- Aldo Solari, *Desarrollo y política educacional en América Latina*.
- Barend A. de Vries, *Las exportaciones en el nuevo escenario internacional: el caso de América Latina*.
- Comentario de Raúl Prebisch*
- Charles Rollins, *Población y fuerza de trabajo en América Latina: algunos ejercicios de simulación*.
- Octavio Rodríguez, *Sobre la concepción del sistema centro-periferia*.
- Decimoséptimo período de sesiones de la Comisión Económica para América Latina*.
- Exposición del Secretario General de las Naciones Unidas, Kurt Waldheim.
- Exposición del Secretario Ejecutivo de la CEPAL, Enrique V. Iglesias.
- Exposición de Raúl Prebisch.
- Algunas publicaciones de la CEPAL.*

Nº 4 SEGUNDO SEMESTRE

- Fernando H. Cardoso, *La originalidad de la copia: la CEPAL y la idea de desarrollo*.

- Marshall Wolfe, *Para 'otro desarrollo': requisitos y proposiciones.*
- Federico J. Herschel, *Política fiscal y desarrollo integrado.*
- José Medina Echavarría, *Apuntes acerca del futuro de las democracias occidentales.*
- Comentario de John Durston*
- Comentario de Carlo Geneletti*
- Comentario de Eduardo Palma*
- Comentario de Gregorio Weinberg*
- Comentario de Marshall Wolfe*
- Carlos Real de Azúa, *Las pequeñas naciones y el estilo de desarrollo 'constrictivo'.*
- Francisco Barreto y Roy T. Gilbert, *El déficit de los servicios urbanos: ¿una limitación estructural?*
- Sobre el artículo de Raúl Prebisch, "Crítica al capitalismo periférico"*
- Comentario de Joseph Hodara*
- Comentario de Eugenio Kossarev*
- Comentario de Octavio Rodríguez*
- Comentario de Marshall Wolfe*
- Algunas publicaciones de la CEPAL.*
- Alberto Orlandi, *Precios y ganancias en el comercio mundial del café.*
- Paulo R. Souza, *Las desigualdades de salarios en el mercado de trabajo urbano.*
- David H. Pollock y Carlos Massad, *El Fondo Monetario Internacional en una nueva constelación financiera internacional: Comentario interpretativo.*
- Algunas publicaciones de la CEPAL.*
- Otras publicaciones.*

Nº 6 SEGUNDO SEMESTRE

- Enrique V. Iglesias, *La ambivalencia del agro latinoamericano.*
- Celso Furtado, *Acumulación y creatividad.*
- Aníbal Pinto, *Falsos dilemas y opciones reales en la discusión latinoamericana actual.*
- Gert Rosenthal, *La evolución económica en Centroamérica.*
- David H. Pollock, *La actitud de los Estados Unidos hacia la CEPAL.*
- Pedro I. Mendive, *Proteccionismo y desarrollo.*
- Raúl Prebisch, *Estructura socioeconómica y crisis del sistema.*
- Notas y Comentarios.*
- 30 años de la CEPAL.*

1978

Nº 5 PRIMER SEMESTRE

- Sidney Dell, *Necesidades básicas o desarrollo global. ¿Debe el PNUD tener una estrategia para el desarrollo?*
- Jorge Graciarena, *Entre realidad y utopía. La dialéctica de las ciencias sociales latinoamericanas.*
- Robert Devlin, *El financiamiento externo y los bancos comerciales. Su papel en la capacidad para importar de América Latina entre 1951-1975.*
- Víctor Tokman, *Las relaciones entre los sectores formal e informal.*
- Benny Widoyo, *Empresas transnacionales y productos básicos de exportación.*

1979

Nº 7 ABRIL

- Marshall Wolfe, *Reinventando el desarrollo: utopías de comités y simientes de cambio reales.*
- Héctor Assael, *La internacionalización de las economías latinoamericanas: algunas reservas.*
- Carlos Lessa, *Política económica: ¿ciencia o ideología? (Primera parte).*
- Germánico Salgado, *El Mercado Regional Latinoamericano: el proyecto y la realidad.*
- Sergio Boisier, *¿Qué hacer con la planificación regional antes de medianoche?*

Raúl Prebisch, *Las teorías neoclásicas del liberalismo económico*

Notas y Comentarios

Ecos del XXX Aniversario.

Algunas publicaciones de la CEPAL.

Nº 8 AGOSTO

Robert T. Brown, *El futuro de los ferrocarriles internacionales de Sudamérica. Un enfoque histórico.*

Jorge Graciarena, *La estrategia de las necesidades básicas como alternativa. Sus posibilidades en el contexto latinoamericano.*

Gerson Gomes y Antonio Pérez, *El proceso de modernización de la agricultura latinoamericana.*

Carlos A. de Mattos, *Planes versus planificación en la experiencia latinoamericana.*

Pedro Sampaio Malan, *La economía brasileña: los caminos hacia los años ochenta.*

Gary P. Sampson, *El proteccionismo contemporáneo y las exportaciones de los países en desarrollo.*

Carlos Lessa, *Política económica: ¿ciencia o ideología? (Segunda parte)*

Algunas publicaciones de la CEPAL.

Nº 9 DICIEMBRE

Enrique V. Iglesias, *América Latina en el umbral de los años ochenta.*

Aníbal Pinto, *La internacionalización de la economía mundial y la periferia. Significados y consecuencias.*

Robert Devlin, *Los bancos comerciales y el desarrollo de la periferia: congruencia y conflicto.*

Ricardo Ffrench-Davis, *Exportaciones e industrialización en un modelo ortodoxo: Chile, 1973-1978.*

Adolfo Gurrieri, *José Medina Echavarría: Un perfil intelectual*

Notas y comentarios.

Raúl Prebisch y Gabriel Valdés, *Dos exposiciones en La Paz.*

Jorge Méndez y Carlos Martínez Sotomayor, *Dos exposiciones en el Curso sobre Planificación Social (ILPES, CEPAL, UNICEF).*

Algunas publicaciones de la CEPAL

1980

Nº 10 ABRIL

Enrique V. Iglesias, *El desafío energético.*

Reunión sobre una nueva América Latina en la cambiante economía mundial.

Abraham f. Lowenthal y David H. Pollock, *Presentación.*

Pedro I. Medive, *Exportación de manufacturas.*

Jere R. Behrman, *La exportación de productos primarios no combustibles.*

Albert Fishlow, *Una América Latina nueva en el nuevo mercado internacional de capitales.*

Carlos Massad, *América Latina y el sistema monetario internacional: observaciones y sugerencias.*

Pedro Sampaio Malan, *Los países latinoamericanos y el Nuevo Orden Económico Internacional.*

Jorge A. Sábato, *Desarrollo tecnológico en América Latina y el Caribe.*

Miguel Wionczeck, *Las principales cuestiones pendientes en las negociaciones sobre el Código de Conducta de la UNCTAD para la transferencia de tecnología.*

William R. Cline, *La reforma económica internacional y la distribución del ingreso.*

Colin I. Bradford, Jr., *Resumen interpretativo Lista de participantes*

Roberto Zahler, *Repercusiones monetarias y reales de la apertura financiera al exterior. El caso chileno: 1975-1978*

Raúl Prebisch, *Hacia una teoría de la transformación*

Algunas Publicaciones de la CEPAL

Nº 11 AGOSTO

Centro de Proyecciones de la CEPAL, *América Latina en la Nueva Estrategia Internacional del Desarrollo.*

Aníbal Pinto, *La apertura al exterior de América Latina.*

Ricardo Cibotti y Jorge Lucángeli, *El fenómeno tecnológico interno.*

Armando Di Filippo, *El desarrollo económico y las teorías del valor.*

Alexander Schejtman, *Economía campesina: lógica interna, articulación y persistencia.*

Mario Movarec, *Estadísticas del sector externo para la planificación del desarrollo: ¿tarea de estadísticos y de planificadores?*

Sobre el artículo de Raúl Prebisch, "Hacia una teoría de la transformación"

Comentario de Gert Rosenthal

Comentario de Isaac Cohen

Comentario de Fernando Fajnzylber

Algunas publicaciones de la CEPAL

Nº 12 DICIEMBRE

Nota de la Dirección

Mostafá K. Tolba, *Los actuales estilos de desarrollo y los problemas del medio ambiente.*

Oswaldo Sunkel, *La interacción entre los estilos de desarrollo y el medio ambiente en América Latina.*

Comentarios sobre el artículo "La interacción entre los estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina"

Comentario de Aníbal Pinto

Comentario de Jorge Sábato

Comentario de Gabriel Valdés

Comentario de Jorge Wilhelm

Raúl Prebisch, *Biosfera y desarrollo.*

Marshall Wolfe, *El ambiente en la palestra política.*

Ignacy Sachs, *Estrategias de desarrollo con requerimientos energéticos moderados. Problemas y enfoques.*

Fernando Henrique Cardoso, *Perspectivas de desarrollo y medio ambiente: el caso de Brasil.*

Nicolo Gligo, *La dimensión ambiental en el desarrollo agrícola de América Latina.*

Luciano Tomassini, *Factores ambientales, crisis de los centros y cambio en las relaciones internacionales de los países periféricos.*

Comentarios sobre el capitalismo periférico y su transformación

Comentario de Lucio Geller

Comentario de José Ibarra.

Comentario de Pedro Vusković

1981

Nº 13 ABRIL

Alfredo Eric Calcagno y Jean-Michel Jakobowicz, *La relocalización industrial a escala internacional.*

Héctor Soza, *La discusión industrial en América Latina.*

Oscar Altimir, *La pobreza en América Latina. Un examen de conceptos y datos.*

Sergio Boisier, *Hacia una dimensión social y política del desarrollo regional.*

Jean Casimir, *Principales desafíos al desarrollo social en el Caribe.*

Sidney Dell, *El Fondo Monetario Internacional y el principio de condicionalidad.*

Raúl Prebisch, *La periferia latinoamericana en el sistema global del capitalismo.*

Sobre el capitalismo periférico y su transformación
Comentario de Octavio Rodríguez

Comentario de Alberto Couriel

Algunas publicaciones de la CEPAL

Nº 14 AGOSTO

Luiz Claudio Marinho, *Las empresas transnacionales y la actual modalidad de crecimiento económico de América Latina.*

Arturo Núñez del Prado, *Las empresas transnacionales en un nuevo proceso de planificación.*

Alberto Jiménez de Lucio, *El Este, el Sur y las empresas transnacionales.*

Jan Křákal, *Las empresas transnacionales en el desarrollo minero de Bolivia, Chile y Perú.*

María da Conceição Tavares y Aloisio Teixeira, *La internacionalización del capital y las transnacionales en la industria brasileña.*

Eugenio Lahera, *Las empresas transnacionales en la economía chilena.*

Michael Mortimore, *El Estado y los bancos transnacionales: enseñanzas de la crisis boliviana de endeudamiento público externo.*

Robert Devlin, *Los bancos transnacionales, la deuda externa y el Perú. Resultados de un estudio reciente.*

Algunas publicaciones de la CEPAL.

Nº 15 DICIEMBRE

Enrique V. Iglesias, *Desarrollo y equidad. El desafío de los años ochenta.*

Centro de Proyecciones Económicas de la CEPAL,
Problemas y orientaciones del desarrollo.

Carlos Filgueira, *Acerca del consumo en los nuevos modelos latinoamericanos.*

Fernando Fajnzylber, *Reflexiones sobre la industrialización exportadora del sudeste asiático.*

Víctor E. Tokman, *Estrategia de desarrollo y empleo en los años ochenta.*

Isaac Cohen Orantes, *El concepto de integración.*

Raúl Prebisch, *Diálogo acerca de Friedman y Hayek. Desde el punto de vista de la periferia.*

Algunas publicaciones de la CEPAL.

CUADERNOS DE LA C E P A L

- | N.º | Título |
|-----|---|
| 1 | <i>América Latina: El nuevo escenario regional y mundial,*</i> 1975, 51 pp. |
| 2 | <i>Las evaluaciones regionales de la estrategia internacional del desarrollo,*</i> 1975, 72 pp. |
| 3 | <i>Desarrollo humano, cambio social y crecimiento en América Latina,</i> 1975, 96 pp. (Agotado.) |
| 4 | <i>Relaciones comerciales, crisis monetaria e integración económica en América Latina.</i> 1975, 85 pp. |
| 5 | <i>Síntesis de la segunda evaluación regional de la estrategia internacional del desarrollo,</i> 1975, 72 pp. |
| 6 | <i>Dinero de valor constante. Concepto, problemas y experiencias,</i> por Jorge Rose, 1975, 42 pp. (Agotado.) |
| 7 | <i>La coyuntura internacional y el sector externo,</i> 1975, 87 pp. (Agotado.) |
| 8 | <i>La industrialización latinoamericana en los años setenta,</i> 1975, 118 pp. (Agotado.) |
| 9 | <i>Dos estudios sobre inflación. La inflación en los países centrales. América Latina y la inflación importada,</i> 1975, 57 pp. (Agotado.) |
| 10 | <i>Reactivación del mercado común centroamericano,</i> 1976, 145 pp. |
| 11 | <i>Integración y cooperación entre países en desarrollo en el ámbito agrícola,</i> por Germánico Salgado. 1976, 52 pp. |
| 12 | <i>Temas del nuevo orden económico internacional,</i> 1976, 82 pp. |
| 13 | <i>En torno a las ideas de la CEPAL: Desarrollo, industrialización y comercio exterior,</i> 1977, 54 pp. |
| 14 | <i>En torno a las ideas de la CEPAL: Problemas de la industrialización en América Latina,</i> 1977, 48 pp. |
| 15 | <i>Los recursos hidráulicos de América Latina,*</i> 1977, 55 pp. (Agotado.) |
| 16 | <i>Desarrollo y cambio social en América Latina,</i> 1977, 62 pp. (Agotado.) |
| 17 | <i>Estrategia internacional de desarrollo y establecimiento de un nuevo orden económico internacional,*</i> 2.ª ed., 1979, 65 pp. |
| 18 | <i>Raíces históricas de las estructuras distributivas de América Latina,</i> por A. Di Filippo, 2.ª ed., 1979, 67 pp. |
| 19 | <i>Dos estudios sobre endeudamiento externo,</i> por C. Massad y R. Zahler, 2.ª ed., 1978, 63 pp. (Agotado.) |
| 20 | <i>Tendencias y proyecciones a largo plazo del desarrollo económico de América Latina,</i> 2ª. ed., 1979, 117 pp. |
| 21 | <i>25 años en la agricultura de América Latina. Rasgos principales 1950-1975,</i> 2ª. ed., 1979, 95 pp. |
| 22 | <i>Notas sobre la familia como unidad socioeconómica,</i> por Carlos A. Borsotti, 1978, 60 pp. (Agotado.) |
| 23 | <i>La organización de la información para la evaluación del desarrollo,</i> por Juan Sourrouille, 1978, 66 pp. (Agotado.) |
| 24 | <i>Contabilidad nacional a precios constantes en América Latina,</i> por Alberto Fracchia, 1978, 64 pp. |
| 25 | <i>Ecuador: Desafíos y logros de la política económica en la fase de la expansión petrolera,</i> 1979, 158 pp. |

* Versiones en español e inglés.

El precio de venta de los Cuadernos es de US\$ 3.00 franco aéreo incluido.

Para obtener las publicaciones de la C E P A L pídasalas o solicite información a:

Unidad de Distribución, Servicio de Documentos y Publicaciones

C E P A L

Casilla 179-D

Santiago de Chile

CUADERNOS DE LA C E P A L

- 26 *Las transformaciones rurales en América Latina: ¿Desarrollo social o marginación?*, 2.^a ed., 1980, 165 pp.
- 27 *La dimensión de la pobreza en América Latina*, por Oscar Altimir, 1979, 99 pp. (Agotado).
- 28 *Organización institucional para el control y manejo de la deuda externa — El caso chileno*, por Rodolfo Hoffmann, 1979, 41 pp.
- 29 *La política monetaria y el ajuste de la balanza de pagos: Tres estudios*,* 1979, 67 pp.
- 30 *América Latina: Las evaluaciones regionales de la estrategia internacional del desarrollo en los años setenta*, 1979, 243 pp. (Agotado.)
- 31 *Educación, imágenes y estilos de desarrollo*, por G. Rama, 1979, 77 pp.
- 32 *Movimientos internacionales de capitales*, 1979, 210 pp.
- 33 *Informes sobre las inversiones directas extranjeras en América Latina*, por A.E. Calcagno, 1980, 114 pp.
- 34 *Las fluctuaciones de la industria manufacturera argentina, 1950-1978*, por Daniel Heymann, 1980, 240 pp.
- 35 *Perspectivas de reajuste industrial: la Comunidad Económica Europea y los países en desarrollo*, por Ben Evers, Gerard de Groot y Willy Wagenmans.
- 36 *Un análisis sobre la posibilidad de evaluar la solvencia crediticia de los países en desarrollo*, por Alvaro Saieh, 1980, 82 pp.
- 37 *Hacia los censos latinoamericanos de los años ochenta*. 1981, 152 pp.
- 38 *Desarrollo regional Argentino: La Agricultura*, por Juan Martín, 1981, 119 pp.
- 39 *Estratificación y movilidad ocupacional en América Latina*, por C. Filgueira y C. Geneletti, 1981, 169 pp.
Canada and the foreign firm,** D. Pollock, 1976, 43 pp.
United States — Latin American Trade and Financial Relations: Some Policy Recommendations,** S. Weintraub, 1977, 44 pp.
Energy in Latin America: The Historical Record,** J. Mullen, 1979, 66 pp.
The Economic Relations of Latin American with Europe,** 1980, 156 pp.

*Versiones en español e inglés.

**Versión en inglés únicamente.

CUADERNOS ESTADÍSTICOS DE LA C E P A L

- | N.º | Título |
|-----|--|
| 1 | <i>América Latina: Relación de precios del intercambio</i> , 1976, 66 pp. |
| 2 | <i>Indicadores del desarrollo económico y social en América Latina</i> , 1976, 178 pp. (Agotado.) |
| 3 | <i>Serie históricas del crecimiento en América Latina</i> , 1978, 206 pp. (Agotado.) |
| 4 | <i>Estadísticas sobre la estructura del gasto de consumo de los hogares según finalidad del gasto, por grupos de ingreso</i> , 1978, 110 pp. |
| 5 | <i>El balance de pagos de América Latina, 1950-1977</i> , 1980, 174 pp. |
| 6 | <i>Distribución regional del producto interno bruto sectorial en los países de América Latina</i> , 1981, 68 pp. |

El precio de venta de los Cuadernos es de US\$ 3.00, franqueo aéreo incluido.

Para obtener las publicaciones de la C E P A L pídasalas o solicite información a:

Unidad de Distribución, Servicio de Documentos y Publicaciones

C E P A L

Casilla 179-D

Santiago de Chile

EL TRIMESTRE ECONOMICO

Comité editorial honorario: Emilio Alanís Patiño, Emigdio Martínez Adame, Raúl Ortiz Mena, Felipe Pazos, Raúl Prebisch y Raúl Salinas Lozano. **Comité editorial:** *México:* Gerardo Bueno, Edmundo Flores, José A. de Oteyza, Leopoldo Solís M., Carlos Tello, Manuel Uribe Castañeda y Fernando Fajnzylber W. *Brasil:* Celso Furtado y Francisco Oliveira. *Colombia:* Constantine V. Vaitsos. *Chile:* Jacques Chonchol, Alejandro Foxley y Osvaldo Sunkel.

Director: Oscar Soberón M.

Vol. XLIX

(1)

México, enero - marzo de 1982

Núm. 193

SUMARIO

Artículos

Helio Jaguaribe, *Tendencias sociopolíticas en la América Latina* • Simón Teitel, *Acerca del Informe de la Comisión Brandt* • Luciano Tomassini, *Las negociaciones Norte-Sur y el cambio de las relaciones internacionales de los países en desarrollo* • Tomás Peñaloza, *Un esquema para la promoción de exportaciones de manufacturas en México* • Ives Bernard, *La transición al socialismo en países desarrollados. El caso de Francia* • George R. Feiwel, *Samuelson y la era posterior a Keynes* • Lionel Robbins, *La economía y la economía política (Richard T. Ely Lecture)* • Raúl Prebisch, *La crisis inflacionaria del capitalismo*.

DOCUMENTOS
REVISTA DE REVISTAS

NOTAS BIBLIOGRAFICAS
PUBLICACIONES RECIBIDAS

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Av. Universidad 975

Apartado Postal, 44975

México 12, D.F.

Desarrollo Económico Revista de Ciencias Sociales

Comité editorial: Adolfo Canitrot, Jorge Balán, José Luis Machinea, Manuel Mora y Araujo, Alberto Petrecola, Carlos Strasser, Gregorio Weinberg. Secretario de Redacción: Getulio E. Steinbach.

Volumen 21

julio-setiembre de 1981

N.º 82

Artículos

Adolfo Canitrot, *Teoría y práctica del liberalismo. Política antiinflacionaria y apertura económica en la Argentina, 1975-1981* • Carl E. Solberg, *Argentina y Canadá: Una perspectiva comparada sobre su desarrollo económico, 1919-1939* • Guillermo B. Madrazo, *Comercio interétnico y trueque recíproco equilibrado intraétnico* • José Panettieri, *La Ley de Conversión monetaria de 1899 en el marco de formación de la Argentina moderna*.

Notas y Comentarios

Arthur J. Mann y Walter E. Schulthess, *El nivel y la composición del gasto real del sector gubernamental de la República Argentina: 1930-1977* • Héctor L. Dieguez, *Argentina y Canadá: Un comentario*.

Crítica de Libros

DESARROLLO ECONOMICO —Revista de Ciencias Sociales— es una publicación trimestral editada por el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). **Suscripción anual:** R. Argentina, \$ 240.000; Países limítrofes, US\$ 36; Resto de América, US\$ 40; Europa, Asia y Oceanía, US\$ 44. **Ejemplar simple:** US\$ 12 (recargos por envíos vía aérea). Pedidos, correspondencia, etcétera, a: INSTITUTO DE DESARROLLO ECONOMICO Y SOCIAL, Güemes 3950 (1425), Buenos Aires, República Argentina.

REVISTA MEXICANA DE SOCIOLOGIA

Organo oficial del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, Torre II

Director: Julio Labastida Martín del Campo

Coordinador de la Revista: Dr. Carlos Martínez Assad

AÑO XLIII/VOL. XLIII/Núm. 4

2.^a época

OCTUBRE - DICIEMBRE DE 1981

I. La Cuestión Urbana

Movimientos urbanos y cambio político • Tilman Evers, *Síntesis interpretativa del "Movimiento do custo de vida", un movimiento urbano brasileño* • Luis Alvarado C., *Notas sobre las perspectivas teóricas en el análisis de las luchas reivindicativas urbanas* • Vilmar Faria, *Resumen de las características y tendencias recientes del sistema urbano en el Brasil* • Beatriz García Peralta, *Estado y capital privado en el fraccionamiento Ixcalli Chamapa*. • *Un mínimo de urbanismo y un máximo de ruralismo: la experiencia cubana* • *La producción social del espacio en Cuba: 20 años de revolución urbana*.

II. Revisión Crítica del Marginalismo

Verónica Bennholdt-Thomsen, *Marginalidad en América Latina. Una crítica de la teoría* • Silvia Sigal, *Marginalidad espacial, estado y ciudadanía* • Ricardo Rodríguez Silveiro, *La marginalidad estructural en Paraguay. Análisis de uno de los síntomas paradigmáticos del subdesarrollo* • Rubén George Oliven, *Aspectos económicos, políticos y culturales de la marginalidad urbana en América Latina*.

III. Sección Bibliográfica

Ledda Argüedas, *El nuevo príncipe*.

TORRE DE HUMANIDADES, N.º 2-7.º PISO CIUDAD UNIVERSITARIA COYOACAN 20, D.F. MEXICO

PUBLICACIONES DE LA CEPAL

Agua, desarrollo y medio ambiente, 1980, 443 pp. US\$ 9.

Robert Devlin, *Los bancos transnacionales y el financiamiento externo de América Latina. La experiencia del Perú. 1965-1976*, 1980, 265 pp. US\$ 9.

América Latina en el umbral de los ochenta, 2.^a ed., 203 pp. US\$ 6.

Oswaldo Sunkel, *La dimensión ambiental en los estilos de desarrollo de América Latina*, 1981, 136 pp. US\$ 5.

Fernando Galofré, *La pobreza crítica en la niñez (CEPAL/UNICEF)*, 1981, 422 pp.

Serie Estudios e informes

1. *Nicaragua: El impacto de la mutación política*, 1981, 126 pp. US\$ 3.
2. Aníbal Pintó y Héctor Assael, *Perú 1968-1977. La política económica en un proceso de cambio global*, 1981, 166 pp. US\$ 3.
3. *La industrialización de América Latina y la cooperación internacional*, 1981, 170 pp. US\$ 3.
4. Nicolo Gligo, *Estilos de desarrollo, modernización y medio ambiente en la agricultura latinoamericana*, 1981, 130 pp. US\$ 3.
5. *El desarrollo de América Latina en los años ochenta*, 1981, 153 pp. US\$ 3.
6. *Proyecciones del desarrollo latinoamericano en los años ochenta*, 1981, 96 pp. US\$ 3.
7. *Las relaciones económicas externas de América Latina en los años ochenta*, 1981, 180 pp. US\$ 3.
8. *Integración y cooperación regionales en los años ochenta*, 1982, 170 pp. US\$ 3.
9. *Estrategias de desarrollo sectorial para los años ochenta: Industria y agricultura*, 1981, 100 pp. US\$ 3.
10. *Dinámica del subempleo en América Latina*, 1981, 101 pp. US\$ 3.

Unidad de Distribución, Servicio de Documentos y Publicaciones

CEPAL

Casilla 179 - D

Santiago de Chile



centro de investigación y docencia económicas, a.c.

ECONOMIA DE AMERICA LATINA 7 revista de información y análisis de la región

INTERNACIONALIZACION; TENDENCIAS Y PROBLEMAS

I. ENFOQUES

- La crisis económica mundial y América Latina.
Gonzalo Martner y Marisol Martner
- La transnacionalización agrícola en América Latina.
Raúl Vigorito
- Semi-industrialización y división internacional del trabajo.
Isaac Minian
- Un enfoque latinoamericano del banco mundial y su política.
Samuel Lichtensztejn y Mónica Baer
- El desequilibrio externo en América Latina y la crisis del capitalismo industrial. *René Villareal*

II. ANALISIS NACIONALES • Brasil, Chile, México y Perú.

III. DIFUSION E INFORMACION • La proyección internacional de los nuevos países industrializados.

SUSCRIPCION

	Anual	
México:	\$ 450.00	
América Latina y el Caribe:	U.S. \$ 20.00	Número Suelto:
EE. UU. y Canadá:	U.S. \$ 25.00	México: \$ 250.00
Europa y resto del mundo:	U.S. \$ 30.00	Extranjero: U.S. \$ 14.00

Para solicitar suscripciones o números sueltos dirigirse a:

CIDE

Difusión de publicaciones

Apartado Postal 116-114 México 18 D.F. Tel.: 570-20-22, ext. 140

Los cheques o giros postales deberán hacerse a nombre del: CIDE, A. C.

DE VENTA EN PRINCIPALES LIBRERIAS DEL D. F. Y PROVINCIA

CENTRO LATINOAMERICANO DE DEMOGRAFIA
PUBLICACIONES PERIODICAS

Boletín
demográfico



Edición bilingüe, contiene estimaciones y proyecciones de población, tasas de natalidad, de mortalidad, etc., de la región.

Suscripción anual (2 números): US\$ 5.

Presenta estudios y resultados de investigaciones, eventos que se están desarrollando y, además, comentarios de libros y documentos de actualidad.

Suscripción anual (3 números): US\$ 10.



Notas de Población

Resúmenes sobre
Población en
América Latina



Resúmenes sustantivos en español de la literatura: citas bibliográficas con títulos en español e inglés: índices temáticos, geográficos y de autores.

Suscripción anual (2 números): US\$ 10.

CELADE

Edificio Naciones Unidas Avenida Dag Hammarskjöld - Casilla 91

Santiago, CHILE

INSTITUTO LATINOAMERICANO DE PLANIFICACION ECONOMICA Y SOCIAL

I L P E S

Casilla 1567 - Santiago, Chile

BOLETIN DE PLANIFICACION

No. 13

Santiago, octubre de 1981

Presentación

Artículos:

Jorge Méndez Munévar, *Nuevos escenarios de la planificación* • Miguel de la Madrid Hurtado, *La planeación en México* • Jesús Silva-Herzog Flores, *Planeación financiera para el desarrollo* • México, Secretaría de Programación y Presupuesto, *Modelo econométrico "programa"* • Mario Rietti, *La planificación del desarrollo en América Latina* •

Notas y Comentarios:

Actividades recientes del ILPES • Programa de capacitación • Programa de asesoría • Programa de cooperación • Programa de Investigaciones • Resumen de artículos aparecidos en el número 13 de la *Revista de la CEPAL*.

ENCUENTRO 13

SELECCIONES PARA LATINOAMERICA

SELECCION DE ARTICULOS DE LAS MEJORES REVISTAS EUROPEAS Y LATINOAMERICANAS REPRODUCIDOS INTEGRAMENTE.

• Las Empresas Transnacionales y la actual modalidad de crecimiento económico de América Latina / Luiz Claudio Marinho/Revista de la Cepal • Relaciones económicas entre Estados Unidos y América Latina (1975-1979) / Probl. d'Amériq. Latine • El concepto de dependencia económica y su futuro / Rafael de Juan y Peñalosa / ICE / España • El trilateralismo ¿Gestor de la Política Económica Internacional? / Das Parlament / Alemania • El decenio de 1980, década del desarrollo latinoamericano según la Cepal / SIAP / México • Mitterrand: Hacia una social democracia radical / Jean Daniel / Le Nouvel Observateur • Las limitaciones del lucro como motivación de la actividad económica / K. Arrow / Mensaje • Una recuperación con retraso: coyuntura actual de la economía internacional y previsiones para el futuro / L'Observateur de l'OCDE • Los mercados de productos alimenticios y de materias primas en 1980 / Kredietbank • Los objetos de radiación más intensa al "borde" del universo: Los quasars / W. Priester / Physikalische Blatter / Alemania • Dostoievski: La voz de las profundidades del espíritu humano / Orientierung • Los grandes pedagogos: María Montessori • Las experiencias de Piaget en fichas / CERI-OCDE • Fichas de cine • Comentarios a la encíclica sobre el trabajo humano de Juan Pablo II / Civilitat Catolica; O. von Nell-Breuning, Orientierung; M. D. Chenu, Témoignage Chrétien; T. Malagon, Ecclesia; R. Coste, La Croix; R. Antoncich, Páginas; Miec-Jeci, ICLA • ¿Es el cristianismo una ideología? / Walter Kern / Stimmen Der Zeit / Alemania • La compañía de Jesús explica las "declaraciones" de Luis Pellecer / Ecclesia.

Editado por el Centro de Proyección Cristiana

Jr. Aguarico 586, Breña - Lima-Perú; Telf. 232609

Suscripciones Perú: ENCUENTRO (del 1 al 11): S/. 11.000.00 y el ejemplar suelto S/. 1.000.00

Precio del número extraordinario 10-11 (400 págs.): S/. 1,800.00

ENCUENTRO (12 al 22) S/. 19.250.00 y el ejemplar suelto S/. 2.100.00 (Correo certificado. Precios válidos hasta el 28 de febrero de 1982).

Suscripciones América Latina. Vía superficie, suscripción de ENCUENTRO (12 al 22, ambos inclusive) 54 \$ USA. //

Colección de ENCUENTRO (1 al 11): 40 \$ USA. (Correo certificado.)

Vía aérea, ENCUENTRO (del 12 al 22) 80 \$ USA., ENCUENTRO (del 1 al 11) 60 \$ USA. (Correo certificado.)

CRITICA&UTOPIA

latinoamericana de Ciencias Sociales

Director: Francisco Delich

Número 6
Tercer Trimestre de 1981

Artículos

Angel Flisfich, *Notas acerca de la idea del reforzamiento de la sociedad civil* • Fernando H. Cardoso, *La democracia en las sociedades contemporáneas* • Norbert Lechner, *El proyecto neoconservador y la democracia* • Francisco Delich, *Desmovilización social, reestructuración obrera y cambio sindical* • Juan Carlos Torre, *El movimiento obrero y el último gobierno peronista (1973-1976)*

Dossier

• Helgio Trindade Bueguesía, *Burguesía y Estado en el Brasil*.

Notas críticas

Crítica y Utopía Latinoamericana de Ciencias Sociales es una publicación trimestral, editada en Buenos Aires y dirigida por Francisco Delich. La suscripción a cuatro números es de 20 dólares estadounidenses en la Argentina y de 28 dólares en el exterior (incluido envío aéreo). Las suscripciones, colaboraciones y toda otra correspondencia debe ser dirigida a Defensa 593, 3er. piso, 1065, Buenos Aires, Argentina.

Integración Latinoamericana

REVISTA MENSUAL DEL INTAL

N.º 62
Octubre 1981

Editorial: *Términos de intercambio, tarifa óptima e integración*

Estudios económicos: Eduardo R. Conesa, *Aplicabilidad de la tarifa óptima en Argentina* • William R. Cline, *El interés de América Latina en la integración económica.*

Derecho de la integración

Estudios: Hugo Ordóñez Fernández, *Las industrias centroamericanas de integración: algunos aspectos de su problemática jurídica* • Jorge Luis Oría, *La cláusula de la nación más favorecida en el Tratado de Montevideo 1980 (1.ª parte).*

• información legal • noticias • resúmenes • notas y comentarios • información latinoamericana • información internacional • documentación y estadísticas • actividades del intal • bibliografía

Suscripción anual: Instituciones US\$ 30.- Individuos US\$ 20.- Estudiantes US\$ 12.- (adjuntando carta de autoridad universitaria). Argentina: Instituciones \$a. 18.000.- Individuos \$a. 12.000.- Estudiantes \$a. 7.200.-

Los interesados deberán remitir cheque o giro (libre de comisiones y gastos bancarios) a la orden del Instituto para la Integración de América Latina, Casilla de Correo 39, Sucursal 1, 1401 Buenos Aires, Argentina.

REVISTA PARAGUAYA DE SOCIOLOGIA

Publicación de Ciencias Sociales para América Latina. Editada por el Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos

Director: Domingo M. Rivarola

Editor: Graziella Corvalán

AÑO 18

JUNIO-SETIEMBRE de 1981

N.º 51

Germán de Granda, *Actitudes Sociolingüísticas en el Paraguay* • Francisco J. Delich, *Sociedad Civil y Desarrollo* • Fernando Calderón, *Conflicto y políticas urbanas en Bolivia en el contexto de las relaciones Clase-Estado 1952-1976* • Alicia Gariazzo, *Orígenes ideológicos de los Movimientos Obreros chileno y argentino* • Hernán Fernández, *Empleo y Educación en el Perú: Notas para un debate* • A. W. Hill, *En torno a la problemática del desarrollo paraguayo (Crítica de Libros)* • Documentación Paraguaya • Reseñas Bibliográficas • Documentos • Roberto G. Myers, *Uniando los mundos de la investigación educativa* • Estadísticas.

Suscripción e Información: Eligio Ayala N.º 973 - Casilla Correo 2157 - Asunción - Paraguay

FORO DEL DESARROLLO

Publicado por la División de Información Económica y Social/DPI y la Universidad de las Naciones Unidas

Vol X - N.º 8

Octubre 1981

Sumario

Anthony Redding, *El asunto de las banderas de conveniencia* • Karina Constantino-David, *Saber preparar a la comunidad* • *Energía solar* • *Día Mundial de la Alimentación* • Diana Gibson, *La verdadera comunicación* • Jorge Rodríguez Mancera, *Colombia: el carbón conquista al café* • Luis Carlos Sánchez, *Cuba: a restaurar La Habana Vieja* • Chakravarthi Raghavan, *Una receta para los ricos* • Christopher Lewis, *Cerrar el circuito*.

Suscripción anual US\$ 10,- o su equivalente

NACIONES UNIDAS

Palacio de las Naciones

CH-1211 Ginebra 10, Suiza



centro latinoamericano de economía humana C.L.A.E.H.

Octubre-diciembre 1981

N.º 20

Presentación:

Romeo Pérez, *Sindicatos y Democracia* • Walter Cancela, *Bases de un nuevo tipo de desarrollo* • José P. Rilla - Francisco Bustamante, *Modelo impositivo y conflicto político en el Uruguay (1903-1916)* • Patricio Rodé, *"Laborem Exercens": Encíclica sobre el trabajo humano* • CRONICA: *Conferencia Latinoamericana sobre asuntos económicos* • GUÍA BIBLIOGRÁFICA.

Índice general de los Cuadernos del CLAEH. N.º 1 a N.º 20 (1976-1981).

Suscripción Anual: Uruguay N\$ 300

Resto del Mundo US\$ 25

Para los suscriptores de otros países remitir giro bancario a nombre del Centro Latinoamericano de Economía Humana, Cuareim 1220, Casilla de Correo 5021, Montevideo - Uruguay, o remesa a nombre del CLAEH a: Caja de Ahorros en moneda extranjera N.º 1/10752/6 - Banco de Montevideo, Rincón y Misiones, Montevideo, Uruguay.

كيفية الحصول على منشورات الأمم المتحدة

يمكن الحصول على منشورات الأمم المتحدة من المكتبات ودور التوزيع في جميع أنحاء العالم. استعلم منها من المكتبة التي تتعامل معها أو اكتب إلى الأمم المتحدة، قسم البيع في نيويورك أو جنيف.

如何购取联合国出版物

联合国出版物在世界各地书店和书局均有发售。请向书店询问或写信到纽约或日内瓦的联合国销售组。

HOW TO OBTAIN UNITED NATIONS PUBLICATIONS

United Nations publications may be obtained from bookstores and distributors throughout the world. Consult your bookstore or write to: United Nations, Sales Section, New York or Geneva.

COMMENT SE PROCURER LES PUBLICATIONS DES NATIONS UNIES

Les publications des Nations Unies sont en vente dans les librairies et les agences dépositaires du monde entier. Informez-vous auprès de votre libraire ou adressez-vous à Nations Unies, Section des ventes, New York ou Genève.

КАК ПОЛУЧИТЬ ИЗДАНИЯ ОРГАНИЗАЦИИ ОБЪЕДИНЕННЫХ НАЦИЙ

Издания Организации Объединенных Наций можно купить в книжных магазинах и агентствах во всех районах мира. Наводите справки об изданиях в вашем книжном магазине или пишете по адресу: Организация Объединенных Наций, Секция по продаже изданий, Нью-Йорк или Женева.

COMO CONSEGUIR PUBLICACIONES DE LAS NACIONES UNIDAS

Las publicaciones de las Naciones Unidas están en venta en librerías y casas distribuidoras en todas partes del mundo. Consulte a su librero o diríjase a: Naciones Unidas, Sección de Ventas, Nueva York o Ginebra.

La Revista de la CEPAL—tanto en español como en inglés— se publica *tres veces* por año, en abril, agosto y diciembre. El valor de cada ejemplar (incluido flete por vía aérea) y el de la suscripción anual varía de acuerdo a la situación geográfica, según la siguiente tabla:

	<i>Precio por ejemplar</i>	<i>Precio de la suscripción anual</i>
América del Sur, Centroamérica y México	3.00	9.00
EE.UU. y Canadá	4.00	12.00
Europa y Asia	5.00	15.00
África	6.00	18.00
Oceanía	8.00	24.00

Para obtener las publicaciones de la CEPAL, pídalas o solicite información a:
Unidad de Distribución
Servicio de Documentos y Publicaciones
CEPAL
Casilla 179-D,
Santiago de Chile

Las suscripciones son por un año calendario. Los números sueltos pueden adquirirse al precio por ejemplar arriba indicado.
Los pagos se reciben solamente en dólares estadounidenses.